



Joseph Gelinek

LA DÉCIMA
SINFONÍA



Muchos años lleva trabajando Daniel Paniagua, musicólogo y profesor de la Universidad Carlos IV de Madrid, en la obra de Beethoven, de quien es un verdadero especialista. Por eso, no se sorprende cuando un día su jefe le requiere para que acuda a un selecto evento en la mansión del excéntrico millonario Jesús Marañón, ya que se trata de un concierto del genuino compositor alemán. Lo que ya no resulta tan previsible es el repertorio: la reconstrucción del primer movimiento de la *Décima Sinfonía* de Beethoven. Cuando las primeras notas comienzan a sonar, Daniel no puede evitar un estremecimiento.

Suena demasiado perfecta, como si fuese realmente de Beethoven. ¿Acaso estaban todos equivocados y el compositor desafió la maldición y compuso una décima sinfonía?

Todo podría haber quedado en una anécdota entre musicólogos, si no fuese porque a la mañana siguiente del brillante y estremecedor concierto, el compositor y director Ronald Thomas aparece decapitado en las cercanías de la mansión de Jesús Marañón. La única pista es el pentagrama que el muerto tiene tatuado en la cabeza y que llevará a la policía a solicitar la ayuda de Daniel, en un caso que hunde sus raíces en las sociedades secretas de la historia europea. Si realmente Beethoven escribió su *Décima Sinfonía*, ¿por qué no vio la luz? ¿Acaso escondía demasiados arcanos, demasiadas claves que influyentes grupos de poder no deseaban revelar?



Joseph Gelinek

La décima sinfonía

ePub r1.0
orhi 04.11.13

Título original: *La décima sinfonía*
Joseph Gelinek, 2008

Editor digital: orhi
ePub base r1.0



AGRADECIMIENTOS

Esta novela no hubiera salido adelante sin los sabios consejos de Conchita, en la parte jurídica; José Ignacio, en la parte creativa, y Alberto y Raquel en la edición del texto. A todos ellos, mi más profundo agradecimiento.

J. GELINEK

Plaudite, amici, comedia finita est.
(Aplaudid, amigos míos, la comedia ha terminado).

LUDWIG VAN BEETHOVEN,
en su lecho de muerte, 1827

La música es un ejercicio matemático inconsciente
en el que la mente no sabe que está calculando.

GOTTFRIED LEIBNIZ

NOTA DEL AUTOR

Todavía hoy sigue siendo objeto de polémica si Beethoven completó o no una *Décima Sinfonía*, pero está totalmente documentado que sí tuvo la intención de componerla, después del éxito apoteósico obtenido con la *Novena*. En la correspondencia que se conserva del músico hay varias alusiones a la *Décima* y según parece, durante un tiempo, el sordo de Bonn planeó que la *Novena* fuera enteramente instrumental, que el *Himno a la Alegría* fuera una cantata independiente, y que la *Décima* terminara con una pieza vocal totalmente distinta.

La reconstrucción del primer movimiento de la sinfonía, a partir del puñado de bocetos que dejó el compositor, tampoco es una invención literaria, y hay disponible en el mercado incluso una versión discográfica.

La Escuela Española de Equitación lleva funcionando en Viena desde el siglo XVI, aunque su sede actual, en una de las alas del Palacio Hofburg, fue erigida, entre 1729 y 1735, por el arquitecto barroco Joseph Emanuel Fischer von Erlach.

La vigilancia policial a la que fue sometido Beethoven por la policía de Metternich a causa de sus críticas al régimen y a la figura del propio emperador también está plenamente contrastada.

Almería, verano de 1980

Un Mercedes-Benz 450 SL de color blanco, con el motor ronroneante, llevaba detenido diez minutos en segunda fila, a unos metros de la oficina principal del Banco de Andalucía de Mojácar. Al volante, con gafas de sol y un delicado vestido de lino verde sin mangas, que se transparentaba ligeramente a contraluz, se hallaba sentada una mujer rubia con tal aspecto de estrella de Hollywood que ya se había visto obligada a defraudar a varios lugareños que se habían acercado a solicitarle un autógrafo, asegurándoles que no solo no era Jane Fonda —ni Farrah Fawcett, la otra diva con quien la habían confundido— sino que ni siquiera se dedicaba al séptimo arte. Su glamuroso aspecto se debía sobre todo a su pose felina y a lo endiablidamente bien que le sentaba aquel vaporoso vestido, a través del cual emergía majestuoso un largo y blanco cuello de garza. La mujer entretenía la espera escuchando «Take Five», el legendario tema del cuarteto de jazz de Dave Brubeck en el que Paul Desmond, el saxo alto, exponía la pegadiza y sinuosa melodía con tanta elegancia que el oyente tenía la sensación de que le estaban sirviendo una especie de Martini sonoro.

La temperatura en la calle era sofocante, hasta el punto de que algunos viandantes, al llegar a la altura del Mercedes, habían optado por guarecerse bajo el único toldo cercano, en parte para recuperar el resuello y en parte para tener la oportunidad de contemplar largo y tendido, desde la penumbra, a la llamativa pareja de baile formada por la glamurosa rubia y el imponente automóvil.

La mujer miraba al frente, tamborileando con su mano derecha sobre el volante al ritmo de la música del cuarteto, ajena por completo a la asfixiante temperatura almeriense, que hacía que algunas de las personas refugiadas bajo el toldo jadearan sacando la lengua, como perros acalorados evaporando saliva. Tan solo una vez se permitió dirigir una furtiva mirada de ansiedad hacia la institución bancaria, de donde hacía un buen rato que tenía que haber salido ya su acompañante. Por fin, tras cinco minutos más de interminable espera, se abrió la puerta del banco y asomó la cabeza un tipo alto y bien parecido, de aspecto británico, con pantalón y americana de color claro y piel tan blanca que ni siquiera el poderoso protector solar con el que solía defenderse había impedido que enrojeciera en los puntos más delicados. La luz cegadora de la calle hizo que el hombre entrecerrara los ojos y mostrara su refulgente dentadura, en una mueca entre cómica y siniestra, como de esqueleto. Utilizando la mano derecha a modo de visera, logró por fin divisar a la rubia del descapotable y tras llamar su atención con un silbido, le hizo una seña inconfundible con la mano que quería decir «espera».

La mujer del coche bajó la música, para que Joe Morello, el batería del cuarteto,

que había comenzado ya su solo, no dificultara la comunicación, y luego asomándose por la ventanilla del copiloto, para tener una mejor visión de su interlocutor, dijo:

—¿Qué ocurre?

El tipo improvisó un megáfono con las manos para hacerse oír por encima del tráfico y respondió:

—¡Dame cinco minutos!

La rubia —que después de haber padecido un buen rato bajo aquel sol de justicia hubiera tenido motivos suficientes para perder los nervios ante la perspectiva de otra espera interminable— reaccionó ante aquel contratiempo esgrimiendo una cautivadora sonrisa, que brindó al respetable que la estaba observando, sacó las llaves del contacto y salió del coche.

Durante un instante, sus bien torneadas piernas se adivinaron al trasluz de aquella tela de lino que casi parecía gasa y uno de los jóvenes que más rato llevaba contemplándola, embelesado desde la oscuridad del toldo, no pudo evitar un involuntario movimiento de la nuez al deglutir saliva ante aquel inesperado espejismo.

El hombre de la americana dio una carrera hasta el vehículo para no hacer recorrer a la mujer el trayecto que la separaba de él y cuando estuvo a su altura musitó al oído de esta algunas palabras, que ninguno de los lugareños consiguió descifrar desde sus puestos de observación.

Un empleado del banco, pequeño y con bigote, en mangas de camisa, con las axilas húmedas, emergió súbitamente de la puerta del banco, como un capitán de submarino subiendo a la torreta, y se quedó observando con desconfianza a la pareja desde su minúscula atalaya. La mujer del descapotable hizo un pequeño gesto con la cabeza a su acompañante, para advertirle de que estaban siendo observados y el hombre de la americana se volvió un instante hacia él para, con una sonrisa forzada, dirigirle un pequeño saludo con la mano.

—Es el cajero. Le he dicho que se dé prisa, que me estaba esperando mi mujer.

—¿Tu mujer? Pero si nosotros...

—Lo sé, lo sé, pero me ahorro un montón de preguntas cuando digo que estamos casados —le interrumpió el hombre, mascullando entre dientes sus palabras, para no descomponer la sonrisa artificial que había adoptado de cara a la galería.

—¿Cuál es el problema? —dijo ella.

—El cajero automático. Se ha tragado mi tarjeta. Ese hombre dice que si le doy un poco más de tiempo, la puede recuperar.

—¿Pero cómo se ha podido quedar el cajero con la tarjeta? ¿Qué has hecho?

El hombre permaneció en silencio unos instantes, tratando de inventar sobre la marcha una mentira convincente, pero al no dar con ninguna, prefirió decir la verdad:

—He metido mal la clave. Tres veces.

—¿Tres veces? —La mujer estalló en una pequeña carcajada que hizo sonreír por simpatía al público hacinado bajo el toldo. Luego dijo—: Es mejor que vayas pensando en anotar tu número secreto en algún rincón de la cartera. Es la segunda vez que te pasa desde que te conozco. Y solo llevamos juntos tres meses.

—Lo había escrito en algún papel, pero me temo que lo he dejado en el hotel.

—En ese caso, habrá que tatuártelo. ¿En qué parte del cuerpo prefiere el trabajito, caballero? —dijo la mujer como si estuviera flirteando con un desconocido.

—¿Qué hacemos? —respondió el hombre ignorando las seductoras burlas de la mujer—. ¿Esperamos unos minutos a que ese hombre rescate la tarjeta del cajero?

—Tú mandas, pero yo estoy desfallecida de hambre y hemos encargado la paella para las dos.

El hombre decidió que ya disponía de suficiente información para tomar una decisión y volvió al banco, con cuyo empleado mantuvo una breve conversación. Por fin, el hombrecillo estrechó con gran solemnidad la mano de su cliente y volvió a ser engullido por la puerta acristalada del banco.

El tipo de la americana regresó al Mercedes y se acomodó en el asiento del copiloto.

—Podemos irnos.

La rubia accionó la llave de contacto y el Mercedes comenzó a alejarse poco a poco, calle abajo, ronroneando como un gigantesco tigre mecánico domesticado.

Tres horas después de una deliciosa paella en un chiringuito a 25 kilómetros de Mojácar, el Mercedes blanco emprendía su viaje de regreso hasta el hotel donde estaban alojados sus ocupantes.

—Déjame conducir a mí —pidió la mujer—. Tengo la ligera impresión de que has abusado de la sangría.

—Para conducir este coche no hacen falta ni siquiera reflejos —dijo el hombre, soltando el volante y volviendo a sujetarlo cuando el Mercedes se desviaba peligrosamente de la línea recta e invadía el arcén de la tortuosa y accidentada carretera—. ¿Lo ves? Casi no hay que ayudarle. Prácticamente se conduce él solo.

—No hagas eso, te lo pido por favor —respondió ella, que por vez primera pareció perder el control que ejercía hasta sobre el más pequeño de sus gestos.

—Mujer, ¿qué nos puede pasar en un Mercedes?

Un instante más tarde, intentando esquivar un tractor que acababa de aparecer tras una curva y ocupaba casi todo el ancho de la carretera, el deportivo blanco derrapó estrepitosamente, y tras destrozar un desvencijado quitamiedos que no ofreció la más mínima resistencia empezó a deslizarse por una empinada pendiente erizada de rocas. El hombre tuvo miedo de que un frenazo brusco hiciera volcar el vehículo frontalmente y, pensando solo en su propia supervivencia, abrió la portezuela para

saltar fuera. Esta, sin embargo, golpeó contra un peñasco de granito que les salió al encuentro y rebotó con furia, triturando la pierna izquierda del hombre, que ya estaba fuera del habitáculo. El aullido de dolor que se oyó a continuación se mezcló con el salvaje chasquido metálico de la portezuela al ser arrancada de cuajo por una segunda roca, aún más voluminosa que la primera. Debido a la pronunciada pendiente, la velocidad del vehículo se había hecho ya tan vertiginosa que era impensable saltar; el hombre, entonces, intentó frenar mientras trataba de poner el coche en posición perpendicular a la pendiente para disminuir la inercia. La maniobra fue tan brusca que el Mercedes volcó de costado y tras deslizarse algunos metros como un trineo sobre los rescos hierbajos del erial, continuó su alocada carrera hacia el abismo, dando una vuelta de campana tras otra.

El cristal del parabrisas estalló hacia dentro y sus innumerables fragmentos se proyectaron en dirección al habitáculo como si fueran partículas de metralla, causando graves destrozos en el rostro de la mujer, que medio inconsciente por el formidable golpe que había recibido nada más volcar, fue incapaz de protegerse la cara con los brazos. La rueda delantera derecha se soltó de su eje y dando vueltas sobre sí misma, alcanzó una velocidad tan endiablada pendiente abajo que se perdió de vista en cuestión de segundos.

El sólido bastidor del vehículo seguía protegiendo los cuerpos de sus dos ocupantes, aunque con cada sacudida, su estructura bramaba con la ferocidad de una bestia malherida. Cuando por fin fue a detenerse en el lecho del riachuelo en el que moría la pendiente, el conductor, que a diferencia de la mujer no había salido aún disparado del vehículo, comenzó a percibir un fuerte olor a humo, mezclado con el hedor del aceite quemado. La pestilencia era tan intensa que pasó, sin solución de continuidad, del sentido del olfato al del gusto, y su boca pareció invadida de pronto por una sustancia nauseabunda, caliente y viscosa, que le quemaba la garganta y le irritaba los ojos hasta el punto de que estos le empezaron a llorar en el acto. El motor del coche permaneció revolucionado durante unos instantes y luego fue perdiendo fuerza hasta apagarse completamente. En el sobrecogedor silencio que se produjo a continuación, el hombre acertó solo a distinguir, antes de perder el conocimiento, las voces lejanas de dos pastores que habían presenciado el accidente y que acudían presurosos a socorrer a los ocupantes del Mercedes.

2

Viena, primavera de 2007

Un grupo de unos treinta turistas angloparlantes avanzaba a buen paso por las dependencias de la renombrada Escuela Española de Equitación, liderados por un guía invidente. Media hora antes, cuando el guía se presentó ante ellos pertrechado de gafas oscuras y bastón blanco para dar comienzo a la visita, los turistas habían pensado que se trataba de una tomadura de pelo de algún programa de televisión de cámara indiscreta; incluso hubo varios de ellos que prefirieron esperar quince minutos para integrarse en el siguiente grupo. Los que decidieron quedarse con el guía ciego no solo no lo lamentaron, sino que estaban disfrutando enormemente del paseo, pues aquel hombre combinaba amplios conocimientos sobre la institución que les estaba mostrando con un notable sentido del humor.

Lo primero que había hecho al comenzar el periplo había sido levantar bien alto el bastón por encima de su cabeza y decirles, como si ya estuvieran en plena visita:

—Si miran ustedes hacia arriba, podrán contemplar el famoso artilugio inventado en 1921 por James Biggs, un fotógrafo de Bristol que, tras haberse quedado ciego por un accidente, pintó su bastón de paseo de blanco para hacerse más visible a los conductores.

Uno de los dos niños que formaban parte del grupo, al comprobar la soltura con la que se desenvolvía el ciego por los pasillos de la Escuela, le había dicho a su padre:

—Papá, yo creo que ese señor sí que ve y que se está burlando de nosotros.

Durante la visita a los establos, el guía los entretuvo contándoles cómo, al término de la Segunda Guerra Mundial, los caballos lipizanos, que habían caído en manos del ejército soviético, fueron rescatados y llevados otra vez a Viena nada menos que por el general Patton, que había sido jinete olímpico antes de la guerra y era un gran admirador de estos purasangres.

—Si no llega a ser por Patton —les aclaró el guía— lo más seguro es que los lipizanos hubieran acabado en el matadero y hubieran servido de rancho a los hambrientos soldados de Stalin.

El grupo iba ahora camino del gran picadero cubierto de la Escuela, que estaba situado en una de las alas del palacio imperial de Hofburg. Allí no solamente se llevaban a cabo todas las tardes las fantásticas exhibiciones ecuestres con música de los lipizanos sino también sus imprescindibles —pero más aburridos— entrenamientos matutinos.

Uno de los turistas levantó la mano, con objeto de llamar la atención del guía, pues su desenvoltura era tal que el hombre les había hecho olvidar a todos que era, en realidad, un discapacitado. Al darse cuenta de su distracción, el turista, un tipo de unos sesenta años y pelo canoso sonrió para sus adentros y luego dijo, con un fuerte

acento australiano:

—Perdone ¿adónde conduce esa puerta de ahí?

—Esa puerta verde no conduce a ningún sitio —respondió el guía, girando su cabeza en dirección a la puerta en cuestión, como si pudiera verla—. Quiero decir que no conduce a ningún sitio *interesante*. Es la residencia del veterinario jefe de la Escuela. Vive aquí para poder resolver inmediatamente cualquier percance de salud que puedan tener los lipizanos. Estos caballos son muy delicados y deben estar en perfecta forma para poder llevar a cabo a diario los complicados ejercicios que sus jinetes les exigen. Y ahora, por favor, si no hay más preguntas, subiremos estas escaleras para ver el Gran Picadero desde el punto más alto de la Escuela.

El grupo de turistas siguió como un solo hombre al guía invidente en la dirección que este les marcaba. El hombre de pelo blanco fingió que se le había desatado un zapato y después de agacharse, se quedó voluntariamente rezagado del grupo, permitiendo que el rebaño humano se alejara. Cuando estuvo seguro de que ya nadie podía verle, se puso de pie y abrió con sigilo la puerta de color verde por la que había preguntado.

Madrid, septiembre de 2007

El Departamento de Musicología de la Universidad Carlos IV está situado en un antiguo y restaurado edificio de la época de los Austrias, que, lamentablemente, sus profesores se ven obligados a compartir con Dramaturgia y Teatro Universitario. La sede se encuentra a muy pocos minutos, paseando, de la plaza de la Cebada, así llamada porque antiguamente se separaba en este lugar la cebada destinada a los caballos del rey de la de los regimientos de caballería. También el grano lo llevaban a vender a esta plaza los labradores de las cercanías de Madrid. En el siglo xvii fue el lugar donde se instalaron las ferias de Madrid y en el siglo xix pasaron a celebrarse allí las ejecuciones: al general Riego lo ahorcaron en esa plaza en 1824 y trece años más tarde, después de que María Cristina de Borbón le denegara una clemencia que sin duda merecía por no haber cometido delitos de sangre, le fue administrado garrote vil al legendario bandolero Luis Candelas.

Daniel Paniagua, treinta y cinco años, complexión atlética, profesor de musicología histórica en el mencionado Departamento, solía hacer jogging casi a diario a la hora de comer (saltándose su propio almuerzo) en un gran parque situado no demasiado lejos de la zona; pero como ese día le había convocado con urgencia Jacobo Durán, el jefe del Departamento, para tratar aún-no-se-sabía-qué misterioso asunto que no podía esperar hasta el día siguiente, prefirió renunciar a su galopada para no presentarse completamente rojo y transpirado a la reunión, que presentía iba a ser importante.

En lugar de eso, y para hacer tiempo hasta la hora de la cita, decidió acercarse hasta el domicilio de su mejor amigo, Humberto, que hacía semanas le había pedido que le grabase un cedé de músicas de boda, pues pensaba contraer matrimonio en breve con su novia de toda la vida. Daniel, para el que suponía un verdadero honor ocuparse de seleccionar la banda sonora de la boda de su mejor amigo, había olvidado sin embargo el encargo a las pocas horas, y como solía ocurrirle con frecuencia, sobre todo desde que había retomado la redacción de un ambicioso ensayo sobre Beethoven que había interrumpido dos años antes y que le tenía totalmente absorbido, no había vuelto a pensar ni un minuto más en el asunto. Hasta que el día anterior, Humberto le había telefoneado para decirle:

—Pedazo de cabrón, sabrás que me caso dentro de algo más de un mes.

—Por supuesto —mintió Daniel—. Ya tengo listo tu cedé. Mañana sin falta te lo acerco.

De modo que se había pasado toda la noche y buena parte de la mañana del día siguiente elaborando el disco para su amigo, con el que no había querido complicarse mucho la vida: el *Ave María* de Schubert, el de Gounod, el Aria en sol de Bach, las

dos marchas nupciales más conocidas, la de Mendelsohn y la de Wagner, así como una decena más de piezas típicas en este tipo de ceremonias, con las que era muy difícil meter la pata.

—No te has devanado los sesos en exceso ¿eh? —exclamó su amigo al examinar el cedé. Lo que te había pedido no es lo de siempre, sino una selección más personal. Para eso eres el tío que más sabe de música de este país.

—Créeme, Humberto, la última vez que le grabé un disco de boda con mis gustos personales a un amigo fue a Óscar, le conoces, su mujer casi me mata. Con esto vamos a triunfar con Cristina, que es la que manda y para la que se hace la boda.

—¿Crees que a mí no me hace ilusión casarme? —dijo Humberto.

—No lo sé, pero te he grabado otro disco que quiero que escuches noche y día hasta la víspera de la ceremonia.

Daniel le entregó a su amigo un misterioso cedé metido en un sobre rojo en el que solo podía leerse: *El efecto B*.

—¿Quién es B? —preguntó su amigo, que ya empezaba a ponerse nervioso con tanto misterio—. ¿Y por qué tengo que escuchar esto noche y día?

—B es Beethoven, naturalmente. ¿Has oído hablar del *efecto Mozart*?

—No, ¿qué es?

—En 1997, un musicólogo estadounidense llamado Campbell, como la sopa, publicó un controvertido libro llamado *El efecto Mozart*, en el que popularizaba la teoría de que escuchar a Mozart, y en especial los conciertos para piano, aumentaba temporalmente el cociente intelectual. Como Beethoven es Mozart elevado al cubo, yo sostengo que escuchar música de Beethoven es el triple de efectivo.

—¿Efectivo para qué?

—Para tomar decisiones fundamentales en la vida de uno, como casarse.

—¿Estás insinuando que si escucho a Beethoven durante unos días me volveré más listo y eso me llevará a anular la boda?

—No lo sé. Pero soy tu amigo —Daniel puso una mano en el hombro a Humberto, como para que sus palabras sonaran más sinceras y cercanas— y quiero intentarlo todo antes de que te cases, para que luego no me puedas decir: «Canalla, ¿por qué no acudiste en mi auxilio?».

Humberto abrió la carcasa del cedé y se quedó mirando el disco con desconfianza, como si fuera el brebaje de un alquimista.

—¿Qué me va a hacer esta... cosa cuando la ponga en mi equipo?

—Va a tener el mismo efecto sobre ti que algunos medicamentos que ya se usan en la actualidad para combatir el Alzheimer, y que tienen la propiedad de estimular los neurotransmisores cerebrales. Comprobarás que la música empezará a alterar tu estado anímico y a aumentar lo que los psicólogos llaman tu «percepción espacio-temporal», es decir, la habilidad para pensar con imágenes: un talento que resulta

esencial a la hora de generar y conceptualizar soluciones a problemas complejos, como los que se presentan en las matemáticas, el arte o en los juegos de estrategia como el ajedrez.

—Entiendo —dijo Humberto, que poco a poco empezaba a abandonar la actitud recelosa hacia el disco para adoptar otra de genuina curiosidad.

—Ponlo ya, si quieres —le dijo Daniel—. Para que veas que no se trata de ningún lavado cerebral y que no te he metido mensajes subliminales con el fin de sabotear tu boda. Solo es música... de Beethoven.

Humberto colocó el cedé en su equipo de alta fidelidad y nada más escuchar las primeras notas, afloró una sonrisa a su rostro.

—Me gusta —dijo, poniéndose cómodo en el sofá—. ¿Qué pieza es?

—*La Sonata número 1, en fa menor, op. 2*, una de las tarjetas de presentación de Beethoven, cuando llegó a Viena. Es un claro homenaje a Mozart, hasta el punto de que cualquier aficionado de la época hubiera adivinado al instante que estaba inspirada en la *Sinfonía en sol menor KV 183*, de Amadeus. Aunque se trata de una pieza de juventud —Beethoven tenía veinticuatro años cuando la compuso— y de que su insultante talento no estuviera aún del todo desarrollado, me encanta esta sonata porque es muy característica de su personalidad arrogante y al mismo tiempo cautivadora. Beethoven se presenta en la residencia del príncipe Lobkowitz, su gran mecenas, con una música que le estaba diciendo al auditorio: «Sé componer como Mozart, pero voy a ir más allá, porque soy Ludwig van Beethoven».

—No sabía que Beethoven fuera tan bravucón —dijo Humberto, asombrado, como de costumbre, de los profundos conocimientos musicales que exhibía su amigo.

—Pues lo era. Presentarse con esta sonata en Viena fue tan... —Daniel trataba de buscar un símil como los que empleaba en clase con sus alumnos para resultar más pedagógico. Tras unos instantes de vacilación, encontró por fin una imagen que le satisfizo— ...es como si un humorista profesional hubiera tenido el cuajo de contar chistes sobre la guerra ante un público acostumbrado a escuchar a Gila. Beethoven se crecía en esta especie de duelos simbólicos con Mozart y Haydn, y sabía salir airoso de las comparaciones. Brahms en cambio, cuya *Primera Sinfonía* estaba tan ligada al estilo de Beethoven que a menudo se alude a ella como «la Décima», tardó catorce años en terminarla porque el terror a ser comparado con el sordo paralizaba una y otra vez su energía creativa. ¿Me estás escuchando?

Era evidente que no. Humberto había caído en una especie de trance musical del que hubiera resultado, no peligroso, pero sí inoportuno sacarle, por lo que Daniel decidió abandonar la casa de puntillas, como se hace con las personas cuyo sueño no se desea perturbar. Antes de cerrar la puerta, y en frase pronunciada más para sus adentros que para ser escuchada por Humberto, dijo:

—Que conste que a mí Cristina siempre me ha parecido una chica estupenda.

La oficina de Durán, situada, como la de todos los jefes que pueden elegir, en la parte más alta del edificio, desde donde se dominaba el parque adyacente, no tenía un acceso directo, sino que había que pasar inevitablemente por la secretaría contigua. Pero como era la hora de comer, el personal administrativo brillaba por su ausencia y las puertas estaban abiertas de par en par. ¿Quién iba a querer robar en el Departamento con menos presupuesto de toda la Universidad?

Antes de pasar al despacho de su jefe, Daniel decidió visitar un aseo cercano para refrescarse un poco la cara. La cita, y sobre todo el hecho de que Durán hubiera evitado deliberadamente decirle por teléfono el motivo de la misma, le había provocado los dos síntomas de la ansiedad que él más detestaba: sudoración y taquicardia. Últimamente había estado trabajando en su ensayo sobre Beethoven, incluso en horario lectivo y abusando de todos los recursos del Departamento excepto del estrictamente monetario. Su impresión era que la reunión con Durán iba a ser para leerle la cartilla o incluso para comunicarle una suspensión de empleo y sueldo en toda regla. Y por supuesto no cabía descartar la eventualidad más grave de todas: que Durán le fuera a comunicar que, a causa de un recorte presupuestario, se procedía a desmantelar aquel raquítico Departamento.

Tras serenarse un poco, pasó sin llamar al despacho de Durán, cuya puerta estaba abierta de par en par, y le sorprendió hablando por teléfono. Las otras veces que había estado en el despacho le habían llamado poderosamente la atención dos cosas: el hecho de que, independientemente del tiempo que hiciera, Durán nunca se quitaba la chaqueta o el abrigo, con lo que daba siempre la absurda impresión de estar de visita en su propia oficina, y su asombroso parecido con Silvio Berlusconi, antes de que este se hiciera el famoso injerto capilar. Bien es verdad que aunque Durán se hubiera quedado tan alopécico como el político italiano (y no era el caso, pues lucía una frondosa cabellera sin apenas canas), jamás se hubiera sometido a semejante operación estética, aunque solo fuera por no tener que exhibirse en público con aquella patética bandana que se lió a la cabeza el inefable primer ministro, en los días siguientes a su injerto capilar. A diferencia de Berlusconi, Durán tenía sentido del ridículo, aunque no estaba claro si su reconocida honestidad, que le distinguía de su clon, obedecía a convicciones morales o al hecho incontrovertible de que hubiera sido no ya difícil, sino milagroso, desviar fondos para aviesos fines en un Departamento tan poco dotado económicamente como el suyo.

Durán dio por terminada la conversación telefónica con un «que os den por saco, a ti y a todo el Ministerio de Educación», y se levantó para estrechar la mano de su subordinado.

—Buenas tardes, Daniel Paniagua.

Siempre se dirigía a él por el nombre y el apellido. Como cuando las esposas

yanquis de los telefilmes regañan a sus estultos maridos diciéndoles «John McBride, quiero que dejes ahora mismo ese vaso de whisky y me escuches con atención».

—Quita esa cara de asustado, hombre, que no pasa nada malo.

—No, si no estoy asustado.

«Mentira podrida». A pesar de que Durán le acababa de sosegar con una sonrisa y un *no pasa nada*, Daniel notaba que su corazón bombeaba a más de ciento cincuenta pulsaciones por minuto.

—Te he llamado para pedirte un favor —le dijo Durán.

Le estaba mirando con severidad, como si estuviera a punto de abrirle un expediente disciplinario. Pero la frase, y sobre todo el tono en que acababa de ser pronunciada, tuvieron sobre él el mismo efecto tranquilizador que si hubiera ingerido un frasco entero de Sumial.

—¿Un favor? Por supuesto, si está en mi mano. ¿De qué se trata?

—Se trata de que acudas a un concierto.

Durán abrió el cajón principal de su mesa y extrajo el programa de un concierto de música que Daniel intentó escrutar con avidez. Pero Durán no quiso entregárselo inmediatamente, sino que lo retuvo en su mano derecha, como para exacerbar aún más la curiosidad que afloraba en el rostro de Daniel.

Este trató de ignorar el papel y adoptó una actitud de despreocupación.

—¿El favor que tengo que hacerte es ir a un concierto? Pues pídemelo más de estos.

—A este concierto no vas solo a oír música. Vas, sobre todo y fundamentalmente, a espiar para mí.

—Bien, pero ¿de qué se trata?

—Beethoven. Es tu especialidad, ¿no?

—Sí, claro. Sobre eso estoy escribiendo mi ensayo. Lo empecé hace años, cuando aún vivía mi padre, lo interrumpí durante su enfermedad y cuando falleció, no me sentí con fuerzas para retomarlo. Ahora quiero acabarlo, aunque solo sea para poder dedicárselo y honrar su memoria.

—Eso es muy loable —dijo Durán. Y tras una breve pausa continuó—: La semana pasada leí en alguna parte que Beethoven era de origen español.

—Le llamaban el *Schwarzspanier*, el español negro, porque era muy oscuro de piel, y hay quien dice incluso que tenía ancestros españoles...

—Tú ponlo en tu libro. Siempre hay que barrer para casa.

—Lo cierto es que la familia de Beethoven tenía origen flamenco.

—¿Lo ves? Flamenco. Seguro que era sevillano.

Daniel se quedó dudando de si Durán había pretendido hacer un chiste.

—Flamenco, de Flandes. Los españoles estuvimos en Flandes en el XVI y en el XVII, así que no es improbable que algún arcabucero del Tercio sedujera, o más bien, dada nuestra reputación, violara, a alguna tatarabuela del compositor.

—Pues déjalo bien claro cuando te publiquen *El crepúsculo de un genio*.

—¿Sabes hasta el título? ¡Pero cómo se corre la voz!

—A la voz siempre le ha gustado correrse. Toma, echa un vistazo.

Durán le entregó por fin el programa en mano y Daniel empezó a devorar su contenido con avidez. Al leer el nombre que figuraba junto a Beethoven, pegó un respingo y exclamó:

—¡Ronald Thomas! Sabes quién es, ¿no?

—Algo he oído.

—Este hombre está ahora mismo en el mismísimo ojo del huracán de toda la musicología moderna, por no hablar del campo específico de las investigaciones sobre Beethoven, en el que es directamente el pope de los popes. Todo el mundo reconoce, o reconocemos, que se trata de un investigador fascinante, aunque he de aclararte que también es extraordinariamente polémico. Hay quien le adora y le aplaude hasta el menor de sus escritos y hay quien le detesta y desearía verle fuera de la circulación esta misma tarde.

—¿Fuera de la circulación quiere decir... muerto?

—No, hombre. Quiere decir desautorizado, desprestigiado, musicalmente desahuciado.

—¿Y tú en qué bando estás?

—Yo soy pro Thomas a tope. Sigo sus trabajos desde hace años y me extraña no haberme enterado de que está en España.

—Creo que prefiere mantener el secreto, ya que, como puedes ver, ha venido a ofrecer un concierto muy, muy especial.

Daniel continuó leyendo el programa de mano y volvió a sacudir la cabeza con asombro.

—¡La *Décima Sinfonía* de Beethoven! ¡Es increíble!

—Acabas de pronunciar la palabra clave: increíble. Porque ¿existe realmente la *Décima Sinfonía*?

—¿Quién puede saberlo? Thomas no ha dicho en ningún momento que la haya descubierto. Lo que ha hecho, y de ese modo ha terminado de sacar de quicio a la musicología más pazguata y conservadora, ha sido reconstruirla, a partir de una serie de esbozos y fragmentos que dejó Beethoven, repartidos por media Europa; son aproximadamente doscientos cincuenta compases del primer movimiento, de los cuatro que suele tener una sinfonía. Esto es, según el programa que me acabas de dar, lo que se va a interpretar mañana por la noche.

—Habrás observado —dijo Durán, que estaba disfrutando enormemente con la excitación que había logrado despertar en Daniel— que el concierto es casi clandestino. No se ha anunciado en ninguna parte y no se va a ofrecer en ningún auditorio oficial, sino en la residencia privada de Jesús Marañón, ante un grupo de

invitados escogidos con lupa.

—No importa que acudan pocos, porque algunos de ellos son muy beligerantes, y en el concierto de mañana se puede armar.

—¿Armar? ¿A qué te refieres?

—Abucheos, pateos, silbidos. Hay pocas dudas de que Beethoven tuvo intención de componer otra sinfonía, después de la *Novena*, pero no está probado en modo alguno que los fragmentos que Thomas ha ensamblado estuvieran destinados todos al mismo movimiento.

—O sea, que podríamos estar ante un monstruo musical. El monstruo de *Beethovenstein*.

—Todo depende de cómo haya «cosido» Thomas los pocos fragmentos que compuso Beethoven. En principio, mañana, con lo que espero encontrarme es con un andante en mi bemol que da paso a un allegro en do menor. Eso es lo que ha trascendido en la prensa especializada. Pero a saber cómo ha instrumentado Thomas la cosa, porque no solo tenemos muy pocas notas, es que no sabemos ni qué instrumentos tenían que tocarlas.

—¿Eso no se puede deducir partiendo de los usos de la época?

—Sí y no. Beethoven también rompió moldes como instrumentador. Para que te hagas una idea fue el primero en utilizar la flauta *piccolo* y los trombones en una sinfonía. Igual Thomas le ha confiado a las trompas una frase que Beethoven hubiera querido confiar a los clarinetes. O viceversa. ¿Tú no piensas acompañarme?

—No puedo. Dejaron de invitarme a casa de Jesús Marañón desde que desatendí su petición de que una de sus hijas cantara un aria de Bach en el concierto que dio Bob van Asperen aquí, en el auditorio.

—Un gran clavecinista. Pero yo estaba postrado en cama con hepatitis y no pude acudir. ¿De verdad Marañón te pidió eso?

—No me lo pidió, me lo exigió. Y eso que ahora su hija ha hecho notables progresos, porque hace dos años, que es cuando vino Van Asperen, la pobrecita aullaba como la niña de *El Exorcista*.

—Hiciste muy bien en decir que no. ¿Qué se habrá creído?

—Pues se ha creído lo que es: Dios Todopoderoso. Ríete tú de ¿cómo le llaman? Jesús del Gran Poder. Marañón ha conseguido, por ejemplo, gracias a sus tejemanejes, que me congelen el presupuesto del Departamento durante los dos próximos años. Y se dedica a desacreditarme en público siempre que puede.

—Pero entonces esta invitación ¿cómo ha llegado a tus manos?

—Uno, que tiene sus recursos.

—Es mañana a las ocho en punto. Estaré allí sin falta. ¡No, espera!

—¿Qué ocurre? ¡No me digas que tienes algún compromiso ineludible y no puedes acudir!

—El concierto es mañana por la tarde. Le había prometido a Alicia que iría a buscarla al aeropuerto.

—Olvídalo entonces. No quiero provocar una crisis de pareja.

—De ningún modo, seguro que puedo arreglarlo. Le enviaré un taxi o le pediré a algún amigo que vaya a buscarla. Ni siquiera una bomba nuclear podría impedir que dejara de asistir a ese concierto.

—Si Thomas resulta ser un farsante lo vamos a machacar, ¿me oyes? Ve mañana al concierto y sé mis oídos, mis ojos y todos mis sentidos. Que no se te escape ni un detalle. No me importa lo que el tipo haya hecho hasta ahora: si ha creado un engendro con Beethoven, le hundiremos a él y a su mecenas, Jesús Marañón.

Daniel se quedó pensativo durante unos instantes, con la mirada perdida tras los amplios ventanales situados a espalda de Durán.

—¿En qué piensas?

—En nada. Tan solo he recordado que hay eruditos que afirman que en algún lugar de Europa yace oculto, a la espera de ser descubierto, el manuscrito completo de la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

Durán no apostilló nada, se limitó a devolverle esa sonrisa adulterada y tramposa que solo los políticos muy hábiles o muy corruptos son capaces de desplegar cuando tienen algo muy evidente que ocultar.

Esa misma tarde, un avión de Air France procedente del aeropuerto Paris-Orly depositaba en el aeropuerto de Madrid-Barajas al príncipe Louis-Pierre-Toussaint-Baptiste Bonaparte, heredero al trono de Francia y descendiente de Napoleón Bonaparte. El príncipe, un hombre de cincuenta y cinco años, pequeño y nervioso como su ilustre antecesor, era en realidad architaranieto del hermano pequeño de Napoleón, Jérôme, que había llegado a ser, entre 1807 y 1813, rey de Westfalia, un estado títere en el noroeste de Alemania creado por el emperador. Louis-Pierre viajaba en compañía de su esposa y había sido invitado por la Fundación de Amigos de Napoleón, ubicada no lejos del consulado francés, para ofrecer, esa noche, una conferencia sobre su ilustre antepasado titulada «El pequeño cabo», uno de los apodos que había recibido en vida el general. Dado que la posibilidad de recuperar algún día el trono de Francia no era más que una quimera —su país era quizá la República más célebre del mundo y además había otros aspirantes al trono, como los orleanistas y los borbones— el príncipe había atemperado sus ansias de grandeza y se había concentrado en la política local. En Ajaccio, la capital de Córcega, cuna de los Bonaparte, Louis-Pierre era toda una celebridad y podía llegar a convertirse, en las próximas elecciones, en el alcalde más votado de la turbulenta historia de la isla.

En la actualidad, su principal fuente de ingresos eran las actividades en torno a su ilustre antecesor, que seguía desatando pasiones en el mundo entero: seminarios, conferencias —por las que nunca facturaba menos de seis mil euros— y por supuesto, libros sobre Napoleón, uno de los cuales, *Infierno en Santa Elena*, llevaba semanas en la lista de los libros más vendidos de *Le Figaro Littéraire*.

Y aunque ni el príncipe ni su esposa eran demasiado melómanos, ambos tenían pensado aprovechar su estancia en España para aceptar la invitación que su íntima amiga Sophie Luciani, hija del primer matrimonio de Ronald Thomas, les había hecho llegar para asistir al singular concierto que su padre iba a dirigir al día siguiente, en casa de Jesús Marañón, para un puñado de privilegiados.

Tras pasar el control de policía y recoger el equipaje, Louis-Pierre y su esposa advirtieron que la Fundación había enviado a recogerles a una persona que portaba en las manos un rótulo con la inscripción MR. BONAPARTE. Los príncipes le hicieron una seña para identificarse y el tipo se acercó solícito para ayudarles con las maletas.

—¿Han tenido un buen vuelo?

—Bueno, excepto por el retraso —dijo el príncipe—. ¿Vamos al hotel?

—Me temo que debido a la demora del avión —respondió el asistente mientras empezaba a empujar el carrito de equipajes en dirección al aparcamiento—, nos vemos obligados a ir directamente a la Fundación.

—*Merde!* —dijo la princesa—. Yo necesito darme por lo menos una ducha antes

de la conferencia de mi marido. Además quiero ver a Sophie.

—Hagamos una cosa —propuso el príncipe—. Deje a mi esposa en el hotel y lléveme luego a mí directamente al salón de actos. Total, mi mujer ya se sabe la conferencia de memoria.

Tres horas más tarde, la conferencia del príncipe Bonaparte había llegado a su fin y el moderador había abierto un turno de preguntas en el que los asistentes, a diferencia de lo que suele ocurrir con frecuencia en este tipo de actos, estaban participando activamente. Un joven preguntó:

—Ha dicho usted hace un rato que tiene la certeza de que el emperador fue envenenado en Santa Elena. ¿Tiene alguna prueba?

—Si se refiere a alguna prueba forense, desde luego que no —respondió el conferenciante—. Tengan en cuenta que mi tío murió en 1821, y hasta 1836 no se descubrió el test de Marsh, que permite detectar en un cadáver hasta el más pequeño rastro de arsénico, incluso muchos años después de que se haya producido el fallecimiento.

—Pero ¿envenenado por quién? —preguntó una anciana. ¿De quién sospecha?

—Del gobernador de la isla, naturalmente. Que era un varón, por si lo quiere saber. Lo aclaro porque son ustedes, las mujeres, las que tienen fama de envenenadoras.

Hubo algunas risas entre los asistentes.

—Aunque la aclaración es superflua —prosiguió el príncipe— porque, si incluso hoy es difícil imaginárselo, en aquella época era literalmente impensable una mujer al frente de una guarnición militar.

—¿Envenenado por los ingleses! ¿Tiene alguna prueba? —preguntó un señor de grandes orejas que no podía disimular su acento británico.

—No. Pero cuando el emperador llegó a esa isla de mala muerte en la que le encerraron los ingleses tenía cuarenta y siete años y una salud excelente. A los pocos meses se le empezaron a hinchar las piernas y comenzaron los achaques: dolores de cabeza, diarreas, insomnio. Su repentina mala salud se prolongó a lo largo de seis años, y durante las semanas previas a su fallecimiento, estuvo vomitando varias veces al día. Él mismo llegó incluso a insinuar que estaban envenenándole, que no me parece una idea descabellada, si tenemos en cuenta que uno de sus camaradas y dos de sus sirvientes habían muerto en la isla antes que él.

—¿Nos podría contar algo más de su presunto envenenador? —preguntó el moderador—. ¿Y qué razones tenía para envenenar a su tío?

—El asesino fue, casi con certeza, el gobernador de la isla, sir Hudson Lowe. Era un tipo rígido e inflexible que se dedicó a aplicar las directrices sobre seguridad que le había dado su ministro de manera implacable. No estaba dispuesto a correr el

riesgo de que mi antepasado le dejara en ridículo fugándose —ya lo había hecho de Elba en 1815— una segunda vez. Humillaba al general con prohibiciones absurdas, por ejemplo, no le dejaba montar a caballo sin que le siguiera un escolta. Santa Elena no tenía ni siquiera puerto, así que los barcos tenían que fondear en la bahía. Los acantilados eran de 300 metros. ¿Adónde podría haber ido mi pobre antepasado? ¡Era absurdo! Napoleón tampoco consiguió que el gobernador le llamara majestad, como era su deseo. Tuvo que resignarse al tratamiento de general Bonaparte.

—Una auténtica desgracia —dijo irónicamente el espectador inglés—. Yo no hubiera podido sobrevivir a semejante humillación. Pero de lo que usted cuenta a la acusación de asesinato hay un buen trecho. Perdóneme, pero he leído en algún lugar que últimamente se da más crédito a la posibilidad de que Napoleón muriese de un cáncer de estómago o de algún trastorno hepático.

Tras fulminar con la mirada al inglés, el príncipe Bonaparte dijo sin poder disimular su irritación:

—¡Paparruchas! Como saben, Napoleón fue enterrado en Santa Elena, pero como he dicho en la conferencia, en 1840 se exhumaron sus restos, que estaban muy bien conservados, y se llevaron a París. Un siglo después, a comienzos de los sesenta, un equipo de investigación, del que formaban parte un dentista y un experto en toxicología, analizó los síntomas de los que se quejaba Napoleón y vieron que encajaban con los de un envenenamiento progresivo con arsénico. El equipo pudo conseguir algunos cabellos del emperador, que al parecer le fueron cortados al día siguiente de su fallecimiento.

El príncipe debió de darse cuenta de que se estaba acalorando en exceso y se detuvo un momento para dar un trago al vaso de agua que no había tocado durante la charla. Luego continuó:

—Estas muestras de pelo fueron analizadas con procedimientos altamente sofisticados y se llegó a la conclusión de que había en ellas una presencia de arsénico muy superior a la normal. Créanme, mi antepasado fue asesinado, y la única persona con un móvil plausible era su archienemigo en la isla, el gobernador Lowe, que tras su muerte pudo vivir sin la angustia de ser puesto en evidencia por el prisionero más famoso de la historia.

Una mujer rubia que había llegado con algo de retraso a la conferencia y no había podido ya encontrar sitio en el patio de butacas dijo de pie, desde el fondo de la sala:

—¿Y qué pasa con Beethoven?

La pregunta fue formulada en un tono de voz tan impertinente que pareció más bien una blasfemia. Decenas de asistentes volvieron la cabeza para tratar de identificar a la mujer, que se ocultaba tras un gorro de tela marrón y unas gafas oscuras. Durante varios segundos el revuelo en la sala fue comparable al que se hubiera armado en una boda de haber aparecido un segundo pretendiente en plena

ceremonia. El moderador y el príncipe intercambiaron en la mesa algunas frases al oído, que tenían por objeto establecer si la pregunta debía ser o no soslayada, y cuando se hizo evidente en la sala que el conferenciante no pensaba esquivarla, el público calló rápidamente para no perderse ni un solo detalle de su reacción.

—¿Beethoven? —dijo el príncipe—. Perdona, pero no sé adónde quiere ir a parar.

—Beethoven odiaba a Napoleón. Hasta el punto de que le retiró la dedicatoria de su *Sinfonía Heroica* cuando se enteró de que había traicionado los ideales de la Revolución francesa autoproclamándose emperador.

El príncipe prorrumpió en una carcajada de estupefacción.

—¡Y luego me acusan a mí de creer en conspiraciones! ¿Insinúa de verdad que Beethoven pudo tener algo que ver con el envenenamiento de Napoleón?

—Beethoven, señor mío, estuvo íntimamente ligado a la más perversa de las sociedades secretas de aquel tiempo, los Illuminati. No sé si sabe que la *Cantata por la muerte del emperador José II* que compuso Beethoven fue financiada directamente por esta secta.

—Los Illuminati simpatizaban con el emperador austríaco —respondió Bonaparte algo nervioso—. Muy bien. ¿Y qué?

—Que Austria, mi querido príncipe, era enemiga mortal de Napoleón.

5

El día del concierto, Daniel estuvo muy inquieto y distraído.

A primera hora de la mañana llamó a Humberto para preguntarle si podía encargarse él de ir a recoger a Alicia al aeropuerto y de llevarla hasta su piso, del que además le tenía que entregar un juego de llaves.

La voz de su amigo sonó fría y distante al otro lado del teléfono.

—¿Te ocurre algo? —preguntó Daniel, que ya había olvidado la sesión de hipnosis musical del día anterior.

—La música que me hiciste oír. Ha tenido efectos devastadores.

Daniel empezó a sentirse culpable en el acto.

—¿Estás hablando en serio? ¿Has decidido no casarte?

—No exactamente, Daniel. Pero por la noche se me ocurrió comentar con Cristina que tal vez podríamos considerar un aplazamiento y no sabes la que se ha montado.

—¿Pero tú eres idiota? ¿Cómo se te ocurre plantear un aplazamiento a poco más de un mes de la boda?

—En mala hora me trajiste esa música infernal.

—No intentes responsabilizarme a mí ahora de tus conflictos de pareja. En todo caso, échale toda la culpa a Beethoven.

—No sé qué hacer, ni siquiera estoy triste, es como si no pudiese creerme yo mismo lo que me está pasando.

Daniel permaneció en silencio unos segundos, tratando de buscar la mejor manera de echarle un cable a su amigo. Por fin añadió:

—¿Quieres que llame yo a Cristina?

—¿Y qué le vas a decir? ¿Que la culpa es de un disco?

—Llámala tú entonces y pídele perdón. Dile que anoche estabas borracho, yo qué sé, cualquier disculpa, pero tienes que pelear por ella.

—Díselo tú mismo, porque está aquí a mi lado, pringao, que eres un pringao.

—¡Hijo de puta! ¿Era una trola? ¡Te voy a matar!

—No —dijo Cristina, que ya se había hecho con el control de auricular—, la que te voy a matar soy yo, por tratar de comerle el coco a mi novio tan cerca de la boda.

La voz sonaba divertida y zumbona, y Daniel se percató en el acto de que la pareja se había estado divirtiendo a su costa.

—Sois unos cabrones. Casi me da un infarto.

—Bueno —dijo Cristina—, además de para tratar de fastidiarnos el día más feliz de nuestra vida ¿para qué llamas?

—Necesito que vayáis a recoger a Alicia al aeropuerto esta tarde, que la traigáis hasta mi apartamento y que le deis las llaves. Si no, se queda en la calle.

—¿No os veis desde hace semanas y pasas de ir a buscarla? Tío, el que no se casa seguro eres tú.

—Tengo un concierto esta tarde al que no puedo dejar de ir.

—¿Un concierto? Búscate otra excusa más convincente, porque te digo yo que con esa la cagas seguro.

—Es un concierto muy especial, no tengo tiempo de explicároslo ahora.

Hubo una pausa en la que Daniel oyó conversar a la pareja en segundo plano sobre la complicada agenda que tenían ambos ese día. Después fue Humberto el que se puso al teléfono:

—Te llamo a media mañana y te digo seguro si podemos ir a buscar a Alicia uno de los dos.

Tras impartir las clases que le tocaban ese día, Daniel corrigió un par de exámenes en su despacho y regresó a su casa para mudarse, aunque como hacía un calor inusual para ser el final del verano, no se vistió inmediatamente. Prefirió quedarse un rato en calzoncillos, servirse una Coca-Cola con mucho hielo, poner el ventilador a tope y conectarse a internet para averiguar si en la página web de Thomas había alguna mención a su viaje a España o alguna noticia de última hora relacionada con la originalísima pieza que estaba a punto de escuchar en la residencia de Jesús Marañón: el primer movimiento reconstruido de la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

Si Daniel se hubiera acordado de vaciar su buzón de voz en ese momento, habría escuchado los dos mensajes que le habían dejado grabados ese día: uno, del director de su sucursal bancaria, para decirle que tenía que aportar unos quinientos euros a su cuenta corriente si no quería quedarse en números rojos en cuanto vinieran los próximos recibos; el otro, de Humberto, para advertirle de que, a causa de los intensos preparativos de boda, ni él ni Cristina iban a poder encargarse de recoger a Alicia en el aeropuerto.

Pero Daniel tenía la cabeza tan ocupada en el extraordinario experimento musical de Ronald Thomas que no solo no se ocupó de escuchar los mensajes sino que dio por hecho que su amigo le iba a solucionar su pequeño problema logístico con Alicia.

En la web de Thomas no había la más mínima mención al concierto ni a su viaje a España, lo que vino a confirmar el secretismo con el que se estaba llevando a cabo toda la operación. Daniel dejó de lado un artículo, que no le aportaba nada nuevo, en el que se decía que un amigo de Beethoven llamado Karl Holz se jactaba, en cartas de la época, de haber escuchado tocar al piano al propio compositor el primer movimiento de la *Décima*. Por lo tanto, no parecían tener mucho fundamento los rumores, quizá alimentados por el más intrigante de los amigos del músico, Anton Schindler, de que Beethoven jamás llegó a aventurarse en una décima sinfonía. En otra página se hacía alusión a la otra habladuría que él acababa de compartir con

Durán: la existencia de un supuesto manuscrito íntegro de la obra, que todavía no había sido descubier... ¡Pof!

La pantalla del ordenador se fue a negro. Toda la luz del barrio empezó a brillar por su ausencia, debido a una sobrecarga en la red. El consumo masivo de aire acondicionado en toda la ciudad estaba pasando factura.

Daniel se puso la ropa que iba a llevar al concierto —unos vaqueros limpios, una camisa azul de manga corta y unos mocasines náuticos— y, como no tenía otra cosa que hacer, bajó a zamparse un perrito caliente en el bar de la esquina. Sabía que en cuanto llegara Alicia no iba a poder, no ya comer, sino ni siquiera mencionar la comida basura que tanto le gustaba, así que tenía que aprovechar estas últimas horas de soltería.

Maldición. La máquina de calentar el pan que había en el bar no funcionaba, debido al apagón, así que cogió la Buell Streetfighter de 1200 cc. con la que se desplazaba a todas partes, para comérselo en el parque donde hacía jogging. Los perritos de ese puesto, pionero en la ciudad, e instalado a imitación de los que Daniel había visto tantas veces en las películas americanas, le encantaban. La casa de Marañón no estaba lejos de allí y podría dejar primero la moto en el garaje del Departamento —con su aspecto de luchador musculoso, la Buell era una pieza muy codiciada por los rateros y Daniel no se atrevía nunca a dejarla en la calle— e ir luego dando un paseo tranquilamente.

El hombre del puesto de perritos se sonrió al verle llegar.

—¡Ya le echaba yo de menos hoy!

—Pues aquí me tiene. Pero esta vez no pinche tanto el pan, que la mostaza y el ketchup chorrean luego por el otro lado.

Le pareció notar un fugaz destello de odio en los ojos del vendedor, como si con ese comentario hubiera puesto en duda su profesionalidad.

—Usted es músico, ¿no?

—Soy musicólogo. ¿Por qué?

—Es que le veo entrar y salir muchas veces del edificio ese. Aquí tiene su perrito.

El vendedor se aburría y trató de embarcar a Daniel en una charla de cierto calado, como les pasa a los taxistas que llevan tiempo sin hacer una carrera.

—O sea, que usted tocar, poco.

—Toco algo el piano, pero no para tirar cohetes. Los musicólogos nos dedicamos a investigar. Sobre partituras y esas cosas. Casi le diría que la diferencia entre un músico y un musicólogo es tan grande como la que pueda haber entre un tocón y un tocólogo.

—Ja, ja, muy bueno. Pues mi hijo es un tocón, toca la guitarra que da gloria verle. Aunque yo no le animo mucho, porque los músicos pasan más hambre que el perro

de un ciego.

—Hombre, si uno toca muy bien, no. Desde luego, como no se vive bien es de musicólogo, se lo puedo asegurar.

—A muchos, como no nos toque la bonoloto...

—Yo no juego. Para dejar de estar a la cuarta pregunta tendría que atracar un banco. O tener un golpe de suerte y llegar a descubrir una partitura muy valiosa. Sí, con un manuscrito inédito me pondría en órbita.

El de los perritos le miró con una expresión divertida, casi cómplice, y desde luego, no exenta de codicia.

—¿De cuánto dinero estaríamos hablando?

—De muchísimo. Por una partitura íntegra de la *Novena Sinfonía* de Beethoven, ¿sabe cuál le digo?

El otro se puso a tararear, afinando bastante, por cierto.

—Taaa, tata, tata, tata, no lo voy a saber, el Himno a la Alegría.

—Eso es. Pero el Himno a la Alegría es solo una parte. Por la sinfonía entera, en un manuscrito de más de quinientas páginas, se llegaron a pagar, hace un par de años en una subasta en Londres, 2.133.000 libras esterlinas, más de tres millones de euros.

—¡Tócate las narices! —dijo el vendedor, que evidentemente había imaginado una cantidad netamente inferior a esa.

—Y le estoy hablando de una partitura que ni siquiera estaba manuscrita por Beethoven. Estaba llena de acotaciones tuyas, pero era una copia de un copista.

—¿Y quién puede soltar semejante dinerito por un trozo de papel? ¿Algún museo o algo?

—Un coleccionista privado, que además ni siquiera estaba en la sala. Pujó por teléfono. Son los más *grillaos*.

—Pues ya tiene resuelta la vida, amigo. Encuentre una partitura de esas y se terminaron las tonterías. Y cuando dé con ella, acuérdesse de su amigo Antonio. Bueno, que no me he presentado: Antonio Peñalver, para servirle.

Daniel le estrechó la mano de mala manera, porque la tenía aún pringosa de ketchup. En realidad solo llegó a entregarle el meñique. Además el saludo le pilló con medio perrito en la boca.

—Yu mu llumu, grumpf, grumpf.

—Coma tranquilo, por Dios. Solo faltaría.

Pasó casi un minuto antes de que Daniel pudiera deglutir el bolo de pan y salchicha que se le había formado en la boca. El concierto le había puesto ansioso.

—Le decía que yo me llamo Daniel Paniagua.

El vendedor estaba como ido, totalmente enfrascado en cálculos monetarios.

—Con tres millones de euros ¡vamos!, le doy una patada al carro este que lo mando al cerro de Garabitas.

—Pues eso se paga por una partitura ya conocida. Ahora imagínese usted que la partitura que se descubre es completamente nueva. Como cuando aparece un cuadro nuevo de Picasso.

—Ya le veo venir.

—Imagínese, por ejemplo, que se descubre otra sinfonía de Beethoven. La *Décima*. En un manuscrito de puño y letra de Beethoven. Música genial, que nadie ha escuchado jamás, porque nunca se ha llegado a interpretar.

—Ahí nos podemos ir fácil, por lo que usted me cuenta, a los seis millones de euros.

—O a los treinta, ¿quién puede saberlo? ¿No leyó usted hace poco en la prensa que por un cuadro de Klimt se pagaron 135 millones de dólares? Y Klimt es un gran pintor, pero no es Goya ni Velázquez.

—No sé quién es Klimt. A menos que se refiera usted a Klimt Eastwood.

—A lo que voy es a que la *Novena Sinfonía* de Beethoven está considerada como uno de los grandes logros artísticos de la humanidad, comparable al *Hamlet* de Shakespeare o al *Quijote* de Cervantes. Y como Beethoven se iba superando de sinfonía en sinfonía, la *Décima* podría encerrar tesoros musicales aún mayores que su hermana pequeña.

—¿Y hay alguna pista de dónde puede estar? Se lo digo porque mi cuñado es taxista y si hay que llevarle a donde sea, él le lleva.

—Por no saber, no se sabe ni siquiera si existe.

El del puesto se había quedado pensativo. Casi se diría que preocupado. Era evidente que tenía una pregunta en la recámara pero que no se animaba a disparar. Tal vez porque la pregunta le parecía demasiado estúpida, o quizá por miedo a que se notara demasiado lo poco que sabía del tema.

—¿Y si se descubre la sinfonía esa y resulta que es...

—¿Que es falsa?

—No, falsa no. Que es una mierda.

—Pero ¿por qué dice eso?

—Dicen que Beethoven era sordo, ¿cómo podía saber si lo que escribía sonaba bien o sonaba mal?

—Es que Beethoven no era sordo: se quedó sordo, que es muy distinto. Y además no se quedó sordo de golpe, fue un proceso muy gradual.

—Bueno, pero al final estaba como una tapia, ¿no? Y comprenda usted que para una persona que no sabe de esto, un músico sordo es como un pintor ciego, da hasta risa.

—Pues más risa le va a dar cuando le diga que algunos afirman que componía mejor por ser sordo.

—Vamos, no me tome usted el pelo. ¿Quiere otro perrito?

—De verdad que no. Tengo un concierto dentro de un rato, precisamente relacionado con este tema, y seguro que luego hay un refrigerio cojonudo. Prefiero reservarme.

—Yo un músico sordo no lo entiendo. Es que hasta no lo veo ético.

—¿Y si la profunda originalidad de Beethoven en sus últimos años se debía precisamente al hecho de que no podía oír nada? Cuando escuchas música de otros compositores, aunque sea a un nivel subconsciente, esa música te influye y condiciona tu manera de componer. Aunque no plagies. Pero si no puedes oírla, las ideas forzosamente han de salir de tu magín y solamente de tu magín.

—Pues a ver si hay suerte, hombre, y encuentra la sinfonía esa.

Se estaba aproximando un grupo de escolares y el del puesto dio por terminada la conversación, al ver que había negocio a la vista.

Daniel le estrechó la mano otra vez para despedirse y dejó el campo libre a la clientela que se acercaba.

Antes de ponerse en marcha hacia el concierto, se cercioró de que llevaba encima la invitación que le había facilitado Durán y se quedó mirándola. Recordó escándalos musicales famosos, como el estreno en París de *La consagración de la primavera* de Stravinsky, en la que hubo hasta puñetazos entre los partidarios y detractores de la pieza. O la *première* de *La Traviata* de Verdi en Venecia, en la que la soprano estaba tan sana y rolliza que el público estalló en una carcajada cuando el médico canta: «La tisis está tan avanzada que solo le doy unas horas de vida».

Pero aquellas eran obras concretas. «Esta es la primera vez que se puede armar una buena por una sinfonía que ni siquiera existe».

6

A poca distancia de allí, el teléfono de la lujosa suite del hotel Palace en la que estaba hospedada Sophie Luciani, la hija de Ronald Thomas, llevaba sonando desde hacía un minuto sin que nadie se dignara cogerlo. Por fin se abrió la puerta del cuarto de baño y apareció una atractiva mujer, de unos treinta años de edad, con el pelo mojado y envuelta en una gran toalla con las iniciales del hotel, que descolgó el teléfono, embadurnando el auricular de espuma.

—¿Sí?

—¿Dónde estabas? —dijo la princesa Bonaparte—. Llevo diez minutos llamándote.

—En la bañera. No oía el teléfono porque ya sabes que me meto con el iPod.

—¿Pero eso no es peligroso, querida? Al fin y al cabo es un aparato eléctrico. Si un día se cae al agua vas a darnos un disgusto, Sophie.

—En todo caso el disgusto me lo llevaría yo, ¿no crees? Pero no temáis ni Louis-Pierre ni tú, porque este aparato funciona con una batería ridícula. Si el Ipod se me cayera el único que saldría pasado por agua es Lucio Dalla, porque tengo casi todos sus discos metidos en él. ¿Ocurre algo?

—Louis-Pierre no se encuentra muy bien. ¿Te importa que no te acompañemos al concierto?

—En absoluto. Puedo llamar a Olivier y decirle que voy con él. ¿Qué le pasa a tu maridito?

—Él dice que es algo que comió anoche. Yo creo que lo que se le indigestó fue un señor que, al parecer, se puso a hacerle preguntas impertinentes después de la conferencia.

—¿Quieres que me quede yo también?

—No, Sophie, qué tontería. Es el concierto de tu padre, le puede dar algo si no apareces. Ve tranquila, disfruta de Beethoven y mañana hablamos.

La mujer colgó el teléfono del hotel y al incorporarse para ir a coger su bolso, que había dejado sobre una mesita baja junto a la chimenea, pisó la toalla con la que estaba envuelta y esta cayó al suelo, dejándola completamente desnuda. Alarmada, echó un rápido vistazo a la ventana de la habitación, para comprobar si la observaban, pero al darse cuenta de que estaban los visillos corridos, se relajó y decidió no recoger la toalla del suelo. Hurgó en su bolso y de él sacó dos objetos: un teléfono móvil de última generación y una pequeña y extraña rueda de madera, compuesta por dos circunferencias concéntricas llenas de letras y números. Después de trastear durante unos segundos con las ruedas, que giraban una alrededor de la otra en las dos direcciones, envió un SMS a uno de los nombres almacenados en la memoria del teléfono:

¿Recuerdas la clave? XZF D YZGCNZYSZ

A Jesús Marañón no le gustaba que sus amigos dijeran que su fantástica mansión era una vivienda de lujo, porque «lujo» es demasía en el adorno, en la pompa y en el regalo, y su palacete no daba en ningún momento la sensación de estar sobrecargado de elementos superfluos, como los de los nuevos ricos. A menos claro está, que se pueda considerar superfluo tener en el jardín un par de esculturas de Brancusi. «Lujo» es también abundancia de cosas no necesarias y, desde este otro punto de vista, la residencia de Jesús Marañón, situada en la exclusiva colonia de chalets La Cruz del Monte, tampoco podía calificarse de «lujosa mansión», porque Marañón necesitaba todos y cada uno de los detalles de los que se rodeaba a diario para sentirse en paz consigo mismo. Las cámaras de videovigilancia inalámbricas y diseñadas por Issey Miyake, por ejemplo, que estaban situadas a lo largo de todo el perímetro de la parcela de 10.000 metros cuadrados, no solo eran el último grito en tecnología japonesa de seguridad, sino que habían sido encastradas, con fines exclusivamente estéticos, en unas carcasas esféricas de color azabache que habrían puesto los dientes largos hasta a los mismísimos Bang & Olufsen. La mansión, llamada La Iphigénie (por *Ifigenia en Táuride*, de Gluck, la ópera favorita de la esposa de Marañón) era en realidad más conocida por su sobrenombre, El Pradín: la cantidad de pinturas valiosas que había en el interior, incluyendo dos Zurbaranes y un Velázquez, era de tal calibre que bien podía decirse que aquel palacete era un Museo del Prado en miniatura.

Cuando Daniel llegó al Pradín, ni siquiera tuvo que mostrar la invitación, porque el propio Marañón, que estaba en el jardín, muy cerca de la puerta de entrada, recibiendo a los invitados, le invitó a pasar con un gesto de la mano. Durante unos instantes, a Daniel le pareció que el vigilante de seguridad se había quedado mortificado por no haber podido cachearle antes de franquearle la entrada.

—Tú eres uno de los chicos de Durán, ¿no? —dijo Marañón tendiéndole la mano, mientras sostenía en la otra una copa de champán Clos du Mesnil del 95.

Era un tipo corpulento, de unos sesenta años de edad, excepcionalmente ancho de hombros, con una nariz compacta y prominente que a Daniel le recordó el garfio de un tomahawk. Lucía un bronceado impecable y a pesar de que había bastante luz ambiental, sus ojos despedían a veces un resplandor entre verdoso y dorado, como de felino nocturno.

—Trabajo en su Departamento —dijo Daniel matizando el aserto de su anfitrión.

—¿Y te llamas?

—Paniagua. Daniel Paniagua.

—Bienvenido a mi humilde mansión, Daniel. Te he reconocido precisamente porque no sabía quién eras, aunque me imaginaba que Durán se las arreglaría para

mandar a un espía —es broma, no te ofendas— y me he dicho: el que no me suene, ese es. Que sepas que los amigos de Jacobo son mis amigos. Supongo que él te habrá contado el rollo de siempre, de que yo le he vetado y patatín, patatán. No le creas una palabra, siempre le ha gustado hacerse la víctima, ya sabes cómo son los politicastros. Si hoy no ha venido al concierto ha sido porque no le ha dado la gana. ¿Un poco de champán?

—Sí, muchas gracias.

Con la facilidad de un ilusionista, y mediante un gesto casi imperceptible de la cabeza, Marañón hizo surgir de la nada, como si fuera una paloma, a un camarero con una bandeja atestada de copas.

—Las dos de la izquierda son del que estoy tomando yo, pero aunque es el más caro del mundo, y desde luego exquisito, no te lo recomiendo para empezar. Prueba este otro, Bollinger del 97; te va a resultar curioso, se saca de la uva Pinot Noir, y tampoco es que lo regalen, ¿eh?

Daniel aceptó la copa que su anfitrión había seleccionado de la bandeja y propuso un brindis musical:

—¡Por Beethoven!

Marañón entonces hizo algo que divirtió a Daniel, por más que lo dejara totalmente desconcertado: recitar unos extraños versos que decían:

Salud, fuerza y unión son mis deseos
al apurar este vino en mi garganta.

Para luego entrechocar tres veces seguidas su copa, antes de beber el primer sorbo.

A continuación le tuvo diez minutos de reloj tratando de explicarle cómo había sido en realidad el incidente con su hija y Van Asperen, al que él llamaba, para exhibir su familiaridad con el artista, Bob.

Daniel se pasó medio relato lanzando miradas fugaces —no quería dar la impresión de que no le interesaba el relato de su anfitrión— a una mujer morena, de melena espectacular, que llevaba puestos unos pendientes de aro con los que se hubiera podido bailar el *hula hop*. Llevaba un vestido negro de noche, muy escotado, de tirantes finos y corte asimétrico en el bajo, que dejaba al descubierto una de las rodillas. A Daniel se le ocurrió que tenía aspecto de ser italiana y llamarse, por ejemplo, Silvana. Ella no llegó a mirar en su dirección ni una sola vez.

—... así que cuando vino Bob, y sabiendo que a Claudia, mi hija, le encanta el repertorio barroco, fue Jacobo el que me dijo que le iba a pedir que al final, en la propina, la sacara a cantar un par de arias. A Durán siempre le ha gustado impresionarme, y este ofrecimiento era su forma de decirme que, aunque no tenga un duro, los artistas del mundo entero comen en su mano. Y lo cierto es que las arias ya

estaban pactadas: Claudia iba a cantar, acompañada al clave por Bob, *Schafe können sicher weiden*, de la Cantata 208.

—Ah, sí, la Cantata de la caza —dijo Daniel.

—En efecto. La otra era *Komm, komm, mein Herze steht dir offen*, que creo que es de la Cantata 159.

—De la 74 —corrigió Paniagua, que no pudo dejar de admirarse por el impecable acento alemán con que pronunciaba su interlocutor.

—El caso es que a última hora, Bob empezó a quejarse de que él y Claudia no habían podido ensayar y que prefería dejarlo para otra ocasión y Jacobo se enfadó muchísimo. Pero no con Bob, que al fin y al cabo era el que había pegado la *espantá*, sino conmigo, que no tenía culpa de nada. Me acusó de haber saboteado los ensayos de Claudia, cuando yo lo único que le dije es que, de los dos días de ensayo, uno había que modificarlo, porque se casaba mi sobrina Patricia en Barcelona y mi hija no podía faltar. Durán se debió de sentir muy impotente o muy inútil, al no poder conseguir algo tan simple como hacer coincidir nuestros calendarios, y para no quedar en ridículo consigo mismo, empezó a montarse en su cabeza la película de que era yo quien le había impuesto que mi hija cantara. Bueno ¿y tú qué? —dijo Marañón para dar por terminado ya el relato.

Daniel pensó que seguían hablando de Van Asperen.

—Ah, yo no entro ni salgo en esta historia. Además, cuando lo de Van Asperen yo estaba con hepatitis.

Marañón sonrió zumbonamente al oír la respuesta de Daniel. Retiró con agilidad de una bandeja otra copa de Clos du Mesnil que estaba a punto de caer en manos de un gordo con tirantes y dijo:

—No te estoy pidiendo que tomes partido, hombre. Te pregunto que a qué aspiras en la vida.

—¡Ah! Doy clases de musicología histórica. Y de momento con que no me echen...

—Virgencita, que me quede como estoy, ¿no? Bueno, ha sido un placer conocerte, Daniel. Disculpa pero estoy siendo un auténtico maleducado con el resto de mis invitados.

Y se fue a atender a su «clientela».

Daniel anduvo zascandileando por el jardín, sin cruzar palabra con persona alguna, durante muchos minutos. No conocía a nadie, por más que le sonaran algunas caras, y nadie le conocía a él: la sensación de aislamiento y soledad en medio de aquel gentío (podría haber allí reunidas ciento cincuenta personas) era total. Iba de un lado a otro, esperando que algún corrillo le aceptara en su seno, sonriendo forzosamente en cuanto su mirada se cruzaba con la de algún comensal, rogando al cielo que su

anfitrión, al verle incomunicado, se apiadara de él y le presentara aunque fuera al responsable del catering. Los únicos que parecían no tratarle como un apestado eran los camareros, que se le acercaban continuamente para tentarle con todo tipo de exquisiteces. Auténticas delicias gastronómicas que, probablemente, Daniel no volvería a degustar en su vida.

—Señor, ¿otro canapé de ajoblanco con tartar de atún y chutney de brevas?

—Sí, gracias.

Y se iba a un rincón a devorarlo, igual que una alimaña hambrienta, avergonzado de ser el único asistente a la reunión que no hablaba con nadie, pero que comía, y comía y comía, como si fuera un conejito bulímico de Duracell.

Su agonía terminó cuando Jesús Marañón se subió al rellano de las escaleras de piedra que conducían a su imponente residencia y pidió a todos los asistentes que le prestaran atención. A su lado, ligeramente en segundo plano, un tipo de pelo corto y canoso, nariz griega y gafas redondas de montura metálica, que resultó ser Ronald Thomas, el hombre que había osado reconstruir a Beethoven, miraba complacido desde lo alto a los asistentes y de vez en cuando saludaba con la mano a algún invitado o le guiñaba el ojo. Parecía conocer a todo el mundo.

Una vez que se hubo cerciorado de que todos sus invitados habían advertido su presencia en lo alto de las escaleras, Marañón se dirigió a ellos con gran solemnidad:

—Quiero agradeceros a todos que hayáis acudido a este acto, a pesar de la premura con la que hemos tenido que cursar las invitaciones. Lo cierto es que, debido a los múltiples compromisos internacionales del señor Thomas, esta velada ha estado a punto de no celebrarse, y me parecía temerario empezar a solicitar vuestra asistencia antes de poder confirmar, más allá de toda duda razonable, como se dice habitualmente, la disponibilidad de este auténtico genio musical. Pero al final hemos podido obrar el milagro y estamos a pocos minutos de ser testigos de un hecho artístico sin precedentes. Permitidme recordaros el motivo por el que estamos todos aquí. Por primera vez en la historia, y gracias al extraordinario tesón y talento de la persona que tengo aquí a mi lado, vamos a tener el privilegio de escuchar el primer movimiento de la *Décima Sinfonía* de Beethoven. ¿Qué me quieres decir, Ronald?

Thomas, que estaba visiblemente satisfecho con los elogios que le estaba dirigiendo su mecenas, había hecho un pequeño gesto a Marañón y cuando este se dio por aludido, recorrió los dos pasos que le separaban de él y le susurró algo al oído.

—Ronald me pide que aclare, para no dejar en mal lugar a sus anfitriones del hemisferio sur, que esta no es la primera, sino la segunda vez en la historia que se toca en público la *Décima*. La primera fue hace menos de un mes, en el auditorio del Departamento de Música de la Universidad de Otago, en la que, como sabéis todos, él imparte sus clases magistrales. Pero una vez dicho esto, queridos melómanos y melómanas que honráis hoy mi casa con vuestra presencia, también quiero dejar yo

claro a continuación, para no rebajar ni un ápice la importancia de esta velada, que esa supuesta *première* mundial de la *Décima Sinfonía*, primero, fue en Nueva Zelanda, que como está en las antípodas y a casi veinte mil kilómetros de aquí, para nosotros es como si no existiera. Y segundo y más importante, se trató de una versión al piano de la sinfonía, lo que los músicos llaman una reducción, interpretada por el propio Thomas. Y además, por lo que me han contado, ¡el piano estaba desafinado!

Thomas hizo un gesto con la cabeza como para confirmar las palabras de Marañón, que continuó diciendo:

—Lo que vamos a escuchar esta noche es la versión ya orquestada por este insigne maestro británico, aunque afinado en Nueva Zelanda, del primer movimiento de la *Décima*. El fragmento dura poco más de quince minutos. Después de escucharlo, podréis optar entre dar por concluida la velada —¿qué más se puede hacer después de escuchar a Beethoven?— o buscar otro tipo de esparcimiento, infinitamente más liviano aunque igualmente respetable, aquí en el jardín, esta vez con megafonía incluida.

Marañón señaló hacia el lugar donde un grupo de músicos de salsa estaba preparando micrófonos e instrumentos para el baile que se iba a desencadenar al finalizar el concierto. Luego, para terminar, añadió:

—No os preocupéis por el calor, porque dentro hay un acondicionador-humidificador de aire de última generación, y vamos a estar en la gloria. Ah, una última cosa, pero muy importante. Los que conocéis La Iphigénie sabéis que, aunque no vivo precisamente en una choza, esto no es el Auditorio Nacional: aquí no me caben ochenta músicos. Pero tampoco le cabían al príncipe Lobkowitz, uno de los mecenas de Beethoven, en cuyos salones se estrenó, por ejemplo, la *Heroica*. En aquellos tiempos se adaptaba el tamaño de la orquesta a las dimensiones del auditorio o a los músicos que estaban disponibles. Es lo que vamos a hacer esta noche. Para que os hagáis una idea, en la sección de cuerda tenemos solo tres violines, tres segundos violines, dos violas, dos chelos y tres contrabajos. No es lo que hubiera deseado Beethoven, pero sí hemos podido complacer al genio en una cosa: todos los instrumentos que van a sonar aquí esta noche son originales, es decir, reconstrucciones absolutamente fidedignas de instrumentos de la época. Así que la orquesta no va a sonar al volumen que hubiera querido él, porque somos un grupo reducido, pero su sonoridad, el color de la música, por decirlo de alguna manera, va a ser muy similar al que hubieran podido disfrutar los coetáneos del compositor.

Los invitados escuchaban en silencio reverente a su anfitrión, que los había empezado a transportar con sus palabras a la Viena imperial de finales del XVIII y principios del XIX.

—Y ahora, por favor, si tenéis la amabilidad de pasar al interior, vamos a ser testigos de excepción de un acontecimiento extraordinario: el estreno mundial del

primer movimiento de la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

Las palabras de Marañón, que habían conseguido despertar una enorme expectación en el público, fueron rematadas con un fuerte aplauso e inmediatamente aparecieron dos criados que abrieron las puertas de la mansión de par en par y los invitados comenzaron a pasar al interior.

—*Hurry up*, si no, el aire acondicionado se escapa. ¡Ffsssh! —dijo Thomas, al ver que algunos remoloneaban todavía en el jardín, en un intento desesperado por servirse y apurar una última copa antes del concierto.

Aunque resulte difícil de creer entre gente tan distinguida, hubo roces entre algunos espectadores por adueñarse de los mejores asientos, e incluso un par de caballeros, que habían bebido ya más de la cuenta, estuvieron a punto de llegar a las manos por una de las sillas, que nadie quería ocupar, al tener una pata medio rota. Daniel, que siempre experimentaba mucha vergüenza ajena cuando presenciaba agarradas de este tipo, se colocó en el otro extremo del salón, lejos de aquellos dos energúmenos que aún seguían regañando, jaleados por sus amargadas esposas.

Tuvo la inmensa fortuna de que fuera a sentarse a su lado la atractiva joven que había estado devorando con los ojos en el jardín, hacía escasos minutos. La acompañaba un hombre muy fuerte, completamente calvo y con aspecto de ser o un chófer o un guardaespaldas, o quizá ambas cosas a la vez. La mujer olía a fragancia oriental, y el penetrante y ambarado perfume, que era *Poison* de Christian Dior, dejó totalmente noqueado a Daniel durante el resto de la velada. El calvo y la chica hablaron bastante entre ellos, así Daniel pudo enterarse de que aquella misteriosa belleza no era italiana, sino francesa, y de que su nombre no era Silvana sino Sophie.

El auditorio de suelo de madera que había preparado Marañón recordaba a uno de esos salones románticos de comienzos del XIX que tantas veces había aprovechado Beethoven para «rodar» piezas de música recién compuestas. El compositor, por ejemplo, no solamente había estrenado la *Heroica* (que iba a estar dedicada en un principio a Napoleón Bonaparte), en el palacio de Lobkowitz, sino que llevó a cabo, en la residencia de su mecenas, varios pases privados de la misma. El genio se sirvió de estos conciertos de ensayo para introducir ajustes y modificaciones en la partitura, que fue finalmente estrenada de forma oficial ante el gran público, en el Theater an der Wien, el 7 de abril de 1805.

Jesús Marañón había prescindido de la iluminación eléctrica para dar más color al estreno y en su lugar, a lo largo de las paredes, decoradas con frescos decimonónicos, había mandado colocar decenas de candelabros de época, que conferían al lugar el aspecto de un decorado de película. La expectación en la sala era enorme, en parte por la importancia de la obra y en parte porque aunque los atriles y algunos

instrumentos descansaban ya sobre el escenario, los músicos no terminaban de hacer acto de presencia. Por fin, y cuando ya el público empezaba a impacientarse, empezaron a entrar los instrumentistas, que iban ataviados con peluca y librea decimonónica, y cuya aparición fue celebrada con una gran ovación. Una vez que la orquesta hubo afinado sus instrumentos, hizo acto de presencia Ronald Thomas, que evidentemente había sido el causante del retraso, pues se había tenido que cambiar de ropa y lucía una beethoveniana casaca de terciopelo marrón. El director, que también fue acogido con un gran aplauso, saludó al respetable y acto seguido le dio la espalda y se encaró con la orquesta.

Pero la música no empezaba.

Thomas levantaba los brazos una y otra vez como para iniciar el ataque del primer compás y tras mantenerlos en vilo durante algunos segundos, volvía a bajarlos sin decidirse a empezar el concierto. Daniel llegó a pensar que el músico se estaba sintiendo repentinamente indispuerto y que la velada iba a tener que ser cancelada. ¿O era el trac escénico lo que estaba llevando a Thomas a no poder arrancar de una vez? Algunos artistas llegan a padecer tal grado de ansiedad cuando se enfrentan al público que son capaces de cualquier cosa, con tal de evitarse ese conflictivo momento. Estuvo incluso a punto de telefonar a Durán en ese mismo instante, para contarle en directo lo que él creía que estaba a punto de suceder, pero tras dos o tres falsos comienzos, que lograron crear un dramático y muy musical silencio entre el público, Thomas dio por fin el ataque inicial y comenzaron a fluir los primeros compases del primer movimiento de la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

El inicio le recordó inmediatamente al inolvidable comienzo de la *Quinta Sinfonía*, solo que esta vez el Destino no golpeaba con cuatro notas en la puerta del genio, sino que el motivo era de dos acordes solamente, ¡PAM PAM! ¡PAM, PAM! ¡PAM, PAM!, que se repitieron hasta tres veces antes de que un exquisito y femenino tema, confiado a los instrumentos de viento, empezara a transportar a los oyentes a ese mundo beethoveniano de libertad, igualdad y fraternidad que tantas veces había logrado evocar el compositor en otras partituras. La música meció a los asistentes, durante, aproximadamente cinco minutos, en una atmósfera de gran ternura y delicadeza y luego, sin solución de continuidad (los músicos ponen *attacca* en el pentagrama cuando no hay que hacer pausa entre dos fragmentos musicales muy contrastantes entre sí) los sacudió con toda la vehemencia y ferocidad que es capaz de desplegar un *allegro agitato* de Beethoven. El genio parecía querer decirles con ese abrupto cambio: «Os he mostrado el mundo como a mí me gustaría que fuese (Daniel no pudo evitar asociar el andante con la canción “Imagine” de John Lennon) y ahora vais a verlo como en realidad es: crueldad, envidia, muerte, destrucción, aislamiento, tragedia». Aquello era Beethoven en estado puro, hasta el punto de que, incluso para oídos entrenados como los de Paniagua, resultaba imposible separar del conjunto qué

fragmentos era originales y cuáles habían sido compuestos por Thomas para facilitar las transiciones entre un episodio musical y otro.

Cuando terminó la música, que fue recibida con un fortísimo aplauso —y no con los silbidos y abucheos que había temido en un principio—, Daniel se dio cuenta de que tenía los ojos húmedos y un nudo en la garganta que le habría impedido hasta decir la hora en voz alta, en caso de que alguien se la hubiera preguntado en ese momento.

Daniel había quedado tan conmovido tras la audición de aquella música sublime que tardó casi dos minutos de reloj en poder levantarse de su silla. Su inmovilidad durante aquel lapso de tiempo fue tan absoluta y perfecta que uno de los dos criados que se estaban encargando de recoger las sillas una vez que los invitados hubieron terminado de vaciar el salón, se acercó a él con signos de ansiedad en el rostro, para preguntarle si se encontraba bien. Daniel, que comprendió enseguida que lo que el criado deseaba en realidad era constatar si estaba vivo, le tranquilizó al instante, y tras incorporarse al mundo de los seres animados, preguntó por el camerino de Thomas, pues deseaba felicitarle por el concierto.

—Aunque le explique cómo llegar —dijo el sirviente— se va a perder de todos modos, porque esta casa es muy, muy complicada. Si tiene usted la amabilidad de acompañarme, yo mismo le guiaré hasta la habitación que le hemos habilitado al señor Thomas como camerino.

El sirviente no había exagerado en modo alguno lo laberíntico del recorrido, pues la mansión estaba llena de tramos de escaleras y de rampas que tan pronto subían como volvían a bajar, de manera aparentemente arbitraria, creando gran variedad de pequeñas alturas y rellanos cuya función no acababa de explicarse Daniel.

—A don Jesús le encanta que las casas tengan lo que él llama ritmo visual —dijo de improviso su lazarillo, que pareció tener poderes de adivinación del pensamiento.

Tras muchos vericuetos, llegaron por fin hasta la puerta del improvisado camerino y el sirviente, que sentía que había cumplido ya con su misión, hizo ademán de retirarse.

—¡Espere! —le dijo Daniel—. No se vaya. ¿Cómo salgo yo de aquí cuando termine?

—No se preocupe, caballero. Yo estaré al tanto.

Y señaló hacia un punto concreto del techo del largo pasillo en que se hallaban, en el que Daniel creyó vislumbrar el inquietante ojo de una cámara de infrarrojos.

Daniel llamó con dos golpes secos a la puerta y esta se abrió tan de inmediato que se sobresaltó. Era como si la persona que estaba al otro lado, que no era otra que Ronald Thomas, hubiera permanecido alerta, con la mano en el pomo, para abrir la hoja de golpe en cuanto llamaran.

El músico vestía aún la casaca decimonónica que había lucido durante el concierto.

—Hola —dijo Daniel tendiéndole una mano que Thomas no llegó a estrechar—. Me llamo Daniel Paniagua y soy musicólogo. Quisiera felicitarle por el magnífico concierto que nos acaba de ofrecer.

—Muchas gracias —dijo Thomas en un tono de voz neutro, que no dejaba traslucir emoción alguna. Su actitud distaba mucho de la desenvuelta jovialidad que había exhibido antes del concierto. El músico no hizo el más mínimo gesto de querer franquearle la entrada, por lo que Daniel ni siquiera se atrevió a intentarlo y se resignó a hablarle desde el pasillo.

A pesar de que la hoja de la puerta no estaba abierta del todo y de que el cuerpo de Thomas obstaculizaba su visión del interior, Daniel pudo constatar que en el camerino no había nadie, a excepción del artista, hecho que llamó poderosamente su atención. Habitualmente, y más tras un concierto tan extraordinario como aquel, los admiradores abarrotan hasta tal punto esta clase de estancias que resulta más difícil abrirse paso entre la gente que avanzar por el interior de la selva amazónica sin estar pertrechado de machete.

—Disculpe que no le invite a pasar —dijo Thomas, que parecía tener la cabeza en otro lugar—. No es buen momento.

Desde que le abriera la puerta, el músico no había dejado de rodearse el cuello con la mano, como si algo le oprimiera la garganta.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Daniel, al recordar las vacilaciones que había tenido en el podio.

—Sí, perfectamente. Es solo una leve sequedad en la garganta. Me ocurre siempre, los días de concierto. Tendría que haber pedido que pusieran aquí dentro algunas plantas. Eso siempre alivia.

—De hecho —dijo Daniel, encantado de poder alardear un poco de sus conocimientos ante semejante eminencia— camerino en inglés se dice *green room* precisamente por eso. Desde los tiempos de Shakespeare, era costumbre que los actores llenasen sus aposentos teatrales de plantas y arbustos porque la humedad que desprendían era beneficiosa para sus voces.

—En otra ocasión me encantará discutir con usted sobre el teatro isabelino —repuso Thomas, que, ahora sí, había cambiado su actitud ausente por otra de franca irritación—. Tiene usted que disculparme.

Entonces Daniel hizo algo que jamás hubiera pensado que haría, que fue interponer su pie entre la hoja y la jamba de la puerta para impedir que Thomas se la cerrara en la narices. Antes de que este pudiera emitir protesta alguna, Daniel insistió:

—¡Si me concediera tan solo cinco minutos para hablar de la sinfonía!

Thomas le fulminó el pie con la mirada y Daniel pensó que se iba a librar de él

con un empujón, por lo que su sorpresa fue mayúscula cuando dijo:

—Está bien. Solo cinco minutos.

En el momento mismo en que Thomas se iba a hacer a un lado para facilitarle la entrada, sonó el móvil del músico, que este extrajo de la casaca y atendió inmediatamente. Daniel no llegó a escuchar ni un solo retazo de conversación, porque Thomas se retiró a la esquina opuesta del camerino y se dirigió todo el rato en un susurro a su misterioso interlocutor, con el fin de proteger la privacidad de su diálogo.

Este fue breve, aunque tuvo el gran inconveniente para Daniel de que hizo que Thomas cambiara súbitamente de opinión respecto a la entrevista.

—Lo siento, pero no puedo concederle ni cinco minutos. Me reclaman con urgencia en otro lugar —se excusó.

Y empujando suavemente con la mano a Daniel hasta el pasillo, dio por definitivamente zanjado aquel abrupto encuentro.

Cuando Daniel salió por fin de la residencia de Jesús Marañón diluviaba de tal manera que optó por no regresar a casa en moto y trató de parar un taxi. Pero precisamente a causa de la lluvia, los taxis estaban solicitadísimos y eso le obligó a tener que utilizar una complicada combinación de metro y autobús que provocó que llegara a su domicilio pasadas las doce de la noche, calado hasta los huesos.

Al ir a meter la llave en la cerradura del portal se dio cuenta de que en el umbral había una maleta y al agacharse a leer la etiqueta, comprobó con preocupación que era de Alicia. Miró a un lado y a otro de la acera, pero no vio a nadie. Incluso gritó varias veces su nombre, confiando en que se hubiera guarecido en algún escaparate cercano, desde el que pudiera oírle, pero al cabo de cuatro o cinco «¡Alicia!», se levantó bruscamente la persiana de un segundo piso desde el que un tipo con aspecto de transportista y con el torso al aire gritó enojado:

—¡Queremos dormir!

Daniel sacó entonces su móvil y comprobó con horror que estaba apagado. Lo había desconectado para que no sonara durante el concierto y luego, debido a la emoción de la velada, se había olvidado de volverlo a conectar. Al devolver a la vida al pequeño artilugio, leyó en la pantalla que tenía no menos de ocho llamadas perdidas de su novia. Estaba a punto de marcar su número cuando, justo delante de su portal, se detuvo, con un frenazo espectacular, como si fuera la policía llegando a la escena del crimen, un Volkswagen escarabajo de color rojo del que bajó de un salto su amigo Humberto.

—¿Y Alicia? —preguntó con preocupación—. Me ha llamado hace media hora diciendo que estaba sola y sin llaves, en plena calle y a medianoche.

—¿No habéis ido a buscarla? —exclamó Daniel al borde del ataque de pánico.

—Te dejé un mensaje en el buzón diciendo que no podíamos ir ni Cristina ni yo.

—¡No lo he oído! ¡Me va a matar!

Daniel se percató súbitamente de una figura femenina que venía en su dirección caminando por la acera de enfrente. A pesar de la oscuridad, tardó menos de dos segundos en reconocer la larga cabellera rizada de su novia.

—¿De dónde vienes? —preguntó Daniel en cuanto Alicia cruzó la calle para reunirse con él.

—De buscar cambio para la cabina telefónica. No sabes las veces que te he llamado esta tarde, hasta me he quedado sin batería en el móvil y todo. ¿Qué ha pasado?

—Ha sido un malentendido —terció Humberto—. Daniel pensaba que iría yo a buscarte al aeropuerto.

—¿Cómo dejas la maleta sola ahí en el portal? —dijo Daniel, que quería desviar

la atención de sí mismo para no tener que admitir que, durante varias horas, había olvidado por completo no solamente la llegada de su novia al aeropuerto, sino incluso su mera existencia.

—¿Qué querías que hiciese? No podía ir a buscar cambio, casi a ocho manzanas de aquí, arrastrando una maleta que pesa un quintal. ¿Por qué no has venido tú a recogerme?

Al intuir que se podía desencadenar una fuerte discusión de pareja entre Alicia y Daniel, y teniendo en cuenta además lo avanzado de la hora, Humberto decidió que lo más prudente era desaparecer del mapa.

—Bueno, pareja —dijo antes de subir a su Volkswagen—. Mañana hablamos.

Al quedarse sola con Daniel, esta se sintió libre para expresar la indignación que le había producido verse abandonada en plena calle y dijo:

—Como no me digas que se te ha muerto un familiar, cualquier otra excusa no me vale.

—No se ha muerto nadie, Alicia. Me habían invitado a un concierto muy importante al que no podía dejar de ir. La *Décima Sinfonía* de Beethoven.

Alicia no le dejó terminar la frase, sino que le interrumpió diciendo:

—Luego hablaremos de eso. Ahora lo que tienes que saber es que, en este momento, hay una cosa muchísimo más importante que el maldito Beethoven y todas sus sinfonías juntas.

—No entiendo. ¿Qué puede haber en el mundo más importante que Beethoven?

—Me he quedado embarazada.

Viena, la mañana posterior al concierto

Jake Malinak, el único guía turístico invidente de la Escuela Española de Equitación —y probablemente de toda Viena— le estaba explicando al grupo de visitantes que le habían confiado aquella mañana las generalidades más importantes del centro:

—Esta escuela de equitación es la más antigua del mundo. Se fundó en 1572 con caballos andaluces, los más renombrados de Europa. Aquí la doma clásica se practica en su forma más pura y apenas se ha alterado desde el Renacimiento.

Uno de los turistas le interrumpió para preguntar:

—Perdone, ¿es cierto que los caballos nacen negros y luego se vuelven blancos?

Malinak sonrió porque esa cuestión parecía intrigar a todo el mundo.

—El dato es correcto, caballero. ¿Cuántos de ustedes han visto la película *Marea Roja*, en la que se enfrentan Gene Hackman y Denzel Washington a bordo de un submarino nuclear?

Se irguieron varias manos en el grupo.

—Aunque no las pueda ver, sé que muchos tienen sus manos levantadas, porque esa película la están pasando continuamente por televisión. Ya pueden bajar los brazos, señoras y señores.

»Recordarán que en *Marea Roja*, Denzel Washington, que la última vez que pude verle era de color, le restriega a Gene Hackman el hecho de que aunque los lipizanos son blancos, cuando nacen son negros como el azabache y tardan ocho largos años en adquirir el blanco grisáceo que lucen en la escuela. A decir verdad, también hay muchos que nacen bayos, o sea, pardo-rojizos, con lo que si Denzel Washington hubiera sido indio, también habría podido jorobar al capitán.

El turista que había formulado la primera pregunta debía de sentirse ya portavoz del grupo porque volvió a intervenir.

—Gene Hackman también pierde una apuesta en la película al asegurar que los lipizanos son originarios de Portugal.

—En realidad, ni siquiera son españoles, sino árabes, lo que pasó es que el caballo árabe se convirtió luego en el andaluz. Cuando los Habsburgo, que reinaron en España durante muchos años, se enamoraron de estos animales y los llevaron a Viena, los cruzaron con los caballos del Karst, una raza que se conocía desde hacía siglos por su resistencia y robustez. Es decir, que la pequeña joya que es el lipizano, y digo pequeña porque mide 1,60 desde la cruz, es el resultado del mestizaje entre un aristócrata —el caballo andaluz— y un campesino —el caballo del Karst.

Una mujer japonesa se desentendió por unos instantes de las explicaciones del guía para tratar de sacar algunas fotos de la gran sala de exhibiciones. El ruido del obturador no pasó desapercibido para Malinak.

—Lo siento, no está permitido tomar fotografías ni filmar en vídeo, aunque con mucho gusto les aclararé todo lo que quieran saber de este lugar en el que estamos ahora, al que llamamos la Escuela de Invierno, por estar completamente a cubierto. Hasta 1920 esto fue un picadero privado, para aristócratas vieneses, y a partir de esa fecha las representaciones fueron abiertas al público. Además de exhibiciones ecuestres, bajo este techo color marfil, que cubre una auténtica obra de arte de carpintería interior, han tenido lugar importantes eventos históricos: Georg Friedrich Händel y Beethoven estrenaron aquí algunas de sus obras más importantes.

—¿Beethoven? Si se rumorea que odiaba los caballos —dijo un hombre de unos cincuenta y cinco años, muy alto y desgarbado, pero con aspecto de buena persona, que se había aproximado subrepticamente al grupo de turistas.

—Hola, Otto —dijo Malinak dirigiéndose al recién llegado con gran familiaridad—. Les presento al subdirector y veterinario jefe de la Escuela, el señor Otto Werner. Desprecia a Beethoven porque él ama a los caballos y parece ser, en efecto, que a Beethoven estos animales no le hacían una gracia excesiva. ¿Qué te trae por aquí, Otto?

El doctor Werner agarró del brazo al guía ciego y lo apartó del grupo, para poder hablarle sin ser escuchado por los turistas.

—¿A qué hora terminas aquí?

—Tengo otro grupo a la una y luego ya he acabado en la Escuela, pero pensaba irme a Baden después de comer. Toca Alfred Brendel en el Museo Beethoven que hay en la calle Rathausgasse, ¿por qué?

—Quiero hablar contigo de un asunto que me preocupa.

—Si es muy urgente, anulo lo del concierto.

—No, por favor. Lo que pasa es que yo mañana tengo que viajar a Piber, porque hay un semental enfermo, y tampoco quería demorarlo demasiado.

—¿No me puedes adelantar nada?

—Prefiero que lo hablemos con calma, en mi despacho, y no aquí en presencia de tantos turistas. Hacemos una cosa: voy a pedir tu horario de trabajo y yo te busco cuando sepa positivamente que no estás ocupado con ningún grupo.

Cuando Malinak oyó alejarse al doctor Werner, se volvió a su grupo de visitantes y preguntó:

—¿Dónde estábamos?

—Nos decía que Beethoven estrenó aquí varias obras.

—Ah, sí, Beethoven. ¿Sabían que en 1814, cuando ya estaba prácticamente sordo, dirigió en esta sala un gigantesco concierto en el que participaron más de setecientos músicos?

—¿Dígame?

—Daniel Paniagua, llevo llamándote un buen rato. ¿Por qué no coges el teléfono?

A pesar de que estaba aún más dormido que despierto, reconoció inmediatamente la voz de Durán. Ni siquiera conseguía recordar la última vez que el director del Departamento le había telefoneado a su domicilio, así que todos los dispositivos de alarma de su cerebro estallaron en un funesto unísono.

—Alicia y yo estuvimos hablando ayer hasta muy tarde, así que me fui a la cama a las tres de la mañana. ¿Qué hora es y por qué me llamas a casa?

—Son las diez de la mañana. No has oído la radio, ¿verdad? Acaban de dar la noticia. Anoche asesinaron a ese músico.

—¿A quién? ¿A qué músico? —respondió Daniel, tratando de hablar en el tono más bajo posible para no despertar a Alicia, cuyo sopor sin embargo era aún tan profundo que parecía no estar dormida, sino en coma.

—¿A qué músico va a ser? ¡A Thomas!

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? ¡Si solo hace unas horas que hablé con él!

—¿Que hablaste con él? ¿Cuándo?

—Después del concierto. Hace muy pocas horas.

—Pues lo han quitado de en medio. O como dijiste tú antes de ayer en mi despacho: lo han dejado fuera de la circulación.

—¿Se sabe quién ha sido?

—Es aún muy pronto para eso. Pero el cadáver de Thomas ha aparecido esta mañana en la Casa de Campo. Sin cabeza. Le han cortado la cabeza.

—¿Qué espanto! Pero ¿qué ha sido? ¿Un crimen sexual?

—De momento no se sabe más que lo que te estoy contando. Han encontrado el cuerpo hace tres horas. ¿Tienes clase hoy?

—Sí, a las once tenía la primera, pero pensaba pedirle a algún compañero que la diera por mí, para estar más tiempo con Alicia.

—¿Qué le pasa, está enferma?

—No exactamente.

—¿Está ahí contigo ahora?

—Sí, pero está durmiendo.

—Déjale una nota contándole lo que ha pasado y preséntate aquí en mi despacho dentro de quince minutos.

—¡Espera! ¡Si Alicia no sabe ni quién es Thomas! Déjame estar un rato con ella, que hace mucho tiempo que no nos vemos.

Se produjo un breve silencio durante el que Daniel casi pudo escuchar los engranajes de la mente de Durán, preparando la respuesta a la petición que le acababa

de formular. Por fin su jefe dijo:

—Acaban de asesinar a una persona. ¿Entiendes la gravedad del asunto? No es un accidente, ni un suicidio, es un crimen monstruoso cometido con nocturnidad y alevosía, un asesinato espeluznante del que ya está hablando todo el mundo. Y por lo que me acabas de decir, tú pudiste ser una de las últimas personas en ver a Thomas con vida. ¿De verdad quieres quedarte a remolonear en la cama con tu novia?

—Tienes razón —admitió Daniel acariciando con ternura la cabeza de Alicia, que seguía sin dar señales de vida—. Dame unos minutos para buscar a alguien que me sustituya.

—Ya le digo yo a Villafañe que dé la clase por ti. Nos vemos en mi despacho dentro de quince minutos.

—Tendrán que ser treinta por lo menos, porque tengo la moto en el Departamento. ¡Y además Villafañe no tiene ni puñetera idea de historia de la música!

—Mejor. Así tus alumnos te echarán de menos.

Antes de salir de casa, Daniel se agachó para darle un beso de despedida a Alicia y dejó la nota aclaratoria que le había sugerido Durán en un lugar bien visible.

Como en ningún momento llegó a verle la cara, que tenía vuelta hacia el lado contrario del que él dormía, Daniel no se dio cuenta de que, a pesar de su aparente inmovilidad, Alicia tenía los ojos abiertos.

Cuarenta minutos y cincuenta euros de taxi más tarde, Daniel Paniagua estaba junto a la mesa de la secretaria de Durán.

—Buenos días, Blanca. ¿Puedo pasar?

Además de mano derecha del director, Blanca Sierpes era la mujer más maternal con la que se había topado en muchos años. Olía a ropa recién planchada y sentía una debilidad especial por Paniagua. Hablaran de lo que hablasen, siempre se dirigía a él con un tono de voz con el que estaba proclamando a los cuatro vientos: «Eres mi profesor preferido». De haber tenido treinta o cuarenta años menos, Daniel estaba convencido de que hubiera terminado casándose con esta mujer.

—Durán te está esperando. ¿Has visto las fotos?

Daniel negó con la cabeza y Blanca giró hacia él el monitor de su PC, en el que, tras dos clicks de ratón, se abrió una foto estremecedora del cuerpo decapitado de Thomas. No había rastro alguno de la cabeza, ni laceraciones o hematomas visibles en la piel, pero, quizá por la manera en que habían manipulado el cuerpo para ocultarlo, el tronco y las extremidades parecían exteriorizar el mismo tipo de sufrimiento que se les inflige a los bonsáis a través de técnicas como la poda, el trasplante, el alambrado o el pinzado, que a Daniel siempre le habían parecido más propias de torturadores medievales que de aficionados a la jardinería. Solo el hecho

de que hubiera salido de casa a toda prisa, sin tiempo siquiera para desayunar, impidió que la náusea que sintió al contemplar aquel cuerpo descabezado, retorcido y contrahecho se transformara en vómito.

—Pobrecillo —susurró Blanca Sierpes—. A pesar de que sabes que está muerto, da la impresión de que todavía se está convulsionando. Hay que estar muy, muy enfermo para hacerle esto a un ser humano, ¿no crees?

La puerta del despacho de Durán se abrió bruscamente y este apareció resoplando.

—Blanca, por favor, no me lo entretengas. Anda, Daniel, pasa y cuéntamelo todo, desde «buenas, buenas».

Durán fue a cerrar la puerta del despacho, pero se lo pensó mejor y, con una sonrisa malévolamente, dijo:

—Blanca, dejo la puerta entreabierta para que pueda cotillear más fácilmente.

La secretaria de Durán se levantó de su asiento dando un bufido y cerró la puerta enérgicamente.

—No le puedo gastar ni una broma —dijo Durán—. Pero es la mejor.

Daniel se quedó mirando el retrato de Tchaikovsky que Durán tenía sobre la mesa y pensó que aquel era, tal vez, el único indicio en todo el despacho, que podría llevar a alguien a suponer que su jefe era gay. Pero la orientación sexual de Durán no solo no había estado nunca clara, sino que constituía un desafiante misterio que ningún profesor ni alumno del Departamento había logrado aún resolver. Incluso los que le conocían superficialmente tenían la sensación de que las relaciones carnales de cualquier tipo le parecían a Durán una absoluta pérdida de tiempo y de energías. El director era un misántropo empedernido, que defendía que los animales son mucho más fiables que las personas y al que solo se veía verdaderamente entregado afectivamente cuando jugueteaba con los dos perros labradores, *Murphy* y *Talión*, con los que compartía su casa desde hacía años.

—El concierto fue extraordinario —dijo por fin Daniel—. Es una lástima que no pudieras venir.

—Dios está en los detalles, que decía Mies van der Rohe. No intentes ventilarme con generalidades del tipo: «¡Fue apoteósico! ¡Conmovedor!». Quiero saber, minuto a minuto, lo que viste y oíste, desde que entraste por la puerta hasta que te marchaste.

Daniel llevó a cabo un pormenorizado relato del concierto, que concluyó con su inquietante entrevista con Thomas en el camerino.

—Has hecho un buen trabajo —dijo satisfecho Durán—. Y ahora me toca a mí ponerte al día: no hace ni diez minutos que he terminado de hablar con Marañón.

—¿Tú? ¿No estabais peleados?

—Me he tragado mi orgullo con patatitas, porque me reconcomía la curiosidad. Ha estado amabilísimo, que qué pena que no fuera ayer al concierto, bla, bla, bla, y

me ha contado cosas del crimen que no han dicho por la radio. Ya sabes que tiene línea directa con el ministro del Interior. Parece ser que a Thomas le han cortado la cabeza de un solo tajo. El corte es tan limpio que la policía piensa que lo han guillotinado.

—¿Guillotinado? ¿Como en la Revolución francesa? ¿Como a María Antonieta?

—Exacto. Otra cosa. No se lo han cargado en la Casa de Campo. Hay rastros de sangre por la zona, pero no en suficiente cantidad. Cuando te cortan la cabeza empiezas a expulsar sangre por el tronco del cuello como si fueras un aspersor. La poli cree que se lo cargaron en otro sitio y luego dejaron el cuerpo en la Casa de Campo.

—¿Y la cabeza?

—No ha aparecido aún. La policía está registrando la zona con perros pero, de momento, no hay ni rastro de ella.

—Pero qué macabro, ¿no? ¿Le han torturado?

—Marcas de esposas en las muñecas y poco más. Piensan que ha tenido que ser una muerte rapidísima. Como si el asesino quisiera ahorrarle sufrimientos a la víctima.

—Pues yo acabo de ver la foto del cadáver y no es esa la impresión que me ha causado. ¿Dices que no se han ensañado?

—Al menos, no con Thomas vivo.

—¿Una especie de psicópata humanitario?

—Tal vez. Se trata de una pista muy buena para el juez. Normalmente, los tarados estos le cortan la cabeza a su víctima cuando quieren descuartizarlos, pero matarlos, los matan antes, estrangulándolos o a cuchilladas. Porque cortarle la cabeza a una persona viva, aún con la cabeza inmóvil y apoyada en el tronco de madera, por lo visto no es nada fácil. Incluso los verdugos experimentados necesitaban de varios tajos hasta que conseguían separar la cabeza del cuerpo. Por eso nació la guillotina, para humanizar la muerte por decapitación. Y supongo que para ahorrarse la propina.

—¿Qué propina?

—La propina que le tenías que dar al matarife para que afilara bien el hacha y te liquidara de un tajo certero. Marañón me ha dicho que con la guillotina, en cambio, el corte es tan limpio que tu cabeza no pierde el conocimiento hasta pasados varios segundos. El caso más recordado es el de Carlota Corday.

—Si es muy truculento, no quiero ni oírlo. Casi vomito hace un momento al ver la foto del cadáver de Thomas.

—Cuando guillotinaron a esta señora —continuó Durán ignorando sádicamente el pedido de Daniel— durante la Revolución francesa, por haberse cargado a Marat, el verdugo cogió la cabeza del cesto y delante del público, la abofeteó dos veces en la cara. Los que estaban más cerca vieron claramente la expresión indignada de la

Corday, al recibir los tortazos que le arreó su ejecutor. La pobre debió de oír hasta las risas del público, mofándose de ella.

El pormenorizado y extemporáneo relato de Durán tuvo el efecto en Daniel de volver a provocar espasmos en su ya atribulado estómago.

El inspector Mateos, del Grupo de Homicidios n.º 6, encargado de practicar las diligencias policiales en el asesinato de Ronald Thomas, llevaba un buen rato leyendo mecánicamente en su despacho, sin asimilar una sola palabra, el mismo, aburridísimo párrafo de un *Manual de Derecho Mercantil* de cuarto curso.

Actos Accesorios o conexos a otros mercantiles

La teoría de lo accesorio no comprende únicamente los actos de que acabamos de hablar, los cuales suponen, según hemos visto, la existencia de un comerciante, el ejercicio profesional de la industria mercantil, de la que aquellos dependen siquiera presuntivamente...

No es que Mateos no comprendiera intelectualmente el texto que tenía delante, sino que por falta de concentración, probablemente debida a un déficit de sueño, solo conseguía identificar la apariencia exterior de las palabras, sin llegar a conectarlas con su significado.

Se había matriculado en la UNED para tratar de acabar una carrera que había abandonado en tercero, cuando, para hacer frente a los gastos de manutención de un niño no deseado, se vio forzado a hacer oposiciones al Cuerpo Nacional de Policía. El Mercantil, que era una asignatura troncal de cuarto, le iba a reportar diez créditos en la Universidad a Distancia, pero Mateos calculaba que, a semejante paso, no iba a poder presentarse a los exámenes. Lo peor de todo es que sus momentos de estudio en el despacho tenían que ser a puerta cerrada y con las persianas bajadas, pues, desde que llegó al Grupo, había dado a entender a todos sus colegas, por vanidad profesional, que tenía la carrera de derecho terminada. Y la circunstancia de que, cuando andaban más flojos de trabajo, se encerrara con llave en su «pecera» durante horas, había llevado a algunos malpensados a creer que Mateos era un gran aficionado a los chats eróticos en internet.

Nada más lejos de la verdad.

No es que el inspector no fuera mujeriego, sino que siempre había preferido llevar a cabo sus conquistas in situ, pues conocía varios locales de copas en la ciudad, que se llenaban de mujeres divorciadas a partir de las dos de la mañana, en los que, gracias a su aspecto de galán antiguo de Hollywood —bigote a lo Errol Flynn incluido— y sobre todo, a una voz grave, rica en armónicos, que le habría permitido ganarse la vida como doblador, le era fácil ligar con la más guapa después de un solo gin-tonic.

Tras el décimo intento, el inspector cerró el *Manual* y lo dejó por imposible.

Llevaba varias semanas preguntándose a sí mismo por qué se había empeñado en

terminar la carrera de derecho si ya tenía la de sociología. «¿Por qué te estás haciendo esto a ti mismo, Carlos?». Siempre llegaba a la conclusión de que había sido víctima de su propio farol. Como había hecho creer a todo el mundo que tenía la licenciatura, ahora debía conseguirla a toda costa, pues estaba convencido de que tarde o temprano —las mentiras suelen tener las patas cortas— iba a ser descubierto por alguno de sus rivales en el Grupo.

Y además, por supuesto, estaba el asunto de sus continuos roces con los jueces en materia de garantías, que le habían llevado a ganarse el calificativo de «Charlie el Sucio». Mateos estaba convencido de que un mayor conocimiento del derecho le iba a poder allanar sus ásperas relaciones con la judicatura, a pesar de que, a diferencia del famoso policía interpretado por Clint Eastwood, Mateos no era un tipo violento, ni partidario de la ley del talión. Sin embargo, tenía sus propios criterios acerca de cómo había que interpretar las reglas de juego durante una investigación criminal y a veces llegaba a sacar de quicio a sus señorías con sus peregrinas peticiones y sus extemporáneas réplicas.

Terminada, pues, su sesión de estudio, Mateos se levantó a descorrer las cortinas y a quitarle el pestillo a la puerta, momento en el que penetró en el despacho un subinspector joven y larguirucho que estaba ayudando a su jefe a practicar todas las diligencias necesarias para esclarecer el caso.

—¿Qué me traes, Aguilar? —dijo el inspector.

El subinspector le facilitó varios folios grapados que contenían una lista de nombres.

—Éstos son los invitados que estaban anoche en el concierto en casa de Marañón —respondió su ayudante—. Ya me dirás si quieres que los interroguemos a todos.

—Lo más importante es hablar con la hija cuanto antes.

—La he citado para hoy mismo a las cinco.

—¿Aquí, en Jefatura?

—Me parecía demasiado agresivo; no está imputada... todavía.

—¿Has pedido las cintas de las cámaras de seguridad externas, a ver si averiguamos con quién se fue Thomas de la fiesta?

—Sí. Esta tarde me las traen.

—Menos mal que están colaborando, porque como hubiera que pedir orden de entrada y registro en casa de Marañón, lo llevamos claro.

—¿Por qué, jefe?

—Es un individuo muy poderoso, con muchas agarraderas en las altas instancias.

—Es amigo del ministro, ¿no?

—Ojalá fuera solo eso. Echa un vistazo a lo que he conseguido hasta la fecha.

El subinspector Aguilar examinó un dossier extraoficial sobre Jesús Marañón que le alcanzó Mateos.

—¿Todo esto es cierto? Quiero decir, está metido en...

—Mis informadores no suelen defraudarme —interrumpió el inspector, irritado por la incredulidad de su ayudante.

—Supongamos, tan solo como hipótesis de trabajo, que Marañón mató a Thomas. ¿Cuál sería el móvil?

En un típico razonamiento *mateosiano*, que dejó perplejo al subinspector, Mateos dijo:

—El móvil está claro: lo que el asesino buscaba de la víctima era robarle su cabeza.

Cuando Paniagua llegó a clase, después de su truculenta charla con Durán, comprobó que Villafañe había empezado a torturar a sus alumnos con una disertación acerca de «Los idiófonos no percutidos en las culturas precolombinas del sur del Amazonas». Incluso a él mismo, que era musicólogo, le costó recordar lo que son los idiófonos, instrumentos que no necesitan cuerdas ni membranas para emitir sonido, como la campana. Todos sus alumnos, a excepción de uno, llamado Sotelo, que era el pedante de la clase, a quien cuanto más abstrusa era una lección más entusiasmo le despertaba, estaban dormidos o en estado semicomatoso.

Paniagua se alegró de que al menos Villafañe les hubiera hablado a sus alumnos de un tema que, por más tedioso que fuera, era de su competencia. La última vez que le había sustituido, había abordado una cuestión de musicología y a él le costó un mes entero que sus alumnos desaprendieran los disparates que les había inculcado en tan solo cincuenta minutos.

Dio las gracias a su colega y luego decidió aprovechar la media hora que quedaba todavía de clase para aclarar algunos conceptos que había comenzado a exponer en la lección anterior.

Daniel hizo un esfuerzo sobrehumano por concentrarse en su explicación, porque lo cierto es que tenía la cabeza ocupada por otras cuestiones: por un lado, Thomas y su espeluznante final; por el otro, el inesperado embarazo de Alicia. Como estaba de muy pocas semanas, ambos se habían dado unos días para decidir lo mejor, aunque de los dos, Daniel era el más proclive a tener el bebé.

Pero si las dudas y vacilaciones sobre su propia paternidad consumían parte de sus energías, el asesinato de Thomas y su extraño comportamiento en las horas anteriores a su muerte reclamaban también su completa atención. A modo de rápidos *flashbacks*, le venían a la mente, una y otra vez, detalles aislados de la conversación que había mantenido con la víctima, en las horas anteriores a su trágico final: Thomas rodeándose el cuello con la mano, en una tétrica e inconsciente anticipación de que se lo iban a rebanar muy poco tiempo después; su resistencia a dejarle pasar a un camerino en el que no había ni un alma; la extraña llamada telefónica que había impedido —ya para siempre— que pudiera formularle algunas preguntas clave sobre la *Décima Sinfonía*. Y por encima de todo, la desasosegante fotografía del cuerpo decapitado del músico, que parecía contorsionarse en un lacerante calvario de dolor post mórtem.

A Daniel no le pareció oportuno comenzar la clase comentando el concierto y el crimen, por miedo a que eso consumiera el escaso tiempo del que disponía, pero como tenía la mente completamente enajenada, tuvo que solicitar ayuda a sus alumnos:

—¿Por dónde íbamos?

—Nos hablaba usted de las *Variaciones ABEGG* de Schumann —dijo Sotelo.

—Ah, sí, ya me acuerdo —respondió Paniagua—. Las letras son notas y las notas son letras. El otro día veíamos cómo las notas musicales en alemán no se llaman do, re, mi, fa, sol sino que a cada nota se hace corresponder una de las primeras letras del alfabeto, empezando por la nota la. La es A, si es H, do es C, y así sucesivamente...

Daniel se fue a la pizarra y escribió la serie entera mientras hablaba:

A = la; B = si bemol; C = do; D = re;
E = mi; F = fa; G = sol.

A Schumann le encantaba leer y escribir y a menudo partía de ideas literarias para desarrollar sus composiciones musicales. Esta pasión por la letra impresa se vio reflejada también en su manera de cortejar a las mujeres que quería seducir. Aprovechando que en su idioma las letras son notas, Schumann ideó varias composiciones en torno a temas que tenían sentido tanto musical como literario. Era el caso de las *Variaciones ABEGG*: se llaman así porque giran en torno a un motivo compuesto por las notas la-si bemol-mi-sol-sol; pero al tiempo estas letras componen el apellido de una joven pianista, a la que Schumann conoció en Mannheim, llamada Meta Abegg. Schuman utilizó esta técnica en otra ocasión para camelar a Ernestina von Fricken, una muchacha que había nacido en la localidad alemana de Asch. En esta ocasión el tema estaba compuesto por las notas la, mi bemol, do, si. La S no es ninguna nota, pero se pronuncia igual que mi bemol, que se escribe Es, así que Schumann la hizo pasar por mi bemol.

Paniagua se pasó el resto de la clase preguntándose por qué misteriosa razón el enamoradizo Beethoven nunca había utilizado esta técnica para seducir a sus innumerables amantes.

Alicia Ríos, la novia de Daniel, era una mujer de tipo atlético, con una generosa melena negra y rizada, muy española de *look*, excepto en los ojos, verdes y un poco rasgados, que le daban ese toque exótico que enamoraba tanto a su chico. Se ganaba la vida como ingeniera de sistemas, una poco conocida profesión que consiste en evaluar la estructura de una organización y los subsistemas que la integran, con el propósito de optimizar su funcionamiento. Hacía seis meses había aceptado una generosa oferta de una multinacional de la informática que implicaba trasladarse a la ciudad de Grenoble, en Francia, durante un mínimo de dos años. La decisión la había tomado sin consultar a Daniel, lo que había provocado en la pareja fricciones que no estaban del todo superadas. Habían acordado que siempre que quisieran estar juntos, alternarían meticulosamente sus viajes, pero en la práctica era Alicia, cuyos ingresos cuadruplicaban los de Daniel, la que solía hacer el esfuerzo —físico y económico— de trasladarse a Madrid. La última vez que Daniel había viajado a Grenoble habían cometido la imprudencia de no usar preservativo, convencidos de que ella no podía estar en un día fértil, de modo que aquel embarazo, anunciado de sopetón la noche anterior, era no deseado. Después de hacer el amor, Daniel, que poco a poco empezaba a salir del estado de choque en que le había sumergido la muerte de Thomas, le pidió a Alicia que le susurrara alguna palabra en francés durante el acto y esta le enseñó que *zizi* es pilila en la lengua de Balzac.

Todavía en la cama, la pareja decidió conectar la televisión para enterarse de las últimas novedades relacionadas con el asesinato de Thomas, que se había cometido hacía menos de veinticuatro horas.

La decapitación del músico, además de ser abordada en los principales telediarios con rango de noticia del día, había saltado ya a los programas más amarillos; incluso aquellos espacios que no trataban el asunto directamente, parecían haberse deslizado hacia la truculencia. Hasta las películas de la semana, en todas las cadenas, habían sido reprogramadas y sustituidas por otras que parecían haber sido escogidas con el criterio de que tuvieran dentro algún crimen parecido al real: *Aguirre, la cólera de Dios* (a uno de los personajes le cortan la cabeza con una espada y el miembro amputado sale despedido por el aire, aterriza a varios metros del cuerpo y termina la frase que había empezado), *Demolition Man* (la cabeza congelada de Wesley Snipes salta por los aires después de que Stallone la patee como si fuera un balón), *Kill Bill* (Lucy Liu le corta la cabeza a un yakuza japonés con una katana), *El patriota* (un revolucionario yanqui es decapitado por una bala de cañón), *Johnny Mnemonic* (decapitan al malo con su propio látigo, que corta como una cuchilla de afeitar). Pero la palma se la llevó *El talk show de Salomé*, en el que la presentadora llevó a un criminólogo para que explicara a los espectadores, con ayuda de una sandía y de una

guillotina real, cómo funciona este macabro aparato. Luego el experto dijo:

—La gente piensa que la guillotina es un invento de la Revolución francesa, pero en Irlanda, en el siglo XIV ya tenían un artefacto muy parecido. Y en el siglo XVI, en Italia y en el sur de Francia, se utilizaba la *mannaia*, muy similar a la guillotina pero reservada solo a la nobleza.

Alicia estaba indignada. Se recogió el pelo con una goma y se fue a la cocina, desde donde comenzó a hablarle a gritos a Daniel.

—¡Lo de la tele en España es acojonante! Ha muerto una persona y parece como si estuvieran hablando de una atracción de un parque temático.

Luego abrió la puerta del frigorífico y exclamó:

—¡En esta nevera no hay fruta, no hay yogures, no hay nada!

—Pensaba haber hecho algo de compra esta mañana, pero me llamó Durán y no he tenido tiempo —mintió Daniel, que no hacía la compra desde hacía dos meses—. ¿Te apetece que salgamos a cenar?

—Bueno, pero más tarde —respondió Alicia volviendo a aparecer en el dormitorio.

Estaba en ropa interior y Daniel pudo admirar, una vez más, el siempre apetecible cuerpo de su novia.

—Quita esa porquería y pon un informativo de verdad —dijo ella.

Se la notaba un poco irritada por la obstinación que había mostrado Daniel, la noche de su llegada, en que siguiera adelante con el embarazo.

—Creía que venías hambrienta de basura.

—Y yo. Pero ha sido ver diez minutos y ya me han sacado de quicio.

Daniel agarró el mando a distancia y tras zapear durante unos segundos encontró un telediario nacional. El locutor estaba diciendo:

—El mundo de la música sigue aún conmocionado por el salvaje asesinato cometido ayer por la noche en Madrid, en el que perdió la vida el musicólogo y director de orquesta Ronald Thomas. La policía confía en hallar la cabeza de la víctima dentro de pocas horas y en la misma zona en que fue descubierto el cadáver.

—¿Por qué lo habrán matado? —se preguntó Alicia, que había ido a refugiarse bajo el brazo derecho de Daniel.

—No lo sé, pero en el concierto de anoche hubo algo muy extraño.

—¿A qué te refieres?

—La música que yo escuché, que en teoría era casi toda de Thomas, porque de Beethoven prácticamente solo quedan los temas, era tan sublime que me pregunto si... no, es imposible, olvídale.

Alicia se incorporó y se quedó mirándole.

—Acaba la frase. ¿Qué ibas a decir?

—Me pregunto si la música de anoche no era en realidad íntegramente de

Beethoven.

—No entiendo adónde quieres ir a parar.

—A Thomas le han matado, ¿no? Y como no se sabe el móvil, yo estoy tratando de aventurar uno. ¿No sería posible que Thomas hubiera descubierto el manuscrito de la *Décima*, o por lo menos la totalidad de su primer movimiento, y el asesino lo haya matado para robarle el manuscrito? ¿Tú sabes la fortuna que puede valer un manuscrito de esos?

—No, pero me lo imagino. Pero entonces, ¿el concierto de anoche fue una farsa? ¿No se trataba de una reconstrucción?

—Es una posibilidad. Thomas tenía ya en su poder el primer movimiento y lo hizo pasar por un trabajo suyo, probablemente por vanidad. ¡Cuando pienso que estuve en un tris de poder hablar con él sobre la sinfonía y se me escapó en el último momento!

—¿Y por qué le habrán cortado la cabeza?

—No tengo ni idea. Quizá fue para encubrir el robo de la partitura y que todo parezca la obra de un psicópata. No te olvides de que no solamente le han cortado la cabeza, sino que esta no aparece. No es descabellado pensar que el asesino quiera despistar a la policía. La semana pasada leí en el periódico que dos hermanos se cargaron a una mujer cortándole la cabeza con un hacha solo porque pensaban que era bruja y que con su magia negra había matado a la sobrina de estos, una niña de ocho años. No la mataron sin más, sino que le cortaron la cabeza, estableciendo un nexo entre decapitación y brujería. El asesino quiere pasar por un perturbado, cuando en realidad es una mente maquiavélica, perfectamente lúcida, que actúa calculando fríamente cada paso, impulsado por el afán de lucro. ¿Tú no matarías por treinta millones de euros?

Alicia le miró con unos ojos en cuyas pupilas solo faltaban, sobrepresionadas como en los dibujos animados, los símbolos del dólar.

—Y por mucho menos —dijo.

—No es un crimen satánico, el móvil es fundamentalmente económico. El asesino sabe que Thomas tiene un manuscrito muy valioso y como Thomas no le quiere decir dónde está, va y lo mata.

—Eso es absurdo. Si lo mata, pierde toda esperanza de saber dónde está. Si de verdad queremos ligar el asesinato a la *Décima*, la hipótesis más razonable es más bien la contraria. El asesino consigue arrancarle a Thomas dónde está la *Décima* y para que no pueda decírselo a nadie más ni contarle a la policía que ha sufrido una extorsión, lo quita de en medio.

Daniel sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿No estamos yendo demasiado lejos? Y todo porque te he contado que la música de anoche me sonó demasiado a Beethoven. Claro que la hipótesis del crimen

satánico no está tampoco reñida con la existencia del manuscrito de la *Décima*.

—¿Ah no?

—En absoluto. Quiero que escuches algo.

Daniel se levantó de la cama y buscó entre su voluminosa colección de cedés un curioso disco que se había comprado en Nueva York en septiembre del 2001, justo una semana antes del atentado contra las torres del World Trade Center. No había vuelto a escucharlo desde entonces. El cedé se llamaba *La última noche de Beethoven* y era una ópera rock interpretada por la Orquesta Transiberiana, que recreaba la fatídica noche del 26 de marzo de 1827, en la que el genio de Bonn pasó a mejor vida. Aunque la ejecución con batería e instrumentos eléctricos de temas de Beethoven y Mozart no le había resultado convincente, el libreto, al que apenas había prestado atención en su día, resultaba ahora fascinante:

—Mefistófeles se aparece ante el genio moribundo justo cuando este acaba de terminar ¡la mítica *Décima Sinfonía*! Le ofrece renunciar a su alma a cambio de que le permita borrar de la memoria de los hombres todo rastro de sus composiciones musicales. Beethoven duda y el diablo le da una hora para pensárselo. El compositor se encara entonces con otro de los personajes de la ópera rock, La Fatalidad, y le suplica, a ella y a su hijo deforme, Capricho, que le dejen echar un vistazo retrospectivo a su vida, para tratar de establecer qué acciones concretas han provocado la condenación de su alma. Al reexaminar su biografía, Beethoven reprocha al Destino que le haya sometido a tal cúmulo de penalidades a lo largo de su existencia: un padre alcohólico que le maltrataba y estuvo a punto de acabar con su vocación musical, mujeres hermosas de las que se enamoraba perdidamente pero que le negaban sus favores sistemáticamente, la sordera progresiva, que es la peor calamidad que le puede sobrevenir a un músico. La Fatalidad se siente culpable ante los reproches de Beethoven y le ofrece eliminar de su vida los sucesos más dolorosos, pero el compositor se da cuenta de que su música no sería la misma sin esos momentos de aflicción y de agonía extrema y renuncia a tan atractiva oferta.

»Cuando, al cabo de una hora, Mefistófeles vuelve a aparecerse ante el genio, este le responde que su obra es un legado esencial para la humanidad y que prefiere entregarle su alma antes que destruir su música. El diablo, enrabiado, le ofrece otro pacto, por el que él salvaría el alma si le entrega el manuscrito de la recién completada *Décima Sinfonía*. Tras elevar consultas al espíritu de Mozart, este consigue que Beethoven no destruya el manuscrito. Después de otro intento frustrado del diablo para acabar con la sinfonía, el público de la ópera rock se entera al final de que Satanás ha jugado todo el rato con el músico: su alma no está destinada en realidad a padecer eternamente las llamas pavorosas del Infierno, sino que va a ir directo al Cielo, sin pasar por el Purgatorio siquiera. Beethoven entrega por fin su alma al Señor, confortado por tan excelente noticia y la impresionante tormenta que

ha estado castigando la ciudad de Viena durante toda esa noche se va disipando poco a poco. Pero Capricho, el travieso hijo de la Fatalidad, vuelve a colarse en la habitación donde reposa el cuerpo inerte de Beethoven, se apodera del manuscrito de la *Décima Sinfonía* y lo esconde tras una pared, para disfrutar sádicamente contemplando cómo hombres y mujeres se afanan en vano, durante generaciones, tratando de encontrar la última composición del genio.

Mientras empezaban a sonar los primeros acordes de la obertura de *La última noche de Beethoven*, Alicia y Daniel no pudieron evitar sentir un escalofrío al imaginar que una secta satánica pudiera estar detrás de la espeluznante decapitación de la noche anterior.

Los dos labradores de Jacobo Durán comenzaron a ladrar como posesos en cuanto sonó el timbre del teléfono; *Murphy*, el más revoltoso de los dos, incapaz tal vez de soportar que su amo, que estaba en la ducha, no descolgara de una vez, se alzó por fin sobre sus patas traseras y con el morro empujó el aparato, que reposaba sobre un pequeño aparador, hasta hacerlo caer estrepitosamente al suelo.

El teléfono quedó descolgado sobre la alfombra y a través del auricular los dos animales empezaron a responder con jadeos caninos a la escandalizada voz de una mujer que no cesaba de gritar:

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Hay alguien ahí?

Durán salió a toda prisa de la ducha, alertado por el festival de ladridos de sus mascotas, y recogiendo del suelo el teléfono, que estaba húmedo de baba de los perros, logró responder a la llamada un segundo antes de que se cortara la comunicación.

La mujer, que tenía tono de recepcionista de hotel, se tranquilizó por fin al escuchar una respuesta humana y dijo:

—¿Don Jacobo Durán, por favor?

—No estoy seguro de que el señor esté en casa. ¿Quién le llama?

—Durán estaba harto del marketing telefónico al que se veía sometido últimamente y cuando no tenía claro quién le llamaba, se hacía pasar por su mayordomo.

—Es de parte de don Jesús Marañón.

—Señor —dijo Durán componiendo la voz de un supuesto mayordomo—. Una llamada para usted por la línea dos. Es don Jesús Marañón.

—Pásemela inmediatamente, Sebastián —se respondió Durán a sí mismo, esta vez desde su auténtica personalidad.

Al cabo de unos diez segundos, Durán escuchó la voz campechana y jovial de Marañón.

—Jacobo, perdona que te dé la lata.

—No, por Dios, Jesús, faltaría más.

—Te llamo porque la instrucción del caso Thomas la está llevando una amiga mía, Susana Rodríguez Lanchas, no sé si te la he presentado alguna vez.

—No, pero sé perfectamente de quién se trata. ¿No está llevando el sumario de ese supernarco gallego?

—Exacto. La citan mucho en la prensa últimamente. Yo la conozco porque es amiga de un sobrino de mi mujer. Me llamó el otro día y... esto es confidencial, Jacobo, por lo que más quieras ¿eh?

—Mis labios están sellados.

—El caso es que en las últimas horas se ha producido un hecho relacionado con la investigación que la juez necesita comentar con un experto.

—¿Con un experto? ¿Con qué clase de experto?

Cuando Marañón le explicó a Durán el asunto concreto que quería tratar la juez, este le facilitó inmediatamente el teléfono móvil de Daniel Paniagua.

El juzgado de instrucción n.º 51, que llevaba el caso Thomas, se puso en contacto con Daniel por medio de una llamada telefónica de la secretaria de la juez titular, doña Susana Rodríguez Lanchas.

La secretaria informó a Daniel de que Su Señoría quería un encuentro con él, a ser posible al día siguiente, aunque se apresuró a aclararle que, como se le convocaba de manera amistosa, no se le iba a hacer llegar ninguna cédula de citación. Daniel podía incluso declinar la petición de la juez, si ese era su deseo. Tras confirmar que asistiría, Daniel preguntó el motivo de la reunión, a lo que la secretaria, tras dudar unos instantes, respondió:

—Su Señoría prefiere explicárselo personalmente.

La cafetería donde habían quedado citados estaba muy cerca del viejo edificio de oficinas que albergaba los juzgados. La secretaria le había informado a Daniel de que doña Susana llevaría una abultada cartera de piel, como las de los ministros, que dejaría en lugar bien visible sobre la mesa, para que pudiera identificarla.

Se la encontró nada más entrar, leyendo el periódico y saboreando una infusión.

—¿Te apetece tomar algo? —le dijo la juez después de estrecharle la mano y de agradecerle que hubiera acudido a la entrevista.

—Una Coca-Cola con mucho hielo, gracias.

La magistrada era una mujer de unos cincuenta y cinco años, con una melena rubia planchada, de las que llaman «francesas», extraordinariamente elegante en sus gestos y su manera de expresarse, y hubiera resultado incluso sexi, a pesar de la edad, de no ser por el rígido gesto de la boca, que Daniel atribuyó a una parálisis y que le impedía sonreír de manera natural.

Tras pedir el refresco a un camarero, al que llamó por su nombre, la juez explicó:

—Mi juzgado está a tres manzanas. Esta es *mi* cafetería, donde desayuno siempre que no he podido hacerlo en casa.

Dio un sorbo a la manzanilla con limón que se estaba tomando y cuando iba a abrir la boca de nuevo, Daniel la interrumpió.

—¿Se dice juez o jueza?

—¿Se dice fiscal o fiscalía? —contraatacó ella, sonriendo con el lado de la boca que no tenía inmovilizado.

—La llamaré juez, entonces.

—Lo que quieras, pero tutéame por favor. Yo no soy tan mayor.

—Te llamaré juez —corrigió Daniel, que comprendió enseguida lo difícil que le iba a resultar apearle el tratamiento a la magistrada.

—En esto de la equiparación laboral de hombres y mujeres —dijo la juez— hemos rebasado ya el listón del ridículo, tanto en un sentido como en otro. Yo he oído

ya decir *economista*, referido a un varón, claro.

—¿Economista?

A Daniel el término le resultó tan ridículo que no sabía si Su Señoría le estaba tomando el pelo.

—Me ha dado tu nombre Jesús Marañón —continuó doña Susana, entrando directamente en materia—. Quiero hablar contigo porque necesito un experto que me aclare unas preguntas sobre música. Es en relación al asesinato de Thomas, como podrás suponer. La policía me ha dicho que estás en la lista de invitados que acudieron a su último concierto.

—Sí, en efecto. ¿Soy sospechoso? ¿Me van a detener?

—Eso depende de cómo te portes —bromeó la juez. Luego cambió la expresión a una mucho más seria y dijo—: Esta noche la policía ha encontrado la cabeza de Thomas.

—¡Dios santo! No tenía ni idea. No se ha publicado aún en la prensa, ¿no?

—Ni se va a publicar, si podemos evitarlo. Cuando veas la cabeza, comprenderás por qué.

Daniel intentó tragar saliva pero no fue capaz.

—¿Ver la... cabeza?

—La han llevado al Laboratorio de Criminalística. En este momento la policía científica le está haciendo algunas pruebas, pero esta tarde la tenemos para nosotros solos. Yo voy a ir contigo, a las siete. ¿Puedes?

—Sí, creo que sí.

—No vamos a hacer público que ha aparecido la cabeza entre otras cosas porque eso nos sirve para eliminar falsas confesiones. En los asesinatos mediáticos como el que nos ocupa, siempre aparece algún pirado diciendo que ha sido él, para poder salir en la televisión.

—Pero si no sabe decir dónde está la cabeza —dijo Daniel, completando el razonamiento de la juez— no puede ser el asesino, ya lo entiendo.

Daniel dio un trago a su refresco para aclararse la garganta y luego dijo:

—Yo estoy encantado de colaborar en la investigación pero ¿por qué tengo que ver la cabeza?

—Cuando la tengas delante de ti, comprenderás por qué te lo he pedido. Claro que si es superior a tus fuerzas...

—No, no, si tú lo juzgas necesario, iré. Espero no desmayarme.

—No lo harás. ¿Sabes lo que es un perito judicial?

Daniel asintió, pero ella siguió hablando como si le hubiera dicho que no.

—Es un experto que emite un dictamen cuando son necesarios conocimientos científicos o artísticos, para valorar hechos o circunstancias relevantes en el sumario. Tú eres musicólogo, ¿no? ¿Licenciado?

—Doctor. Hice la tesis sobre Cherubini, un compositor al que Beethoven admiraba mucho.

—No he querido citarte a través del juzgado por una sencilla razón: tenemos un topo dentro, que lo casca todo a la prensa. Debe de ser algún oficial, aunque todavía no le hemos cogido. Estoy rodeada de funcionarios muy mal pagados, y algunos aceptan *sobornos* de los programas de televisión más amarillos y de las revistas de cotilleo a cambio de filtraciones sobre los sumarios más morbosos.

—Entiendo —dijo Daniel, que se explicó en ese momento cómo la prensa había tenido un conocimiento tan meticuloso de un reciente caso de malos tratos que salpicaba a una rama de la familia real.

—En razón de lo que te voy a mostrar esta tarde, necesito un perito judicial, pero no quiero que la prensa se entere de que la juez que lleva el caso se está sirviendo de un experto musical.

—¿Por qué?

A Daniel le pareció que Su Señoría estaba a punto de decir «porque lo digo yo y punto», pero no fue así.

—Prefiero que el asesino piense que estamos trabajando sobre la hipótesis de un crimen ritual.

—¿Y no es así?

—No. El hecho de que no haya señales de malos tratos en el cuerpo nos permite descartar al clásico psicópata, que tan popular se ha hecho a través del cine.

—Entonces, no es Búfalo Bill.

Daniel vio la cara de desconcierto de la magistrada y se apresuró a sacarla de su despiste.

—Era el asesino de *El silencio de los corderos*.

—Ah, ya. No la he visto.

La juez acababa de bajar varios enteros en la cotización de Daniel, primero por el hecho de no haber visto la película, que él consideraba una obra maestra, y segundo por haber confesado tan abiertamente que no la había visto, sin muestra de sonrojo alguno. Luego se avergonzó de sí mismo al recordar que, a pesar de lo fascinante que había encontrado el personaje del doctor Lecter, él ni siquiera se había tomado el trabajo de leer la novela de Thomas Harris.

—Los asesinos en serie —continuó doña Susana— tienen una enorme necesidad de infligir dolor y humillación a sus víctimas, para vengarse de las afrentas que ellos sienten que la sociedad les ha hecho. Son personas que han sido testigos, normalmente durante la infancia, de actos similares de violencia y degradación, o los han sufrido directamente en sus carnes. Matan indiscriminadamente, como represalia social y también para subir su autoestima, pues suelen ser muy competentes en su, llamémoslo, «trabajo». El asesino de Thomas no es de ese tipo. Así que estamos

buscando otro móvil.

Coincidiendo con el final de esta frase sonó el teléfono de la magistrada. Ambos sonrieron. Ella miró la pantalla para ver quién era; con un gesto rechazó la llamada, algo que a Daniel le hizo sentirse muy importante.

—Ese fragmento de Beethoven que se tocó en casa de Marañón, la noche del asesinato ¿qué es exactamente?

Daniel la puso en antecedentes y luego añadió:

—Es curioso pero, según van pasando los días, voy teniendo la extraña sensación de que lo que Thomas nos hizo escuchar la otra noche no era, a pesar de lo que él decía, una reconstrucción del primer movimiento a partir de una serie de motivos que nos dejó Beethoven. Me inclino más bien a pensar que Thomas tuvo acceso al manuscrito de la *Décima*, o al menos a su primer tiempo, y que él no había aportado ni una sola idea de su cosecha, ni había inventado la orquestación. Sonaba todo *demasiado* a Beethoven.

—Pero ¿qué interés podría él tener en...?

—Para empezar, derechos de autor —se anticipó Daniel—. Imagínate que a las orquestas de todo el mundo les convence el trabajo de Thomas y se pone de moda interpretar el primer movimiento de la *Décima Sinfonía* de Beethoven-Thomas. Como si fueran los Lennon-McCartney de la música clásica.

—¿Eso es posible? Quiero decir, que se incorpore al repertorio una obra incompleta.

—Se ha hecho con otros compositores. ¿Conoces la *Sinfonía Inacabada* de Schubert?

—Me temo que lo mío no es la música. Tengo una oreja enfrente de la otra.

Daniel siempre había sentido lástima de aquellas personas que renuncian al placer de escuchar música tras haberse convencido de que no tienen sensibilidad para este arte. La experiencia le había demostrado que muchos individuos, persuadidos de tener mal oído, no solamente eran capaces, con un poco de preparación, de disfrutar de un buen concierto, sino incluso de tocar a un nivel aceptable algún instrumento musical.

—La *Inacabada* se interpreta con mucha frecuencia, a pesar de que, como su propio nombre indica, está inconclusa. Solo tenemos el allegro y el andante.

—Ese Schumann murió muy joven, ¿no?

—Schubert. Schumann es un poco posterior. Sí, pero no es el mismo caso de Beethoven. A este, casi con toda seguridad, fue la muerte lo que le impidió acabar la *Décima*. Schubert en cambio dejó la *Octava* a la mitad y se puso a componer la *Novena*, que sí terminó.

—Voy a pedir otra manzanilla —dijo la juez—. ¿Quieres tú otra Coca-Cola?

—No, muchas gracias —respondió Daniel—. Voy a apuntarme también a la

manzanilla. Tanta bebida carbonatada no puede ser buena.

Aunque tras su digresión sobre Schubert él había perdido por completo el hilo del discurso, la juez recondujo la conversación por los derroteros que más luz podían aportar a la investigación.

—Si seguimos tu corazonada, ¿qué más razones podría tener Thomas para no revelar que la partitura de anoche era íntegramente de Beethoven?

—La vanidad, por supuesto —respondió Daniel.

—Pero me has dicho antes que las melodías que sonaron en el concierto sí son de Beethoven. ¿No es eso lo más importante de una sinfonía, las melodías?

—En el caso de Beethoven, no. Lo genial de Beethoven es que a partir de bloques de música muy pequeños, como esas piezas de los juegos de Lego, es capaz de levantar armazones musicales impresionantes. Piensa en la *Quinta Sinfonía*, por ejemplo: el primer movimiento es la catedral sonora más famosa de la historia, ¡y está construida a partir de un motivo de cuatro notas! Thomas tenía los motivos, pero esos motivos, si no está detrás el genio de Beethoven para desarrollarlos, no son nada. Si me apuras, son hasta banales, cualquiera podría inventarlos. Y luego hay un tercer móvil, claro. Tal vez Thomas no dijo que tenía el manuscrito porque no *podía* decirlo.

—¿Porque fuera robado?

—Claro. Si yo descubro que en tu casa hay un tesoro e intento llevármelo, tú dirás, con razón: «Perdona, pero el tesoro es mío».

—Imaginemos que existe el tesoro, ese manuscrito íntegro de la *Décima*, al que Thomas ha tenido acceso en todo o en parte. ¿Cuál sería su valor en el mercado?

—Ningún perito podría contestar con rotundidad. Pero seguro que muchos millones de euros.

—¿Más de diez?

—Es muy posible que sí. Una canción de los Beatles, «All you need is love...».

—La conozco. La única que sé tararear, porque empieza con *La Marsellesa*.

—Esa misma. El año pasado, un fan de los Beatles se adjudicó el manuscrito de John Lennon por un millón de dólares. Y no deja de ser una simple cancioncilla pop, que todos conocemos ya. La *Décima*, si existe, sería un manuscrito inédito de Beethoven, probablemente el hallazgo artístico más importante de los últimos siglos. Además de que su aparición pondría fin a la «maldición de la *Novena*» —concluyó Daniel, con un tono de voz que logró que la juez tuviera la impresión de que no le estaba hablando él, sino el siniestro posadero de un remoto albergue de Transilvania.

—¿Qué maldición es esa?

La magistrada intentaba aparentar indiferencia, pero Daniel notó cierta inquietud en su tono de voz. Igual no se trataba de congoja sino de simple y legítima curiosidad, aunque era evidente que la palabra «maldición», que a Daniel le parecía ridícula, había causado un rotundo impacto en su interlocutora. Le dio vergüenza que

la juez pudiera pensar que él creía en paparruchas y se arrepintió de haber sacado el tema, por lo que decidió despacharlo con una evasiva.

—Son majaderías. Leyendas urbanas. El valor artístico de la *Décima*...

—Después me hablarás de eso. Antes cuéntame, ¿qué es la maldición de la *Novena*?

—Es una superstición que existe entre los músicos, a partir de Beethoven, de que todos los compositores de sinfonías mueren después de completar su *Novena Sinfonía*. Mahler, por ejemplo, que evidentemente creía en la maldición, intentó burlarla. Por eso, tras acabar la Octava no se puso a componer la *Novena*, sino que escribió *La canción de la Tierra*. En realidad era una sinfonía para tenor, contralto y orquesta, pero como no la llamó «Novena Sinfonía», el músico pensó que se había librado de la maldición. No fue así, ya que falleció antes de poder terminar su décima sinfonía, igual que Beethoven.

—¿Hay más casos?

—Muchos más: Bruckner, Schnittke, Vaughan Williams, Egon Wellesz. Y un compositor ruso, Alexander Glazunov, tras completar el primer movimiento de su *Novena Sinfonía*, no volvió a ocuparse de ella, con lo que evitó la maldición y consiguió vivir veintiséis años más.

—¿Tú crees en ella?

—No, y muchos días lamento ser tan escéptico. El mundo sería mucho más fascinante si existieran fenómenos paranormales.

La juez le hizo entonces una confidencia que él preferiría no haber escuchado.

—A mí me pasa al revés: no quiero ser supersticiosa, pero no tengo más remedio que serlo. He visto demasiados horrores en mi profesión como para no creer en fuerzas sobrenaturales y malignas que interfieren regularmente en nuestras vidas. Digamos que le he dado la vuelta a una famosa frase de Joseph Conrad que dice algo así como: «La creencia en un origen sobrenatural del mal no es necesaria: los hombres se bastan y sobran para cometer ellos solitos hasta el acto más perverso». Además, nací un día 13, me casé en 13, mi hija nació el día 13, tuve el accidente de coche un día 13. El 13 me persigue, para bien o para mal.

—Eso es hasta que la próxima cosa gorda que te ocurra caiga en 14.

—A mi edad, ya pocas cosas gordas me pueden pasar, sea en 13 o en 14, como tú dices. Salvo irme para el otro barrio, claro.

—O coger al asesino de Thomas, ¿no?

—No creo que le agarremos. Mi experiencia me demuestra que los homicidios o se resuelven enseguida, o nunca. Y no tenemos ni la más mínima pista de quién puede haber sido.

—Pero sí podemos estar seguros de una cosa: si la *Décima* existe ha de tener un valor artístico extraordinario. Un compositor de primera fila como fue Arnold

Schoenberg dijo en cierta ocasión: «Parece como si la *Novena* fuera el límite. El que quiere ir más allá está condenado a morir. Parece como si algo fuera a sernos transmitido en la *Décima* que no deberíamos conocer, porque no estamos preparados todavía para ello».

—Eso que dices suena terrorífico. Un umbral vedado, como la puerta prohibida del castillo de Barbazul.

—A mí también me asusta. Schoenberg lo expresa de tal manera que uno casi agradece que el Señor se llevara consigo a Beethoven antes de que pudiéramos escuchar íntegramente su *Décima*. Su audición, parece querer decirnos el músico, podría dejarnos tan estremecidos y aterrados como se quedó Dorian Gray, el personaje de Oscar Wilde, tras contemplar su horripilante y grotesco retrato final. Quizá la *Décima Sinfonía* estuviera destinada a mostrarnos facetas tan salvajes y monstruosas del alma humana que Dios, que siempre nos ha considerado menores de edad, está empeñado en ahorrarnos esos conocimientos.

—¿Eres creyente? —preguntó la juez, que se había abrasado los labios con la manzanilla que le acababan de traer.

—Me pasa como con lo de las supersticiones. Soy agnóstico a mi pesar.

—Pero acabas de decir que Dios nos trata como a menores de edad. ¿Eso no es reconocer que existe?

—Lo que he querido decir es que según las escrituras, Dios trata a Adán y Eva como si fueran menores de edad. Les dice que no prueben la fruta del árbol del Bien y del Mal, pero no les dice por qué, con lo que excita su curiosidad.

—Les dice que si prueban la fruta del árbol, van a morir.

—Pero es mentira, porque prueban el fruto del árbol y no mueren. La primera gran mentira de la historia es la que les cuenta Dios a Adán y Eva acerca del Bien y del Mal.

—Hay que ver lo retorcido que eres, ¿no? —dijo la juez, que en el fondo parecía entretenida con la de vueltas que le había dado Daniel a un relato tan simple.

—Pues es este pasaje de la Biblia lo que me ha llevado al agnosticismo, Señoría.

—Oye, que no te estoy juzgando.

—No puedo creer en un dios que nos trata como a niños pequeños. No quiero creer en un Ente que siega la vida de Beethoven porque está a punto de revelar a sus semejantes, a través de su música, conocimientos sobre el alma humana que él cree que no vamos a poder soportar. ¡Déjeme Usted que yo decida lo que puedo o no puedo soportar, Señor Mío!

—¿Te das cuenta —dijo la juez cada vez más divertida con las disquisiciones teológicas de Daniel— de que estás hablando con Dios al mismo tiempo que lo estás negando?

—Por eso soy un simple profesor de historia de la música y no un compositor de

éxito —dijo Daniel, autoflagelándose—. Porque soy un idiota.

—No creo que haya nadie en el mundo que pueda pensar que eres un idiota. A excepción de un idiota.

—En ese caso soy un idiota por pensar que soy un idiota.

Una gitana que se había colado en la cafetería se acercó a venderles lotería y como Daniel y la juez se negaban a comprarle, estuvo insistiendo machaconamente hasta que el camarero advirtió su presencia y la invitó a salir, agarrándola firmemente del brazo.

La gitana se zafó bruscamente de la zarpa del camarero, y encarándose con él, pero también con Daniel y con la magistrada, soltó una de las maldiciones más escalofriantes que ninguno de ellos hubiera escuchado jamás:

—Mal fin tengan vuestros cuerpos, *premita* Dios que os veáis en las manos del verdugo y *arrastraos* como culebras, que os muráis de hambre, que los perros se os coman, que los malos cuervos os saquen *losoho* y Nuestro Señor Jesucristo os mande una sarna perruna por *musho* tiempo y que los diablos se os lleven en cuerpo y alma al infierno.

Daniel optó por tomárselo con filosofía y respondió:

—Si se va a poner usted así, señora, deme un décimo.

Pero la gitana había dado ya media vuelta a toda prisa y no llegó a escuchar las palabras de Daniel.

—Con mujeres como esta, ¿a quién le hace falta la maldición de la *Novena*? —dijo la juez, intentando quitarle hierro al incidente.

Pero Daniel se percató de que a doña Susana no le había hecho ni pizca de gracia el juramento. La juez miró el reloj y se dio cuenta de que se había entretenido más de lo previsto.

—Tengo una vista dentro de una hora escasa. Dime, ¿cuál crees tú que sería el valor artístico de la *Décima*?

—Si me tengo que guiar por lo que escuché la otra noche, y solo fue un movimiento, creo que la *Décima* sería aún más vanguardista y revolucionaria que su predecesora. Se podría convertir en la más radical de las obras del más formidable compositor de la historia. Como una especie de premonición titánica de la atonalidad, una llamada salvaje y desesperada a romper todas las convenciones artísticas conocidas hasta la fecha.

—Yo me voy ahora pero te llamaré luego Pilar, la secretaria del juzgado, para decirte la hora exacta en la que tienes que estar en el laboratorio para examinar la cabeza.

Cuando la juez se marchó y le dejó solo en la mesa, terminándose la manzanilla, Daniel se dio cuenta de que le había desaparecido el teléfono móvil.

A esa misma hora, en la ciudad de Viena, el doctor Otto Werner, veterinario jefe de la Escuela Española de Equitación y subdirector de la venerable institución se cruzó por uno de los pasillos con el guía ciego Jake Malinak y le dijo:

—Jake, ¿qué tal el concierto de Brendel en Baden de la semana pasada?

El interpelado reconoció inmediatamente la voz del doctor Werner, entre otras cosas porque era una de las personas que había apoyado desde el principio su contratación en la Escuela.

—Sublime. Ya sabes, muy contenido, muy cerebral todo, pero a mí me llega más así Beethoven.

—Te dije el otro día que quería hablarte y te me escabulles como una anguila. ¿Tienes un minuto?

—Me hago cargo de un grupo de treinta a las doce y cuarto, pero ahora no tengo gran cosa que hacer. Iba a la cafetería a tomarme un capuchino.

—¿Un capuchino en la cafetería? ¿Quieres suicidarte? Pasa a mi oficina y sabrás lo que es café del bueno, hecho a la italiana.

Malinak dobló en tres su bastón blanco de invidente, se lo pasó a la mano izquierda, se colocó detrás de Werner y se agarró a él con la mano derecha para que le sirviera de lazarillo.

Luego dijo:

—Me pongo en tus manos.

Los dos hombres avanzaron en silencio por las dependencias de la Escuela hasta llegar a la altura de la puerta de color verde que daba acceso a la vivienda-oficina de Werner, donde entraron.

Tras servirle un capuchino a Malinak, el doctor dijo:

—Esa historia que les cuentas siempre a los turistas sobre Patton y los lipizanos, ¿está totalmente documentada?

Aunque Malinak no podía ver la cara de su interlocutor, intuyó por el tono de su voz y la forma de plantear la pregunta que había algo más que simple curiosidad histórica detrás de la pregunta de Werner.

—Sí, sí lo está. ¿Qué ocurre, Otto?

—¿Los rusos iban a matar a los caballos?

—Durante la Segunda Guerra Mundial, los nazis trasladaron la cría de lipizanos desde Piber, aquí en Austria, a Hostau, en Bohemia. Algunos oficiales alemanes capturados por los soviéticos consiguieron hacer llegar a Patton el aviso de que los caballos iban a servir de rancho a los soldados. Patton montó una expedición de rescate por detrás de las líneas soviéticas y salvó a doscientos cincuenta caballos. ¿Por qué lo dudas?

—No es que lo dude. Es que mi mujer es rusa.

Malinak guardó silencio durante unos instantes y luego dijo:

—Lo siento. No lo sabía.

—Le he contado la historia, que yo mismo ignoraba, y no sabes cómo se ha puesto. Dice que es indignante que yo permita, como subdirector de la Escuela, que todos los días la gente salga de aquí pensando que los rusos son un puñado de carniceros.

—No lo contaré más, si no quieres.

—No se trata de eso pero, si puedes, dulcifícalo un poco. Di que los rusos no estaban cuidando de los caballos con todo el mimo que se merecían y que Patton le puso remedio.

Malinak sonrió con la nueva versión de la historia.

—De acuerdo. No tengo problema, y menos si me lo pides tú. Te debo mi puesto de trabajo.

Los dos hombres saborearon durante un rato sus respectivos capuchinos hasta que Werner se levantó y dijo:

—¿Sabes lo que te digo? Que cuentes lo que te dé la gana. Prefiero mentirle a mi mujer que al público. Le diré a Olga que lo has dejado de contar y no tendrá más remedio que aceptar mi palabra.

Malinak se puso en pie aliviado, desplegó el bastón blanco y repuso:

—No me acompañes a la puerta, Otto. Me muevo muy bien con esto.

El guía dio tres pasos en dirección a la puerta de salida y tropezó con un obstáculo que le hizo caer al suelo.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Werner ayudándole a incorporarse.

Malinak palpó el entarimado de madera que había bajo sus pies y encontró un tablón suelto que consiguió despegar del suelo sin la menor dificultad.

—Qué raro —dijo Werner—. Juraría que ese tablón nunca había estado flojo.

Al comprobar que había un amplio hueco entre el suelo y la tarima, el ciego preguntó:

—¿Qué tienes aquí debajo, Otto? ¿Un cadáver escondido?

Aguilar había citado a Sophie Luciani, la hija de Ronald Thomas, en la cafetería del Laboratorio de Criminalística a las cinco de la tarde, dos horas antes de que Daniel acudiera a examinar la cabeza del fallecido en compañía de la juez Rodríguez Lanchas. El plan de Mateos, que después de contemplar una fotografía deslumbrante de Sophie, había optado por encargarse del interrogatorio personalmente, era sacarle la mayor cantidad de información sobre la víctima y del posible móvil del crimen y acompañarla luego en el amargo momento de identificar la cabeza cercenada de su padre.

Mateos y su ayudante llegaron al lugar de la cita unos minutos antes que la hija de Thomas y, tras exhibir la placa ante el encargado de la cafetería, le pidieron, con objeto de asegurarse la privacidad de la conversación, que desalojara las dos mesas contiguas a la suya, situada en el lugar más discreto del local.

Los clientes que estaban sentados, la mayoría trabajadores del centro, se levantaron de mala gana y refunfuñando ostensiblemente, decidieron terminar sus respectivas consumiciones en la barra.

—Tiene cara de pocos amigos, jefe —dijo Aguilar después de que ambos se sentaran y pidieran sendos cafés solos—. Y me extraña, porque habitualmente da gloria verle cuando toca interrogar a un bellezón. Recuerdo que el mes pasado, en aquel club nocturno...

—Déjame hacer a mí las preguntas —interrumpió Mateos ignorando por completo el comentario de Aguilar, de quien apreciaba sus dotes detectivescas pero al que no consideraba interlocutor suficientemente cualificado para compartir sus puntos de vista sobre el sexo femenino—. Ahora, cuando te presente, nada de besos. Le das la mano y punto.

—¿Y si es ella la que intenta besarme a mí? ¿Qué hago, la dejo boqueando en el aire, como si fuera una sardina fuera del agua?

—Aguilar, que no estoy de humor.

—¿Por qué, jefe?

—¿No te das cuenta de que estamos en inferioridad de condiciones respecto a la judicatura? Hay que cambiar la Ley de Enjuiciamiento Criminal, y que nos den las mismas prerrogativas que a Sus Señorías. Si esta mujer, que puede ser clave para el esclarecimiento de los hechos, fuera a declarar ante un juez instructor, se la consideraría testigo, y se la obligaría a jurar o prometer decir la verdad, advirtiéndole que, de no hacerlo, incurriría en un delito de falso testimonio.

—Y en cambio a nosotros nos puede contar un cuento chino si quiere, porque la ley no la obliga a decir la verdad ante la policía. Pero ¿por qué y sobre qué iba a querer engañarnos? Es la hija de la víctima; lo normal es que quiera ver al asesino

entre rejas lo antes posible. A no ser —añadió Aguilar tras una pausa durante la que debió de atar algún cabo suelto— que sospeches de ella, claro.

Mateos tampoco respondió a esta última observación de su ayudante, no porque no la considerara relevante, sino porque en ese preciso instante Sophie Luciani entraba por la puerta ataviada con camisa blanca y traje sastre oscuro a rayas, escoltada por un policía de paisano.

—Espere fuera —ordenó Mateos al funcionario.

Tras presentarse a sí mismo y a su ayudante, se dispuso a iniciar el interrogatorio de la mujer, que se ocultaba tras unas gafas de sol.

—Señorita Luciani —comenzó Mateos—, sabemos el doloroso trance que está usted viviendo en estos momentos, pero preferiría que se quitara las gafas de sol para hablar con nosotros.

Sophie obedeció la indicación del policía y los dos detectives comprobaron con cierta sorpresa que sus inmensos y circulares ojos color miel no estaban demacrados, como quizá hubiera sido de esperar, por largas horas de llanto y duermevela.

—Muchas gracias —dijo Mateos, al comprobar la buena disposición de la testigo—. ¿Se ha visto alguna vez envuelta en una investigación policial?

—No, nunca.

—Se lo pregunto porque en la mayor parte de los asesinatos, el criminal suele formar parte del círculo de allegados de la víctima: amigos, familiares, amantes.

La mujer se revolvió incómoda en su silla, pero prefirió no interrumpir al inspector hasta que este descubriese un poco más su juego.

—Lo que le quiero decir es que lo más urgente para nosotros es que nos diga quiénes componían el círculo íntimo de su padre.

Luciani complació a Mateos, facilitándole media docena de nombres, pero lo hizo con muchas reservas, como si le hubieran pedido que delatara a un grupo de activistas políticos.

—De estas personas que acaba usted de mencionar, ¿hay alguna que, a su leal saber y entender...?

—Perdón, ¿cómo dice?

—A su leal saber y entender. Lo siento, es jerga jurídica, deformación profesional, ya sabe. No sé cómo se dice en francés...

—*À votre sens* —interrumpió Aguilar, aun sabiendo que su exhibición idiomática le podía suponer, como así ocurrió, una fulminante mirada de desaprobación por parte de su jefe.

—De estas personas —continuó Mateos—, ¿hay alguna que, *à votre sens*, estuviera enemistada con su padre?

—No, ninguna.

—¿Qué relación mantenía con él?

—Nos veíamos poco, pero me quería mucho. Tenga en cuenta que yo era su única hija.

—Ha dicho «me quería mucho». ¿Y usted a él?

—Menos. Cuando mis padres se separaron, siendo yo niña, aun no deseándolo conscientemente, tomé partido por mi madre. Y aunque respeto y admiro enormemente el trabajo de mi padre a nivel profesional, nunca he podido dejar de verle como el hombre que nos abandonó.

—¿Estuvo usted en el concierto la otra noche?

—Sí, por supuesto.

—¿Sola?

—Fui con un amigo de mi padre, el señor Delorme.

—¿Habló usted con su padre antes o después del concierto?

—Fui a verle antes del concierto a su camerino, para desearle suerte.

—¿Y después no volvió para felicitarle?

—Normalmente los camerinos están atestados de fans después de un concierto. Como yo padezco de claustrofobia, es una situación que prefiero evitar. Además, mi padre me dijo que se reuniría con el resto de los invitados en cuanto terminara de cambiarse.

—Pero no lo hizo, ¿no es así?

—En efecto. Después del concierto ya no volví a ver a mi padre. Ni yo, ni ninguno de los invitados a la fiesta.

—¿Cómo lo sabe? Se marchó bastante pronto, ¿no?

—Veo que está usted bien informado. Me marché, en efecto, como una hora después del concierto, cuando la fiesta no había hecho más que empezar.

—¿Se marchó directamente a su hotel?

—Sí. Puede preguntar al conserje si quiere.

—Y después ya no volvió a salir de su habitación.

—No. Quiero decir, sí. Salí de mi habitación, pero no del hotel. Fui a la habitación de unos amigos, para contarles cómo había ido el concierto.

—¿Me puede facilitar el nombre de esos amigos?

—Son los príncipes Bonaparte. Están alojados en el hotel.

Los dos policías intercambiaron una mirada de asombro. Era evidente que habían quedado deslumbrados por el formidable apellido que acababa de mencionar su interlocutora.

—Espere un momento —interrumpió Mateos—. ¿Ha dicho Bonaparte? ¿Tienen alguna relación con el gran Bonaparte?

—Por supuesto. Son descendientes del hermano pequeño de Napoleón, Jérôme Bonaparte.

A Mateos le hubiera gustado saber cómo entró la hija de Thomas en contacto con

tan nobles personajes, pero tuvo miedo de que el interrogatorio se fuera por las ramas y prefirió centrarse en la noche de autos.

—Volvamos al concierto. ¿Tiene usted idea de adónde fue su padre cuando terminó?

—No.

—¿Y no se alarmó cuando, después de haberle dicho que se reuniría con ustedes, no lo hizo?

—Un poco. De hecho, al ver que tardaba en salir, le llamé al móvil, pero estaba sin cobertura. Por fin un criado se acercó para decirnos que mi padre le había encargado que nos dijera que se había tenido que ausentar momentáneamente, pero que volvería más tarde.

—¿Notó usted durante el concierto algún comportamiento extraño en su padre, algún gesto que le llamara la atención o que denotara nerviosismo?

—Al contrario, fue él quien consiguió ponernos nerviosos a nosotros, los espectadores.

—¿A qué se refiere?

—Mi padre es muy teatral. Quiero decir, era muy teatral. Su padre, o sea, mi abuelo, era *répétiteur* en el Covent Garden y mi padre ha vivido el ambiente de la ópera desde pequeño.

—¿*Répétiteur*?

—Quiere decir...

—Gracias, Aguilar —cortó en seco Mateos—. Prefiero que nos lo explique ella misma.

—El *répétiteur* es la persona que en los teatros de ópera se encarga de ensayar al piano con los cantantes. Sería carísimo tener que hacer ir a toda la orquesta a los ensayos.

—Entiendo. ¿Y eso qué tiene que ver con el concierto?

—A mi padre le gustaba siempre crear un momento de gran dramatismo antes de que empezara a sonar la música, por el procedimiento de subirse al podio y contar hasta treinta antes de dar el primer ataque. Era como su marca de la casa. Eso hace que el público se ponga muy nervioso, porque cree que está ocurriendo algo malo. Piensa que al director se le ha olvidado la música, que se ha quedado en blanco. También lleva a los oyentes a sentirse culpables, porque piensan que el silencio que han creado para que la música pueda empezar no es aún suficiente a juicio del director. Se llega a crear un silencio tan intenso que casi se puede tocar. Y cuando este ya se hacía insoportable, la música de mi padre llegaba hasta los oídos de los espectadores como una liberación.

Tanto Mateos como Aguilar advirtieron en la expresión de Sophie Luciani la gran admiración que esta sentía por Ronald Thomas, el músico.

El inspector dijo:

—No me queda más remedio ahora que abordar un tema en extremo delicado. Ya sabe que ha aparecido la cabeza de su padre.

Sophie Luciani no dio muestras de emoción alguna al responder.

—Lo sé, por eso estoy aquí. ¿Dónde la han encontrado?

—Casi a un kilómetro del lugar en el que fue hallado el cuerpo; por eso los rastreadores no daban con ella. La Casa de Campo, que es el lugar donde abandonaron el cadáver de su padre, es un sitio muy poco recomendable a ciertas horas de la noche. Es posible que algún desaprensivo encontrara la cabeza y la moviera de sitio, por puro vandalismo. O tal vez fue algún perro vagabundo, aún lo estamos investigando.

—¿Se han ensañado con la cabeza de mi padre?

—Tiene varios hematomas y desgarros pero puedo asegurarle que le fueron infligidos post mórtem. Casi con seguridad, no fue el asesino quien le causó esas heridas, sino la persona o el animal que movió la cabeza de sitio.

—Quiero verla —exigió súbitamente Sophie Luciani, poniéndose de pie.

A pesar de que Mateos era un hombre de cierta estatura, la cabeza de Sophie casi le llegaba a la nariz.

—¿Está usted segura? —preguntó el inspector—. Si lo desea, podemos corroborar la identidad de la cabeza a través de las muestras dentales y evitarle un momento muy difícil. Claro que eso nos llevaría tiempo, y el tiempo es clave para detener al asesino.

—No, estoy decidida. Lléveme hasta los restos de mi padre. Ahora.

Mateos y Aguilar acompañaron a la hija de Thomas a la planta sótano y esta llevó a cabo en el acto una identificación positiva de la víctima. Aunque durante los segundos que permaneció frente a la cabeza cercenada de su padre aparentó una enorme sangre fría, un minuto después, cuando aún no había abandonado las dependencias del Laboratorio, Sophie Luciani empezó a sentirse repentinamente mal y tuvo que ser atendida por uno de los forenses con un colapso nervioso.

El Laboratorio de Criminalística, dependiente del Instituto de Medicina Legal, no estaba situado en su integridad, por problemas de espacio, en la sede del Tribunal Superior de Justicia, sino que algunas secciones habían tenido que ser desplazadas, de manera provisional, hasta que se ampliara el edificio, a la planta sótano del antiguo hospital del Perpetuo Socorro. Allí, además de dactiloscopia y criptografía, se habían instalado las unidades de patología forense y análisis toxicológicos, que contaban con el más moderno equipamiento técnico al que pueda aspirar un centro de este tipo. El problema, según explicaron más tarde a Daniel, es que como faltaban patólogos, las pruebas de esta especialidad solicitadas por los juzgados se llevaban a cabo tarde, mal, y a veces nunca.

—No sé para qué nos hemos comprado tantos juguetes caros si luego no tenemos a nadie que sepa manejarlos —solía decir uno los cuatro forenses asignados al centro.

Cuando subía el tramo de escaleras que conducían hasta la entrada del hospital, Daniel no se cruzó con Sophie Luciani, que había tenido que ser trasladada hasta su hotel hacía ya una hora en una unidad del SAMUR, sino con una muchacha, que no tendría más de veinte años, que salía en ese momento con una desagradable quemadura de cigarrillo en la cara, probablemente una mujer maltratada a la que acababan de practicar una prueba judicial. A Daniel el lugar le estremeció tanto que estuvo a punto de dar media vuelta y regresar a su casa, pero la juez le vio llegar desde el vestíbulo, le hizo una seña desde lejos para que se acercase y ya no pudo dar marcha atrás.

—Gracias por ser puntual —dijo la magistrada, estrechándole la mano.

Intentó esbozar una sonrisa, pero la reprimió enseguida, consciente como era de que, debido a la parálisis que le afectaba media cara, verla sonreír no era un espectáculo agradable. La acompañaba un hombre bien trajeado, que se presentó a sí mismo, sin esperar a que lo hiciera doña Susana, a cuyo juzgado estaba adscrito:

—Me llamo Felipe Pontones, trabajo con Susana. Soy el forense que hizo el levantamiento del cadáver de Thomas. Y me ha tocado también hacerle la autopsia, claro.

A pesar de que se trataba de un tipo bastante cordial y de aspecto agradable, había dos cosas de él que a Daniel le produjeron enseguida, si no un rechazo frontal, sí al menos una vaga desazón: por un lado los ojos, que al estar demasiado cerca uno de otro, idiotizaban un poco su mirada, y por otro el pelo, entreverado por un mechón de cabello blanco, que le confería un desagradable aspecto de mofeta.

—La cabeza está abajo —dijo la juez. Podemos ir en ascensor, pero solo son dos tramos de escaleras.

No habían dado ni dos pasos por el sótano, cuando empezó a llegarles un fuerte

olor a materia fecal y pudieron percatarse de que en una de las salas se estaba practicando en ese instante una autopsia completa.

Daniel se quedó mirando una inscripción en latín que había colgada en el pasillo:

Hic locus est ubi mors gaudet succurrere vitae.

—Significa «En este lugar es donde la muerte se alegra de poder ayudar a la vida» —explicó Pontones, mientras se colocaba unos guantes de látex de color azul claro—. Lo que reina aquí abajo, o por lo menos de eso presumimos nosotros, es la curiosidad, el interés científico y, en última instancia, el placer de poder establecer la verdad y de ayudar a la justicia. Ese es el sentido de la inscripción en latín, que podrás encontrar en muchas salas de autopsia y que, como ves, obvia por completo el hecho de que aquí siempre huele que atufa.

—¿Podemos ver ya la cabeza? —se impacientó la magistrada, mientras lanzaba miradas furtivas de disgusto a la sala donde se estaba practicando la autopsia.

Desde allí llegaban inquietantes sonidos de voces veladas, sierras y escalpelos eléctricos.

—Ahí encima nos la han dejado —dijo el forense, señalando la mesa metálica de la otra sala de disección—. Tiene numerosas magulladuras y laceraciones, pero la hemos mantenido en la cámara frigorífica, con lo cual no hay de qué asustarse.

Hizo restallar un par de veces contra la muñeca la embocadura del guante de goma.

—¿Has visto alguna vez un cadáver, Daniel?

—Una vez, de lejos, en la cuneta de una carretera. Era el cuerpo de un accidentado.

—No pregunto eso, sino si eres muy tiquismiquis. Por si acaso, ponte un poco de esto bajo la nariz.

El forense extrajo del bolsillo de la americana una cajita redonda de Vicks Vaporub y se la entregó a Daniel, que se quedó mirando atónito a la juez, sin saber qué hacer.

Doña Susana le pidió la caja, la abrió y untó el dedo índice con el ungüento; después se lo pasó bajo los orificios de la nariz. Daniel, hizo exactamente lo mismo. Cuando hubo terminado, devolvió la caja a Pontones, que se la guardó sin haberse servido de ella.

—Yo estoy acostumbrado —apuntó con cierta chulería.

A continuación, entraron en una pequeña habitación de color crema en la que, además de una aparatosa mesa metálica en el centro, que ocupaba buena parte del espacio, había un gran cubo de basura forrado en su interior con una bolsa verde de plástico —«afortunadamente vacía», pensó Daniel—, un reloj de pared, un armario

de puertas de vidrio con todo tipo de envases, un aparador con instrumental pegado al muro y una silla negra de hule sobre la que habían dejado una cámara Polaroid. En el centro de la mesa de autopsias, que no era totalmente lisa, sino que tenía estrías longitudinales para drenar los fluidos corporales, había un bulto no demasiado prominente, tapado con un pequeño sudario, que el forense retiró con el desparpajo de un camarero que estuviera levantando un mantel sucio.

—¡Pero este no es Thomas! —exclamó perplejo Daniel, al contemplar la cabeza.

—Que es Thomas está fuera de toda duda —repuso la juez—. Su propia hija lo ha identificado, esta misma tarde. Lo que pasa es que le han dejado el cráneo como una bola de billar.

La cabeza, que ya había empezado a adquirir un color entre cerúleo y verdoso, presentaba múltiples abrasiones y hematomas en la parte frontal, hasta el punto de que solamente los ojos, que estaban entreabiertos, y conferían al rostro la expresión de una persona aletargada por los narcóticos, parecían intactos. Tanto la nariz como la boca presentaban heridas y desgarros que Pontones aseguró que habían sido causados por perros callejeros. Pero lo verdaderamente impactante para Daniel fue descubrir que en la parte posterior del cráneo, que estaba totalmente rasurado, Thomas tenía tatuado un pentagrama, minucioso y bien ejecutado, en el que se podían leer con claridad unas notas musicales.

—¿Para qué le han tatuado eso en la cabeza? —preguntó Daniel horrorizado—. ¿Es una forma de ensañamiento?

—El tatuaje no se lo hizo el asesino —respondió el forense—. Hemos examinado la epidermis concienzudamente y podemos asegurar que ese trabajo tiene varios meses de antigüedad.

—Creemos que es una especie de clave o mensaje secreto que Thomas decidió ocultar bajo el pelo —dijo la juez.

Intentó encender un cigarrillo, que tuvo que guardar otra vez en el paquete, al percatarse de que el forense la recriminaba con una expresión de censura.

—Pero un mensaje ¿para quién? —preguntó Daniel, que se había puesto en cuclillas para leer mejor la inscripción musical.

—No lo sabemos aún —contestó la juez. Pero aquí Felipe, que como has visto conoce bien a los clásicos, dice que es un sistema para transportar mensajes secretos que se utiliza desde la más remota antigüedad.

—Lo menciona Heródoto de Halicarnaso, en su obra *Los Nueve Libros de la Historia*. Un famoso tirano griego llamado Histieo tatuó en la cabeza rapada de su más fiel esclavo un mensaje en el que alentaba a un aliado a rebelarse contra los persas. Antes de enviar a su correo, esperó a que le creciera el pelo para ocultar el texto y el destinatario no tuvo más que afeitarse la cabeza al esclavo para poder leerlo. Lo que pasa es que aquí se han juntado dos artes, la criptografía y la

esteganografía.

Pontones hizo una pausa para forzar una pregunta aclaratoria de Daniel, que este formuló enseguida:

—La criptografía creo saber lo que es, la esteganografía me suena a escritura rápida.

—Eso es la estenografía, que es como decir taquigrafía. La esteganografía se distingue de la criptografía en que esta desordena o codifica el mensaje hasta volverlo incomprensible para un receptor no iniciado, mientras que la primera se limita a camuflar el texto sin que sea necesario cifrarlo. Pero aquí no se han limitado a ocultarlo tras el pelo, sino que lo han encriptado bajo la apariencia de notas musicales, o al menos esa es mi modesta opinión. Evidentemente el mensaje debe de ser de gran importancia, si el que lo envía se ha tomado tantas molestias para que nadie, excepto el receptor, pueda leerlo. Su Señoría me dice que estás aquí en calidad de perito musical, así que, cuéntame, ¿qué te dicen esas notas?

La partitura que Thomas tenía tatuada en la cabeza era la siguiente:



—Qué curioso —dijo Daniel. El tema me resulta vagamente familiar pero así, a bote pronto, no logro identificarlo.

—¿Puede tratarse de un tema original, compuesto por Thomas? —preguntó la juez.

—No lo creo —respondió Daniel, tratando de reconocer el tema por el procedimiento de tararearlo en voz baja—. Es algo que conozco, desde luego, pero es como si lo hubieran desfigurado. Ajá, creo que ya sé lo que ocurre: las notas y el ritmo no concuerdan.

—¿Qué quieres decir?

—Acabo de identificarlo. Se trata del tema principal del concierto para piano *Emperador*, de Beethoven. Es quizá el concierto para piano más famoso de la historia. Está en mi bemol, de ahí esas tres bes pequeñas que vemos antes del compás, que constituyen lo que nosotros llamamos la armadura de la tonalidad. Han incluido también el compás, que son esos dos cuatros que figuran antes de que empiece la música, pero el ritmo de ese tema no es el correcto, solo concuerda la

altura de las notas. ¿Alguien me puede dejar un papel y un bolígrafo?

La juez complació a Daniel y este dibujó un pentagrama que rellenó con las siguientes notas:



Luego dijo:

—Este es el tema del concierto *Emperador* escrito correctamente. Por si no sabéis leer música, suena más o menos así.

Daniel canturreó el tema del concierto. Tanto la juez como el forense sonrieron, al reconocer inmediatamente la música de Beethoven.

—Como veis, no coincide en absoluto con el de la cabeza, que empieza con cuatro semicorcheas y una corchea, cuatro notas cortas y una larga. El ritmo auténtico es una nota larga, que es la blanca ligada a la corchea, más un tresillo y dos corcheas.

—¿Y por qué habrán hecho eso? —preguntó la juez, a la que las explicaciones de Daniel habían dejado aún más confundida y desbordada de lo que estaba antes.

—Tal vez para enmascarar aún más el mensaje, es decir, para que no fuera fácil determinar que se trata del concierto *Emperador*.

—Pero tú lo has identificado con facilidad —dijo la juez.

—Eso es únicamente porque, además de tener estudios de musicología, estoy especializado en Beethoven —respondió Daniel con un deje de orgullo intelectual en la voz.

Fueron interrumpidos por los dos patólogos que, después de haber concluido la autopsia en la sala contigua, daban por terminada su jornada laboral. Era evidente, por sus caras guasonas, que mantenían algún tipo de rivalidad profesional con Pontones, y que hubieran querido hacerle algún comentario jocoso, pero que la presencia de la juez y en menor medida, de Daniel, les impedía desplegar toda su artillería.

—Bueno, Felipe, nosotros nos vamos. Si te quedas con ganas, ahí tienes a otro.

—Muy agradecidos —soltó el forense—. Ya vendréis a mí cuando queráis que os resuelva el sudoku.

Cuando los dos hombres se marcharon, Pontones comentó, a modo de disculpa:

—Están todo el día de cachondeo. Es su forma de combatir el estrés.

La juez guardó la partitura que había dibujado Daniel en su bolso y preguntó:

—¿Alguna idea de lo que puede significar el tatuaje?

—El pentagrama debe de ser, efectivamente, una especie de clave —continuó Daniel—. Ahora bien, hay tantas maneras de cifrar un mensaje mediante notas musicales que no me atrevo a aventurar ninguna teoría hasta no haber estudiado la

partitura con más detenimiento.

La juez miraba perpleja a Daniel.

—¿Una clave, dices? ¿Como una combinación de una caja fuerte o así?

—También puede ser un texto. Un verso, por ejemplo. Es mejor no aventurar conjeturas hasta no haber llevado a cabo un estudio más completo.

El forense hizo varias *polaroids* del pentagrama tatuado en la cabeza y, después de comprobar que el flash no había sobre-expuesto la instantánea, se las entregó al musicólogo.

Cuando salieron a la calle, la juez, el forense y Daniel no intercambiaron más que un tétrico saludo de despedida. La camisa de Daniel tuvo que pasar dos veces por la lavadora antes de perder el nauseabundo hedor del que se había impregnado en la sala de autopsias.

La noche siguiente a su tético examen de la cabeza decapitada de Thomas, Daniel invitó a cenar a Alicia a la *trattoria* Corleone, desde hacía muchos años su italiano favorito, por más que los precios hubieran escalado de manera escandalosa en los últimos tiempos.

Enzo, el encargado, los acompañó a su mesa de siempre y además de entregarles las cartas, les llevó unos tacos de queso parmesano y unos grisines para que fueran picando.

—¿A qué hora sale tu avión mañana? —preguntó Daniel, mientras empezaba a mirar una carta que no necesitaba para nada, pues siempre pedía lo mismo: *lumaconi rigati al tartufo*.

—A las siete. Tengo que estar en el aeropuerto a las seis.

—O sea, que me toca madrugar.

—No hace falta que me lleves. Puedo pedir un taxi.

—Por favor, ¿un taxi? ¿Voy a permitir que vaya en taxi al aeropuerto la madre de mi hijo?

—No empieces.

Daniel abandonó el tono amable y adoptó una actitud más dura, que sobresaltó a Alicia.

—¿Que no empiece a qué? Te he dejado embarazada y me parece una excelente noticia. ¿Por qué estamos convirtiendo en un drama algo que puede ser fuente de felicidad infinita para los dos?

—Pero ¿desde cuándo eres pro bebé? Llevamos juntos ¿cuánto? ¿Tres años? Es la primera vez que hablamos de tener hijos.

—Es que yo no quiero tener hijos, así, en abstracto. Quiero tener este concreto, con una mujer concreta que eres tú. ¿Que no me he dado cuenta de ello hasta que no me has dicho que estabas embarazada? Lo admito. Pero eso no quiere decir que mi deseo sea un capricho. Me hace mucha ilusión tener un hijo contigo.

Enzo se acercó a la mesa con la libreta y el bolígrafo en la mano.

—¿Les tomo nota ya o todavía no han decidido?

—Yo tomaré los *lumaconi*.

El *maitre* se sonrió ante el empecinamiento de Daniel con este plato:

—Tenemos otras diez clases de pasta en la carta. Y también hay pizza, hecha en nuestro *forno di legna*.

—Lo sé. Pero tengo antojo de *lumaconi*.

—Déjeme que le cambie al menos la salsa. En vez de *al tartufo*, *al pecorino*.

—Vale, pero como no me guste, te devuelvo el plato y me los traes al tartufo.

—¿La señorita sabe ya lo que va a tomar? —preguntó el encargado.

—Lo mismo que él.

—¿Lo mismo? Mujer, pide otra cosa, así podemos compartir.

—¿También vas a decidir lo que tengo que cenar?

—No, Alicia, no es eso. Enzo, no se hable más: dos *lumaconi al pecorino*.

Enzo se alejó rápidamente de la mesa, viendo que amenazaba tormenta, y Daniel y Alicia permanecieron un rato en silencio. Ninguno de los dos quería estropear con una amarga discusión su cena de despedida, pero era evidente que las sensibilidades de ambos estaban a flor de piel. Por fin, Daniel rompió el hielo:

—Mira, si no quieres tenerlo...

—Yo no he dicho que no quiera tenerlo. Es que te veo tan despreocupado, tan frívolo con este tema, que me das miedo. Es como si no te dieras cuenta de la responsabilidad que implica ocuparse de un niño.

—Problemas económicos no vamos a tener, porque a ti te va de cine.

Era cierto. La excelente oferta económica que había recibido Alicia de la multinacional Computer Solutions había sido la razón de más peso para que aceptara «exiliarse» profesionalmente en Francia durante una buena temporada. Eso y el hecho incuestionable, reconocido por ambos, de que los dos necesitaban airear un poco la relación y volver a experimentar esa maravillosa sensación de echarse mutuamente de menos.

—Pero ¿no te das cuenta de que voy a tener que permanecer en Grenoble todavía un año y medio? Es lo que he pactado con ellos, no puedo volverme atrás. El niño nacería en Francia.

—La cuestión no es esa, Alicia. Lo importante aquí, lo único que cuenta, es lo que queremos hacer nosotros, nuestro proyecto de pareja. Si queremos tener el niño ¿vamos a renunciar a ello porque le viene mal a tu empresa concederte dieciséis semanas de baja por maternidad?

—¿Proyecto de pareja? ¡Si a ti lo único que te obsesiona es tu ensayo sobre Beethoven, y ahora ese crimen espantoso! ¡Si me dejaste tirada en el aeropuerto, embarazada de cinco semanas, porque no te querías perder un concierto!

Una familia entera que estaba cenando un par de mesas más allá se volvió hacia ellos con curiosidad, al oír que la conversación empezaba a subir de tono.

—Será mejor que nos tranquilicemos. A este paso vamos a salir en las noticias —dijo Daniel.

—Necesito sentirme querida, que te ocupes un poco más de mí.

—Lo sé. Pero ahora estoy dándole un empujón muy fuerte al libro, porque si no, veo que no lo saco adelante.

—¿Por qué es tan importante para ti?

—Se lo debo a mi padre. El viejo me enseñó dos cosas fundamentales en la vida: la primera, que cuando surge un problema, lo primero que hay que hacer es chequear

las cosas más sencillas. Ya sea una puerta que no abre, un chisme electrónico que no funciona, el coche que no arranca, o incluso en los roces entre dos personas, siempre hay que ir a lo más elemental. El noventa por ciento de las veces, se trata de un cable suelto, la tecla on que no estaba apretada, o que la persona que te ha herido no quería en realidad decir lo que dijo.

—¿Y la segunda cosa?

—El amor a Beethoven. De hecho, lo ponía tanto en casa cuando era pequeño que es un milagro que no acabara odiándolo. Cuando estaba de mal humor, se iba al cuarto del fondo, y escuchaba a Beethoven, durante horas, a oscuras. En cierta ocasión me angustié muchísimo, porque le sorprendí llorando. Pensé que se había peleado con mi madre o que le habían echado del trabajo, pero él me sonrió y me dijo, acariciándome la cabeza: «No me pasa nada, Daniel. El problema no es llorar, sino no poder hacerlo. Siempre que estés triste y no puedas derramar unas lagrimitas, escucha el adagio de la *Novena Sinfonía*».

—Qué hombre tan sensible; el mío —ya le conoces— es bastante más básico.

—Aunque ya no pueda leerlo, a mi padre le encantaría saber que he terminado el libro sobre Beethoven, que empecé cuando él todavía vivía.

—¿Tienes ya editor?

—Random House podría estar interesada.

—Entonces tu ensayo debe de ser muy bueno. ¿Qué cuentas en él?

—La manera de trabajar de Beethoven, por ejemplo. Tenía la costumbre de anotar sus ideas, para que no se le olvidasen, en una libreta que siempre llevaba consigo. Pero esos bocetos no eran un simple *post-it*. A partir de ahí, y a lo largo de decenas de páginas, se puede ver cómo Beethoven va elaborando esa sencilla chispa inicial y la va enriqueciendo por el procedimiento de conectarla con otras ideas. Yo quiero contarle al lector no solamente cómo desarrolla un genio el material creativo, sino por qué es superior musicalmente hablando, la idea final a la de partida. Eso es algo que no se puede llevar a cabo con ningún otro titán de la música. ¿Te acuerdas de *Amadeus*?

—Perfectamente.

—Salieri se queda boquiabierto, y por supuesto verde de envidia, cuando Constanza le lleva las partituras manuscritas de Mozart y ve que no tienen ni un solo tachón, que no hay correcciones. Salieri dice, textualmente: «*He had simply written down music already finished in his head. Page after page of it as if he was just taking dictation*».

—¿Te sabes los diálogos en versión original?

—¿Qué quieres? La habré visto en DVD por lo menos veinte veces, se me ha quedado. Pues eso, que no es ninguna invención de la película, porque Mozart tenía una facilidad milagrosa para componer. No se puede decir lo mismo de Beethoven, al

que le costaba muchísimo elaborar sus obras. Eran partos interminables, a veces muy dolorosos.

—Ya hemos sacado el tema otra vez, ¿no?

Enzo llegó en ese momento con los dos platos de pasta y Daniel se apresuró a probar la nueva salsa al pecorino, ante la expectante mirada del *maître*.

Tras paladearla en su boca, como si fuera un catador de vinos, Daniel sentenció:

—Me gustan más al tartufo.

—¿Me llevo el plato?

—No, vamos a darle una oportunidad.

Mientras Enzo se alejaba satisfecho, Alicia dijo:

—Bueno, y respecto a esa misteriosa partitura, ¿qué has sacado en limpio?

—Mujer, dame por lo menos cuarenta y ocho horas. ¿Tú sabes la cantidad de maneras que hay de encriptar un mensaje con notas?

—¿Por ejemplo? Dime una.

—Que las notas sean letras. En la notación alemana...

—Sí, ya me lo has contado alguna vez —interrumpió Alicia—. Muy bien, supongamos que las notas son letras. ¿En ese caso, qué diría la partitura?

Daniel sacó un papel del bolsillo, en el que había una serie de letras anotadas bajo las notas, y se lo mostró a Alicia.



—Son cuarenta letras en total —expuso Daniel—. Las he sacado del pentagrama y las he combinado de mil maneras, por ejemplo, agrupándolas como un rectángulo, por si se trata de palabras ocultas en una sopa de letras. Pero no he encontrado ninguna.

E F E D E F G E C H
H E F E D E F G E C
H H D E F G A F E E
F E D E F G E C H H

—A lo mejor no es una sopa de letras. Quizá se trate de un anagrama, o sea, que con todas esas letras, se pueda formar una frase que tenga algún significado.

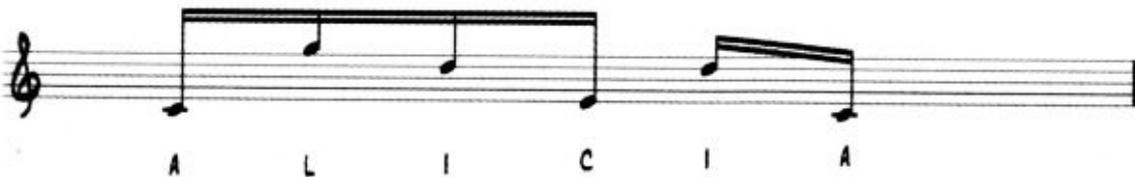
—Es para volverse loco. Sobre todo teniendo en cuenta que hay otras maneras de encriptar mensajes con notas.

Daniel dio la vuelta al papel donde estaban escritas las notas y dibujó un pentagrama con una escala musical.



Luego le explicó a Alicia:

—Había una práctica muy común en el siglo XVIII para enviar mensajes cifrados que era hacer corresponder las doce primeras letras del alfabeto a otras tantas notas ascendentes y las siguientes doce a un grupo de notas descendentes. Por ejemplo, tu nombre, Alicia, encriptado con este sistema quedaría así:



Alicia se quedó mirando las seis notas con cara complacida y dijo:

—Siempre he sabido que tenía un nombre muy musical.

—Los mensajes escritos con esta técnica —continuó Daniel— tienen la ventaja, el inconveniente, en nuestro caso, de que solo pueden ser descifrados si el destinatario tiene el código, que es totalmente arbitrario. Es decir, aquí, por ejemplo, he hecho corresponder la letra A a un do, pero bien podríamos pactar que la A es la nota re, y así sucesivamente.

—Madre mía, ¡qué berenjenal! —exclamó Alicia—. No me extraña nada que esa juez necesite un asesor musical. ¿Te van a pagar?

—No me ha comentado nada.

—Pues háblalo ya, para evitar malos rollos. No vaya a ser que le soluciones el caso a la policía y tú te quedes a dos velas.

—¿Qué me importa ahora que me paguen o no? Si lograra descifrar la partitura ¿te das cuenta del giro copernicano que daría mi vida? Además de que podría ayudar a resolver un asesinato, quizá me revelaría el paradero del Santo Grial de la música: el manuscrito de la *Décima Sinfonía* de Beethoven. Mi nombre quedaría inscrito, ya para siempre, en letras así de grandes, en la musicología moderna.

—Hablemos de nuestro próximo encuentro. ¿Cuándo puedes venir a Grenoble?

—No te interesa nada lo que estoy contando, ¿no?

—Yo creo que ya lo hemos hablado todo. El tema no da más de sí.

—Necesito que me ayudes a pensar. Tú eres muy buena razonando.

—Soy realista, y desde mi realismo te digo lo siguiente: si Beethoven era tan perfeccionista como acabas de contar, todo el día tachando y corrigiendo para lograr la obra de arte perfecta, lo más probable es que aunque efectivamente hubiese completado un primer manuscrito de la *Décima Sinfonía*, luego lo destruyese.

—¿Por qué dices eso?

—Por algo no ha aparecido el manuscrito en todos estos años, ¿no?

—Brahms, que fue, por así decirlo, el heredero musical de Beethoven, sí que quemó muchas de sus obras por pura vanidad, para que, al morir él, la gente no pudiera comprobar lo imperfecta que era su música antes de alcanzar la madurez creativa. Se dice incluso que destruyó los manuscritos de sus sinfonías *Quinta* y *Sexta*, que jamás vieron la luz. Pero Brahms era una personalidad totalmente opuesta a Beethoven, que era la quintaesencia de la confianza en sí mismo. Si Beethoven completó la *Décima*, como yo sospecho, estoy convencido de que no la destruyó.

—En ese caso, ¿qué ha sido de ella? ¿Por qué no ha aparecido en todos estos años?

—Es un misterio. Muchas de las óperas de Monteverdi, por ejemplo, se han perdido. Parece ser que hubo un saqueo terrible en Mantua, donde él era director musical, perpetrado por las tropas del emperador austríaco. Tampoco aparecen muchas de las obras de Bach, debido a que este tuvo infinidad de hijos, algunos de los cuales malvendieron las partituras que su padre les había dejado en herencia. Pero en el caso de Beethoven, no logro encontrar una explicación para la pérdida del manuscrito.

—Lo mejor es no obsesionarse. Si tiene que aparecer, aparecerá. Y ahora en serio: ¿cuándo vienes a Grenoble? Te quiero presentar a una amiga mía suiza, Marie-Christine, que es pintora en sus ratos libres. Me está haciendo un retrato en su estudio. Le he hablado mucho de ti y me consta que arde en deseos de conocerte.

—Entonces, ¿para qué necesitas que vaya a Grenoble? Si te lo estás pasando bomba. No puedo imaginar nada más divertido que posar durante horas en el estudio de una suiza.

—Dentro de dos semanas hay un puente largo. Si consigues billete en el vuelo del viernes por la mañana...

—¿Vamos a tener el bebé o no? —interrumpió secamente Daniel.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Nada. Pero me parece más importante dejar aclarado eso antes de que te vayas que la fecha de nuestro próximo encuentro.

—¿Qué me estás queriendo decir? ¿Que si en este momento no me parece oportuno tener un hijo contigo, no vas a venir ya a verme?

—Alicia, ¿aun no te has marchado y ya quieres planificarme la vida con un viaje a Grenoble?

Las palabras de Daniel tuvieron el mismo efecto sobre Alicia que si este le hubiera propinado un guantazo en la cara.

—¿Planificarte yo la vida? ¿Desde cuándo te he planificado yo nada?

—Ahora tratas de hacerlo, justo ahora que estoy metido de lleno en la resolución de un crimen.

Alicia estampó con fuerza el cubierto que tenía en la mano sobre la mesa y se puso en pie de un salto.

Todo el restaurante enmudeció de pronto, esperando el desenlace final de una escena que llevaba ya acaparando la atención de los cliente desde hacía un buen rato.

—¿Adónde vas?

—¿Adónde voy yo? Querrás decir que adónde vas tú. Yo te lo voy a decir. ¡Te vas a la mierda!

Y diciendo esto, salió hecha una hidra del restaurante, y dejó a Daniel solo y a merced de las miradas y cuchicheos de los comensales que abarrotaban el local.

El matrimonio Bonaparte, que se alojaba en el mismo hotel que la hija de Thomas, Sophie Luciani, llamó a la puerta de la habitación de esta, aunque de su pomo colgaba el cartel de NO MOLESTEN. Como no respondía, la princesa le dijo a su esposo:

—No contesta. ¿Le habrá pasado algo?

—Sí, que han asesinado a su padre.

—No te pongas sarcástico conmigo, no lo soporto —le espetó la mujer.

La princesa volvió a insistir un par de veces con los nudillos, y como seguía sin obtener respuesta, Bonaparte le dijo:

—Que oiga tu voz. Si te limitas a aporrear la puerta pensará que eres el servicio de habitaciones.

—¡Sophie! ¡Sophie! —gritó la princesa.

Transcurrieron unos segundos, al cabo de los cuales la puerta se entreabrió. Al empujar la hoja hacia dentro, los Bonaparte comprobaron que la habitación estaba en penumbra y que Sophie, que había regresado inmediatamente a la cama tras franquearles la entrada, yacía inmóvil en ella, con los ojos cerrados, abatida por el dolor de la reciente pérdida.

—Sophie, vamos a salir a cenar —dijo la princesa—. ¿Nos acompañas?

Sophie Luciani movió ligeramente la cabeza de un lado a otro para declinar la invitación. La princesa preguntó:

—¿Puedo encender la luz?

Sin abrir los ojos, Sophie extendió la mano hasta la lámpara que había sobre la mesita de noche y accionó el interruptor de la bombilla. La habitación llevaba un par de días sin hacerse, como era evidente por el grado de desorden que imperaba en ella.

—Te conviene salir, Sophie —intervino el príncipe—. Llevas demasiado tiempo aquí encerrada. No te has movido desde que te sometieron a la tortura de tener que contemplar la cabeza de tu padre.

—Estoy bien —aseguró la hija de Thomas—. Id vosotros, yo no tengo ganas.

La princesa se sentó en la cama, junto a Sophie y le acarició delicadamente la cabeza. Esto provocó que ella, por fin, abriera los ojos. Los tenía hinchados y enrojecidos.

—Aunque no era nuestra intención —dijo Bonaparte desde el segundo plano en el que estaba—, nos vamos a quedar unos días más en España para estar contigo.

—Gracias —murmuró Sophie—. No sé qué haría sin vosotros.

Hubo una pausa, durante la cual el príncipe Bonaparte estuvo evaluando si formular ya una pregunta que le rondaba la cabeza. Por fin se animó y dijo:

—Sophie, ¿le has hablado a la policía de nosotros?

—Solo les dije que estabais en mi mismo hotel. ¿Por qué?

—Querida —repuso la princesa—, creo que les contaste algo más. ¿No es cierto que les dijiste que al volver del concierto viniste a nuestra habitación?

—¿Es que la policía ha hablado con vosotros? ¿Os están molestando?

Los príncipes intercambiaron una mirada cómplice entre sí y ella dijo:

—Esta tarde ha estado aquí un subinspector llamado Aguilar y nos ha hecho un montón de preguntas: si conocíamos a tu padre, por qué no fuimos al concierto a pesar de haber sido invitados, dónde estuvimos aquella noche, etc. Hemos confirmado tu versión, que deberías habernos comunicado antes, pero la hemos adornado un poco, para que no puedan importunarte.

—¿Importunarme? ¿A qué os referís?

—Tu padre, según los periódicos, fue asesinado entre las dos y las tres de la mañana. Cuando tú llegaste a nuestra habitación no serían más de las doce. Así que le hemos contado a la policía que estuvimos hablando hasta las tres.

—Eso no es cierto. Yo no me quedé en vuestra habitación más de media hora.

—Lo sé, pero dado que lo más probable es que tu padre te haya dejado toda su fortuna a ti, que eres su única hija, la policía va a hacer todo lo posible por incriminarte, dado que de momento eres la única persona con un móvil concreto.

—Pero ¿cómo puede alguien pensar esa monstruosidad? ¿Que yo maté a mi padre?

—Si no lo están pensando ya —continuó la princesa—, lo empezarán a pensar en cuanto se abra el testamento. Según lo hemos arreglado, tienes una coartada perfecta, puesto que nosotros vamos a dar fe de que estabas en nuestra habitación a la hora en que se cometió el crimen.

—¿De verdad creéis que es necesario mentirle a la policía? Yo puedo demostrar que volví al hotel después del concierto. Tuve que pedirle la llave al conserje.

—Pudiste volver a salir durante la noche, aprovechando cualquier distracción del personal de hotel —dijo la princesa, plenamente satisfecha con su papel de abogada del diablo.

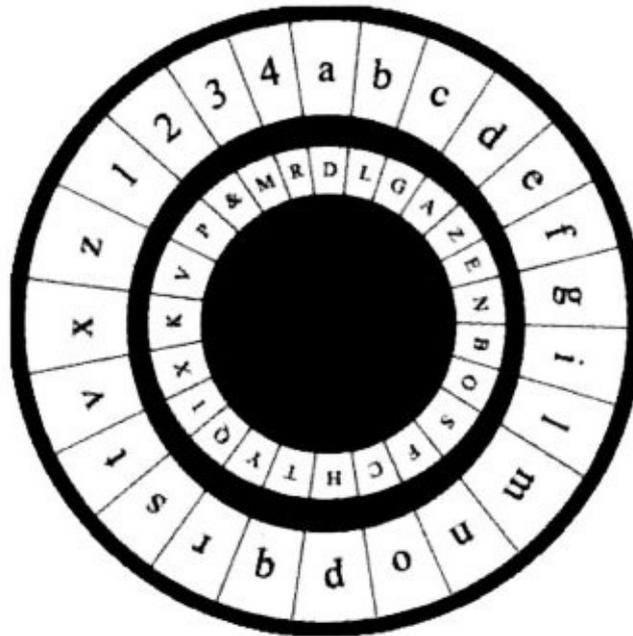
—Sois muy amables —replicó Sophie—, pero no creo...

—Sí que era necesario, Sophie —interrumpió el príncipe—. También por nosotros. Estoy a punto de empezar mi carrera política y no puedo permitirme, de ninguna manera, verme implicado en un escándalo. Nosotros somos tu coartada, pero tú ahora, te acabas de convertir en la nuestra.

—No estamos haciendo daño a nadie —apostilló la princesa—. Los tres somos inocentes y deseamos ver al culpable entre rejas cuanto antes. Lo único que deseamos es que la policía nos moleste lo menos posible. Imagínate que por cualquier motivo, nos pide el juez que no abandonemos de momento suelo español. ¡Para Louis-Pierre, que tiene una conferencia en Estocolmo dentro de unos días, sería una verdadera

contrariedad!

Mientras Sophie trataba de evaluar si los príncipes estaban obrando correctamente, la princesa se fijó en que entre la multitud de objetos y papeles que abarrotaban la mesilla de noche, había una pequeña rueda de madera, llena de letras y números, con dos circunferencias concéntricas.



—¿Qué es esto? —preguntó la princesa agarrando la rueda—. No lo había visto en mi vida.

—Es un regalo que me hizo mi padre, hace unas semanas, el día de mi cumpleaños. Se llama rueda de Alberti y sirve para encriptar y desencriptar mensajes.

A causa de la monumental agarrada que habían tenido en el restaurante, Alicia no permitió que Daniel la acompañara al aeropuerto, por lo que tuvieron que ser sus amigos Humberto y Cristina los que la acercaran a la terminal. Tras despedirse de ella, y a petición de Daniel, se reunieron con él en una cafetería cercana a su casa para desayunar juntos y que este pudiera desahogarse.

—Creo que esta vez has metido la pata hasta el fondo, compañero —le dijo Humberto mientras esparcía sobre la tostada que le acababan de servir, con gran minuciosidad y parsimonia, un fino reguero de aceite de oliva.

—La conozco. Ya se le pasará.

—¿Que se le pasará? —replicó Cristina en un tono de voz que no dejaba lugar a dudas sobre en qué bando estaba—. ¿A quién se le ocurre presionarla para que tenga un niño? ¡Si parece que te importa más el bebé que ella!

—Yo sé lo único que le importa a Daniel en estos momentos —dijo Humberto—: la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

—¿También os lo ha contado? Pues en eso tiene razón. No puedo dejar de escuchar en mi cabeza la música que interpretaron en casa de Marañón y cada vez estoy más convencido de que era la auténtica sinfonía y no una mera reconstrucción. ¡Si pudiera demostrarlo!

—Tú lo que tienes que hacer ahora —anunció Cristina mientras le robaba a Humberto media tostada untada en aceite— es olvidarte un poco de Beethoven. No conviene obsesionarse tanto. Dejas pasar un par de días para que amaine el temporal y luego te coges un avión y te plantas en Grenoble con un ramo de flores. Tu chica necesita que la cuides y que la mimes, y más en un momento como éste.

—¿Cómo podrías demostrar —intervino Humberto dirigiendo una mirada torva hacia Cristina por arrebatarle la mitad de su desayuno— que lo que oíste en casa de Marañón era la auténtica sinfonía?

—Con la partitura que utilizó Thomas, que a su vez debe de ser una transcripción del manuscrito original de Beethoven. Estoy seguro, por muchos testimonios y cartas de la época, de que ese manuscrito existe. También podría tratar de obtener una grabación del concierto para estudiar la obra con calma y determinar, uno por uno, todos los elementos geniales que había en ella: el sello de Beethoven.

—¿Por qué no intentas conseguir una de las dos cosas? A lo mejor Marañón grabó el concierto.

—Eso —apuntó Cristina—. Tú jaléale aún más, para que termine de olvidarse de que tiene una mujer y un bebé en camino de los que ocuparse.

—Esto también es importante, Cristina, no fastidies. Se trata de su desarrollo profesional y de su carrera. Mira como la otra no ha dudado un instante en marcharse

dos años a Grenoble porque era bueno para su currículum.

—De momento —recondujo Daniel— he de concentrarme en descifrar las notas del tatuaje que había en la cabeza de Thomas. Eso es lo que me ha pedido la juez, soy su perito.

—Una cosa no está reñida con la otra —dijo Humberto.

—Tienes razón. Podría solicitar también una entrevista con Jesús Marañón.

—¿Te conoce?

—Estuvimos hablando un rato antes del concierto. Supongo que aún se acordará de mí. No sé si me recibirá, debe de tener una agenda muy cargada. Pero tal vez él grabara el concierto.

Cristina y Humberto se dieron cuenta de que Daniel no había tocado ni el café, ni el zumo de naranja ni el sándwich mixto que le había pedido al camarero.

—Come un poco —sugirió Humberto—. Tienes mala cara. La bronca con Alicia te ha afectado más de lo que crees.

—No es eso —insistió Daniel—. Es que no tengo hambre.

—Y el crimen también ha debido de dejarte tocado. ¿Viste la cabeza cortada?

—Calla, no me lo recuerdes. ¿Sabéis? Todo esto es muy, muy inusual. No suele ser frecuente que se carguen a un músico.

—¿Y John Lennon qué? —saltó Cristina.

—El único caso. Decidme otro.

—No me viene ahora ninguno a la cabeza —reconoció la chica.

—Yo solo puedo recordar un caso en la historia: Alessandro Stradella, un compositor del siglo XVI que le arrebató la novia al noble que lo tenía a su servicio. Su patrón le envió a dos matones, que se lo cargaron a puñaladas. Los músicos somos más de suicidarnos: David Munrow, Kurt Cobain, Tchaikovsky.

—¿Tchaikovski? —exclamaron a dúo Humberto y Cristina.

—Al menos lo intentó. Igual que Schumann, que lo tuvieron que sacar del río al que se había arrojado.

—Has mencionado hace un momento a Kurt Cobain —dijo Humberto—, pero yo estoy convencido de que a ese se lo cargó Courtney Love.

—Tú eres muy peliculero —replicó su novia—. También tenías la teoría de que el asesino de Lennon era un tipo contratado por la CIA.

—Y lo sigo creyendo. No solo porque me gusten las teorías conspirativas, que reconozco que me encantan, sino porque, objetivamente, Lennon era un personaje muy incómodo para el gobierno de Estados Unidos y Nixon lo tenía atragantado.

—Me pregunto si en el caso de Thomas... —empezó a decir Daniel, pero no logró acabar la frase: el móvil que había comprado para sustituir al que le había desaparecido hacía poco comenzó a sonar y en la pantalla apareció el aviso de «llamada sin identificar».

—Cógelo, hombre —dijo Cristina—. A lo mejor es Alicia para hacer las paces.

—No, siempre me llama sin ocultar el número.

—A lo mejor es del juzgado —apuntó Humberto.

Daniel descolgó por fin el teléfono y oyó la voz de una secretaria.

—¿Daniel Paniagua, por favor?

—Sí. ¿Quién es?

—Don Jesús Marañón quiere concertar una entrevista personal con usted. ¿Le viene bien mañana a las once?

El subinspector Aguilar entró en el despacho de Mateos con una cara de tal jovialidad que parecía que le acababa de tocar la lotería. Era la técnica que utilizaba cada vez que tenía que darle a su jefe malas noticias: aparentaba un excelente estado de ánimo para dar la impresión de que lo que le tenía que decir no era, en el fondo, tan negativo. Lo malo es que, como llevaban ya dos años trabajando en equipo, el inspector Mateos conocía todos los trucos psicológicos de su subalterno y supo, en cuanto le vio aparecer por la puerta, que la mañana se presentaba aciaga.

—Nos han denegado las escuchas telefónicas, ¿verdad? —preguntó el inspector sin dar siquiera los buenos días al subinspector.

Aguilar simuló sorpresa. Pero en el fondo sabía que ya no tenía secretos para Mateos y que su cara de agraciado con el premio gordo de Navidad le había delatado.

—Pues sí, jefe. La juez dice que no puede ordenar una medida restrictiva de los derechos fundamentales como es una escucha telefónica, sin que concurran una serie de circunstancias que demuestren, y cito textualmente del auto de la juez, «en grado de probabilidad compatible con el comienzo de la pesquisa, que la conducta delictiva se está por cometer o se halla en curso de ejecución».

—Pues nada —se resignó Mateos—, agua y ajo: a aguantarse y a joderse.

—Lo que nos está pidiendo la juez es que argumentemos por qué queremos intervenir los teléfonos que le hemos pedido. Sobre todo el de Marañón.

—Y yo necesito las escuchas telefónicas para poder determinar quién carajo tenía interés en cargarse a ese músico. O sea, que la investigación acaba de entrar en un círculo vicioso: yo no tengo escuchas porque no tengo un sospechoso claro y no tengo sospechoso porque no tengo escuchas. ¡Hay que joderse con la legislación tan garantista que tenemos en este país!

—He conseguido bastante información sobre el testamento de Thomas.

—¿Ahora me lo cuentas? Antes, aclárame una cosa mucho más importante. ¿De qué sabes tú francés?

—¿Lo dices por lo del otro día con la hija de Thomas? Fueron dos palabritas de nada, jefe.

—Eso no es cierto, tenías hasta buen acento. ¿Dónde lo has aprendido? Me voy a apuntar a la misma academia.

—Viví hasta los diez años en Túnez. Mi padre era el chófer de la embajada española.

—Ya me parecía a mí que eras muy morenito de piel. Con que Túnez, ¿eh? ¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Jefe, si quieres te cuento ahora mismo mi vida en cinco minutos. Después de estar destinado en Túnez...

—En otra ocasión. ¿Qué pasa con el testamento de Thomas? ¿Sabemos ya si la hija es la beneficiaria?

—El testamento está en Nueva Zelanda. Habrá que pedirle a la juez que solicite una comisión rogatoria para que desde allí nos manden copia autenticada del documento.

—Cojonudo, eso igual tarda tres meses. ¿Has averiguado algo más de la hija?

—Se llama Luciani porque lleva el apellido de la madre, que es corsa. En Córcega casi todos los apellidos son italianos: Casanova, Agostini, Colonna. Su madre se separó de Thomas nada más nacer ella. Tiene treinta y un años. Aunque no los aparenta: ¡qué pelo, qué piel!

—Tus apostillas erótico-festivas sobran. ¿Qué hace en España?

—Había venido para el concierto de su padre, normalmente reside en Ajaccio, Córcega.

—¿A qué se dedica?

—Dirige un centro de musicoterapia.

—¿Tiene coartada?

—Sí. El conserje me ha dicho que le entregó la llave de la habitación sobre las once y media de la noche. Pero es que además he hablado con esos amigos suyos, los príncipes Bonaparte, y me han dicho que Sophie Luciani estuvo con ellos hasta las tres de la mañana.

—¿Hasta las tres? ¿Haciendo qué?

—De palique, supongo.

—Qué oportuno. Se publica en la prensa que Thomas murió entre las dos y las tres y ya hay tres personas que tienen coartada justo hasta esa hora.

—Jefe, ¿es que sospechas de la hija? Ya la viste el otro día, si se vino abajo al ver a su padre... Además...

Aguilar titubeó unos instantes y finalmente, temeroso de la reacción que podría tener su jefe, optó por dejar la frase inconclusa.

—¿Además, qué?

—Nada, era una tontería.

—En una investigación criminal, hasta la más pequeña chorrada puede ser de utilidad. Termina la puñetera frase.

—Solo iba a decir que yo creo que la belleza y la bondad van estrechamente unidas.

—¿Qué insinúas? ¿Que porque está buena no pudo hacerlo? Ni siquiera me voy a tomar la molestia de rebatirte esa insensatez.

—Yo ya sabía que te iba a parecer una chorrada. Pero como has insistido...

—La próxima vez, aunque te lo suplique de rodillas, te quedas callado. ¿Algo más?

—¿Te acuerdas de que el otro día en el laboratorio la hija de Thomas nos comentó que había ido al concierto en compañía de un amigo de su padre, un tal Delorme?

—Sí. ¿Has hablado con él?

—Le he citado para esta tarde en el hotel. Se aloja también en el Palace. Su nombre es Olivier Delorme, pero no era *un amigo* de Thomas, como nos dijo la Luciani. Era *el amigo* de Thomas.

—No me jodas. ¿Thomas era homosexual? ¿Cómo lo has averiguado?

—Los Bonaparte. Que por cierto, a Delorme no lo pueden ni ver. Eso se llama homofobia, creo. Me dijeron que Thomas cambió de orientación sexual después de separarse de su primera mujer, la madre de Sophie.

—¿Y por qué la hija no nos dijo el otro día que Delorme era la pareja de su padre?

—Tal vez se avergüence de tener un padre homosexual. O tal vez no sabía muy bien lo que había entre ellos.

—O tal vez le esté encubriendo, Aguilar. Belleza y bondad no solo no van juntas, sino que la maldad necesita muchas veces revestirse de belleza para atraer hacia sí a sus víctimas. Acuérdate de las sirenas de Ulises, que emitían cantos melodiosos con el solo fin de que los marineros se acercaran y se estrellaran contra los arrecifes.

—A propósito de cantos melodiosos, jefe. ¿Tú sabes que yo solo he estado una vez en un concierto, un recital de canto, y acabó como el rosario de la aurora? Siseadores contra chistadores, y casi se matan.

—¿De qué hablas?

—Cuando la cantante iba a empezar, y como la gente seguía hablando, empezó un siseo generalizado solicitando silencio absoluto, para que pudiera dar comienzo el recital. Pero este siseo degeneró enseguida en una auténtica batalla de siseadores contra chistadores, que se prolongó durante casi un minuto. Los que pedían silencio a través del «ssssh» eran a su vez chistados con gesto de desaprobación por otros que, entendiendo que ya había silencio suficiente en la sala como para que pudiera dar comienzo el recital, exigían a los siseadores que cesasen de emitir cualquier tipo de sonido. Pero como los chistadores iban ganando cada vez más adeptos entre los asistentes, los siseadores empezaron a sentirse con fuerza moral suficiente para retomar un siseo que esta vez tenía por único objeto silenciar a los chistadores.

—¿Y tú de qué lado estabas?

—Yo, callado, con los del tercer grupo, los *sinrechistadores*. El mundo de la música clásica es bastante pedorro.

Aguilar sacó entonces del bolsillo una fotografía de pasaporte que plantó delante de la cara de Mateos.

—¿Quién es? ¿Mr. Proper?

—Es Delorme, jefe. Tiene cara de pocos amigos, ¿verdad?

—Todo el mundo tiene cara de pocos amigos en las fotografías del pasaporte.

—Los Bonaparte me han dicho que el tipo mide casi dos metros y que está cuadrado como un armario. Te cuento esto porque hasta ahora es la única persona a la que yo le supongo fuerza física suficiente para agarrar a un tipo de 1,80 como Thomas, meterle el gajate en una guillotina y cortarle la cabeza.

—Estamos dando palos de ciego, Aguilar. Una no pudo hacerlo porque es atractiva. Otro es sospechoso porque es corpulento. ¿A qué estamos jugando? Esto parece el puto Cluedo: lo hizo el señor Mandarin con el hacha en la biblioteca. ¿Y sabes por qué no avanzamos? Porque no tenemos un móvil. No sabemos por qué se han cargado al músico. Cuando lo sepamos, tal vez, y solo tal vez, averigüemos quién lo hizo.

—¿Quieres que anule el interrogatorio a Delorme?

—No, pero no te centres solo en la coartada. Las coartadas se pueden falsear. O se puede encargar a otra persona que cometa el crimen por ti. Pero el móvil es la clave. Céntrate en el móvil. Averigua si el calvo este tenía una razón para matar a su pareja.

—¿No es mejor que vengas conmigo? Cuatro ojos ven más que dos.

—No puedo, tengo que ir al juzgado. ¿Qué han dicho los criptólogos del tatuaje de la cabeza?

—Me he enterado de que la juez se presentó en el laboratorio con Pontones, el forense y un chaval joven, un musicólogo, y que este ha reconocido que las notas de la cabeza corresponden al concierto *Emperador* de Beethoven.

—Cojonudo. ¿Y cuándo pensaba decírnoslo?

—No lo sé, jefe. Pero el caso es que ya tenemos algo.

—Lo que tenemos aquí es una investigación paralela. La juez investigando por su cuenta porque piensa que los del grupo de Homicidios somos un puñado de inútiles.

—Cometimos un error de bulto con el colombiano aquel que dejamos escapar el año pasado y la juez no nos lo ha perdonado. Menuda es.

—Quiero hablar con ese musicólogo. ¿Cómo se llama?

—Daniel Paniagua.

—Dile que venga a Jefatura. O si no, espera, vamos a hacerlo más amable. Dime dónde puedo localizarlo y me acerco yo a verle.

—Hay otra cosa que quería comentarte. El otro día, en ese dossier que me enseñaste, se decía que Marañón está afiliado a una logia masónica.

—Sí, ¿y qué?

—Pues que he conseguido una copia del juramento masónico en internet y uno de los castigos que prevén los masones para los traidores es separarles la cabeza del tronco.

La excitación intelectual siempre volvía bulímico a Daniel, y la llamada de Marañón, convocándole en su casa para el día siguiente, hizo que devorara, frente los atónitos ojos de Humberto y Cristina, un desayuno que cinco minutos antes no se había animado ni a probar. Al constatar que la implicación de su amigo en el caso Thomas iba en aumento, le recomendaron encarecidamente que no descuidara su vida personal:

—Haz las paces con Alicia lo antes que puedas y sobre todo no te olvides de que nuestra boda es dentro de pocas semanas. Si no asistes, tanto Cristina como yo te retiraremos el saludo para siempre y luego yo, a título personal, te castraré.

Camino del Departamento, Daniel se dio cuenta de que había dos preguntas que le bullían en la cabeza. ¿Se atrevería su novia a poner fin a su embarazo sin volver a hablar con él? ¿Para qué querría verle un hombre tan poderoso e influyente como Marañón?

La primera clase que Daniel impartió ese día volvió a estar centrada, a petición de los alumnos, a los que había fascinado el tema, sobre el uso que los distintos compositores, a lo largo de la historia, habían hecho de las notas musicales que pueden ser empleadas como letras.

—No siempre se trata de una dedicatoria a una mujer, como en el caso de Schumann —explicó Daniel—. Hay músicos que han utilizado las notas como una especie de firma. El caso más célebre, por supuesto, es el de Bach.

Daniel escribió las cuatro notas que formaban el apellido del alemán en una pizarra especial, que tenía ya dibujadas, con material indeleble, las *cinco líneas del pentagrama*.

—B es si bemol, A es la, C es do y H es si natural.

—¿Y cómo suena eso? —preguntó María Gil, una alumna que a veces le ponía en aprietos por el procedimiento de coquetear abiertamente con él en clase.

—¿Es que ninguno se atreve a entonarlo?

La clase entera, compuesta por unos quince alumnos, dio la callada por respuesta.

—Me consta que hay aquí personas que, además de musicología, están estudiando canto —dijo Daniel, que se acercó a la ventana y miró al cielo durante un instante, como escrutando las nubes—. Lo digo porque sería una verdadera lástima que tuviera que cantar yo el motivo, con el día tan maravilloso que hace, habiendo aquí voces de primera.

Uno de los alumnos se dio por fin por aludido, y con una espléndida voz de barítono, entonó el motivo Bach de cuatro notas. La clase le aplaudió como si hubiera interpretado un aria de *La pasión según San Mateo*. Luego, Daniel continuó con su disertación:

—Bach utilizó las notas que forman su nombre en varias composiciones, a modo de autógrafo secreto, aunque os aclaro que la correspondencia entre las notas y las letras que sirven para designarlas solo puede emplearse para mensajes breves y muy elementales, ya que los compositores únicamente tienen a su disposición las primeras letras del abecedario. El húngaro Béla Bartók, por ejemplo, utilizó las dos primeras letras del alfabeto para firmar con sus iniciales en alguna partitura y luego hay algún músico bromista, como es el caso del irlandés John Field, que en el siglo XIX agradeció a su anfitrión la opípara cena con la que le había obsequiado, con una serie de canciones basadas en B E E F y en C A B B A G E S, que podríamos traducir como ternera con repollo.

—Odio la comida inglesa —apostilló María.

—El odio también se puede expresar con notas —continuó Daniel. Edward Elgar, el de *Pompa y circunstancia*, se vengó de algunos críticos musicales que le habían vapuleado de manera inmisericorde, incluyendo sus iniciales, mediante una cifra musical, en el coro de los demonios de su oratorio *El sueño de Gerontio*.

Daniel hizo una pausa, para dejar que los alumnos, que le escuchaban en silencio reverente, fueran asimilando nombres y conceptos y luego dijo:

—Como veo que os interesa la relación entre música y mensajes codificados, me toca hablar ahora de Alberti. ¿Sabéis a quién me refiero?

—¿*La arboleda perdida*? —preguntó María—. ¿*Marinero en Tierra*?

—Gracias, María, pero evidentemente, no me refería al poeta gaditano sino a Leone Battista Alberti. ¿Nunca habéis leído nada acerca de él?

—¿Nos puede proporcionar bibliografía sobre él? —preguntó un alumno.

—Por supuesto, Alberti es clave cuando se estudian las relaciones entre la música y la criptografía. Encontraréis su biografía en las *Vidas* de Giorgio Vasari. Reíos vosotros de Leonardo da Vinci y su famoso y novelesco código. Alberti, que es infinitamente menos conocido que Leonardo, sumaba todavía más habilidades y talentos que su paisano: era pintor, poeta, lingüista, filósofo, criptógrafo, arquitecto y, lo que más nos afecta a nosotros, músico. En pleno siglo XV, inventó una rueda — Daniel dibujó como mejor supo una rueda de Alberti en la pizarra—, aparato que pasó a ser conocido como la «Cifra de Alberti», que consistía en dos ruedas concéntricas que se podían girar a voluntad para hacer corresponder las letras y números de arriba con los signos de abajo. El que encriptaba el mensaje, mediante este sencillo código de sustitución, no tenía más que hacerle saber al destinatario en qué posición debían estar las ruedas para poder leer correctamente el texto. En el caso que he dibujado en la pizarra, por ejemplo, dada la posición de las ruedas, si yo quisiera filtrar a uno de vosotros de manera secreta, un mensaje cualquiera, como por ejemplo...

—El lugar y la hora de una cita —se apresuró a decir María.

—Eso puede valer. Vamos a poner como lugar...

—Hontanares. Me refiero a la cafetería —aclaró la alumna.

—Muy bien. Y la hora...

—A las catorce —volvió a decir la chica, haciendo enrojecer a Paniagua, que escribió en la pizarra los doce caracteres que le había suministrado esta, pero cifrándolos con la rueda de Alberti.

—Pero el código Alberti es un código de letras —objetó el barítono que había entonado momentos antes el motivo de Bach—. ¿Qué tiene que ver con los mensajes disfrazados de música?

—Para poder encriptar mensajes complejos disfrazados como si fueran una partitura solo nos haría falta crear una rueda de Alberti —y fabricar una es tan sencillo que la puede hacer cualquiera con solo dos discos de cartón— en la que las casillas de la rueda más pequeña sean notas musicales. Yo mismo quizá diseñe una esta misma tarde para tratar de resolver un pequeño acertijo que me han planteado hace menos de veinticuatro horas.

Mientras tanto, en Viena, el guía ciego Jake Malinak, que todavía tenía el costado derecho muy dolorido por el reciente batacazo contra el entarimado de madera, conversaba con un detective de la policía federal austríaca, la *Bundespolizei*, en el despacho de Otto Werner, que también se hallaba presente.

Sobre la mesa del subdirector de la Escuela Española de Equitación había una carta que, a juzgar por el color y la calidad del papel, debía de tener por lo menos doscientos años. El texto decía:

ES ACONSEJABLE QUE SIGAMOS SIN VERNOS POR UN TIEMPO.
TE ECHO DE MENOS.
TUYO: LUDWIG

—La carta es auténtica, la han examinado a conciencia en el laboratorio de la policía. Y la firma coincide con la de Ludwig van Beethoven —expuso el detective.

—Entonces, Jake —dijo Werner—, puedes decir que has tenido la caída más afortunada de tu vida. Nada menos que una carta de Beethoven a una de sus amantes:

—¿Cómo y dónde encontró la carta exactamente, señor Malinak?

—Me dirigía hacia la puerta, tras haber tenido una conversación de índole profesional con el señor Werner, cuando tropecé con uno de los listones del entarimado de madera, que debía de estar desclavado, porque lo pude desprender del suelo con facilidad.

El doctor Werner señaló al policía el lugar exacto al que estaba haciendo referencia el guía, y el detective se acercó a inspeccionar el suelo, poniéndose en cuclillas.

—Al meter la mano bajo los tablones, para ver la profundidad del agujero que yo había dejado al descubierto al tropezar, palpé entre los rastreles sobre los que descansa el entarimado, y encontré la carta.

Werner se acercó al policía y le dijo:

—Este suelo debe de ser de principios de siglo XIX. Y la escuela es más antigua todavía, data de 1735.

—Veo que el tablón aún sigue suelto —respondió el detective mientras lo desprendía totalmente del suelo y lo dejaba apoyado contra la pared.

—Hemos dejado las cosas tal cual, por si la policía quería echar un vistazo.

El detective permaneció casi un minuto en silencio, inspeccionando los huecos entre los rastreles con ayuda de una linterna de bolsillo que había sacado de la americana, y por fin habló:

—Hay dos cosas que me llaman la atención, señor Werner. La primera es que este

tablón ha sido desclavado a propósito y recientemente. ¿Puede ver la huella que dejaron las tenazas en la madera al hacer palanca para sacar el clavo?

—Sí, se aprecia perfectamente.

—¿Tiene idea de quién puede haberlo hecho?

—No, señor. Pero me extrañaría mucho que hubiese sido alguien de la Escuela.

—¿Es fácil entrar en estas dependencias?

—Muy fácil. Como aquí también tengo la oficina, dejo la puerta abierta durante el día, ya que estoy continuamente entrando y saliendo.

—¿Y por la noche?

—La cierro siempre por dentro.

—Luego no es difícil deducir que quien entró aquí y desclavó el tablón lo hizo en horario, digamos, público. ¿A qué hora son las exhibiciones?

—Por la tarde. Pero por la mañana los turistas pueden asistir a los ensayos y contratar una breve visita guiada por la Escuela.

—¿Están incluidas las dependencias del veterinario en esas visitas?

—No, señor —dijo Malinak—. Pero ahora que recuerdo, hace unos días, un tipo que iba en un grupo me preguntó que adónde conducía la puerta de entrada a estas oficinas.

—¿Recuerda su aspecto?

El policía cayó en la cuenta un segundo después de haber hecho la pregunta de que estaba hablando con una persona ciega y pidió disculpas:

—Lo siento mucho, es deformación profesional. Observarán también que el tablón con el que tropezó el señor Malinak es un tablón marcado. Hay una muesca en la esquina, mucho más antigua que la de las tenazas, que puede ser una letra B.

—Antes ha dicho que había dos cosas que le habían llamado la atención, detective —dijo Werner—. ¿Cuál es la otra? ¿Se trata de esa otra muesca en forma de B?

—No, aún hay más. Si se acerca y mira la solera sobre la que descansan los rastreles, verá que hay una zona perfectamente rectangular, del tamaño de un cuaderno grande, que está más clara que el resto.

—¿Y a qué lo atribuye usted?

—Evidentemente, había otro objeto bajo el entarimado, además de la carta que encontró el señor Malinak, que ha sido sustraído.

Cuando Daniel llegó a su ansiada cita con Marañón, le abrió la puerta una doncella brasileña, que en vez de conducirlo hasta un salón, como habría sido lo normal, le llevó hasta el gimnasio que el excéntrico millonario utilizaba para ponerse en forma. Este saludó a Daniel hablándole al galope desde una cinta de correr de última generación, que estaba funcionando a gran velocidad. Su estado aeróbico debía de ser excelente, porque a pesar del notable esfuerzo físico que estaba realizando, apenas jadeaba al hablar.

—Hola, Daniel, perdona que te reciba en el gimnasio, pero he tenido una discusión con la bruja de mi mujer esta mañana y me ha sido imposible terminar mi tabla de ejercicios, así que en estos momentos intento recuperar el tiempo perdido. ¿Cómo andas tú de forma?

—Procuro hacer jogging siempre que puedo.

—Debo darte la enhorabuena. Ya me he enterado de que has reconocido a qué pieza pertenecen las notas que se hizo tatuar Thomas en la cabeza: el concierto *Emperador* de Beethoven.

—Pues cómo vuelan las noticias.

—Yo me entero de las cosas a veces incluso antes de que ocurran. Quería una charla contigo porque en mi doble condición de aficionado a la música y a los secretos estoy enormemente interesado en la solución de este enigma.

La cinta de correr, que estaba programada para detenerse de manera automática después del ejercicio, dejó de rodar bajo los pies de Marañón y este, tras un instante de vacilación, en el que su cuerpo se acostumbró al estado de reposo, se secó el sudor de la cara con una toalla y a continuación le dio la mano a Daniel de una manera muy particular, tocando con su pulgar el nudillo superior de su dedo índice. Daniel no dijo nada, pero advirtió que el millonario llevaba en esa mano un anillo con sello muy particular, y como este se dio cuenta de que le había llamado la atención, se lo quitó del dedo para que pudiera observarlo de cerca.

—Esto es el escudo del antiguo reino de Escocia. A diferencia de Beethoven, del que espero que hablemos largo y tendido esta mañana, yo sí procedo de noble estirpe. Mi madre se apellida Stuart. ¿Puedes leer el lema de nuestro clan? «*Nemo me impune lacessit*», «Nadie me hiere impunemente». O lo que es lo mismo, el que me la hace, me la paga,

—En ese caso, confío en no tenerle nunca como enemigo —expresó Daniel con una sonrisa que en el fondo solo intentaba disimular su ansiedad.

—Al contrario, tú y yo vamos a convertirnos en muy buenos amigos. Acompáñame a la zona de musculación mientras me vas contando cosas del concierto *Emperador*.

—Yo encantado —dijo Daniel—, aunque la verdad es que también quiero pedirle algo.

—Hay pocas cosas que no pueda hacer por un amigo, si me lo propongo. ¿Qué necesitas?

—¿Me puede usted facilitar una partitura o una grabación del concierto que dio Thomas antes de morir?

Marañón, que se había agachado a coger un par de mancuernas, se incorporó inmediatamente y miró fijamente a Daniel, como si estuviera intentando adivinarle el pensamiento.

—¿Es por interés musicológico?

—¿Qué quiere decir?

—Durán me ha contado que estás escribiendo un ensayo sobre Beethoven.

Daniel no estaba seguro de si debía confiarle sus sospechas sobre el concierto a Marañón y empezó a divagar.

—La verdad es que la de Thomas es una reconstrucción muy interesante. Y también bastante arriesgada, claro, porque partía de un material original mucho más escaso que otros de sus colegas. Estoy hablando de Derick Cooke, que terminó la *Décima* de Mahler, o de Wolfgang Graeser, que hizo lo propio con *El arte de la fuga* de Bach. También está el interesantísimo trabajo de Glazunov, que terminó la Tercera de Borodin.

Marañón le escuchaba en silencio, mientras hacía sus ejercicios de pesas, aunque Daniel se dio cuenta, por la expresión socarrona de su interlocutor, que había gato encerrado en la conversación.

—Ahora hablaremos de la originalidad del trabajo de Thomas —dijo por fin el millonario, con un cierto retintín en la voz—. Pero antes quiero contestar a tu pregunta: no, no tengo la partitura del concierto y como Thomas me pidió expresamente que no se grabara y yo le di mi palabra, tampoco te puedo facilitar una grabación.

—Eso sí que es un contratiempo —se quejó Daniel, un poco abatido—. ¿Qué quería saber del concierto *Emperador*?

Marañón parecía no haber escuchado la pregunta, porque lo siguiente que dijo fue:

—Daniel, yo no pude ver la partitura de Thomas pero sí conozco los cincuenta fragmentos de Beethoven de los que partió para reconstruir el primer movimiento. Además del hecho indiscutible de que no hay manera de saber si estaban todos destinados a la misma sinfonía, algunos no son mucho más que simples garabatos, anémicos pentagramas en los que no está escrita ni la clave, ni la armadura con la tonalidad, ni el compás.

—Ya he dicho que, precisamente por eso, el trabajo de Thomas me parece muy

meritorio.

—¡El trabajo de Thomas es una farsa! —replicó Marañón, levantando la voz—. Un compositor mediocre no puede llegar a alcanzar resultados tan sublimes como los de la otra noche, partiendo solo de un puñado de bocetos.

En vez de depositar con suavidad las mancuernas en el suelo, Marañón las dejó caer con gran estrépito, como si de repente hubiera caído presa de un violento ataque de cólera. Después, se sentó en un banco de abdominales.

—Lo que Thomas tocó aquí el otro día era el primer movimiento auténtico de la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

—¿Se lo dijo él abiertamente?

—No, por supuesto. Él mantuvo hasta el final que la mayor parte de la música había salido de su magín. Pero, además de haber hecho mis averiguaciones sobre los fiascos de Thomas como compositor, que fueron tan sonados como sus éxitos como musicólogo y director de orquesta, mi instinto me falla pocas veces: la música era íntegramente de Beethoven. Yo no suelo emocionarme fácilmente, pero la otra noche fue mágica. Nos embrujó a todos, ¿no estás de acuerdo?

—Totalmente. Y debo confesarle que yo también he llegado al mismo convencimiento en lo tocante a la originalidad de la obra.

—¡Pero si acabas de decirme que se trata de una reconstrucción muy encomiable!

—Lo he dicho porque no me atrevía a expresar abiertamente mis sospechas, ya que no puedo demostrarlo. Necesitaría la partitura o la grabación del concierto para estar seguro.

—Estamos en *petit comité*, hombre. ¿A ti qué es lo que te ha llevado a sospechar que la música era de Beethoven?

—Decía el maestro Leonard Bernstein que la música de Beethoven es tan especial porque posee lo que él llama «el sentido de la inevitabilidad». Se trata de esa sensación que se despierta en el oyente de que cada frase musical solo puede dar paso a la siguiente, y solo a esa, de que cada disonancia ha de resolverse en un acorde concreto y solamente en ese. Beethoven siempre fue un compositor extremadamente preocupado por la economía de medios, obsesionado por eliminar de sus composiciones cualquier pasaje superfluo. Eso es sin duda lo que produce la «inevitabilidad» en su música, la sensación que tiene el oyente de que todos y cada uno de los elementos de la composición son imprescindibles. Pues bien, la sinfonía de la otra noche estaba dentro de esta categoría.

—¡Bien por el maestro Bernstein! Pero volviendo a Thomas y a su tatuaje, no creo, como piensa la policía, que se trate de un mensaje.

—¿Qué quiere decir?

—Para mí que no estamos ante el caso narrado por Heródoto. En aquella ocasión, el esclavo tatuado era un correo enviado por Histieo a Aristágoras para que se

sublevase contra los persas. Aunque Thomas ha copiado de Heródoto la idea de esconder el mensaje bajo el pelo, creo que su tatuaje es más bien un recordatorio.

—¿Un recordatorio? Pero ¿de qué?

—Del lugar en el que está el manuscrito de la *Décima*.

—¿Como un mapa del tesoro?

—Probablemente. Es muy posible que esas notas señalen el camino para llegar a la partitura. Thomas podía permitirse el lujo de llevar el mapa encima porque lo tenía oculto y encriptado.

—¿No estamos aventurando demasiadas conjeturas?

—Antes has citado a Bernstein. Déjame que cite yo ahora a otro músico, aunque sea aficionado. Sherlock Holmes, además de tocar el violín en sus ratos libres, solía decirle a Watson: «Cuando se ha eliminado lo imposible, lo que queda, por muy improbable que parezca, ha de ser la respuesta correcta».

—Sí, pero también decía que es temerario aventurar hipótesis cuando no se tienen suficientes datos.

—Thomas era muy despistado. De hecho, el día del concierto se dejó la batuta en mi casa. Por otro lado, es de perogrullo que si tienes algo muy importante, de lo que no puedes olvidarte, lo más sensato es apuntarlo. Y tenerlo a mano. ¿Sabes dónde guardo yo el papel con la combinación de mi caja fuerte? En un libro que hay en la estantería del salón de lectura, ¡que es donde tengo la caja fuerte!

—Dígame en qué libro —bromeó Daniel.

—Me temo que lo he olvidado —respondió Marañón—. ¡Por culpa de ese alemán!

—¿Qué alemán?

—Alzheimer.

Marañón dio por terminada su sesión de *fitness* y le pidió a Daniel que le acompañara a la planta superior, donde pensaba ofrecerle un café. Para su asombro, utilizaron un modernísimo ascensor para subir un solo piso.

—Es por si algún día me tuerzo un pie en la cinta de correr —aclaró Marañón a modo de disculpa.

Daniel miró el reloj y su anfitrión interpretó que tenía prisa.

—Si tienes que hacer, podemos continuar la charla otro día.

—No, le he pedido a un colega que dé la clase por mí. Pero como empiezo siempre a esta hora, me queda el reflejo mecánico de consultar el reloj.

Pasaron a un pequeño salón, muy confortable, donde Marañón dejó esperando a su invitado.

—Voy a ducharme y bajo en tres minutos. Pídele a Gisela lo que quieras.

La doncella brasileña apareció como por encanto al oír su nombre en labios del señor y le preguntó qué deseaba tomar. Justo en el momento en que Daniel fue a

pedirle una Coca-Cola light sonó su teléfono móvil.

—¿Daniel? Soy Blanca. No sé qué has hecho exactamente pero aquí hay un señor de la policía que quiere hablar contigo.

Olivier Delorme no acudió aquella mañana a la cita con el subinspector Aguilar. Cuando este llegó al hotel, el conserje le entregó una nota en la que el francés le explicaba que había tenido que viajar a París por un asunto profesional urgente y que volvería a ponerse en contacto con él a su regreso, previsto para veinticuatro horas más tarde.

Aguilar aprovechó entonces para volver a hablar con Sophie Luciani, que aunque ya había abandonado su vida de reclusión total en el hotel, aún pasaba gran parte del tiempo en su habitación y fuertemente sedada. El subinspector, que al ver su frágil estado de ánimo decidió molestarla lo menos posible, le comunicó que por decisión judicial, los restos de Thomas no iban a poder ser incinerados, como hubiera sido su deseo, sino que iban a tener que ser inhumados, para el caso de que fueran necesarios nuevos análisis. El policía le mostró una transcripción del tatuaje encontrado en la cabeza de su padre —asunto que no se pudo abordar el día en que acudió al laboratorio, debido a su colapso nervioso—, y Sophie Luciani le aclaró que desconocía por completo la existencia del mismo, así como la manera de descryptarlo.

Nada más despedirse del policía, la hija de Thomas subió directamente a la habitación de los príncipes Bonaparte para revelarles la existencia de la partitura tatuada.

—Supongo —dijo el príncipe tras escuchar atentamente el relato de Sophie— que la policía no se habrá limitado a mostrarte la transcripción de las notas, sino que te habrá dejado una copia de la misma, por si, a medida que te vas encontrando mejor, se te ocurre algún posible camino que lleve a descifrarlas.

Sophie abrió el bolso, extrajo de él un papel en el que estaban escritas las notas del tatuaje y se lo facilitó a su interlocutor, que lo cogió con desconfianza, como si se tratara de un documento que lo estuviera incriminando. Tras examinarlo superficialmente dijo:

—Lamentablemente, ni yo ni Jeanne sabemos una palabra de música por más que a mí me encante escucharla. Sin embargo, quisiera examinar de cerca esa rueda de Alberti que nos mostraste en tu habitación el otro día.

Sophie le entregó la rueda al príncipe y este la estudió detenidamente durante un rato, haciendo girar los discos en un sentido y en otro, e incluso haciendo fuerza algunas veces para comprobar si podían desmontarse o si encerraban en su interior algún escondrijo.

—No parece que haya ningún resorte oculto —concluyó el príncipe—. ¿Te dijo tu padre si tenía él otra rueda igual?

—Me consta que tenía varias, algunas fabricadas por él, otras compradas a

coleccionistas o anticuarios. Ya sabéis que le fascinaban los códigos y los mensajes encriptados. Llevaba años intentando descubrir el secreto de las *Variaciones Enigma*.

—Discúlpalos, Sophie, pero ni Jeanne ni yo tenemos la menor idea de a qué enigma te refieres.

—Las *Variaciones Enigma* es una de las obras más conocidas del compositor británico Edward Elgar. Ya sabéis, el de *Pompa y circunstancia*. Están basadas en dos temas, uno de los cuales no llega a aparecer nunca en la partitura: se trata de una especie de melodía fantasma que nadie ha conseguido identificar jamás. Mi padre me contó hace poco que estaba muy cerca de dar con el tema, un descubrimiento que le hubiera reportado fama en todo el mundo.

—¿Alguna vez intercambiaste mensajes cifrados con tu padre mediante la rueda de Alberti?

—No, nunca. Sin embargo, sí lo he hecho con Olivier. Por puro divertimento, ya sabéis cómo le gusta jugar. Pero eran mensajes triviales.

—¿De dónde sacó él una rueda de Alberti? ¿También se la dio tu padre?

—No, la rueda de Olivier la fabriqué yo, a imagen y semejanza de la mía. Quería tener a alguien con quien probar el código.

—Cuando hablas de que intercambiabas mensajes triviales con Olivier, ¿a qué te refieres exactamente? —preguntó la princesa.

—A cosas cotidianas. La última vez que le mandé un mensaje encriptado fue la noche del concierto, cuando vosotros me dijisteis que no ibais a acudir. Le dije simplemente: «Ven a buscarme».

—¿Y no encuentras extraño que tu padre te regalara una cifra de Alberti sin tener tú a nadie con quien intercambiar mensajes? —preguntó el príncipe.

Sophie le pidió la rueda de madera a su interlocutor y la acarició durante unos instantes.

—Estoy segura de que mi padre me la regaló únicamente porque se trata de un objeto muy hermoso. Mirad qué ricamente labrada está la madera, que además parece bastante antigua.

—Es posible que sea como tú dices —admitió Bonaparte—. Pero teniendo en cuenta que tu padre ha sido asesinado y que tenía un mensaje encriptado en la cabeza, no es descabellado suponer que deseaba que tuvieras la cifra de Alberti para el caso de que se viera en la necesidad de transmitirme algún mensaje en el futuro.

—¿Qué quieres decir?

—Tal vez tu padre intuía, ya cuando te regaló la rueda, que podía ser asesinado y quería dejar abierta la posibilidad de comunicarte algo muy importante de forma segura antes de morir.

Mientras, en casa de Marañón, Daniel Paniagua aguardaba con el teléfono en la mano a que Blanca, la secretaria de Durán, le pusiese al aparato al inspector de policía. Tras unos instantes de incertidumbre, por fin oyó una voz profunda, como de bajo operístico, que le dijo desde el otro lado de la línea:

—¿Señor Paniagua? Soy el inspector Mateos, del Grupo de Homicidios n.º 6. No puedo enseñarle la placa de identificación, pero su secretaria sí ha visto mis credenciales.

En un segundo plano, Daniel pudo oír la voz de Blanca:

—¡Es un policía de verdad, puedes fiarte!

—Me he presentado en su Departamento sin avisar —siguió diciendo el policía— porque estaba seguro de encontrarle aquí. El señor Durán me dijo que pasa usted gran parte del día en la oficina.

—Y es cierto, pero hoy tenía una cita. ¿Qué ocurre?

—Prefiero contárselo en persona, no me importa volver esta tarde. ¿A las cinco le viene bien?

—Sí, por supuesto.

Nada más colgar el teléfono, Daniel oyó los pasos de Marañón detrás de él y al volverse vio que se había vestido de sport, con un polo de color blanco y unos pantalones cortos azules que le llegaban hasta la rodilla.

—Ya estoy contigo. Ven, no estés de pie, siéntate en esa butaca junto a la chimenea.

Daniel obedeció a su anfitrión, que sin embargo permaneció de pie, acodado en la repisa del hogar, mientras encendía un purito cuyo aroma le resultó a Daniel de lo más empalagoso.

—Háblame de ese concierto *Emperador* —dijo con una sonrisa que sirvió para suavizar el tono autoritario de la voz.

—Normalmente no hubiera tenido problema en reconocer las notas, porque estaban en la tonalidad original.

—Mi bemol, ¿no? Una tonalidad masónica, tres bemoles en la armadura.

Marañón estaba en lo cierto. Los compositores masones, con Mozart a la cabeza, utilizaban a menudo tonalidades con tres alteraciones cuando querían homenajear a su logia o a un miembro distinguido de la misma porque tres es el número mágico de la masonería.

—Es muy probable que se trate de una pieza masónica —dijo Daniel—, por más que no haya constancia de ello. La masonería, así como otras sociedades secretas afines, como los Illuminati, estaban perseguidas en Europa a comienzos del siglo XIX y es muy posible que la documentación relativa a la filiación masónica de Beethoven

haya sido destruida.

Daniel apartó con la mano el humo que le llegaba del puro de Marañón y continuó:

—En el caso de las notas que había en la cabeza de Thomas, no solo cambia el ritmo, sino que hay unos silencios insertados que no existen en la pieza original. Como si hubieran querido aislar cada bloque de notas con un separador. Eso fue lo que me despistó más.

—¿Qué hay del nombre del concierto? ¿Por qué se llama *Emperador*?

—El concierto *Emperador* se llama en realidad *Concierto para piano n.º 5 en mi bemol mayor, op. 73*. El sobrenombre *Emperador* no lo ideó Beethoven, y no parece que haga alusión a ningún emperador de la época, ni siquiera a Bonaparte, al que Beethoven estuvo a punto de dedicar la *Heroica*. Aunque el autor del famoso apodo no está nada claro, la mayoría de los historiadores se inclinan por la persona de Johann Baptist Cramer, un virtuoso del piano de origen alemán a quien el maestro consideraba el más grande pianista de la época. El hecho de que Beethoven hubiera aceptado sin rechistar el sobrenombre revela el gran respeto que este debía de profesar a su amigo, ya que rara vez permitía que nadie se entrometiera en los títulos de sus obras.

—Pero ¿cuál es la conexión imperial? —exclamó impaciente Marañón.

—No está clara. Tal vez se deba a la persona a la que estaba dedicado el concierto, el archiduque Rodolfo, hijo del emperador Leopoldo II y hermano menor del emperador Francisco II. Este archiduque, que dicen que fue el único alumno de composición que Beethoven aceptó en su vida, el resto eran alumnos de piano, llegó a cardenal en 1819, y protegió con tal ahínco al genio que este, en agradecimiento, le dedicó catorce de sus composiciones, incluido el *Concierto para piano n.º 5*.

—También debió de pertenecer a alguna logia, estoy seguro.

—Desde luego le protegió como dicen que se protegen los masones entre sí. En 1809, el archiduque tuvo conocimiento de que Beethoven estaba a punto de aceptar el puesto de maestro de capilla en Kassel. La oferta se la había hecho, precisamente, el hermano pequeño de Napoleón, Jérôme, que estaba de rey en Westfalia. Rodolfo, que quería evitar como fuese la marcha de su admirado amigo, organizó un *lobby* pro Beethoven al que se sumaron el príncipe Lobkowitz y el príncipe Kinsky, y entre todos aseguraron al genio un estipendio anual de cuatro mil florines a cambio de la promesa de que este permanecería en Viena hasta su muerte. Beethoven aceptó, y el archiduque mantuvo su salario vitalicio a pesar de que Kinsky falleció en 1812 a consecuencia de una caída de caballo y Lobkowitz se hundió en la bancarrota como consecuencia de la pavorosa depreciación de la moneda que se había producido en 1811. Pero la simpatía que le tuvo siempre el archiduque Rodolfo al de Bonn no se hizo extensiva a su hermano el emperador, de quien se dice que desconfiaba de toda

música, no solo de la de Beethoven, por entender que había en ella algo intrínsecamente revolucionario.

—¿Estás completamente seguro de que el concierto no guarda ninguna relación con Napoleón Bonaparte?

—Yo no he dicho eso. Beethoven estuvo trabajando en el concierto *Emperador* bajo durísimas condiciones, durante el bombardeo con el que las tropas de Napoleón castigaron Viena en 1809. Según un discípulo de Beethoven, este se vio obligado por el fuego de artillería a abandonar temporalmente su domicilio para refugiarse en el sótano de la casa de su hermano, donde permaneció un día entero con una almohada protegiendo su cabeza, para amortiguar el fragor de los cañones, mientras componía el concierto. Viena se rindió a las tropas de Napoleón al día siguiente.

Marañón permaneció en silencio durante largo rato, como si estuviera procesando la información que le acababa de dar Daniel. Luego tiró el puro a la chimenea y dijo:

—Quiero encontrar la partitura de Thomas, Daniel. Si consigues una pista que me lleve hasta su localización puedo compensarte con mucho dinero. ¿Qué te parece medio millón de euros?

A Daniel no le dio tiempo a reaccionar a la propuesta porque en ese momento fueron interrumpidos por un individuo de aspecto cadavérico y modales parsimoniosos, que resultó ser el secretario personal del millonario.

—¿Sí, Jaime? —preguntó Marañón.

—Acaba de llegar, don Jesús. La han dejado abajo, ya montada.

—Perfecto. Tenía miedo de que se hubiera extraviado el envío y estuviera muerta de risa en el almacén de algún aeropuerto de mala muerte. Ven, Daniel, acompáñame. Para que veas que no solo de música vive el hombre.

Bajaron por una escalera exterior al espacioso sótano de la mansión y Daniel se topó de bruces con un auténtico museo medieval de la tortura. No conocía el nombre de ninguno de los aparatos que el multimillonario tenía allí expuestos, excepto quizá el garrote, por ser genuinamente español y haberlo visto en la inolvidable película de Berlanga *El verdugo*. Marañón no perdió el tiempo mostrándole los distintos artefactos que había ido coleccionando a lo largo de los años y fue derecho hasta su nueva adquisición, una silla de interrogatorios de la Santa Inquisición por la que había pujado por teléfono en una sala de subastas en San Gimignano, Italia. Marañón se quedó contemplándola, embelesado, como si fuera un cuadro de Tiziano. Puso una mano sobre el respaldo y luego dijo:

—¿Qué te parece?

—Es espeluznante.

—Sobrecogedora, diría yo. Mi mujer detesta la sola idea de tener aquí abajo esta auténtica galería del horror. Una vez hasta me amenazó con divorciarse de mí si no

accedía a liquidar la colección. Ya sabes cómo son las mujeres: cuando comienzan a distanciarse de uno, empieza a parecerles odioso todo lo que antes les hacía gracia.

Marañón dio un par de golpecitos con su anillo sobre el respaldo de la silla inquisitorial.

—Para mí esto es el equivalente de la máquina del tiempo de H. G. Wells. Me basta mirarla para olvidarme de que estoy en este siglo de mierda y sumergirme de lleno en el siglo XVIII. Esperabas que dijera la Edad Media, ¿verdad? Nuestra mente solo puede asociar algo tan primitivo y tan brutal a una época de oscurantismo y de tinieblas. Pues aunque te parezca mentira, sillas como la que ves aquí fueron empleadas en países tan ilustrados como Inglaterra y Alemania incluso hasta finales del siglo XIX.

La silla de interrogatorios era en realidad un gran sillón de madera con brazos, de alto respaldo, tapizado por dentro por mil trescientos clavos, distribuidos uniformemente por toda la superficie. A la altura de las espinillas y de los antebrazos, tenía sendas barras metálicas, conectadas a un torno de rosca, mediante las cuales era posible oprimir las piernas y los brazos del reo contra las puntas de metal, para atravesarle la carne. El asiento, que también estaba forrado de primitivos clavos de hierro, disponía de varios orificios para poder alimentar el interior de brasas incandescentes, con objeto de provocar severas quemaduras a la víctima, pero sin llegar a hacerle perder la consciencia.

—Aunque como puedes ver, los clavos no están demasiado afilados, he podido averiguar que este artefacto era un modelo de eficacia. ¿Me permites?

Marañón apartó a Daniel a un lado y para su sorpresa, fue a sentarse en la silla inquisitorial. No dio la menor muestra de dolor ni de fastidio y una vez instalado en ella, introdujo brazos y piernas por debajo de las barras metálicas y continuó hablando como si se hubiera subido al taburete de una cafetería.

—Lo que inflige dolor en el reo no son tanto los clavos como la idea de gradualidad; por eso están los tornos. La amenaza psicológica de que la tortura puede ser infinitamente mayor a medida que brazos y piernas van siendo comprimidos contra esta auténtica alfombra de púas es mucho más efectiva que la ejecución misma del daño físico, pues no hay mayor tormento que el de la propia imaginación. Aun así, tengo curiosidad por saber hasta qué punto eran efectivas estas barras. ¿Tienes la bondad, por favor?

Marañón, que tenía ya brazos y piernas inmovilizados bajo las varas de metal, hizo un gesto con la cabeza en dirección al torno, situado a un costado de la silla. Al ver que Daniel vacilaba, soltó una carcajada.

—Vamos, solo una vuelta. Es imposible que puedas lastimarme con una sola vuelta, fíjate en la holgura que hay.

Daniel comprobó que, efectivamente, había aún bastante espacio entre las

extremidades de Marañón y el felpudo de clavos y decidió que podía complacer sin violentarse el capricho del millonario. Al girar el torno, el chirrido de los oxidados engranajes resonó contra las paredes de piedra del sótano como los gastados goznes de la cancela de un calabozo.

—Un poco más —pidió Marañón.

—Yo creo que ya es suficiente. Además, debo marcharme ya. Tengo una clase dentro de media hora.

Marañón tenía la cabeza apoyada contra el respaldo de la silla y había cerrado plácidamente los ojos, como mecido por aquel artefacto infernal. De repente abrió los párpados y dijo con una sonrisa.

—Espera, voy a hacer que te acompañen. ¡Jaime!

El secretario apareció como un perro obediente a la llamada de su amo y empezó a girar el torno para liberar a Marañón. Este, al ver que la presión de las barras disminuía, dijo con frialdad:

—En el otro sentido.

El asistente vaciló durante un instante y luego comenzó a oprimir los brazos y las piernas del *reo* sin mayores aspavientos. Cada golpe del torno, que estaba visiblemente oxidado, producía un inquietante gemido metálico, como si fuera la silla y no la persona sentada en ella, la que estuviera soportando la tortura. Marañón había vuelto a apoyar la cabeza contra el respaldo y en su rostro era imposible detectar la menor emoción, ni de placer ni de dolor. Hasta que llegó un momento en que aquel viejo mecanismo aherrumbrado se negó a seguir dando vueltas y al secretario le fue imposible continuar. Marañón dio por terminado el experimento y volvió la cabeza hacia Daniel, aunque sus palabras estaban destinadas, en realidad, al secretario, al que no se dignaba mirar.

—Hay que engrasar el mecanismo de cabo a rabo. Está bien, Jaime, ya puedes liberarme.

Al cabo de tres vueltas de torno, los brazos y las piernas de Marañón empezaron a recuperar la movilidad. Solo Daniel se percató de la gota de sangre que, escurriéndose desde el reposabrazos, fue a estamparse silenciosamente contra el suelo, dejando en él un borrón tan oscuro como las manchas del moho que corroían los húmedos muros del sótano.

Después de haber despachado a la policía, Otto Werner salió de sus oficinas en la Escuela Española de Equitación dispuesto a comprarse un libro que acababa de descubrir en internet: *La Amada Inmortal y otras mujeres de Beethoven*. Tan intrigado estaba por conocer la identidad de la persona que se había colado sin permiso en sus dependencias, para robar aún no se sabía qué misterioso objeto, como por saber a cuál de las innumerables amantes del compositor podía estar dirigida la carta que había sido hallada bajo el entarimado de la Escuela. Lo primero era misión de la policía, lo segundo tal vez podría llegar a establecerlo él mismo, después de haber dado un minucioso repaso a las relaciones sentimentales que Beethoven había mantenido a lo largo de su vida.

Werner, que no era ningún experto en Beethoven, sí conocía, como decenas de miles de aficionados al cine, las dos películas que se habían hecho sobre el músico en los últimos años y que tenían como eje argumental las tormentosas relaciones del genio con el otro sexo. *La Amada Inmortal*, en la que Gary Oldman daba vida al gran músico, aventuraba la hipótesis de que el amor de su vida había sido su cuñada, y que por lo tanto la enfermiza obsesión de Beethoven por obtener la custodia de su sobrino podía llegar a explicarse por el hecho de que se trataba en realidad del hijo que había tenido con la mujer de su hermano, antes de que este falleciera; hijo de quien la madre intentaba apartarlo. Aunque completamente indemostrable, la hipótesis era al menos verosímil, pues aunque no se sabe si llegaron a ser amantes o no, lo cierto es que Beethoven mantuvo una relación afectiva muy intensa de amor-odio con su cuñada, que existió realmente y que se llamó Johanna Reiss.

La otra película, *Copying Beethoven*, en la que Ed Harris era el encargado de dar vida al compositor, iba todavía más allá, en el sentido de que introducía un personaje completamente ficticio en un episodio de la vida del genio sobre el que había abundante información, como es el estreno de la *Novena Sinfonía*. En la película, una tal Anna Holz, estudiante de composición en el Conservatorio de Viena, mantenía una relación platónica con Beethoven, al tiempo que le ayudaba a preparar las *particelle* o partituras individuales que los distintos instrumentistas necesitan colocar en su atril el día de la ejecución de la obra. Antes de comprar el libro, Werner estuvo consultando algunos otros que le hacían compañía en la sección de biografías musicales y que versaban más o menos sobre el mismo tema. En *El reverso tenebroso de Beethoven*, por ejemplo, el ensayista hablaba de sus relaciones con las prostitutas y con las mujeres de sus amigos. El libro decía que así como sus relaciones afectivas con el otro sexo habían decaído bastante en los últimos años de su vida, su libido en cambio no había disminuido con la edad ni como consecuencia de los múltiples y frecuentes achaques, que a veces le mantenían postrado en cama durante días. A su

amigo y alumno Ferdinand Ries, que se encontraba en Londres, le escribió en cierta ocasión una carta, con motivo de un inminente viaje a la capital inglesa, que luego nunca llegó a realizar, en la que le advertía que vigilara bien a su esposa, pues aunque ya todos le consideraban un viejo, él era en realidad un «viejo joven». En los cuadernos de conversación que utilizaba para comunicarse con sus semejantes cuando la sordera se volvió galopante, Beethoven revelaba detalles de su vida privada de los que jamás hubiésemos tenido noticia de haber tenido intacto el oído.

«¿Adónde iba usted cuando le vi por la calle cerca del Haarmarkt?», le pregunta uno de sus interlocutores en uno de dichos cuadernos. Y Beethoven, en un latín horripilante contesta «*Culpam trans genitalium*», es decir, «atribúyale la culpa a la carne».

Pero no solo echaba canitas al aire con las ramerías vienesas, sino que algunos de sus amigos le ofrecían, a modo de tributo carnal al genio, la posibilidad de pasar la noche con sus esposas. En la más importante biografía sobre el músico escrita hasta la fecha, el erudito Maynard Solomon aseguraba que Karl Peters, un amigo de Beethoven, le escribió en cierta ocasión en su cuaderno de conversación: «¿Le agradaría acostarse con mi esposa?». Y continúa Solomon: «Y aunque no consta la respuesta de Beethoven, sí figura una frase del tal Peters en el sentido de que iría a buscar a su mujer».

Werner se quedó admirado de la cantidad de teorías sobre la vida erótico-sentimental de Beethoven que plasmaban sus diferentes biógrafos. En *El gran sublimador* se decía que Beethoven había muerto virgen y que toda su energía sexual la había canalizado a través de la música. El autor sostenía que el músico carecía de *sex-appeal*, ya que era corto de estatura, tenía la cara picada de viruelas y solía ir con algodones sobresaliéndole de los oídos, empapados en un líquido amarillo. Llevaba una melena negra muy descuidada, que le caía todo el rato sobre el rostro, y sobre todo, hacía gala de un descuido en el vestir y de una falta de higiene que a las mujeres les provocaba un profundo rechazo. Otro volumen decía que Beethoven era homosexual y que había estado enamorado de su sobrino, otro más afirmaba que Beethoven era negro y que estaba excepcionalmente dotado. A Werner también le llamó la atención un ensayo que, por el título, parecía ser una biografía de Frank Sinatra, *Fly me to the moon*, pero que resultó ser un trabajo muy documentado sobre Giulietta Guicciardi, la condesa que inspiró a Beethoven la más conocida de sus sonatas, la *Claro de luna*. En la portada aparecía una mujer muy parecida a Valeria Golino, la actriz que había dado vida a la italiana en la película *La Amada Inmortal*. Werner se enteró de que había sido alumna de piano de Beethoven, que tenía diecisiete años cuando la conoció, que aceptó su propuesta de matrimonio, pero que el padre se opuso, porque no le veía futuro a Beethoven: no tenía empleo fijo, y lo de su sordera ya empezaba a saberse en Viena.

Cuando estaba a punto de dirigirse a la caja para pagar *La Amada Inmortal y otras mujeres de Beethoven*, Werner vio salir de la sección de audiolibros al guía Jake Malinak. Se acercó a él y antes de dirigirle la palabra, vio que se disponía a adquirir el mismo ensayo que él, solo que en versión hablada.

—Otto —llamó Malinak—, ¿eres tú?

El veterinario se quedó estupefacto ante el hecho de que el ciego hubiera detectado su presencia.

—Sí, Jake, soy yo. ¿Cómo lo sabes?

—Te pasas el día entre caballos y yo tengo el olfato bastante desarrollado —bromeó Malinak—. ¿Has comprado algo?

—No te lo vas a creer, pero tengo en la mano el mismo libro que tú. Se ve que el hallazgo de esa carta ha despertado en ambos un súbito interés por Beethoven.

—Si de verdad te interesa llegar a saber quién es esa misteriosa mujer a la que va dedicada la nota manuscrita del músico, conozco a una persona que nos puede ser de gran ayuda.

El inspector Mateos estaba esperando a Daniel en su despacho cuando este llegó al Departamento, a las cinco menos cuarto de la tarde.

El policía se había sentado en su sillón y había entreabierto la ventana para que el humo del cigarrillo saliera por la rendija, pero como no había encontrado cenicero por ninguna parte, estaba echando la ceniza en el celofán que previamente había retirado de la cajetilla. Cuando vio a Daniel, se levantó, cambió de mano el cigarrillo y le dio un apretón que le dejó la mano dolorida durante cinco minutos.

—Gracias por atenderme, confío en entretenerle el menor tiempo posible.

—No se preocupe —dijo Daniel, que estuvo tentado de recordarle la prohibición de fumar en todo el edificio. Pero no lo hizo, e inmediatamente sintió vergüenza de sí mismo por no tener el valor de decirle a un policía que apagara el cigarrillo.

—¿Podemos hablar aquí mismo?

—Sí, claro, es mi despacho. Aquí no nos va a molestar nadie. Lo malo es que no tengo nada para ofrecerle, ni siquiera un cenicero.

—No se preocupe, ya lo apago.

El inspector Mateos dio una última calada al cigarrillo, que estaba todavía a la mitad y luego lo arrojó por la ventana, sin preocuparse de quién podía pasar bajo la misma en ese momento. Daniel se vio obligado a sentarse en la silla de cortesía que había al otro lado de la mesa y el policía entró en materia inmediatamente.

—Le voy a poner las cartas boca arriba, señor Paniagua. En una investigación criminal, la encargada de las actuaciones necesarias para esclarecer los hechos es la policía. Una vez practicadas todas las diligencias se confecciona un atestado que se le hace llegar a Su Señoría. Pero si el juez, por la razón que sea, investiga por su cuenta, que puede hacerlo porque, para bien o para mal, un juez que instruye un sumario puede hacer lo que le dé la gana, y se olvida de comunicar lo que sabe a la policía, se produce una descoordinación que no es buena para el progreso de la investigación.

—No entiendo a qué se refiere.

El policía metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una tarjeta que le tendió a Daniel.

—Sí que lo sabe. Tenga, aquí están mis teléfonos. A partir de este momento le ruego que cualquier descubrimiento ulterior que haga usted sobre la partitura que llevaba el señor Thomas tatuada en la cabeza, me lo haga saber inmediatamente.

Daniel cogió la tarjeta y la dejó sobre la mesa.

—Yo lo único que le he dicho a Su Señoría es que las notas del tatuaje corresponden al concierto *Emperador*.

—Lo sé, y por eso estoy aquí. Ahora mismo esa es la única pista que tenemos para atrapar al asesino. En el lugar del crimen no se han encontrado huellas, ni pelos,

ni fibras vegetales. El asesino conoce bien los métodos de la policía científica, ya que ha logrado algo muy difícil, que es no dejar rastro.

—El caso es que yo tengo una idea acerca del posible móvil del crimen.

Daniel le explicó al inspector Mateos la teoría, que en realidad era de Marañón, de que la partitura podía ser una especie de mapa que condujese hasta el manuscrito de la *Décima*.

—¿Y en las últimas horas, ha llegado usted a alguna conclusión sobre lo que quieren decir esas notas?

—A ninguna en absoluto.

—Hábleme de ese concierto *Emperador* —dijo el policía—. Lamento ser tan ignorante, pero le confieso que yo de Beethoven lo único que conozco es la *Quinta Sinfonía*. Y de la *Quinta*, creo que nunca he pasado de las cuatro primeras notas: pa — pa — pa — paaaam.

Nada más terminar el inspector de tararear el más famoso motivo musical de toda la historia, Daniel experimentó una súbita revelación, como si fuera Arquímedes cuando comprobó que el agua de la bañera de su casa se desbordaba al ser desplazada por el volumen de su propio cuerpo.

—¡La *Quinta Sinfonía*! ¿Pero cómo he podido estar tan ciego?

El inspector se dio cuenta de que Daniel acababa de atar algún cabo importante, aunque no podía sospechar ni de lejos la trascendencia que iba a tener su descubrimiento en el transcurso de la investigación.

—¿He dicho algo que le haya podido ser de ayuda?

—¡La partitura... se trata de una clave Morse! —exclamó Daniel con gran convencimiento—. ¡Por eso Thomas cambió los valores de las notas!

—Perdone, pero a mí, que soy lego en la materia, me lo tiene que dar más mascadito. ¿Qué quiere decir con lo de la clave Morse?

—Cuando ha entonado el comienzo de la *Quinta Sinfonía* me ha venido a la memoria que durante la Segunda Guerra Mundial, los aliados utilizaron esas cuatro primeras notas para infundir ánimos a las tropas. Pa — pa — pa — paaaam, tres corcheas y una blanca, tres notas cortas y una larga. En Morse serían tres puntos y una raya, lo que equivale a la letra V de la victoria. Se trata de un episodio bélico-musical muy conocido. Se da usted cuenta de la ironía, ¿no? Un compositor alemán, adorado por el Führer, utilizado por la BBC como indicativo de la emisora antes de cada parte de guerra.

—¿Tiene por ahí las notas de la cabeza?

Daniel sacó de la americana un papel arrugado con el pentagrama de Thomas. Lo apoyó sobre la mesa, lo giró para que el inspector lo viera al derecho y empezó a indicarle con el dedo cómo estaban agrupadas las notas en la partitura.

—¿Se da cuenta? La melodía no fluye, como en el concierto original de

Beethoven, sino que está todo el tiempo entrecortada por esos signos de ahí, que son los silencios.

—¿Se refiere a esos signos verticales que parecen banderolas?

—Exacto. Actúan de separadores de las letras, que son los grupos de notas. Vamos a ver qué signos Morse son y luego veremos a qué letras corresponden:

»4 cortas y 1 larga — 2 largas y 3 cortas — 2 cortas y 3 largas — 5 largas — 1 corta y 4 largas — 3 cortas y 2 largas — 2 cortas y 3 largas y 5 largas.

»En total hay ocho signos. ¿Conoce el alfabeto Morse?

—Nos lo hacen aprender para ingresar en el Cuerpo Nacional de Policía, pero debo confesarle que lo tengo bastante abandonado.

Daniel se levantó de la silla y después de bordear la mesa, se fue a colocar junto al inspector Mateos para poder tener acceso al ordenador. Aunque Daniel hubiera sido incapaz en ese momento de decir si la colonia que llevaba el inspector era barata o cara, de lo que sí estaba seguro es que se había echado en exceso. Sin ser desagradable, era una colonia que Daniel no se hubiera atrevido a ponerse jamás, porque olía a señor mayor adinerado, más tendiendo a notario que a registrador de la propiedad.

—Ganamos tiempo si en vez de esperar a que haga usted memoria, buscamos en Google el código Morse.

Al cabo de pocos segundos tuvieron ante sí una página que explicaba a qué letras del abecedario correspondían los signos Morse y, para sorpresa de ambos, se encontraron con que las notas de la partitura no equivalían a letras sino a números. Cuando Daniel terminó de transcribir los ocho caracteres que incluía la partitura se encontró con las siguientes equivalencias.

4 CORTAS 1 LARGA= 4 2 LARGAS 3 CORTAS= 7 2 CORTAS 3 LARGAS=2 5 LARGAS= 0

3

PNO. 1 CORTA 4 LARGAS=1 3 CORTAS 2 LARGAS=3 2 CORTAS 3 LARGAS=2 5 LARGAS= 0

—El código encriptado en la partitura consta pues de ocho números: 4, 7, 2, 0, 1, 3, 2, 0 —dijo Daniel.

—¿Y tiene usted idea de lo que pueden significar esos números? —dijo desconcertado el policía.

—Ni la más remota. Claro que yo no soy matemático; igual se trata de una serie conocida, como la de Fibonacci.

—Ha leído demasiadas novelas de misterio. Lo más probable es que se trate de algo mucho más vulgar, como un número de teléfono.

—Thomas no era una persona vulgar, por lo que no podemos descartar ninguna hipótesis, ni siquiera la de que se trate de numerología. ¿Sabe en qué consiste?

—No tengo ni la más remota idea.

—Me extraña, porque ahora la televisión está plagada de programas sobre estos temas y algunos están muy bien hechos. La otra noche, por ejemplo, estuvieron hablando del número de la Bestia, el 666, que es parte de la numerología hebrea.

—Ah, sí, lo vi empezar, pero me aburrió y cambié de canal. Llegué a entender que 666 es, encriptado, el nombre de Nerón, pero no llegué a enterarme muy bien de por qué.

—Es que es muy complicado. Los antiguos judíos hacían corresponder a cada letra de su alfabeto un número determinado. Las diez primeras letras son los números del 1 al 10. Las siguientes van del 20 al 100. Y las restantes del 200 al 900. La N inicial de Nerón, por ejemplo, es 50. La R es 200...

—Se ha saltado la E.

—Los pueblos semitas no escriben las vocales. Así que Nerón Cesar, en arameo, se escribe *nrwn qsr*, cuyos números sumados dan la bonita cifra de 666. La bestia era Nerón porque perseguía a los cristianos.

El inspector Mateos empezó a impacientarse, aunque en su siguiente pregunta trató de controlar el tono de voz para que no se le notara:

—Pero ¿y qué aplicación concreta tiene todo esto a la serie que tenemos entre manos?

—La afición a convertir palabras en números no se da solo entre los antiguos hebreos, también es frecuente entre los músicos. Bach, por ejemplo, que era muy consciente del valor simbólico de determinadas cifras, se dio cuenta de que las letras de su nombre, sumadas, daban 14. B = 2, A = 1, C = 3, H = 8.

—Continúe, por favor. Ahora sí creo que nos estamos aproximando a algo.

—Bach convirtió el número 14 en una especie de firma. Se dice que cuando le ofrecieron pertenecer a la Sociedad Musical más prestigiosa de Leipzig, él demoró el ingreso hasta estar seguro de que le iban a asignar el número 14. Y en el cuadro que se hizo para colgarlo en la mencionada institución, posó con una chaqueta en la que había 14 botones.

—Los números de la partitura son 4 7 2 0 1 3 2 0. ¿A qué letras corresponden?

—Todo depende del valor que le demos al cero. Si la A es 1, el cero no tiene correspondencia, por lo que me inclino a pensar que podría ejercer la función de separador o espacio en blanco, como hemos visto que hacen los silencios en la partitura. Por lo tanto, tendríamos un primer grupo de tres letras, D H B, y un segundo grupo de otras tres, A C B.

—Eso parece la matrícula de un coche.

El inspector Mateos se puso en pie con la clara intención de marcharse.

—Está resultando de inestimable ayuda, señor Paniagua. Voy a facilitarles estos números a los criptógrafos de la policía, a ver si ellos sacan algo en limpio. Y vuelvo a insistir en que, independientemente de los informes que le pida Su Señoría, es imprescindible para la buena marcha de la investigación que toda información valiosa relacionada con este caso se la comunique simultáneamente a la policía.

—En ese caso —dijo Daniel— he de decirle que Jesús Marañón ofrece una recompensa de medio millón de euros por cualquier información que lleve a la localización del manuscrito de la *Décima Sinfonía*.

—No se ha estirado mucho entonces, teniendo en cuenta lo que pueden llegar a valer esos manuscritos.

—También debo informarle de que estuve con él esta mañana, en su mansión, y me mostró un espeluznante museo de instrumentos de tortura que tiene en el sótano de su casa.

—Coleccionar cosas raras no está tipificado como delito —dijo Mateos con una sonrisa enigmática, como si ya hubiera oído hablar del museo de Marañón.

—Hablando de cosas raras. Esta mañana estuve a solas en su casa y me dio un extraño apretón de manos.

—¿De veras? —dijo el inspector—. No me diga que colocó su dedo pulgar sobre el nudillo de la primera falange de su índice.

—¿Cómo lo sabe?

—Es un apretón de manos masónico. Marañón estaba intentando saber si usted pertenece a la hermandad.

—¿Marañón es masón?

—En efecto, aunque no sabemos aún a qué logia pertenece. Probablemente a la Gran Logia Escocesa, ya que su madre desciende de los Estuardo, los Stuart en inglés.

—¡Por eso le interesa tanto la *Décima*! —exclamó Daniel—. Además del valor artístico, él debe de estar convencido de que es una obra masónica.

—¿A qué se refiere?

—Tanto la partitura tatuada en la cabeza de Thomas como la *Décima Sinfonía*, comparten un elemento común: tres bemoles en la armadura. Es posible que Marañón contemple la *Décima Sinfonía* como el gran testamento masónico de Beethoven.

—Hágame un favor, señor Paniagua. Deje de suministrarle información a Jesús Marañón. Se está metiendo en un jardín muy peligroso.

—¿Usted cree que está intentando captarme para su logia?

—No, no funciona así. Los masones nunca piden a nadie que ingrese en la sociedad. Es uno el que tiene que solicitarlo; por otra parte, entrar en una logia no es tan sencillo. Pero aún más difícil que ingresar es abandonar la sociedad una vez dentro.

—¿A qué se dedican?

—En teoría se trata de una sociedad filantrópica. Dicen que tienen como fin la búsqueda de la verdad, el estudio de la ética y la práctica de la solidaridad. Sus principios, eso afirman ellos, son la tolerancia mutua, el respeto a los demás y de uno mismo, y la absoluta libertad de conciencia. Pero del dicho al hecho... ya sabe.

—No, no lo sé. ¿Es que están bajo sospecha?

—En una organización con tantos siglos de historia y con tantas ramificaciones internacionales, se imaginará usted que ha habido y sigue habiendo de todo. En Italia, ya sabe que los masones de la logia P2 se cargaron a Roberto Calvi, el director del Banco Ambrosiano. Y aquí en nuestro país tenemos también elementos muy peligrosos.

—¿Ah sí? ¿Por ejemplo, quién?

Bastó con que Mateos le mencionara el nombre de un famoso empresario asociado a una logia española para que Paniagua comprendiera que si los masones estaban detrás del asesinato de Ronald Thomas, la resolución del caso podría llegar a ser de una complejidad extraordinaria.

De vuelta en Grenoble, Alicia Ríos se había dado de plazo a sí misma un par de semanas para decidir sobre su embarazo. Llevaba dos días sin recibir señal alguna de Daniel, cosa que lejos de mortificarla, había agradecido sobremanera, pues necesitaba poner sus ideas en orden y templar su estado de ánimo, antes de volver a tener una conversación con su novio.

Estaba tan confusa que dudó de si debía ponerse en manos de un especialista en salud mental para que le proporcionara una terapia de apoyo, pero al final decidió que su amiga Marie-Christine, con la que iba adquiriendo cada vez más confianza, era la persona indicada para echarle un cable emocional en tan delicados momentos.

Durante su corta estancia en Madrid, Alicia había omitido deliberadamente decirle a Daniel que el retrato que estaba haciendo su amiga era algo más que eso: se trataba de un desnudo de cuerpo entero que había pensado regalarle a su novio el día de su cumpleaños.

Las sesiones de posado estaban teniendo lugar en el domicilio de la suiza, un dúplex muy amplio con grandes ventanales en el piso superior, por los que entraba la luz a raudales. Durante los posados, que se hacían a salto de mata, pues ninguna de las dos tenía urgencia alguna para terminar el cuadro, conversaban de lo divino y de lo humano, aunque en los últimos tiempos y por razones obvias, sus charlas se habían convertido prácticamente en monotemáticas.

Llevaban hablando casi una hora de Daniel, sobre un fondo musical de *highlights* de ópera, cuando la pintora hizo un inciso pictórico-artístico antes de volver a la carga con el tema anterior.

—¿Sabes una cosa? —dijo Marie-Christine mientras mezclaba sobre la paleta los dos colores que había decidido emplear para hacer justicia a la espectacular melena rizada de su amiga—. Normalmente, un cuadro como el tuyo lo habría hecho *alla prima*, pero me gusta tanto hablar contigo que he decido hacerte un retrato más minucioso.

—¿*Alla prima*? —repitió Alicia descomponiendo la figura y provocando que su amiga tuviera que hacerle un gesto con la mano para que volviera a adoptar la postura original.

—*Alla prima* es como pintan los pintores de paisaje. Van Gogh, por ejemplo, casi siempre completaba la obra en una sesión, creando una masa de pinceladas aplicadas con gran rapidez. La pintura se vuelve mucho más excitante y espontánea, porque hay que aplicar el pincel rápidamente y con confianza. Yo suelo lograr así, incluso con los retratos, mucho mejores resultados que en obras de estudio más trabajadas, además de que es mucho más llevadero para la modelo, claro.

—No te preocupes por mí. Estas sesiones me están viniendo de miedo para

desahogarme.

Las dos amigas callaron durante un minuto para escuchar cómo María Callas remataba la *cabaletta* de *La Traviata*:

Sempre libera degg'io
Folleggiar di gioia in gioia,
Vo' che scorra il viver mio
Pei sentieri del piacer.

Mecida por la música de Verdi y por vez primera desde su airada salida del restaurante en Madrid, Alicia pudo pensar en Daniel no solo sin despecho, sino incluso con ternura, al recordar cómo este le había explicado, la noche en que se habían conocido, por qué las *cabalettas* eran llamadas así: a diferencia de lo que ocurre en las arias, la orquesta acompaña al cantante con un ritmo que recuerda el galope de un caballo.

La voz de Marie-Christine la sacó de su ensimismamiento:

—Yo que tú me plantearía el tema del bebé de la siguiente manera. Si no existiera Daniel, ¿te animarías a tener el hijo tú sola?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alicia sobresaltada—. Daniel existe, tenemos una relación sólida que se prolonga desde hace tres años.

—Sí, pero tienes que estar preparada, no te muevas, por favor, para que en caso de una crisis prolongada, o incluso definitiva, no te encuentres tú, de golpe y porrazo, sola, en un país que no es el tuyo y con un niño que has tenido sobre todo para complacer a tu novio.

—Lo que no voy a hacer de ninguna manera es interrumpir el embarazo sin decírselo antes a Daniel.

—¿Le vas a llamar tú?

—Creo que le toca a él mover ficha. Claro que si dentro de una semana no ha dado señales de vida, tendré que hacerlo yo, porque tengo que tomar una decisión.

—Retírate un poco el pelo de la cara, por favor. ¿Crees que te llamará?

—No tengo ni idea. La última vez que hablé con él ya estaba como en otro mundo.

—¿Qué tal le va con su libro sobre Beethoven?

—Incluso el libro, que ya le tenía absorto, ha pasado ahora a segundo plano. Ahora lo único que le preocupa es el manuscrito de la *Décima Sinfonía* y la resolución de un enigma musical que le ha planteado la juez que instruye el caso Thomas.

—Ah, sí, he leído los periódicos. Siguen sin atrapar al que lo hizo.

Tras distanciarse del lienzo unos pasos para contemplar su obra más globalmente,

Marie-Christine dejó súbitamente los pinceles sobre el caballete y luego le acercó a su amiga un kimono de color turquesa para que se cubriera. Después dijo:

—Ya me he cansado, no estoy hecha para pintar cuadros tan planificados.

—¿Puedo ver cómo vamos?

—Ni soñarlo. Pero lo verás pronto, calculo que terminaremos dentro de un par de sesiones. Te he preguntado por el libro de Daniel porque esta mañana, navegando en internet, he descubierto algo que estoy segura de que le va a interesar.

Cuando Marie-Christine le mostró a Alicia el recorte de prensa que había impreso hacía unas horas, comprendió que, a pesar de la crisis, tenía que enviarle inmediatamente un e-mail a su novio.

Alicia no quiso que Daniel supiera que el e-mail era suyo, por lo que creó una cuenta llamada ludwig10@hotmail.com y le envió el mensaje anónimamente. A continuación consultó en una página de trucos en internet cómo enviar un sms sin revelar el número propio y le avisó de que tenía un correo sobre Beethoven.

Daniel fue derecho al ordenador y cliqueó en la pestaña de enviar y recibir mensajes. Tras el *spam*, llegó un archivo ejecutable de su colega Villafañe, que prefirió no abrir, ya que solían decepcionarle bastante las bromas de internet que este había cogido la costumbre de enviarle por correo y, por último, apareció en la bandeja de entrada el mensaje de Alicia. En la casilla «Asunto» ponía:

Descubierto nuevo cuadro de Beethoven.

Y el cuerpo del mensaje decía:

DESCUBIERTO UN RETRATO DE BEETHOVEN DONDE EL COMPOSITOR APARECE SONRIENDO.

Actualizado viernes 25/09/2007 23.37 (CET)
EFE

MUNICH. Este año se conmemora el 150 aniversario de la muerte del pintor alemán Joseph Karl Stieler, un famoso retratista de la escuela neoclásica que trabajó, entre otros, a las órdenes del rey Luis I de Baviera. Con este motivo se inauguró en Munich, ciudad en la que falleció el artista, una exposición que recoge cincuenta obras del pintor.

El comisario de la muestra, el profesor de historia Hans Rottenhammer, decidió crear un catálogo de la obra completa de Stieler y verificar la autenticidad de todas sus pinturas. El mayor atractivo de la exposición y la gran sorpresa para el mundo artístico alemán ha pasado a ser el retrato del compositor Ludwig van Beethoven, a quien Stieler ya había inmortalizado en 1820. El cuadro recién descubierto, que se creía que era el retrato de un médico o de un rabino, proviene de la colección privada del príncipe Louis-Pierre-Toussaint-Baptiste Bonaparte, heredero al trono de Francia y descendiente directo de Napoleón Bonaparte.

«El retrato posee todos los rasgos típicos del estilo tardío de Stieler, sus características pinceladas y una exquisita selección de los colores» —afirmó el profesor Rottenhammer. De los aproximadamente quince retratos que se

conservan de Beethoven, este es el único en el que el siempre malhumorado genio aparece sonriendo, por lo que nadie había pensado hasta ahora que pudiera representar al sordo de Bonn.

La noticia reproducía a pequeña escala el retrato de Beethoven, pero a pesar del reducido tamaño, la sonrisa del músico era claramente perceptible. Era un gesto burlón y misterioso, que recordaba el rictus enigmático de *La Gioconda* de Leonardo.

Daniel intentó buscar en internet alguna otra página relacionada con la aparición del cuadro, pero la noticia era muy reciente y todavía no había causado un gran revuelo en la prensa electrónica. Entró en la sección de alertas de Google y creó media docena de ellas, para que le avisaran de cualquier noticia que se publicara en internet sobre la pintura, que le pareció fascinante. La mirada de Beethoven era tan expresiva que en ese mismo instante decidió que esa iba a ser la portada de su ensayo sobre el músico. Luego consultó las páginas de los principales museos de la ciudad y averiguó que la exposición se había montado en la Neue Pinakothek, un edificio espléndido que había sido destruido durante la Segunda Guerra Mundial y vuelto a levantar en 1981, según un diseño de Alexander von Branca. El museo era el más importante del mundo en lo tocante a pintura del siglo XIX. El *merchandising* de los principales museos de la ciudad estaba centralizado a través de una institución llamada Cedon Museum Shops, y Daniel comprobó con satisfacción que en la página web de la tienda no solo era posible comprar el póster del cuadro sino también el catálogo de toda la exposición, e incluso una alfombrilla para el ratón. Añadió los tres artículos al carrito de la compra y comprobó con desagrado que le facturaban casi cien euros por el lote; pero el material era tan valioso para él que cursó la orden de igual modo.

¿Quién le habría mandado de forma anónima la noticia sobre el cuadro? Era evidente que se trataba de un retrato tardío de Beethoven, tal vez pintado en el último año de su vida, aunque era imposible afinar tanto partiendo de una pintura. ¿Qué rabia que no se hubiera tratado de una fotografía! Pero Beethoven había fallecido en 1827, a los cincuenta y seis años, y la primera fotografía permanente de la que se tiene noticia fue tomada justo en esa época por el inventor francés Nicéphore Niépce después de una exposición continuada, a plena luz del sol de ¡ocho horas! Evidentemente se trataba de la fotografía de una casa, puesto que ningún ser humano hubiera podido permanecer inmóvil para posar durante tanto tiempo, y menos el inquieto e irascible Beethoven.

Daniel volvió a mirar intrigado la pequeña fotografía del cuadro que habían incluido en la página web. ¿Qué hacía Beethoven sonriendo en la recta final de su vida, cuando para él era todo angustia, frustración y enfermedad? ¿Era una licencia poética del pintor o realmente ese cuadro reflejaba el estado anímico del genio en el

momento en el que fue retratado? No era solo un rictus risueño en la boca, Daniel también se había percatado de que el entrecejo de Beethoven, normalmente crispado en otros cuadros en un gesto amenazador de *conmigo-no-se-juega, yo-soy-el-que-ha-agarrado-al-Destino-por-el-cuello*, estaba, en este retrato, completamente relajado, lo que hacía que el músico sonriera también con la mirada.

La vida de Beethoven, ya desde su más tierna infancia, no había sido precisamente un camino de rosas, pues su padre, además de un gran amigo de la botella, fue un músico mediocre, con una actitud muy ambivalente hacia su prodigioso vástago: por un lado deseaba que el joven Ludwig se convirtiera en un gran pianista y compositor, con objeto de colgarse la medalla de haber traído al mundo a un segundo Mozart, y por otro intentaba frenar sus progresos musicales de adolescente para no sentirse él mismo eclipsado como músico en la corte de Bonn, donde se ganaba la vida con más pena que gloria. El miedo a que su hijo desarrollara en exceso su talento se ponía de manifiesto siempre que le sorprendía improvisando al piano.

—¿Otra vez esos juegucitos? —solía decirle en tales circunstancias—. ¡Levántate del piano o te arranco las orejas!

Y eso que la capacidad para improvisar, a diferencia de lo que ocurre con los pianistas de hoy en día, que viven atados a la partitura, era, en aquella época, una de las condiciones sine qua non para granjearse una reputación como virtuoso, y un arte en el que, a pesar de la represión paterna, Beethoven sobresalió en grado sumo.

Pero aunque la niñez fue dura, el auténtico infierno en la vida del genio se desencadenó justo en los últimos años de su existencia, por lo que la enigmática sonrisa del cuadro era, para Daniel, aún más inexplicable. La etapa final del compositor había estado marcada, por ejemplo, por una lucha titánica y despiadada contra su cuñada Johanna por obtener la custodia del hijo que esta había tenido con su hermano pequeño Karl Raspar, fallecido de tuberculosis en 1815.

La encarnizada disputa por su sobrino se prolongó durante cinco años, y aunque Beethoven logró al final que los tribunales le dieran la razón, el combate le dejó exhausto y amargado, entre otras cosas porque durante el interminable proceso judicial, Beethoven se vio obligado a confesar, en un humillante interrogatorio, que no era de familia noble y que el *van* de su apellido, de origen flamenco, no era un distintivo de nobleza como el *von* alemán. Este hecho le forzó a tener que ser juzgado por un tribunal de menor rango en vez de por el Landler, al que tenían derecho en la Viena de comienzos del XIX los miembros de la aristocracia.

Además de padecer pavorosas diarreas, que minaban sus energías y su creatividad y le obligaban a gastar dinero en médicos y balnearios cada dos por tres, la sordera se había hecho prácticamente definitiva a partir de 1816, después de un lento y agónico proceso, que había empezado hacia 1795, durante el cual el músico fue asistiendo

impotente al lacerante e inexorable espectáculo de la degradación de su sentido más importante. Aunque artísticamente había alcanzado las cumbres más altas a las que puede llegar un compositor, Beethoven también se encaminaba hacia la muerte apesadumbrado por el hecho de no haber logrado todavía escapar a la etiqueta de ser un «músico de músicos», que solían colgarle sus más mediocres enemigos. Es decir, que sin negar su inmenso oficio ni su talento ilimitado, a Beethoven —y esto a él le dolía en lo más profundo— se le reprochaba en general que sus obras fueran tan intrincadas y difíciles, que solo podían ser disfrutadas y comprendidas por sus colegas. Esto se debió en gran parte a que, ya desde su llegada a Viena, a finales del siglo XVIII, el público de Beethoven estuvo constituido por una selecta camarilla de aristócratas vieneses, capitaneados por el príncipe Lobkowitz, que más que consentir, alentaba los experimentos musicales que llevaba a cabo en sus composiciones el joven prodigio. A esas *soirées* musicales, muy parecidas a la que había organizado en su casa Marañón para estrenar la *Décima*, acudían auténticos degustadores de música, con profundos conocimientos técnicos y ávidos de escuchar un repertorio distinto al que tenía acceso el populacho en los conciertos públicos, llamados *Akademies*. Cuando Daniel trataba de explicar a sus alumnos lo que habían hecho por el desarrollo de la música occidental las célebres veladas en el palacio de Lobkowitz, echaba mano del ejemplo de la televisión por cable.

—Esas magníficas series que tanto os gusta paladear en casa —solía decir Daniel en sus cursos—, de las que os compráis incluso temporadas enteras en DVD, se empezaron a crear en un canal americano de pago por cable llamado HBO, o sea, Home Box Office. El hecho de no hallarse sujeta a las presiones de los anunciantes, de estar destinada a un público de más poder adquisitivo y por lo tanto más cultivado, permitió a la cadena abordar sin complejos ni tamices políticamente correctos espacios dramáticos en los que el sexo, la violencia, las drogas, o el propio uso del lenguaje eran mucho más explícitos que en los canales convencionales. *Sexo en Nueva York*, *Los Soprano*, *A dos metros bajo tierra...*, fueron posibles porque sus creadores contaron con la simpatía y el apoyo de «príncipes televisivos» que les estimulaban a ensanchar y desafiar las fronteras convencionales del medio. Del mismo modo, si Beethoven no hubiera tenido su HBO musical, que eran los palacios de sus protectores vieneses, no hubiera podido jamás llevar a cabo las audacias tonales, melódicas y rítmicas que introdujo en sus composiciones desde su llegada a la ciudad imperial.

Esas audacias eran las que habían convertido a Beethoven en Beethoven y las que le había parecido a Daniel advertir en el fragmento de la sinfonía que había escuchado en casa de Marañón.

Era imprescindible conseguir a toda costa una grabación del concierto.

Doña Susana Rodríguez Lanchas tenía la inveterada costumbre, al salir de casa por la mañana, de abrir el buzón, coger las cartas que hubiera dentro, echarlas al bolso y abrirlas más tarde con tranquilidad, en su despacho del juzgado, durante alguno de los tiempos muertos que invariablemente se producían a lo largo de su jornada laboral.

Aquella mañana, al abrir un sobre con membrete del banco en el que tenía sus ahorros, se encontró con que, en vez de un extracto contable, lo que había dentro era un anónimo, confeccionado con el viejo sistema de pegar en el folio una serie de palabras recortadas de una revista. El texto decía:

HIJA DE PUTA, PON EN LIBERTAD A CACABELOS O TE
ARRANCAREMOS LA CABEZA

Anxo Cacabelos era el principal imputado en un complejo sumario por narcotráfico que la juez llevaba instruyendo desde hacía meses. La defensa de este capo gallego de las drogas, liderada por un turbio letrado capaz de cualquier maniobra que le posibilitara aparecer en los medios de comunicación, había pedido la libertad bajo fianza y la juez la había denegado ya en un par de ocasiones, argumentando riesgo de fuga y de reiteración del delito. Aunque doña Susana había oído hablar de un par de colegas suyos que habían sido amenazados en algún momento de su carrera por los familiares o amigos de un imputado, para ella este anónimo era su bautismo de fuego. Nada más leerlo notó cómo el corazón se le disparaba a ciento cincuenta pulsaciones por minuto, al tiempo que empezaba a faltarle el aire. Se levantó de la silla, abrió la ventana, inspiró una bocanada de aire fresco y se volvió a sobresaltar al oír cómo alguien a su espalda abría la puerta de su despacho sin llamar. Era el forense asignado al juzgado, Felipe Pontones, el único con la confianza suficiente como para irrumpir sin avisar en el sanctasanctórum de la magistrada. Cuando esta se volvió para saludarle, el médico se dio cuenta de que la juez estaba visiblemente alterada, por más que tratara de dominarse.

—¿Qué ocurre, Susana?

La juez no dijo nada, se limitó a señalar con un gesto de la cabeza hacia la mesa sobre la que descansaba el anónimo que acababa de recibir. El forense, que estuvo a punto de coger con la mano la carta, se percató, un segundo antes de establecer contacto con el papel, de que el escrito era un anónimo y tras extraer un bolígrafo del bolsillo interior de su chaqueta, lo utilizó para, evitando el contacto con los dedos, girar el folio hacia él, de modo que le fuera más fácil leerlo.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó con gesto grave.

—Lo acabo de abrir. Creí que era una carta del banco.

El forense examinó también el sobre bancario en el que habían metido el escrito amenazador, cuidándose otra vez de no establecer contacto directo con el mismo.

—Estos hijos de puta saben tu dirección personal.

—Por eso me he puesto taquicárdica. El sobre estaba en el buzón de casa.

El forense desapareció unos instantes y volvió a entrar con su maletín de trabajo, del que extrajo unos guantes de látex que se puso antes de examinar con más detenimiento los papeles, y un par de bolsas de plástico para guardar pruebas, en las que acabó introduciendo el sobre y la carta.

—Como encontremos huellas, van a caer con todo el equipo —dijo el médico.

—No te hagas ilusiones, Felipe.

—Bueno, bueno, nunca se sabe. Conozco a un compañero en dactiloscopia que es capaz de encontrar huellas latentes hasta por medio de ultrasonidos. Y desde luego, hay que pedir hoy mismo al Ministerio de Interior que te pongan una escolta.

—Sí, sí, claro, una escolta —respondió la juez. Pero lo dijo en un tono de tan poco convencimiento, que provocó una reacción por parte del forense.

—Susana, que estos tíos no se andan con bromas.

—Ya lo sé. ¿Por qué habrán optado por las amenazas en vez de por el soborno? Con lo bien que me vendría en este momento un millón de euros.

—Es lo malo de tener fama de incorruptible, Susana.

La juez iba a replicar algo cuando fue interrumpida por un oficial del juzgado, que asomó la cabeza por la puerta entreabierta del despacho.

—Señoría, está aquí el inspector Mateos. Dice que solo le va a robar cinco minutos.

—Que pida cita. Ahora no puedo.

—Dice que es importante, Señoría.

—Que no, que pida cita y vuelva otro día.

El oficial se retiró, cerrando la puerta tras de sí, pero cinco segundos más tarde, tras dos golpes secos de llamada, se abrió otra vez la hoja y apareció el inspector Mateos.

—Señoría, perdone que la interrumpa.

—¿No le acaba de decir mi oficial que es un mal momento?

—Es por el sumario Thomas, Señoría. Se trata de un caso de homicidio.

—Como si no lo supiera.

La juez se sentó resignada ante la persistencia de Mateos y se dijo a sí misma que lo más sabio era afrontar lo antes posible la molestia de escuchar al policía.

—A ver, dígame lo que tienen hasta ahora.

El inspector lanzó una mirada furtiva hacia el forense. Se le veía incómodo por tener que hacer confesión de su propia impotencia ante una tercera persona. Por fin dijo:

—Lo mismo que comunicamos en el primer atestado. La investigación se ha estancado.

—Pues entonces habrá que archivar el caso.

—Pero hay algo que no hemos hecho hasta ahora.

—¡No me vendrá a pedir de nuevo que pinchemos teléfonos como si fueran aceitunas rellenas! Ya conoce la doctrina del Supremo sobre esta materia.

—La conozco, Señoría, pero también sé que hay una víctima mortal.

La juez rebuscó en los papeles de su mesa y cogió un auto de intervención telefónica que acababa de dictar hacía solo dos días, perteneciente a otro sumario. Luego, con tono algo burlón, que reforzó con una media sonrisa en el lado de la cara que no tenía paralizado, se dirigió al policía:

—Me han dicho que usted estudió derecho, inspector.

—Soy licenciado —mintió Mateos—. Ni siquiera llegué a colegiarme.

—Pues escuche, licenciado Mateos, a ver si hoy subimos otro escaloncito.

La juez empezó a leer su propio auto:

—«Deduciéndose de lo expuesto por la Brigada Provincial de Policía Judicial, Grupo de Homicidios n.º 6, que existen fundados indicios de que mediante la intervención y escucha de los teléfonos móviles, patatín y patatán, de los que es usuario el identificado como fulanito de tal, pueden descubrirse hechos y circunstancias de interés sobre la comisión de un delito de homicidio en que pudiera estar implicado el referido, *es procedente ordenar la intervención*».

»Como ve, no me tiembla la mano cuando hay que suspender las garantías constitucionales. Pero, tal como exige nuestro ordenamiento jurídico, lo hago siempre motivadamente. El inspector Tinao, del Grupo n.º 6, al que usted sin duda conoce, vino el otro día a mi despacho y me facilitó indicios, no corazonadas.

—Señoría, don Jesús Marañón tiene una colección de instrumentos de tortura y ejecución en su casa, entre los que parece que hay una guillotina.

—¿Cómo que parece? ¿Ni siquiera está seguro?

—Sí, estoy seguro.

—¿Y eso es un indicio fundado de que pudo cometer el asesinato?

—A la víctima le cortaron la cabeza con una guillotina.

—En ese caso lo que procedería es una orden de entrada y registro, a ver si la hoja de la guillotina de Marañón coincide con la que cortó la cabeza de ese desgraciado.

—Muy bien, pues solicito una orden de entrada y registro.

—Denegada. Antes tengo que oír qué interés podría tener Jesús Marañón en asesinar a ese músico.

—Hay un musicólogo, Daniel Paniagua, con el que parece que usted ha hablado...

—¿Qué pasa con él? —interrumpió secamente la juez.

—Estuve con él ayer por la tarde y asegura que las notas de la cabeza de Thomas son una clave Morse. Dice que corresponden a unos números.

—La primera noticia que tengo. ¿Me ha traído el atestado?

—No me ha dado tiempo, Su Señoría. Se lo estoy diciendo de palabra. Mañana a primera hora lo tendrá encima de su mesa.

—¿Qué números son esos?

El inspector extrajo una libreta del bolsillo y la abrió por la página en la que tenía apuntadas las cifras que había obtenido Daniel. La juez estudió el papel con gran atención y luego dijo:

—Me parece un hallazgo muy interesante, pero a menos que estos números estén relacionados con don Jesús Marañón, no veo por qué tenemos que registrar su casa.

—Al menos concédame la intervención de su teléfono.

—Ya le he dicho que no.

—Solo durante una semana.

—Ni siquiera durante veinticuatro horas.

—Señoría, ¡si no se va a enterar!

Se produjo un silencio de estupefacción en el despacho, que fue interrumpido por una risita de suficiencia del forense.

La juez, en cambio, adoptó una expresión tan dura que el médico pensó que el policía iba a ser enviado de un momento a otro a los calabozos de los juzgados.

—Precisamente porque la persona a la que se priva del secreto de sus comunicaciones no puede defenderse es por lo que estoy yo aquí: para velar por sus intereses. Lo que tienen que hacer ustedes es trabajar más y mejor. Para que avance la investigación hay infinidad de cosas que pueden hacerse y que no implican dejar en suspenso las garantías constitucionales. Para empezar, resulta increíble que no hayan encontrado ustedes ni una sola pista en la zona donde se depositó el cuerpo.

—Eso depende de la policía científica, Su Señoría. Trabajamos con los informes que nos pasan, y su informe dice que no han encontrado rastros de pisadas, ni de fibras, ni de cabellos.

—¿Y no hay nadie que haya visto nada sospechoso en la zona a la hora en que se depositó el cuerpo?

—Solo había prostitutas, la mayoría sin papeles, que tienen miedo de hablar con la policía, y clientes, que por razones obvias, también temen que pueda trascender que frecuentan la zona.

—¿Han interrogado a la hija?

—Sí, Su Señoría, pero no aporta ningún dato de interés.

—Háganle un seguimiento. A ver con quién se ve, adónde va. Para eso no necesitan un auto. En el informe anterior decían que la víctima tiene una pareja

homosexual, ¿no?

—Sí, es un súbdito francés llamado Olivier Delorme. Esperamos hablar con él esta misma semana.

—¿Quiere decir que aún no le han interrogado?

—Ha tenido que ausentarse momentáneamente del país, Señoría.

—Estupendo. Los sospechosos se pasean a sus anchas mientras usted pierde lastimosamente el tiempo solicitando escuchas telefónicas a ciudadanos respetables. ¿Es que le tengo yo que decir cómo hacer su trabajo, inspector?

—No, Su Señoría.

—Si como resultado de sus pesquisas me trae algún indicio de que alguna de las personas a las que ha mencionado pudiera estar involucrada en el crimen, no tenga duda de que dictaré el auto que me pide. Felipe, explícale al inspector lo que entendemos en este juzgado por indicio.

—Creo que no es necesario, Señoría —dijo el inspector, visiblemente mortificado por el tono de suficiencia con el que le hablaba la juez.

Pero el forense quiso aportar su granito de arena a la humillación que estaba sufriendo Mateos.

—El término *indicio*, inspector, proviene de latín *indictum*, que significa signo aparente y probable de que existe alguna cosa, y por lo tanto, es todo material sensible significativo que se percibe con los sentidos y que tiene relación con un hecho delictivo. Eso significa que...

Antes de que al forense le diera tiempo a terminar la frase el inspector se había marchado del despacho dando un portazo y dejándole con la palabra en la boca.

—No solo es ignorante, sino también maleducado —espetó el forense—. Susana, además de derecho, vamos a tener que enseñarle modales a este muchacho.

Jesús Marañón había sido informado por un compañero de logia, antes de que se publicara en la prensa, del descubrimiento de un nuevo retrato de Beethoven. El millonario no tuvo necesidad de solicitar el póster a través de internet, ya que se desplazó a Munich en su reactor privado y gracias a su dinero y a sus contactos, consiguió que le permitieran el acceso a la exposición de Stieler, cuando esta no se había abierto aún al público.

Ahora lo contemplaba embelesado en la soledad de una de las galerías de la Neue Pinakothek, recreándose hasta en sus más mínimos detalles, con la ayuda de una potente lupa.

Como las conexiones de Beethoven con la masonería aún no habían podido establecerse, y el millonario estaba ansioso por poder demostrar que el más grande músico de Occidente también había pertenecido a la hermandad, era vital llevar a cabo un examen minucioso del retrato, por si se habían incluido en él símbolos o referencias masónicas claras. El primer presidente de Estados Unidos, George Washington, por ejemplo, que había nacido cuarenta años antes que Beethoven, se había retratado a veces con un mandil masónico que le había regalado el general Lafayette. El mandil era un símbolo que tenía su origen en los primitivos delantales de trabajo de aquellos maestros constructores medievales que se dedicaron a levantar catedrales por toda Europa en tiempos pasados. Marañón intentó buscar, por ejemplo, en el retrato el característico suelo masónico, a cuadros blancos y negros, símbolo de la alternancia entre la luz y la oscuridad que es consustancial a todo proceso de aprendizaje, pero no encontró nada de ello. Tampoco divisó por ningún lado la escuadra y el compás, ni el ojo que todo lo ve, también considerados símbolos característicos de la hermandad. El retrato de Stieler estaba casi completamente centrado en la figura del maestro, que al igual que el famoso cuadro de Bach pintado en 1746 por Elias Gottlob Haussmann, sostenía en su mano derecha una pequeña partitura, tal vez alusiva a la obra que Beethoven estaba componiendo en ese momento. En segundo plano, detrás de la cabeza del músico, el único objeto perfectamente distinguible, por más que no estuviera conectado con la masonería, era un retrato de un anciano colgado de la pared de la estancia en la que posaba el genio. Marañón se preguntó por qué el cuadro había sido hallado en el palacio del único Bonaparte que tenía conexiones con la familia Thomas y decidió desplegar todo su poder y sus energías para tratar de averiguar si la aparición de la misteriosa pintura podía estar en relación con el manuscrito de la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

A las dos horas de haber salido del juzgado, el inspector Mateos recibió una llamada del conserje del hotel Palace para comunicarle que Olivier Delorme ya estaba de vuelta en Madrid. El policía pidió al instante que le pusieran con la habitación de Delorme y este, en un tono muy educado y con pronunciado acento francés, le dio la dirección del lugar en el que iba a permanecer toda la mañana y donde, con mucho gusto, le atendería.

De camino a la cita con Delorme, el subinspector Aguilar, que tenía serias dificultades para estar más de un minuto seguido sin pronunciar palabra, empezó a darle conversación a su jefe:

—Delorme se gana la vida fabricando mesas de billar. ¿No te parece llamativo el hecho de que un hombre con la cabeza totalmente rasurada se dedique al billar? ¿Será una forma de hacer publicidad de su negocio?

Mateos sonrió por la ocurrencia del subinspector y luego le aclaró:

—Las razones por las que una persona se afeita la cabeza voluntariamente son muy variadas. Algunos lo hacen cuando empiezan a perder pelo, para disimular la caída del cabello. Pero hay otras personas que se la afeitan, simplemente, por seguir una moda. ¿Te acuerdas de finales de los noventa? Varios artistas de cine, como Bruce Willis y Arnold Schwarzenegger, se rasuraron el cráneo y su gesto fue imitado por miles de fans en todo el mundo.

—¿Habrà una conexión entre la cabeza afeitada de Thomas y la de Delorme?

—No lo creo, sería demasiado autoincriminatorio, ¿no crees? Lo más probable es que Delorme se la haya afeitado, o bien por las razones que te he mencionado, o simplemente para introducir un cambio en su vida, ya que algunas personas le dan la misma importancia al rasurado que a un cambio de vestuario.

—¿Y si hace meditación trascendental? He leído que algunos monjes del Tíbet se la rasuran como señal de humildad y sumisión a su dios.

—¿Qué has averiguado del negocio de Delorme? —preguntó Mateos para poner fin al coloquio sobre alopecia, que le estaba poniendo ya nervioso por recordarle que sus propias entradas avanzaban a un ritmo galopante.

—La relación calidad-precio de las mesas que fabrica este tipo —respondió Aguilar— es tan satisfactoria, que su firma, Billards Delorme, aunque radicada en París, recibe encargos desde todos los puntos de Europa. Por eso nos ha citado en un club de billar, jefe, porque acaban de hacerle un cuantioso pedido. El Club Isidro Ribas, con doce mesas de billar francés y dieciséis de billar americano, es el más importante de la ciudad. He hablado con uno de los socios y me ha dicho que han decidido sustituir sus viejas mesas, algunas de las cuales tenían más de veinte años de antigüedad, por los nuevos modelos que Delorme les ha ofertado. Así que nos vamos

a encontrar a nuestro hombre supervisando el montaje y el nivelado del nuevo material.

Cuando Mateos y Aguilar entraron en el club se encontraron con una gigantesca superficie enmoquetada y despejada en su mayor parte, en la que eran perfectamente apreciables, por la diferencia de color, las marcas de las mesas que habían sido ya desmontadas. Vieron enseguida a Delorme, con su brillante cabeza rasurada, al fondo del local, acompañado de dos operarios, que enfundados en un mono azul, estaban llevando a cabo los últimos ajustes de las dos únicas mesas que habían tenido tiempo de instalar en lo que llevaban de mañana.

Un fuerte olor a pegamento para moqueta, que contaminaba todo el local, hizo que Mateos lamentara en el acto haber concertado la cita con el francés en semejante lugar, pero no había ya tiempo de dar marcha atrás, porque Delorme se había percatado de la presencia de los policías y comenzó a hacerles señas de que se acercaran hasta donde él estaba.

Como su jefe no había mostrado la placa al saludar al francés, Aguilar consideró oportuno, y hasta reglamentario, exhibir la suya a modo de identificación, pero lo hizo justo en el momento en que Delorme intentaba saludarle. El subinspector entonces se cambió la placa de mano para corresponder al saludo, pero este ya había desistido por completo del mismo, de modo que le dejó con el brazo en el aire. Para salir del paso, se erigió en voz cantante y dijo, usurpando la fórmula que solía emplear Mateos:

—Le agradecemos mucho que nos haya recibido. Vamos a procurar molestarle lo menos posible.

Su interlocutor no dio muestras de haberle escuchado, ya que se volvió enojado hacia uno de los operarios y le regañó en francés con gran virulencia por estar haciendo, al parecer, un nivelado de la mesa demasiado superficial. El empleado se lo tomó tan a pecho que lanzó de mala manera sobre el tapete verde el nivel de burbuja que tenía en la mano y se marchó en dirección a la calle, blasfemando de manera tan brutal que esta vez Mateos no necesitó los servicios de traducción simultánea de su ayudante.

Delorme dijo a modo de disculpa:

—He tenido que contratar personal nuevo porque tengo mucho trabajo. Esa es la razón por la que no les pude atender el otro día: tuve que viajar a París para traerme a estos dos nuevos montadores. No quiero que piensen que trataba de evitarles; como comprenderán, soy el primer interesado en que se atrape al asesino de Ronald.

A pesar del marcado acento francés, hablaba correctamente el castellano, aunque con una voz bastante más aguda de lo que uno hubiera esperado de un hombre de su corpulencia.

—Algunas de las preguntas que tenemos que hacerle son de carácter personal, señor Delorme —dijo Mateos—. Espero que lo entienda.

—Quiero colaborar con la policía, pregúntenme lo que quieran.

—¿Por qué lleva la cabeza afeitada? —preguntó Aguilar dejando estupefacto a Mateos, que no solo no había pensado comenzar por ahí el interrogatorio, sino que ni siquiera tenía previsto abordar el tema.

El francés encajó la pregunta con naturalidad.

—A Ronald le gustaba. ¿Por qué? ¿Es importante para resolver el caso?

—¿Sus útiles de afeitado están donde tienen que estar? ¿No le ha desaparecido nada?

—Nada en absoluto —dijo el francés con rotundidad, al comprender por dónde iban los tiros.

Mateos miró a su ayudante de tal forma que este entendió perfectamente lo que se esperaba de él, y dio un paso atrás como para indicar que no volvería a entrometerse.

—La relación entre usted y el señor Thomas...

—Ronald era mi pareja, si es lo que desea saber.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—La semana que viene íbamos a celebrar nuestro primer aniversario.

—¿Qué hacía usted en Madrid la noche del crimen, señor Delorme? ¿Estaba en la ciudad por trabajo o por placer?

—Por ambas cosas —dijo el francés—. Acompañé a Ronald a este viaje, en parte por asistir al estreno de la reconstrucción de la sinfonía y en parte porque coincidía que tenía este pedido tan fuerte en España. Pero su muerte me ha dejado tan desquiciado que ahora no sé si voy a ser capaz de llevar a cabo el trabajo. Ya ve cómo acabo de perder la paciencia con ese muchacho. Le he gritado injustamente, porque lo cierto es que se trata de un operario muy cualificado.

—Al entrar, pensé que se trataba de personal del club, porque este local no es suyo, ¿no?

—No, yo estoy aquí para instalar las mesas, pero siempre trabajo con mis propios operarios.

A Mateos le dio la impresión de que Delorme tenía los ojos humedecidos y que podía echarse a llorar en cualquier momento. Estuvo a punto de darle una palmada amistosa en el hombro pero le pareció que era poco profesional y en su lugar dijo:

—Si quiere ir a limar asperezas con su empleado, podemos volver dentro de un rato.

Delorme miró el reloj y asintiendo con la cabeza le respondió:

—Gracias, vuelvan dentro de media hora. Voy a pedirle excusas a François.

Cuando Mateos y Aguilar regresaron al club de billar, después de tomar un café,

podieron comprobar que Delorme había conseguido, efectivamente, congraciarse con su empleado, al que trataba de explicarle algo que tenía que ver con el taco que estaba blandiendo en la mano.

—¿Juegan ustedes? —les preguntó Delorme a los policías cuando se acercaron.

Mateos hizo un gesto negativo con la cabeza mientras que Aguilar estuvo tentando de decir que sí, porque lo cierto es que su padre le había enseñado los rudimentos del juego, aprovechando la circunstancia de que en un par de embajadas en las que había estado destinado había mesa de billar. Sin embargo, prefirió no irritar a Mateos exhibiendo sus conocimientos billarísticos y se limitó a decir:

—Yo soy mejor al fútbolín, la verdad.

—¿No les importa que hablemos mientras pruebo la mesa? Voy muy retrasado.

—En absoluto —respondió Mateos—. Soy un pésimo jugador, pero me encanta ver rodar las bolas sobre el tapete verde.

Delorme colocó dos de las tres bolas en uno de los rincones y luego empezó a realizar una serie de tiros con la tercera bola, que tenían como finalidad comprobar la respuesta de las bandas y su correcta angulación respecto de la superficie de juego. En un momento dado, y como si el comportamiento de la bola jugadora no fuera de su agrado, la cogió con la mano, se la acercó a la boca, la humedeció con el aliento y finalmente la frotó con una gamuza hasta dejarla tan reluciente como su propio cráneo. Luego la devolvió al tapete verde y continuó efectuando pruebas de rodadura sobre la mesa. Mateos y Aguilar permanecieron en un silencio reverente durante casi un minuto, admirando la maestría con la que su interlocutor hería con el taco la bola de billar, para imprimirle los efectos más sorprendentes: repeticiones múltiples de banda, *massés*, *renversés*... ninguno de los lances del billar parecía tener secretos para Delorme.

—Cómo me gustaría saber hacer todo eso —dijo Mateos.

—No se deje engañar por las apariencias. No soy más que un jugador mediocre; si tuviera talento me hubiera dedicado profesionalmente a este juego. Aunque le parezca increíble, gracias a la entrada de la televisión en este tinglado, si uno es bueno, se puede vivir razonablemente bien jugando al billar. Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

—El conserje del hotel nos ha informado de que la noche del crimen usted regresó temprano al hotel. ¿Puedo saber por qué no se quedó a la fiesta?

—Me parecía... ¿cómo decirlo?... banalizar el concierto que había habido antes, que fue muy hermoso. ¿Quién tiene ganas de escuchar música de salsa después de oír a Beethoven? Y además está el hecho de que a Sophie le dolía un poco la cabeza y me pidió que la acompañara al hotel. Pueden preguntarle a ella, si lo desean.

—No es necesario. Las cintas de las cámaras de seguridad de la casa nos han contado ya quién se fue con quién y a qué hora.

—¿En serio? ¿Y aparece Ronald en esas filmaciones?

—Desde luego. Se le ve salir solo de la casa a la media hora de que concluyese el concierto.

—Tal vez estuviese molesto por el hecho de que su anfitrión contratara a una orquestina después de su concierto y se marchó por eso.

—¿Usted no habló con él esa noche?

—Hablé antes del concierto. Sophie y yo fuimos al camerino a desearle suerte. Pero luego ya fue imposible comunicarse con él, estaba fuera de cobertura.

—¿No tiene idea de adónde pudo ir?

—Ni la más remota. Que yo supiera, no conocía a nadie en la ciudad.

—¿Por qué supone que mataron a su compañero?

—Me figuro que tiene que ver con esa cosa que llevaba tatuada en la cabeza, ¿no?

—¿Quién le ha hablado del tatuaje? En la prensa no se ha publicado nada.

—Ha sido Sophie. Hablo con ella con frecuencia.

—¿Sabe por qué se hizo tatuar su compañero la partitura o al menos quién le hizo el trabajo?

—No tengo ni idea. Ronald nunca me dijo que se hubiera tatuado nada en ninguna parte del cuerpo.

—La noche del crimen, ¿qué hizo al llegar al hotel?

—Fui directamente a mi habitación.

—¿Y pudo conciliar el sueño sabiendo que su compañero estaba, por así decirlo, desaparecido?

—En realidad no me dormí hasta muy tarde. Estuve leyendo durante un buen rato, porque como apunta usted, estaba inquieto y luego Sophie apareció en mi habitación.

—¿Sobre qué hora fue eso?

—Sobre las doce y media.

Mateos y Aguilar intercambiaron una mirada de extrañeza.

—¿Está usted seguro de la hora?

—Pudo ser la una de la madrugada, pero no más tarde.

—¿La invitó a su habitación?

—No, ya le he dicho que se presentó ella en la mía, sin avisar.

—¿Quiere ser más explícito?

—No era nada sexual. Sophie y yo congeniábamos muy bien y había ciertos asuntos de los que necesitaba hablar conmigo.

—¿En relación con su padre?

—No, eran asuntos del corazón. Que, como comprenderá, no voy a compartir con usted.

—Claro, claro —refunfuñó Mateos, un poco molesto por el hecho de que Delorme se hubiera puesto a la defensiva frente a una pregunta que él no había

pensado formular.

—Todo esto es muy extraño, señor Delorme, ya que los príncipes Bonaparte, a los cuales usted sin duda conoce...

—Tengo ese dudoso honor, en efecto.

—Ellos aseguran que Sophie permaneció en su habitación hasta las tres de la mañana.

—Eso no es cierto.

—¿No llamaron en ningún momento al servicio de habitaciones del hotel? Sería magnífico que alguna camarera pudiera corroborar su versión.

—Lo siento, pero tendrá que fiarse de mi palabra.

—¿Hasta qué hora estuvieron hablando usted y Sophie?

Delorme, que se había puesto en cuclillas para mirar la mesa desde el nivel de la banda, se incorporó bruscamente y dijo:

—Hasta las tres, aproximadamente. Me pone nervioso esta conversación, inspector. Tengo la impresión de que usted sospecha de Sophie.

Mateos se dio cuenta de que estaba a punto de perder a Delorme si continuaba haciéndole preguntas sobre la hija de Thomas y cambió rápidamente de tercio:

—Señor Delorme, estamos convencidos de que el tatuaje que le costó la vida a su compañero es una clave. Una clave, que una vez descifrada, nos llevará a descubrir dónde se encuentra el manuscrito de la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

—¿El manuscrito de la *Décima Sinfonía*? No entiendo lo que quiere decir. Ronald trabajaba en la reconstrucción del primer movimiento con los facsímiles de los bocetos de Beethoven, que están en el Departamento de Música de la Biblioteca Estatal de Berlín.

—No deseo ofender la memoria de su compañero —dijo el policía—, pero mucho me temo que Thomas hizo pasar por una restauración musical lo que en realidad era una partitura original de Beethoven. ¿Thomas nunca le comentó nada acerca de un manuscrito inédito?

—No, nunca. Aunque conmigo no hablaba mucho de música, porque siempre acabábamos peleados.

—¿A qué se refiere?

—A mis gustos musicales. Él los cuestionaba con frecuencia y me tomaba el pelo por ello, a veces de una manera hiriente y gratuita. Así que evitábamos hablar de música.

—Y en los últimos meses, ¿no notó nada extraño en su comportamiento, algo que se saliera de lo normal?

—Nada, excepto que hizo varios viajes a Viena. Viajes a los que prefería que yo no le acompañara. Llegué a pensar que tenía algún lío, porque ya le digo que los cuadernos de fragmentos de Beethoven están en Berlín, no en Viena.

—¿Tenían fijada su residencia en algún lugar?

—En París. Pero, disculpe, no acabo de entender su teoría. Si Thomas descubrió un manuscrito inédito de Beethoven ¿por qué no darlo a conocer? ¿Por qué no venderlo en una subasta? No soy experto en la materia, pero el sentido común me dice que un manuscrito de Beethoven es un tesoro para cualquier coleccionista.

—Tal vez no podía venderlo.

—No le entiendo.

—Si Thomas hubiera dicho: «He descubierto dónde está el manuscrito de la *Décima*», la gente hubiera preguntado: «Muy bien ¿y dónde estaba?». Y lo que es más peliagudo: «¿A quién pertenecía?».

—¿Cree usted que Ronald robó el manuscrito de donde estuviera escondido?

—Trabajamos con esa hipótesis. Su compañero, aún no sé por qué medios, averiguó el paradero exacto de la *Décima Sinfonía*, se las arregló para entrar en ese lugar, cogió el manuscrito y no dijo nada a nadie. Luego, a su vez, él mismo lo ocultó en un sitio tan secreto, que se tatuó en la cabeza, en forma de notas musicales, un código para poder encontrarlo en caso de olvido.

—¿Como si fuera la combinación de una caja fuerte?

—Algo parecido.

—Entonces el asesino ¿puede ser el legítimo propietario de la partitura?

—No lo creo, porque si el propietario fuera legítimo hubiera avisado a la policía tras el robo.

—¿Robó a un ladrón entonces?

—Es mejor no aventurar conclusiones precipitadas. ¿Hay algún documento perteneciente a su compañero que le parece que pueda servir para descifrar el código? Estoy convencido de que desentrañando el misterio de la partitura llegaremos también a saber quién lo asesinó.

—Tendré que mirar entre los papeles de Ronald. Pero están en nuestro ático de París.

Se produjo un estruendo cuando uno de los operarios, al intentar un *massé* sobre la mesa que acababa de montar, hizo saltar la bola violentamente del tapete y estuvo a punto de golpear a Aguilar, que tuvo que agacharse para no recibir el impacto. Mateos censuró con la mirada al subinspector, creyendo que este había sido el causante y no la víctima del accidente y continuó con el interrogatorio, dando a entender con su actitud que tenía que armarse de paciencia por los supuestos desmanes de Aguilar.

—¿Qué tipo de relación había entre el príncipe Bonaparte y Thomas?

—¿Por qué me pregunta eso?

—Mis hombres me han dicho que Sophie es amiga de los Bonaparte. ¿El señor Thomas también lo era?

—Se conocían, desde luego, pero no eran grandes amigos.

—¿Cómo se conocieron?

—Es una larga historia. No sé si sabe que la madre de Sophie, es decir, la primera mujer de Ronald, era corsa.

—¿Por qué dice la primera mujer? ¿Thomas se casó más veces?

—No, pero tuvo varias relaciones largas con mujeres, además de la de su esposa. Una de ellas, por cierto, con una española.

—¿Sabe cómo se llamaba?

—No. A Ronald no le gustaba hablar de su época heterosexual conmigo. Pero tal vez Sophie sí esté enterada.

—¿Por qué sabe que era española?

—En cierta ocasión, buscando unos papeles del banco, descubrí varias cartas de amor de Ronald que estaban en español.

—¿Y no vio quién las firmaba?

—No. Solo leí lo justo de una de ellas para saber que era correspondencia privada. Nunca me gustó husmear en los asuntos de Ronald. A veces puedes descubrir cosas del otro que preferirías no conocer.

—¿Dónde están esas cartas ahora?

—Todas nuestras pertenencias están en París.

—¿En una caja fuerte?

—No. No tenemos caja fuerte en París. Lo siento por su manuscrito.

—Tal vez sea necesario para esclarecer el crimen que podamos examinar esas cartas.

—¿Por qué? Eran cartas antiguas.

—A veces la solución del crimen llega a través del camino más insospechado.

—Veré qué puedo hacer.

—Se lo agradezco. Dejemos las cartas por un momento. Me estaba hablando del modo en que su compañero conoció al príncipe Bonaparte.

—La madre de Sophie pertenecía a una de las familias más ricas de Ajaccio, los Luciani. Ronald la conoció un verano en la Costa Azul, se enamoraron y se casaron. Tuvieron a Sophie y cuando esta cumplió tres años, más o menos, empezaron los problemas en el matrimonio.

—¿Qué tipo de problemas?

—Infidelidades. Ronald viajaba mucho, por los conciertos, y ella aprovechaba sus ausencias para tontear con otros hombres. Ya saben, como dicen que hacía Josefina con Napoleón. Y además de eso, a él no le gustaba Córcega. La cosa terminó en un lucrativo divorcio.

—¿Lucrativo para quién?

—Para Ronald, por supuesto. No habían hecho separación de bienes y él se quedó

con la mitad de la fortuna de ella.

—O sea que Thomas era un hombre con mucho dinero.

—Mucho más del que necesitaba para vivir a lo grande, puedo dar fe de ello.

—Tal vez eso contribuya a explicar por qué no vendió la partitura de Beethoven. No necesitaba el dinero para nada.

—¿Y fue después del divorcio cuando conoció al príncipe? —preguntó Aguilar, que harto ya de ser una mera comparsa, decidió desobedecer a su jefe y sumarse al interrogatorio.

—No, eso fue muy recientemente. A Sophie siempre le gustó Córcega, y a mí también la verdad. ¿Conocen la isla?

—No hemos tenido la oportunidad. A menos, claro está, que mi compañero, que es fuente continua de sorpresas para todos nosotros, nos diga que él sí conoce Córcega.

—No, pero si es parecida a Cerdeña puedo asegurarle...

Mateos cortó en seco a su ayudante:

—Ya casi hemos terminado. ¿Por qué no vas trayendo el coche? Otro día nos cuentas cómo es Cerdeña.

—No se pueden comparar —dijo Delorme, aunque Aguilar ya no pudo oírle porque, obedeciendo a su superior, se dirigió a la calle en busca del vehículo policial—. Córcega te enamora por el olor. Si en Andalucía es la flor de azahar, en Córcega es el olor del maquis.

—¿El maquis?

—Los corsos llaman maquis a los arbustos que forman el matorral típico de la isla. Desprende un olor que, una vez que se te ha metido aquí —Delorme tamborileó tres o cuatro veces con el índice en una de las aletas de su nariz— ya es imposible de olvidar. Sophie siempre ha vivido en Ajaccio, allí conoció a los Bonaparte. Jeanne le cogió enseguida verdadero afecto a Sophie, se hicieron íntimas amigas. Y hace dos años, más o menos, Sophie consiguió arrastrar a su padre hasta Córcega y estuvo cenando en casa de los Bonaparte.

—¿Usted no le acompañó?

—Desgraciadamente, no fui invitado. El príncipe está muy chapado a la antigua, ¿sabe? Y Sophie, aunque me adora, no quería crear una situación incómoda a sus anfitriones presentándose en el palacio con la pareja homosexual de su padre. La verdad es que es una auténtica lástima que yo no estuviera en esa cena. Porque ahora podría contarle de primera mano un episodio muy curioso que ocurrió en la sobremesa.

—¿De qué se trata?

Delorme relató al policía los hechos a los que había aludido y el inspector Mateos supo en el acto que la siguiente persona a la que tenía que interrogar para poder

avanzar en el caso era al príncipe Bonaparte.

estaba envuelto en la más espesa bruma teológica. Otros estudiosos decían que el tritono tenía un fuerte componente sexual, lo que, lógicamente, escandalizaba sobremanera a las autoridades eclesiásticas, que por esa razón lo habían proscrito de la música sacra. ¿Sería por eso por lo que, siglos más tarde, el compositor Leonard Bernstein utilizó el tritono como *intervalo estrella* de su musical *West Side Story*, porque simbolizaba la atracción irresistible que sentían entre sí Tony y María?

MA-RIIIIIII-a. I-JUST met a girl named Mariaaaa.

El tritono era el intervalo que separaba la dos primeras sílabas del nombre de la protagonista, y que luego, al llegar a la tercera sílaba, resolvía en una quinta perfecta, como si el profundo deseo que sentía Tony hacia ella se hubiera visto satisfecho en ese último aliento de voz. Daniel pensó que cuando uno escucha un tritono, incluso hoy en día, se tiene inmediatamente una sensación desasosegante, como de que algo maligno está a punto de suceder. Esa pudo ser la razón por la que Danny Elfman, el compositor de la banda sonora de los Simpsons, utilizó el *diabolus in musica*, quizá para describir al incorregible Bart, como intervalo inicial de su célebre sintonía.

LOS SIIIIIIIIIMP - SONS

Daniel se dio cuenta de que su mente se estaba alejando de Beethoven y de la melodía del cuadro y trató de establecer alguna conexión entre el *diabolus in musica* que había en el anillo y algún episodio de la biografía del compositor.

Y entonces fue cuando se acordó de los Illuminati.

Beethoven había simpatizado abiertamente con esa sociedad secreta, que a diferencia de la masonería, a la que había pertenecido, por ejemplo, Mozart, no exigía de sus miembros la creencia en un Ser Supremo. Esto provocó que en la secta de los Illuminati, de la que formaban parte muchos amigos de Beethoven, se infiltrara un número nada despreciable de agnósticos y ateos, lo que confirió un tinte marcadamente anticlerical a la sociedad. Los enemigos de los Illuminati eran pues la Iglesia católica y los grandes monarcas europeos, que defendían que habían sido investidos de su poder terrenal por Dios Todopoderoso. Sus más acérrimos detractores sostenían que la Revolución francesa había sido concebida y alentada por los Illuminati, a través de los jacobinos, y que incluso se había hecho sentir su perversa mano en la Revolución rusa de 1917. Y en una fecha tan tardía como 1983, el ahora Papa de Roma y entonces cardenal Ratzinger, había declarado en un documento hecho público por el Santo Oficio, que en pleno siglo XX Roma seguía contemplando con disgusto a las sociedades de tipo masónico (como los Illuminati), ya que los principios que los inspiraban eran irreconciliables con la Iglesia, y por lo tanto se prohibía a los católicos su pertenencia a ellas, so pena de incurrir en pecado mortal y de no poder recibir el sacramento de la comunión.

¿Era posible que, debido a sus cada vez más frecuentes desencuentros con el poder imperial establecido en Viena, Beethoven hubiera podido pasar de ser un mero

simpatizante de esta sociedad secreta a un militante activo, que se encargara, como Mozart había hecho en la logia masónica a la que perteneció, de componer *musica illuminata* para celebrar acontecimientos especiales? Y dado el sesgo profundamente anticlerical de esa sociedad, ¿no podía haber elegido Beethoven el *diabolus in musica*, el intervalo proscrito desde la Edad Media por el Papa, como símbolo del desafío de los Illuminati al Vicario de Cristo?

Al terminar estas reflexiones, Daniel no pudo dejar de preguntarse incluso si la secta de los Illuminati, que al parecer seguía en activo en muchos países, podría haber tenido algo que ver con el espeluznante asesinato de Ronald Thomas.

El inspector Mateos llevaba tanto tiempo sentado en la misma postura —las piernas cruzadas sobre la mesa de su despacho y las manos atrás, colocadas a modo de reposacabezas— que a su ayudante, el subinspector Aguilar, le entraron ganas de echarle una moneda, como se hace con las estatuas vivientes para que cambien de posición. En vez de eso, dijo:

—¿Te traigo un café, jefe?

Mateos pareció no haber escuchado la voz del subinspector, tan absorto estaba ordenando la información sobre el caso Thomas que se le amontonaba en la cabeza. Pero la pregunta cumplió la misma función que la moneda, porque nada más oírla, abandonó su pose y retiró las piernas de la mesa. Y además demostró que sí había oído la pregunta, porque dijo:

—Sí, con azúcar por favor.

—¿Con azúcar? ¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro. Aunque nunca lo tomo con azúcar, me hace falta cuando tengo que cavilar tanto. El cerebro es nuestro órgano más voraz, Aguilar, se come el sesenta por ciento del azúcar que fluye por el torrente sanguíneo, unas cuatrocientas cincuenta calorías por día. Y como además no puede almacenar energía en forma de grasa o glicógeno, como otras partes del cuerpo, necesita aprovisionarse constantemente de carburante.

—¿Te traigo dos sobrecitos entonces?

—Tampoco hay que pasarse.

A los dos minutos, el subinspector Aguilar regresó con un par de cafés.

—¿Y por qué tienes que cavilar tanto, inspector?

—Olivier Delorme me contó una historia, cuando tú fuiste a por el coche, que habría que investigar. Como ya sabemos, en el mismo hotel en el que se aloja la hija de Thomas hay un individuo que también conocía a la víctima, y que es descendiente de Napoleón Bonaparte. Para ser exactos, es architataranieto del hermano pequeño de Napoleón, y ahora mismo uno de los herederos legítimos del trono de Francia.

—¡Pero si en Francia no hay trono!

—Lo sé. Y aquí en España no hay república pero existen partidos republicanos.

Se oyó el ulular bastante cercano de un coche patrulla y Mateos vio que su ayudante se había distraído. Por un momento pensó que iba a empezar a aullar, como hacen a veces los perros cuando escuchan una sirena. Esperó a que se alejase el coche patrulla y luego prosiguió su relato:

—Este individuo tiene un palacete en Ajaccio en el que se ha descubierto recientemente un cuadro de Beethoven del que nadie había oído hablar jamás. ¿Y a que no adivinas quién descubrió que el cuadro era de Beethoven?

—¿Thomas?

—Exacto. Los Bonaparte habían tenido ese cuadro en su casa toda la vida, pero pensaban que se trataba del retrato de un médico.

—Un momento, me he perdido. ¿Y cómo llegó Thomas a trabar conocimiento con los Bonaparte?

—A través de su hija, Sophie, que es musicoterapeuta. La madre de Sophie Luciani es corsa y tiene una mansión fabulosa en la isla. La hija también vive en Ajaccio y allí ejerce su profesión. Según me contó Delorme, la esposa de Bonaparte es una histérica de tres pares de narices, aquejada de todo tipo de males, la mayor parte de ellos imaginarios. Una de sus dolencias habituales era el insomnio, que solo conseguía vencer a base de fármacos.

—¿Tenía insomnio imaginario?

—¿Cómo dices?

—¿Ella creía que no podía dormirse pero en realidad sí se dormía?

—Estás de cachondeo, ¿no?

—Me acabas de decir que la mayoría de sus males eran imaginarios.

—No, no, parece ser que era INSOMNIO, con mayúsculas. Al principio lo combatía con pastillas, pero las píldoras no son la solución, porque al día siguiente te levantas cansado o irritable.

—Y además producen adicción.

—Tú lo has dicho. La princesa Bonaparte desarrolló un cuadro de dependencia a los fármacos tan brutal que el marido, asustado, cogió un día y le tiró todas las pastillas al fregadero. Entonces empezaron los verdaderos problemas, porque al insomnio que padecía se sumó el mono por carecer de somníferos. En la peor época (Delorme jura que estuvo al borde del suicidio) llegó a permanecer hasta cuatro días seguidos sin dormir, lo cual la llevó a tener alucinaciones, a no recordar el alfabeto, en fin, un infierno. Veía sus zapatos llenos de telarañas, insectos repugnantes sobre su escritorio, como un delírium trémens. Y fue entonces cuando alguien les habló de la musicoterapia de la hija de Thomas, y acudieron a ella como quien está ya desahuciado por la medicina convencional y pide ayuda a una bruja o a un curandero.

—Y por lo visto dio resultado.

—Sí. Delorme asegura que la mejoría se produjo en dos semanas, y la curación total en tres meses, con lo que la tal Jeanne-Françoise, que es como se llama la mujer, quedó eternamente agradecida a Sophie Luciani por haberla librado de un tormento inenarrable y se hicieron íntimas amigas.

—Tiene guasa la cosa.

—¿A qué te refieres?

—Esta señora se cura el insomnio escuchando música, y yo muchas noches no puedo dormir hasta las tantas por la música que viene del pub que tengo abajo.

—Eres policía, ¿no? Mételes un paquete.

—Yo no valgo para eso. Si les cierran el local, tampoco voy a poder dormir, por la culpa.

—No se puede ser poli y buena persona, te lo he dicho decenas de veces.

—¿Cómo descubrió Thomas el cuadro?

—Hace varios meses, la princesa Bonaparte invitó a cenar a su palacio a Sophie y a su padre. A Delorme no le invitaron porque era gay.

Durante unas décimas de segundo, la punta de la lengua del inspector Mateos asomó por entre los labios, y como estaba oscura por el café, a Aguilar le pareció la lengua de un lagarto venenoso. Había leído en algún sitio que los lagartos, al igual que las serpientes, asoman la lengua para oler a sus presas.

—El cuadro —continuó el inspector— estaba en un pequeño salón de paso del palacio Bonaparte en Ajaccio. Nadie le había prestado nunca la menor atención. Al terminar de cenar, la princesa quiso mostrarle la mansión al padre de Sophie y cuando pasaron por delante del retrato, a Thomas le llamó la atención inmediatamente.

—¿Entendía de pintura?

—Ni una palabra. Pero en cuanto lo vio, les dijo a los príncipes que la pintura era un retrato de Beethoven. Como era un experto en la materia, en Beethoven, quiero decir, le creyeron a pies juntillas. Ahora, el príncipe lo ha cedido para una exposición en Munich.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, inspector?

—Pues sí: que si el príncipe Bonaparte tenía en su casa un retrato de Beethoven que nadie conocía, ¿por qué no iba a estar en su casa el manuscrito de la *Décima Sinfonía*?

Jake Malinak se había quedado de una pieza cuando Daniel Paniagua le había explicado por teléfono que la carta de Beethoven encontrada en la Escuela de Equitación podía estar dirigida a la mítica Amada Inmortal.

Para Jake, que no se consideraba ningún experto en el tema, la Amada Inmortal era, además de una célebre película en la que Gary Oldman daba vida al sordo de Bonn, una vieja leyenda de la que había oído hablar cuando estudiaba música en el Conservatorio. A la muerte del genio, en marzo de 1827, se encontraron en su escritorio dos documentos de suma importancia, cuya mera existencia era desconocida hasta para los más allegados a Beethoven. Uno era el «Testamento de Heiligenstadt», una especie de nota de suicidio en la que Beethoven les dice a sus hermanos que no puede seguir viviendo al saber que se va a quedar sordo. Esta carta nunca fue enviada porque Beethoven se sobrepuso a su desgracia.

El otro documento fue la carta a la Amada Inmortal, una epístola llena de pasión a una mujer que no aparece identificada en el texto y que ha hecho correr ríos de tinta entre los expertos. En la carta no solamente faltaba el nombre de la mujer sino también el año y el lugar desde el que fue escrita. Afortunadamente, Beethoven sí puso el día y el mes, y en una de ellas incluyó también el día de la semana —lunes— lo que había permitido al gran investigador Maynard Solomon descartar casi con total seguridad a todas las posibles amantes conocidas del genio, excepto una: Antonia Brentano. Paniagua le había contado a Malinak que la carta a la Amada Immortal eran en realidad tres, escritas en poco menos de veinticuatro horas, cartas en las que Beethoven se dirige a ella por este epíteto, amada inmortal, asegurándole que es la mujer de su vida y que su amor le hace a un tiempo desgraciado y feliz, porque ni ella es enteramente suya ni él lo es de ella.

—Esa puede ser la razón —le había contado Paniagua por teléfono— de que Beethoven haya puesto en la nota que habéis encontrado «es mejor que no nos veamos por un tiempo». En la carta a la Amada Inmortal también se hace alusión a un obstáculo para su amor, probablemente el hecho de que ella estaba casada.

—Supongamos que se trata de la tal Antonia Brentano. ¿Quién era esta mujer?

—Vivió en Viena entre 1809 y 1812. Estaba casada con un rico comerciante de vinos de Frankfurt, con el que era muy desgraciada. Beethoven era amigo del matrimonio, e iba a casa de la pareja a dar serenatas de piano cuando ella estaba enferma, cosa que al parecer ocurría con cierta frecuencia. La carta a la Amada Inmortal tiene un tono tan melodramático probablemente porque Beethoven se había enterado de que la Brentano iba a abandonar Viena para establecerse en Frankfurt, con el marido.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Malinak—. Si Beethoven le remitió estas

tres cartas a su amada ¿cómo es que luego aparecieron en su escritorio? ¿No deberían haberse hallado en poder de la mujer?

—Las cartas las envió Beethoven desde el balneario de Teplitz, donde estaba recuperándose de unos achaques, al balneario de Karlsbad, donde se encontraba el matrimonio Brentano. El músico se reunió con ellos en Karlsbad unos días más tarde y probablemente fue allí donde Beethoven recuperó las cartas: era demasiado peligroso que ella las conservara durante mucho tiempo.

—¿Cree que Antonia Brentano fue el gran amor de Beethoven?

—Solo le diré una cosa: en su escribanía, además de estos documentos que le he mencionado, aparecieron también dos retratos en miniatura. Uno era de Teresa von Brunswick —*Para Elisa*— y el otro de una mujer que coincide con los rasgos de la Brentano.

—Ya, pero ¿cuál es su corazonada?

—Si Beethoven era masón, es difícil que aceptara tener una relación amorosa con la mujer de un amigo, porque los masones siempre hacen hincapié en las virtudes morales del individuo. Pero también se ha hablado de la conexión de Beethoven con los Illuminati, cuya posición acerca del adulterio a lo mejor era diferente.

—Y si la carta de Beethoven encontrada aquí en Viena está dirigida a la misma mujer, ¿por qué aparece en la Escuela de Equitación?

—Hay una cosa que no le he mencionado y que tampoco debemos descartar. En 1911, la revista *Die Musik Publik* publicó una cuarta carta a la Amada Inmortal que causó un enorme impacto entre todos los aficionados a la música. Pues bien, a los pocos días se descubrió que era falsa y que tal carta había sido una broma de esta publicación.

—Pero la carta encontrada en la Escuela de Equitación es auténtica, lo ha confirmado la policía. Y además hay un segundo hecho que ni siquiera hemos empezado a comentar todavía: junto a la carta había otro objeto, que llevaba ahí infinidad de años, y que perfectamente podría ser una partitura. ¿Cree que alguien podría haber encontrado en ese lugar la *Décima Sinfonía* de Beethoven, que según me ha contado, descubrió ese musicólogo?

Paniagua no llegó a escuchar el final de la pregunta. Estaba demasiado distraído recordando que Jesús Marañón había ofrecido medio millón de euros a quien le facilitase el paradero del manuscrito de Beethoven.

El hotel Petit Carlton era uno de los muchos hoteles que la cadena Petit Palais había inaugurado recientemente en la ciudad. Los empresarios que la explotaban se dedicaban a restaurar viejos y destartados inmuebles, que los propietarios no querían o no podían —por desacuerdos familiares, por ejemplo— poner a la venta, los alquilaban por muchos años, y los convertían en hoteles de diseño. El Carlton, en concreto, estaba situado en una antigua fonda del siglo xvii, totalmente reformada, y conseguía conjugar el sabor de las posadas de hace cuatrocientos años con las comodidades y adelantos técnicos del siglo xxi.

Desde que se inauguró el primero de estos hoteles, Mateos, cuyas aventuras amorosas eran muy frecuentes, siempre había deseado entrar a ver uno por dentro, para comprobar si el establecimiento era lo suficientemente coqueto para ser escenario de futuras citas, y el encuentro con Bonaparte le proporcionó un excelente pretexto para satisfacer su curiosidad. Tal vez por eso, el inspector no quiso que, en esta ocasión, le acompañara Aguilar, cuyos comentarios sobre el erotismo en general y el sexo débil en particular le parecían ridículos y siempre fuera de lugar.

El príncipe le había pedido que el *rendez-vous* fuera en algún lugar del centro, pues se había visto obligado a acompañar a su esposa a la maratónica sesión de compras que esta iba a llevar a cabo aquella tarde y el inspector propuso la cafetería del Petit Carlton por hallarse en pleno corazón del barrio de compras como lugar de encuentro. Encontró al francés, en compañía de su esposa, en la *cafetech* del hotel, saboreando un Bloody Mary al que ya le quedaban solo un par de tragos. Cuando el inspector se acercó, los príncipes se pusieron en pie y le estrecharon educadamente la mano.

Antes siquiera de que Mateos pudiera entrar en materia se aproximó un camarero con aspecto de zombi haitiano y le preguntó qué deseaba tomar. El policía le pidió un vodka con hielo, aunque se lo tuvo que repetir tres veces, ya que el barman, cuyos ojos tenían una preocupante tendencia a quedarse en blanco, y que llevaba colgando de las muñecas alrededor de media docena de pulseras con abalorios, parecía tener la mente absorta en un ritual de vudú. Mateos estaba seguro de que si le hubiese preguntado el nombre en ese instante, este habría respondido que se llamaba Chantilly.

Siguiendo su táctica habitual en este tipo de interrogatorios informales, Mateos lo primero que hizo fue decir:

—Voy a intentar robarles muy poquito tiempo.

El príncipe hizo un gesto extraño con la cabeza, que lo mismo podía ser afirmativo que negativo.

El interés principal de Mateos era averiguar si los príncipes habían mentido a la

policía, o si por el contrario era Delorme el que trataba de construir una coartada de la que no disponía, asegurando que había permanecido con Sophie hasta la hora del crimen. Sin embargo, prefirió no abordar el asunto inmediatamente, para no ponerlos nada más llegar a la defensiva.

—Como ya les he dicho por teléfono —continuó el inspector— investigo el asesinato de Ronald Thomas y necesito aclarar dos o tres puntos con ustedes.

—¿Somos sospechosos? —preguntó el príncipe.

Mateos sonrió.

—¿Por qué me pregunta eso?

La princesa, que no había abierto la boca hasta el momento, añadió con cierto nerviosismo:

—Ni mi marido ni yo deseamos vernos envueltos en ningún escándalo, inspector. Louis-Pierre se presenta a las elecciones dentro de tres meses y cualquier noticia que le relacione con un crimen podría perjudicarlo.

—¿Qué elecciones son esas?

—Me presento a alcalde de Ajaccio, la capital de Córcega.

—¿Tiene posibilidades de ganar?

—Tengo un rival muy difícil, Gauthier Rossi, nieto del legendario cantante y actor corso Tino Rossi.

—Lo siento, no he oído hablar de él.

—La campaña electoral va a ser decisiva, y estoy dispuesto a invertir mucho dinero en ella. Es ahí donde puedo desbancar a mi rival.

Mateos dio un trago a su vodka con hielo y, dado que se lo había servido una especie de muerto viviente, se sorprendió al comprobar que no sabía a sangre de gallo decapitado, sino que estaba delicioso.

—Hablemos de Thomas. La noche en que fue asesinado, ustedes estaban en la ciudad, ¿no es así?

—Sí, mi marido había dado una conferencia sobre Napoleón la tarde anterior.

—¿Por qué no fueron luego al concierto?

—Mi marido no se encontraba bien —se apresuró a decir la princesa.

—¿Me dejas que responda yo o te has propuesto monopolizar el diálogo con el inspector? —saltó el príncipe, visiblemente irritado.

—Adelante, contesta tú —dijo la princesa, que parecía disfrutar enormemente disputándole el protagonismo a su esposo.

—No me encontraba bien y por eso decidimos quedarnos en la habitación.

—Es lo que había dicho yo. Aunque en realidad lo que te pasaba esa noche no es que te hubiera sentado mal la cena, sino que tenías un berrinche.

—Cállate —le ladró el príncipe—. Ni siquiera estabas presente.

La princesa no estaba dispuesta a amilanarse ante las órdenes tajantes, casi

marciales, de su esposo, y continuó hablando como si este no estuviera delante.

—Un espectador que asistió a la conferencia empezó a cuestionar la teoría de mi marido de que Napoleón fue envenenado.

—Era un provocador. Siempre hay alguien así en todas mis charlas.

—Y luego hubo una señora que se sumó a la teoría del envenenamiento, pero cuestionando también a mi esposo, que siempre ha defendido que el asesino fue el gobernador de Santa Elena. La señora decía que había podido ser Beethoven, con ayuda de los Illuminati.

—Querida, estas digresiones no le interesan a la policía.

—En estos momentos, todo lo relacionado con Beethoven me interesa —se apresuró a aclarar Mateos, aunque prefirió no revelar que el móvil del crimen podía ser el robo de la *Décima Sinfonía* del compositor.

—Háblenme de ese cuadro de Beethoven que había en su palacio de Ajaccio. Fue Thomas quien lo descubrió, ¿no es así?

El príncipe pareció sobresaltarse ante la cantidad de información que manejaba el inspector.

—¿Cómo lo sabe?

—Eso poco importa ahora. ¿Es posible que hubiera algún documento escondido dentro del cuadro?

—¿Quiere usted decir entre el lienzo y el marco?

—Sí.

—¿Qué tipo de documento?

—Por ejemplo, una partitura.

—No puedo saberlo. El cuadro no me interesaba ni por el anverso, imagínese si me preocupé alguna vez de examinarlo por el reverso.

—La noche en que estuvo cenando en su casa, ¿permaneció el señor Thomas a solas delante del cuadro en algún momento?

—No, que yo recuerde. Espere, sí. El señor Thomas se mostró vivamente interesado por las notas que había dibujadas en la pintura y me pidió que fuera a buscar lápiz y papel para anotarlas. Yo me ausenté durante unos momentos para traerle lo que me había pedido, pero no creo que fueran más de dos o tres minutos.

—Tuvo tiempo más que suficiente para examinar la parte posterior del cuadro y sustraer lo que allí estuviera oculto. ¿Qué comentó Thomas acerca de las notas?

—Dijo que podían corresponder a la obra que Beethoven estuviese componiendo en esos momentos y que eso nos permitiría establecer la fecha en que fue pintado el retrato. Recuerdo que comentó que existe un famoso cuadro del genio en el que este aparece con el manuscrito de la *Misa Solemnis* en la mano.

—¿Qué más ocurrió aquella noche?

—Desde que Thomas descubrió el cuadro comenzó a mostrarse excitado y

nervioso y enseguida dio muestras de querer abandonar el palacio. Cosa que hizo, por cierto, a pesar de las protestas de Sophie, que le llegó a llamar incluso maleducado, por dejarnos tan pronto.

—¿No se marchó, pues, en compañía de su hija?

—No, Sophie se quedó con nosotros como una hora más. Fue algo extraño, porque durante la cena, el señor Thomas había estado encantador y sumamente locuaz. Era justo en la época en que había comenzado a trabajar en la reconstrucción de la *Décima Sinfonía* y no dejaba de contar historias sobre Beethoven. Era un excelente *raconteur*.

—Nos tomó un poco el pelo a todos —añadió la princesa—. Pero en el buen sentido de la palabra. Quiero decir que empleaba muchas veces un tono burlón que no llegaba en ningún momento a ser hiriente o despectivo. La burla, o la ironía, si lo prefiere, era su forma de ser afectuoso. Además de que, como mi marido es un gran melómano, congeniaron desde el principio.

—Espere —interrumpió Mateos, enarcando un poco la ceja derecha, como un famoso presentador de televisión del momento—. Eso no me cuadra. ¿Un Bonaparte que ama la música?

—En eso salí a Jérôme, no a Napoleón. A mí me encanta la música desde pequeño.

—Y yo doy fe de ello —se apresuró a apostillar la princesa—. Fue mi marido el que me animó a solucionar un pequeño problema de salud que tuve, hace tiempo, con la musicoterapia.

—Mi mujer padecía insomnio —aclaró Bonaparte, que ignoraba que Delorme ya había puesto a Mateos al cabo de la calle—. Y como habíamos probado ya varios tratamientos y todos habían resultado infructuosos, me acordé de Bach y las *Variaciones Goldberg*. Supongo que conoce la historia.

—Me la contaron hace tiempo —mintió Mateos para aparentar más cultura de la que en realidad tenía—, pero me temo que la he olvidado.

—Cuenta la leyenda que un rico aristócrata berlinés, el conde Kaiserling, padecía insomnio severo y encargó a Bach una pieza para que el clavicordista de su corte, Johann Gottlieb Goldberg, le entretuviese con ella durante las noches. Bach escribió entonces las *Variaciones Goldberg*. Y aquí en España, creo que el *castrato* Farinelli le cantaba también a Felipe V cuando este no conseguía pegar ojo.

—Esa anécdota sí la conocía —volvió a mentir el inspector.

—Cuando vi que había una clínica de musicoterapia en Ajaccio se lo comenté a mi mujer, y aunque tuve que llevarla hasta allí literalmente a rastras, creo que fue la decisión más afortunada que hemos tomado en años. ¿No es cierto, *chérie*?

La princesa permaneció en silencio, pero era evidente, por la humedad de sus ojos, que estaban próximos a la lágrima, que se había emocionado al recordar aquel

dificilísimo trance de su vida.

—Príncipe, me decía usted que Thomas estuvo hablando de Beethoven durante la cena. Me imagino que no mencionaría manuscrito alguno.

—No. Solo nos dijo que se estaba teniendo que inventar la mayor parte de la música, porque había conseguido recopilar muy poco material de partida para la reconstrucción.

—¿Comentó si estaba contento con lo que llevaba hecho hasta entonces?

—En un par de ocasiones dijo algo parecido a «que Beethoven me perdone», como dando a entender que su talento, por mucho que se esforzase, no podría estar nunca a la altura del genio.

—El padre de Sophie era un hombre que parecía saber de muchos temas —reveló la princesa—. Cuando, por enésima vez, mi marido contó su teoría de que Napoleón fue envenenado, Thomas nos dijo que podía aventurar su propia hipótesis, ya que había estudiado los venenos de la época con gran minuciosidad. Afirmó que tanto Beethoven como Napoleón habían muerto por envenenamiento accidental.

Fueron interrumpidos por el estrépito infernal de una bandeja repleta de copas cayendo al suelo. Sonó como si todo el segundo piso de la Torre Eiffel, con restaurante incluido, se hubiera precipitado al Campo de Marte desde los 125 metros de altura a los que está situado. Nadie salió a regañar a Chantilly por aquel desaguisado, puesto que no parecía haber más empleado que él en todo el hotel. Fue en ese instante cuando Mateos decidió descartar el Petit Carlton como escenario de futuros encuentros amorosos.

Una vez repuestos de aquel formidable sobresalto, el inspector pudo seguir inquiriendo sobre lo relatado por Thomas acerca de Beethoven.

—Me contaba usted sobre los envenenamientos.

—El padre de Sophie —dijo la princesa— nos explicó que el arsénico se utilizaba en el siglo XIX, en combinación con otras sustancias, para colorear el papel pintado de las paredes, y que en un clima de extrema humedad como el de Santa Elena, el veneno pudo evaporarse del papel y contaminar el aire de la casa en la que residía el emperador.

—¿Y Beethoven?

—Según el señor Thomas, a Beethoven lo envenenó Salieri. ¿Ha oído hablar de él?

Esta vez Mateos no tuvo que mentir para encubrir sus lagunas culturales, puesto que Salieri se había hecho famoso en todo el mundo gracias a la película *Amadeus*.

—¿Salieri? ¿El que dicen que mató a Mozart?

—Exacto. Thomas dijo que Salieri no asesinó a Mozart sino a Beethoven. Para demostrar su curiosa teoría —continuó el príncipe— el señor Thomas nos puso primero en antecedentes sobre el envenenamiento por plomo de herr Beethoven.

Parece ser que un instituto médico americano había tenido la posibilidad de analizar químicamente tanto el cráneo como varios cabellos de Beethoven y había descubierto una concentración de plomo en el organismo del músico que era cien veces superior a la de cualquier persona normal. El estudio afirmaba que Beethoven no pudo haber ingerido dosis masivas de plomo durante la infancia o adolescencia, que transcurrió en Bonn, su ciudad natal, porque eso hubiera interferido en su desarrollo intelectual, así que la ingesta de tan letal sustancia tuvo que empezar en la época vienesa. A partir de entonces, empezó a sufrir digestiones pesadas, dolores abdominales crónicos, irritabilidad y depresiones frecuentes. Ninguno de los médicos a los que se dirigió para aliviar sus síntomas fue capaz de recomendarle un tratamiento efectivo. Los científicos, nos dijo Thomas, habían podido descartar también una vieja sospecha, según la cual Beethoven había muerto de sífilis, pues no se habían hallado en sus restos rastros de mercurio, que era la sustancia más corriente a comienzos del XVIII para tratar la temible enfermedad venérea. A partir de estos descubrimientos, la deducción de los científicos, totalmente incorrecta, según Thomas, había sido pensar que el plomo había llegado hasta el organismo de Beethoven a través del agua, los alimentos, o los utensilios de cocina. Uno de los platos preferidos de Beethoven fue siempre el pescado, y se había comprobado que las aguas del Danubio estaban muy contaminadas de plomo en aquellos días, por los vertidos de las cada vez más numerosas fábricas situadas junto al río. El músico era, además, consumidor habitual de vino tinto, por lo que si no se quería abrazar la teoría de los peces del Danubio como fuente del envenenamiento, bien podía atribuirse el mismo a las copas de plomo que tenía en su casa, o incluso a sustancias utilizadas habitualmente por los bodegueros vieneses para endulzar sus caldos. Thomas descartó incluso una teoría reciente, defendida por el jefe del Departamento de Medicina Forense de la Universidad de Viena, según la cual uno de los médicos que trataba a Beethoven para aliviar sus dolencias abdominales, el doctor Andreas Wawruch, le recetó un medicamento con plomo que estaba contraindicado, por lo que, en cierto modo, lo asesinó sin querer.

—Recuerdo esa noticia. Salió publicada en la prensa de medio mundo. ¿Por qué el señor Thomas no estaba de acuerdo con la tesis del envenenamiento accidental?

—Dijo que Beethoven, al igual que él, tenía muchos enemigos. Y que como envenenar en aquella época era tan fácil, porque debido a las limitaciones de la ciencia forense, los envenenamientos no podían probarse, lo más plausible era que Beethoven hubiera muerto a manos de alguna de las muchas personas a las que había vejado.

—Me cuesta creer que Beethoven, cuya música es hoy en día el símbolo de la concordia universal, tuviera tantos enemigos.

—Eso mismo objeté yo durante la cena. Pero Thomas nos dijo que no nos

dejáramos engañar por las apariencias. Los odios los despertaba con sus ideas políticas, pues Beethoven siempre fue un republicano acérrimo; con su desagradable carácter, se permitía desairar en público incluso a los aristócratas que financiaban su carrera, o con su desmedido talento, que eclipsaba, por no decir que dejaba en ridículo, a decenas de pianistas y compositores de la época. El mismo compositor reconoció varias veces en cartas de la época que había muchas personas que le querían mal. En una muy famosa, escrita en 1801 a su amigo el doctor Wegeler, donde por vez primera se atreve a mencionar que padece problemas de oído, el genio dice: «Si tuviese otra profesión podría afrontar mi enfermedad, pero en la mía es un inconveniente terrible. Y si mis enemigos, de los cuales tengo un buen número, se enterasen del asunto ¿qué dirían?».

—¿Llegó a relatar Thomas de qué forma Beethoven se granjeó el odio de Salieri?

—Parece ser que el compositor italiano, presunto asesino de Amadeus, tuvo tratos prolongados con el sordo de Bonn. Y aunque es cierto que Salieri estuvo presente en el multitudinario entierro de Beethoven, también acudió al sepelio minimalista de Mozart, y no por ello han dejado de correr ríos de tinta sobre su animadversión hacia este. Salieri fue profesor de composición dramática y vocal de Beethoven durante varios años, y aparentemente mantenía una relación cálida y afectuosa con su alumno, que llegó a dedicarle algunas sonatas para violín y piano. Sin embargo, a partir del momento en que el italiano se atrevió a criticar la única ópera de Beethoven, *Fidelio*, la relación entre ambos empezó a enturbiarse y en el año 1809, Beethoven afirmó rotundamente que Salieri era su enemigo: «Herr Salieri, que era mi antagonista más activo, me jugó una mala pasada».

—¡Salieri, asesino de Beethoven! —exclamó Mateos estupefacto—. ¿No estaría el señor Thomas un poco...?

El policía completó la frase con el gesto de haber perdido un tornillo, pero el príncipe negó con la cabeza.

A Mateos le pareció que había llegado el momento de formular la pregunta más conflictiva:

—Señor Bonaparte ¿por qué mintieron ustedes el otro día a la policía?

—¿A qué se refiere? —preguntó el príncipe para ganar tiempo.

—Lo sabe perfectamente. Le dijeron a mi compañero, el subinspector Aguilar, que la noche del crimen estuvieron en compañía de Sophie Luciani hasta las tres.

—Nosotros no hemos hecho nada, inspector —dijo el príncipe abatido, sin energía alguna para seguir defendiendo su falsa coartada.

—Lo único que quiere mi marido es que le dejen en paz —terció la princesa—. No puede permitirse verse implicado en un escándalo, ahora que se mete en política.

—Señor Bonaparte. —Mateos adoptó su semblante más severo—. Mentirle a la policía es algo muy grave. Si lo hubieran hecho ante el juez podrían ser procesados

por falso testimonio, un delito castigado con prisión.

—Pero no tenemos coartada —adujo el príncipe—. Estamos asustados. El asesino utilizó una guillotina para acabar con Thomas, y la guillotina es un invento francés. Y no se trata de una reliquia del XIX, en mi país las ejecuciones fueron públicas hasta 1939. El último guillotinado, un pobre diablo llamado Hamida Djandoubi, lo fue en 1977. Aunque la policía nos descarte como presuntos asesinos, la prensa puede comenzar a especular, algo que resultaría extraordinariamente dañino para mi carrera.

—El hecho de no tener coartada sea tal vez, por paradójico que resulte, su mejor coartada —dedujo el inspector.

—¿A qué se refiere?

—La persona que mató a Thomas es extraordinariamente astuta y planeó el asesinato a conciencia. No suele ser frecuente que la Policía Científica, a pesar de los sofisticados medios de que dispone en la actualidad, no haya encontrado ni un solo rastro en el lugar del crimen. Si usted o ustedes fueran los asesinos, no se habría dejado cazar en una mentira tan burda.

Bonaparte respiró aliviado y luego dijo:

—No sé quién asesinó a Thomas, pero estoy casi seguro de que, buscara lo que buscase, solo puede estar ahora mismo en poder de una persona.

—¿De quién? —dijo el inspector.

El príncipe miró a su esposa y luego le dijo:

—¿Nos puedes dejar solos un minuto, *chérie*?

—¡Louis-Pierre!

La princesa se levantó indignada y salió del hotel como alma que lleva el diablo, dejando solos al príncipe y al policía.

Cuando Bonaparte le contó a Mateos su teoría, a este le pareció que la corazonada del francés tenía bastante fundamento.

—Desde luego son muchas coincidencias —dijo la juez Rodríguez Lanchas después de que Daniel le hubiera relatado con pelos y señales todo lo que había averiguado hasta la fecha con relación a Beethoven.

La magistrada le había recibido en su despacho a pesar de que tenía una mañana ajetreadísima, como había quedado patente por la cantidad de interrupciones que estaban teniendo a cada momento y que hacían bastante dificultoso no perder el hilo de la conversación.

—Yo también opino lo mismo —convino Daniel—. Por lo menos, algunos de los hechos ocurridos en los últimos días tienen que estar relacionados entre sí: una cabeza cortada en la que hay una partitura de Beethoven, una carta manuscrita e inédita del genio que aparece justo ahora en Viena, un cuadro nuevo de Beethoven, en el que este aparece sonriendo.

—Sin olvidar que tu amigo Malinak dice que donde estaba la carta hay una marca inequívoca de otro objeto, del tamaño de un cuaderno grande. Y si estamos manejando la hipótesis de que existe una *Décima Sinfonía* que acaba de ser descubierta...

La puerta del despacho de la juez se abrió y apareció la secretaria del juzgado:

—Perdona, Susana, no sabía que tenías visita. La rueda de detenidos es dentro de diez minutos. Yo voy bajando.

—Sí, ahora me reúno contigo. ¿Está por ahí Felipe?

—Aquí estoy —respondió el forense, apareciendo por la puerta como si la mera invocación de su nombre hubiera bastado para que pudiera materializarse ante ellos.

El médico entró con desparpajo en el despacho de la juez y sacó unos papeles de la cartera:

—Y vengo con buenas noticias sobre uno de los fiambres del caso Cacabelos. La autopsia de esta mañana no ha revelado picaduras de avispa ni de ningún otro insecto, luego el choque anafiláctico fue provocado. ¿Almorzamos juntos, Susana?

—Sí, pero a última hora. Tengo que poner en libertad a un preso y aún no he redactado el auto. A Daniel ya le conoces de sobra; me trae noticias frescas sobre el caso Thomas.

Daniel y el forense estrecharon la mano y este se sentó en la silla que estaba libre.

—Me quedo entonces. Al fin y al cabo, de los tres yo soy el que más íntima relación tiene con Thomas, puesto que le hice la autopsia.

La juez miró al forense con expresión de contrariedad, pero no llegó a decir nada.

—Paniagua está cada vez más convencido de que la *Décima Sinfonía* existe y de que los números en clave Morse del tatuaje son el mapa que nos conducirá hasta ella.

—¡Pero eso es magnífico, Susana! A ti, chaval, hay que darte una placa de

detective ahora mismo. ¿Alguna idea de a qué pueden corresponder esos numeritos?

—Ninguna todavía. Y tampoco estoy seguro al cien por cien de que Thomas estuviera en posesión del manuscrito de Beethoven —dijo Daniel—. Para eso tendría que poder analizar la partitura que tocó Thomas o escuchar la grabación del concierto. Jesús Marañón me ha dicho que no tiene ni una ni otra, pero quizá la hija de Thomas o alguno de los músicos nos la pueda proporcionar.

La magistrada abrió un cajón de su mesa de despacho y le alcanzó a Daniel un folio lleno de nombres y números de teléfono:

—Ahí tienes la lista de todos los músicos que interpretaron la sinfonía con Thomas. Casi todos eran extranjeros, checos, creo, porque dicen que son más baratos. Me figuro que muchos estarán ya fuera de la ciudad o del país haciendo bolos, como dicen los artistas. Como contigo se sentirán en confianza, porque eres músico también, trata de averiguar algo más. A ver si alguno de ellos oyó mencionar a Thomas algo acerca de la partitura o le escuchó alguna alusión al tatuaje. Es vital que encontremos el manuscrito para poder demostrar el móvil del crimen. Aunque yo empezaría hablando con la hija de Thomas. Se aloja en el Palace; aquí tienes el número de habitación.

—¿Le dijiste a Susana que la partitura podría tener en el mercado un valor cercano a los treinta millones de euros? —preguntó el forense visiblemente excitado.

—Quizá me pasé un poco —dijo Daniel—. Pero si la sinfonía está entera y no se trata solo del primer movimiento, nadie sabe lo que un coleccionista fanático puede llegar a pagar.

—También dependerá de la calidad de la composición, ¿no? —dijo el forense.

—No seas absurdo, Felipe —le reprendió la juez—. Es Beethoven en su madurez artística. Tiene que ser una gran obra maestra.

Daniel no pudo evitar sonreír al escuchar esta afirmación.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó incómoda la juez, que sentía una gran inseguridad siempre que se hablaba de música.

—De repente he recordado que Beethoven, en su madurez artística, también fue capaz de componer *La victoria de Wellington*, una pieza tan execrable que hasta el propio compositor la tildó de «estupidez».

—¿La victoria de quién? —dijo el forense.

—De Wellington, en honor del famoso general que derrotó a Napoleón en la batalla de Waterloo. También se la conoce como «sinfonía de la Victoria», aunque lo correcto es llamarla «sinfonía de Vitoria», pues lo que festeja esta piececilla absurda, indigna no ya del genio de Beethoven, sino de cualquiera de los compositores menores que pululaban por Viena en aquella época, es la victoria de Wellington en la ciudad vasca, aliado con españoles y portugueses, sobre el infame Pepe Botella. Esa batalla significó, en la práctica, la expulsión de las tropas napoleónicas de la

península Ibérica.

—¿Y dices que la pieza fue compuesta por un Beethoven ya maduro y por lo tanto en plena posesión de todos sus recursos técnicos y de toda su paleta sonora?

—Absolutamente. Wellington derrotó a Pepe Botella en junio de 1813, faltaban aún dos años para Waterloo, y la pieza de Beethoven se estrenó en diciembre de ese mismo año. Para entonces, el músico ya había completado el grueso de su obra: la *Sinfonía Heroica*, la *Quinta*, la *Pastoral*, la *Séptima*, el concierto *Emperador*. No tenía ya nada que demostrar.

—¿Y por qué la compuso, entonces?

—Por lo mismo que mataron a Thomas: por dinero.

—¿Mucho dinero? —preguntó el forense, al que cada vez que se mencionaba el tema económico parecían encendérsele los ojos.

—Mucho, mucho dinero —respondió Daniel—. Podemos afirmar que la sinfonía *Wellington* fue en su día la composición de más éxito de Beethoven, tanto a nivel musical como financiero.

—¿Y cómo es posible que haya caído de esa forma en el olvido?

—Su éxito se debió, en aquella época, a factores sociológicos o políticos, más que musicales, como ocurre ahora con tantos engendros televisivos. Pero lo cierto es que se trata de una obra de tan poca consistencia que los propios beethovenianos se encargan de que se hable de ella lo menos posible.

—Pues a mí ya me han dado ganas de escucharla —dijo el forense.

—La pieza es muy curiosa: los ingleses están representados musicalmente por el himno oficioso *Rule Britannia*, que es el más popular después de *God Save the Queen*. Para representar a los franceses, Beethoven eligió en cambio la cancioncilla «Malborough se fue a la guerra».

—Querrás decir «Mambrú se fue a la guerra» —dijo el forense.

—Aquí cambiamos a Malborough por Mambrú porque nos resultaba más fácil pronunciarlo. Pero la canción fue ideada por los franceses para burlarse del duque de Malborough, su enemigo militar en la Guerra de Sucesión Española.

—¿Qué es eso de Mambrú? —preguntó la juez.

—Quizá te resulte más familiar en su adaptación inglesa: «*For he's a jolly good fellow*». «*Porque es un muchacho excelente*».

—Por supuesto, esa sí la conozco —asintió la juez—. Resulta extraño que Beethoven no eligiera *La Marsellesa* para simbolizar a los franceses —apuntó la juez.

—Beethoven siempre fue un revolucionario. Para él *La Marsellesa* no era solo un himno nacional, sino que representaba los valores de libertad, igualdad y fraternidad en los que creyó toda su vida. Le debió de parecer indigno utilizar esa música para asociarla a los perdedores, porque era como admitir, simbólicamente, la derrota de la Revolución. En cambio con «Mambrú» se sentía moral y artísticamente liberado, y si

al principio la cancioncilla aparece como un himno arrogante, a medida que va progresando la batalla, Beethoven la va ralentizando y descomponiendo para hacernos visualizar, por medios sonoros, la derrota del bando francés. Tchaikovsky en cambio, en su *Obertura 1812*, compuesta para celebrar la derrota de Napoleón en Rusia, no dudó en *deconstruir La Marsellesa* para hacer mofa y befa de los franceses.

—De modo que la sinfonía *Wellington* fue compuesta por dinero. ¿Acaso Beethoven era un tipo codicioso? —preguntó la juez.

—No más que cualquiera de nosotros. Hubo una época en su vida en la que, debido a la muerte de uno de sus protectores, el compositor llegó a estar tan apurado de dinero que pensó en dejar Viena y marcharse a Inglaterra. Haydn, por ejemplo, y esto era sobradamente conocido en Viena, estaba amasando una verdadera fortuna en la corte británica con sus conciertos y composiciones.

Daniel hizo una pausa para pedir un café, pero Su Señoría le informó de que la máquina, como tantos otros aparatos en aquel juzgado, estaba fuera de combate.

—Nos estabas hablando de los apuros económicos de Beethoven —dijo el forense al ver que Daniel había perdido el hilo.

—Ah, sí. ¿Habéis oído hablar de un aparato que utilizan los músicos llamado metrónomo? —preguntó entonces Paniagua.

—Sí, claro —respondió el forense—. Es para marcar el tempo, ¿no?

—Exacto. Pues ese aparato revolucionario fue patentado en la época de Beethoven por un turbio personaje, mezcla de ingeniero, inventor y *showman* llamado Mälzel. Beethoven se fiaba de él porque le había construido varias trompetillas para el oído que le funcionaban razonablemente bien. Hacia el año 1812, tanto la situación financiera de Mälzel como la de Beethoven eran desesperadas. Mälzel había construido un instrumento musical, al que bautizó como «panarmonicón», que se alimentaba a través de un fuelle, como los órganos, y que, gracias a unos cilindros parecidos a los de los organillos, era capaz de imitar todos los instrumentos musicales de una banda militar. Tras mostrárselo a Beethoven, le convenció para que escribiera una pieza, y este compuso *La victoria de Wellington*. Tuvo tanto éxito, que Beethoven la adaptó para orquesta, y en esta versión orquestal llegó a convertirse en lo que podríamos llamar un superventas de la época. Beethoven acabó demandando a Mälzel ante los tribunales, porque este quería explotar comercialmente la obra como si fuera suya.

Se abrió la puerta del despacho y apareció una de las oficiales del juzgado:

—Señoría, ya han llegado los letrados de la defensa. La rueda de reconocimiento puede empezar cuando quiera.

Doña Susana se puso en pie y al ver que también Daniel se levantaba dijo:

—No, tú quédate. Termina de contarle a Felipe todo lo relacionado con el valor económico del manuscrito, que luego él ya se encargará de resumírmelo.

La magistrada abandonó el despacho a toda velocidad, rumbo a los sótanos del juzgado, donde tenían lugar las identificaciones de los detenidos, y dejó solos a Daniel y al forense.

—O sea, Daniel —añadió el forense tras un breve silencio—, tú crees que el valor en el mercado del manuscrito depende de la calidad de la música que este contenga.

—Puede ser uno de los factores.

—Pero lo que has oído hasta ahora, ¿no te ha convencido?

—Sí, en efecto. Sin embargo, nada nos asegura que el resto, si existe, sea del mismo nivel. A Beethoven, debido a sus depresiones y a su mala salud, le resultaba cada vez más difícil componer. Y también hay otro factor que puede influir en el precio, sobre todo si quien puja no es un organismo público sino un coleccionista particular.

—¿A qué te refieres?

—El precio también podría depender de que el manuscrito tenga muchas correcciones o no. Aunque parezca paradójico, cuantos más tachones y anotaciones tenga la partitura, más valor tendrá para el melómano, porque este no solamente podrá acceder a la música sino también a los procesos mentales del genio.

—No sé si lo entiendo.

—Te pondré el ejemplo de un manuscrito de Beethoven, aparecido hace relativamente poco, que alcanzó un precio exorbitante en la subasta: el del arreglo, para piano a cuatro manos, realizado por el propio compositor, de la Gran Fuga. Esta partitura llevaba ciento quince años desaparecida y fue descubierta en 2005 por un bibliotecario de Cincinnati. Se considera el hallazgo musical más importante de los últimos decenios en parte por la gran cantidad de correcciones y enmiendas que hizo Beethoven. Contemplando el manuscrito, uno asiste extasiado a la lucha creativa del genio consigo mismo, que es de dimensiones titánicas: Beethoven encuentra una solución y la escribe, pero de repente inventa algo mejor y tacha las notas precedentes para sustituirlas por el nuevo hallazgo. Así se puede seguir todo su proceso mental hasta que llega lo que podríamos denominar el Gran Acierto. Aunque escrita para cuarteto de cuerda, Beethoven no se resistió a hacer accesible esta fuga a aquellos vieneses que quisieran tocarla en casa y preparó para ellos una *reducción* para piano a cuatro manos. No olvidemos que en una época en la que no existía ni la radio ni el gramófono, la única manera de escuchar música a domicilio era interpretarla uno mismo. Por eso en Viena, en el siglo XIX, había un piano en la mayoría de los hogares. Este manuscrito para uso doméstico fue, como le decía, descubierto recientemente y estoy persuadido de que el precio astronómico que alcanzó en el mercado se debió en parte a la gran cantidad de correcciones del propio Beethoven que contenía.

—Todo esto que planteas me parece muy interesante —dijo el forense—. ¿Tienes

intención de viajar a Viena para averiguar algo más sobre el manuscrito?

—De momento voy a tratar de conseguir la grabación o la partitura del concierto de Thomas —explicó Paniagua mostrando la hoja con los nombres que le había facilitado la juez. ¿Creéis que el asesino habrá logrado descifrar ya el tatuaje?

—Es muy improbable. Si la policía moderna, con los métodos actuales, no ha sido capaz, y tú, que eres un especialista en el tema, también estás confundido, no creo que el criminal, o criminales, porque no descartamos que pueda tratarse de una banda organizada, se nos haya adelantado.

—Pero ¿y si lo ha logrado?

—En ese caso, no creo que le atrapemos —dijo consternado Pontones—. Estará ya a miles de kilómetros de distancia, después de haber vendido la partitura a cualquier coleccionista. Nuestra única esperanza es que el asesino, en su intento de hacerse con la clave para descifrar el código, cometa un error.

—¿Un error?

—Que intente acercarse a la hija, que regrese al lugar del crimen, o incluso ¿quién sabe?, que intente acceder a la casa de Marañón, con la esperanza de encontrar allí lo que está buscando tan desesperadamente.

—Don Jesús, hay un caballero que pregunta por usted. Dice que es del Grupo de Homicidios.

—Hazle pasar a la biblioteca, Jaime —dijo Marañón.

El secretario del magnate condujo al inspector Mateos, que permaneció algunos minutos solo en la estancia, curioseando entre la multitud de volúmenes que abarrotaban las estanterías. A Mateos le pareció lógico que hubiera gran cantidad de ejemplares dedicados a la arquitectura, pues además de que el grueso de la fortuna de Marañón se había fraguado en negocios relacionados con la construcción, el origen de la masonería hay que buscarlo en las hermandades profesionales de constructores de catedrales y de otros templos en la Edad Media. Al principio solo se transmitían los secretos de su oficio, ya que únicamente eran admitidos dentro de las logias los miembros del gremio, pero la cosa se modificó al llegar la Baja Edad Media y la Edad Moderna. En las logias comenzaron a ser aceptados caballeros que no eran masones y que recibían el nombre de *aceptados*. Eran abogados, médicos, etc., y a partir de entonces los ritos comenzaron a ser más simbólicos.

Cuando Marañón se reunió con el policía, halló a este hojeando un clásico titulado *La arquitectura de la felicidad*, en el que el autor hablaba de las virtudes que debe poseer todo buen edificio.

—De todos los que hay aquí, quizá ese sea mi libro preferido, inspector —dijo Marañón sobresaltando ligeramente a Mateos, que al haberse colocado de espaldas a la puerta, no había visto llegar al millonario.

Tras un enérgico apretón de manos y un rutinario intercambio de pregunta-respuesta sobre la marcha de la investigación, Marañón invitó al inspector a que se sentara y este comenzó a explicarle el motivo de su visita.

—Hemos examinado a conciencia las filmaciones de las cámaras de seguridad externas y estamos en condiciones de asegurar que la noche en que fue asesinado, Thomas abandonó solo el edificio.

—¿Y qué tiene eso de extraño?

—Si no estamos mal informados, Thomas había venido a España en compañía de su pareja, Olivier Delorme, que también asistió al concierto. ¿No es más lógico que abandonaran juntos su residencia?

—Probablemente sí. Aunque como tras el concierto hubo una fiesta con música de salsa que se prolongó hasta el alba, puede que no se marcharan juntos porque Thomas, agotado con los ensayos y preparativos del concierto, no tuviera esa noche, como suele decirse, cuerpo de jota.

—¿Se despidió de usted cuando se marchó?

—La verdad es que no. Pero es posible que anduviera buscándome para decirme

adiós y no me encontrara. En varios momentos de la noche estuve muy ocupado atendiendo a mis invitados.

—¿Usted, que era su anfitrión, no le vio discutir con su pareja esa noche o en los días previos al concierto?

—No. ¿Es que sus sospechas apuntan hacia Olivier Delorme?

—Si he de serle sincero, señor Marañón, no tenemos sospechoso, aunque se va perfilando un posible móvil del crimen.

—Pero aún no han encontrado el arma homicida, ¿no es cierto? Y es público y notorio, porque se ha publicado alguna vez en la prensa, que en mi casa hay una guillotina, original de 1792.

—En efecto.

—¿Le gustaría examinarla?

—Aún no lo sé. ¿Debería?

—Si se va a quedar más tranquilo. Aunque tendrá que esperar unos días a que me la vuelvan a traer a mi casa.

—¿Es que la ha cedido para alguna exposición?

—No, la he mandado limpiar.

—Si me permite que le hable con franqueza, eso resulta de lo más curioso —dijo Mateos—. Se comete un crimen en la ciudad con una guillotina y nada más comenzar la investigación, usted ordena limpiar la que tiene.

—Le va a resultar difícil de creer, pero hacía meses que había pensado que esa auténtica joya de mi colección necesitaba una revisión y puesta a punto. Los instrumentos de tortura no son muy diferentes a los instrumentos musicales: con el tiempo se estropean si no se usan. Me había olvidado de la guillotina hasta que la ejecución de Thomas me recordó que tenía que mandar ajustar la mía. Me gusta que las máquinas funcionen.

—¿Quién se está encargando de su limpieza?

—Un *luthier* parisino llamado Alain Sabatier.

—¿La guillotina está ahora mismo en París?

—¿Por qué le extraña? Son antigüedades muy delicadas, que me han costado un ojo de la cara y me gusta que estén en las mejores manos.

—¿Por qué confiárselas a un *luthier*?

—La primera guillotina que se construyó en Francia, mi querido inspector, la montó un fabricante de instrumentos musicales llamado Tobias Schmidt.

—Pensé que había sido el doctor Guillotin.

—Guillotin fue solo el ideólogo. Eran los tiempos de la Ilustración y los revolucionarios buscaban un sistema rápido e indoloro para ajusticiar a los reos, alejado de los salvajes métodos empleados desde el Medievo por los monarcas absolutistas. El diseño del primer aparato se lo debemos al doctor Antoine Louis,

ilustre miembro de la Academie Chirurgicale, que le pasó los planos a Schmidt para que fabricara la primera guillotina.

—No creo que la policía científica esté muy interesada en revisar la suya después de haber pasado por las manos de su experto parisino.

—No se desanime, inspector. No he mandado cambiar la hoja, solo engrasar y ajustar los mecanismos. Un forense competente podría establecer enseguida una relación entre cualquier pequeño defecto o anomalía que haya en la cuchilla con una marca análoga en el cuello de la víctima.

Mateos reconoció que su interlocutor estaba en lo cierto y pasó a otro tema.

—También quería hablarle del medio millón de euros que usted ofrece de recompensa por la partitura.

—Veo que ha estado en contacto con ese muchacho, Daniel Paniagua.

—Si la partitura es el móvil del crimen, tiene un valor probatorio. Entiendo que si alguno de sus cazadores de recompensas consigue dar con ella, la primera cosa que deberá hacer es ponerla a disposición de la policía.

—Desde luego, inspector. Lo primordial es encontrar al culpable del asesinato de Thomas.

Mateos se levantó, como dando por terminada la visita, pero Marañón le rogó que no se fuera todavía.

—Ha llegado a mis oídos que las notas de la partitura tatuada en la cabeza de Thomas corresponden a una clave Morse de ocho números.

—En efecto, estamos trabajando con esa hipótesis. ¿Por qué lo menciona?

—Tengo una teoría sobre a qué pueden corresponder esos ocho números —dijo Marañón exhibiendo una amplia sonrisa—. Si tiene la amabilidad de pasar a mi despacho, se la explicaré ahora mismo.

Siguiendo la recomendación de la juez instructora, Daniel solicitó una entrevista con la hija de Thomas, Sophie Luciani, para que esta le consiguiera una grabación del concierto o una copia de la partitura con la que había trabajado el musicólogo. Paniagua estaba convencido de que, gracias a sus profundos conocimientos sobre la técnica compositiva de Beethoven, un análisis reposado y exhaustivo del material de trabajo de Thomas le iba a permitir confirmar sus sospechas más allá de toda duda razonable.

Daniel llegó a su *meeting point* con Sophie Luciani, la cafetería del hotel Palace, con casi media hora de anticipación. Excepto por dos adolescentes anoréxicas que bebían sendas Coca-colas en la barra y que soltaban risitas estúpidas cada cinco segundos, la cafetería estaba completamente desierta. Daniel constató que habían limpiado el suelo hacía poco y que aún no se había disipado del todo el olor a lejía, lo cual le puso enfermo. Nunca había entendido que en hoteles de esa categoría no se cuidaran ese tipo de detalles. Se sentó a la mesa que tenía los butacones más cómodos y cuando se le acercó el camarero le pidió un gin-tonic.

—¿Se lo cargo a la habitación, señor?

Estuvo a punto de decir que sí y de soltar a voleo el número de una habitación. ¿Qué podía perder? Si el camarero chequeaba el número siempre podía contestar que se le había ido el santo al cielo y pagar en metálico. Aun así, su proverbial miedo a ser cogido en falta hizo que dijera que no, de lo cual se arrepintió, pues le cobraron veinte euros por la bebida, que estaba, eso sí, cargada de ginebra hasta tal punto que el camarero tuvo que hacer ejercicios malabares para poder añadir a la copa un poco de tónica.

Al cabo de diez minutos empezó a escuchar a su espalda el sonido, inconfundible por lo empalagoso, de un piano de hotel. Los pianistas de hotel, pensó Daniel, deben de recibir la consigna por parte de sus empleadores, de hacer poco o ningún hincapié en el aspecto rítmico de sus interpretaciones, para no distraer demasiado la atención de los clientes, de manera que cada una de las melodías que tocan se acaban pareciendo entre sí. Todo lo contrario del estilo compositivo de Beethoven, que no solo debía de haberse ganado el sobrenombre de *el español* por tener la tez morena sino por el extraordinario vigor rítmico de muchas de sus obras, empezando por la *Séptima Sinfonía*, calificada por Richard Wagner como la *Apoteosis de la Danza*. El sordo de Bonn tal vez no tuviera el genio melódico de Tchaikovsky o de Mozart, pero siempre que se lo proponía lograba que empezaras a tamborilear con los dedos o con los pies al ritmo de sus energéticos compases. En cambio, las únicas propiedades que tenían las músicas de hotel eran las sedantes, de modo que Daniel cerró los ojos, apoyó la cabeza contra el respaldo de la butaca y se dejó mecer por aquellos acordes

previsibles y dulzones; y como el gin-tonic ya le había empezado a hacer efecto, en cuestión de tres minutos se quedó completamente amodorrado. Cuando despertó, pasaban veinte minutos de la hora acordada para la cita y no había aún señales de Sophie Luciani: un par de gays franceses, tan distinguidos que con su sola presencia elevaban por encima de su categoría el glamour que pudiera desprender el bar de estilo inglés del hotel, una jubilada americana con gafas de mariposa que regañaba a su perro salchicha, pero ni rastro de la chica. Apuró el gin-tonic, que ya estaba completamente aguado y se percató al momento de que el pianista había optado por un repertorio menos trillado que el *My way* de Paul Anka y estaba desgranando ahora la melodía «lenta y dolorida» de la primera *Gymnopédie* de Erik Satie. Como a Daniel siempre le había encantado esa pieza, se concentró en su escucha y tuvo que reconocer que la interpretación le gustaba. Giró la cabeza para verle la cara al pianista y se dio cuenta de que quien estaba sentada al piano era la propia Sophie Luciani. Llevaba el pelo suelto como la primera noche, aunque su vestido esta vez era mucho más discreto: un jersey negro cuello de cisne, pantalón del mismo color y una chaqueta roja jaspeada que le quedaba muy bien. Esperó a que terminara la pieza, que fue acogida con algunos aplausos por parte de los cuatro o cinco huéspedes del hotel que le estaban prestando atención y luego fue derecho hasta el piano para presentarse. Su inglés no era malo, excepto por la pronunciación, que era peor que la de una sobrecarga de Iberia, y como chapurreaba también algo de italiano y Durán le había anotado en una hoja algunas frases de recurso en francés, Daniel confiaba en poder entenderse con la chica.

—Soy Daniel Paniagua. —Le acercó la cara para darle un par de besos.

—*Enchantée* —dijo ella.

Le fue a dar un tercer beso y se sonrojó al ver que Daniel retiraba la cara después del segundo.

—Lo siento —se excusó él, también un poco violento—. En España son dos.

—En Francia es un lío. En París son dos. Pero en algunas regiones se dan hasta cuatro, así que yo he sacado la media y doy tres.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez —prometió Daniel seducido por el humor de la francesa. Decidió adularla un poco y añadió—: ¿Cómo es que habla tan bien nuestro idioma?

—Tuve un novio catalán —respondió ella—, que hablaba con un curiosísimo acento, mezcla de francés y de italiano. Y además se me dan bien los idiomas, debe de ser por el oído musical.

—Era precioso lo que estaba tocando. Siga, por favor.

—No, no —dijo ella sonrojándose un poco por el cumplido—. Estaba haciendo tiempo y como el pianista del hotel había hecho un descanso, me he tomado la libertad de tocar un poco, para no aburrirme. ¿Dónde nos sentamos?

—Huyamos de aquí, que huele a lejía —pidió Daniel.

Salieron del bar, fueron hasta una zona de tresillos que había debajo de una gran cúpula de vidrio y se sentaron en el más apartado.

—¿Cómo nos tratamos, de tú o de usted? —dijo ella.

—De tú, por favor.

—Es que me ha sonado raro cuando me has llamado de usted.

—Pues de tú. Ante todo quiero manifestarte que lamento profundamente la muerte de tu padre. No tenía el placer de conocerle personalmente, pero le admiraba profundamente en el terreno profesional.

—Muchas gracias —dijo ella—. La verdad es que espero que encuentren rápidamente a la persona que lo asesinó.

Hubo un largo silencio, a modo de homenaje al fallecido, y cuando finalmente Daniel fue a formular la primera pregunta, sonó su móvil. Daniel pidió disculpas a su interlocutora y cuando vio que quien le llamaba era su novia Alicia se alejó un par de metros.

—¿Te puedo llamar yo dentro de un rato? —dijo Daniel.

—Sí, pero no tardes. ¿Dónde estás?

—En el hotel Palace. ¿Te encuentras bien? Te iba a llamar yo esta tarde, para, ya sabes, limar asperezas.

—¿En el hotel Palace? ¿Y qué haces ahí?

—Estoy entrevistándome con una persona.

—¿Con quién? ¿No me lo puedes decir?

—Con Sophie Luciani, la hija de Thomas.

Alicia no comentó nada, pero se produjo un silencio en la línea que a Daniel le indicó que a ella no le hacía gracia la situación. Estaba celosa.

—Y tú, ¿qué tal estás? —dijo al fin, tratando de poner un tono de voz que no delatase su estado de ánimo.

—Metido de lleno en la investigación de un crimen. Por eso no te he telefoneado antes.

—¿Te acuerdas de la última noche en el restaurante?

—Sí, me comporté como un estúpido. Creo que tenías razón y que no me he ocupado mucho de ti en las últimas semanas.

—Te lo agradezco, pero no te llamo para hablar de nuestra relación, ni del embarazo.

—¿Ah, no? —respondió muy extrañado Daniel.

—No, eso es cosa tuya. Quiero decir lo de mostrar un poco de interés. Te llamo porque creo que ya sé a qué corresponden los números de la cabeza de Thomas.

—Fantástico —dijo él, simulando entusiasmo, porque lo cierto es que dudaba de que su novia pudiera haber triunfado allí donde los criptólogos de la policía se habían

dado de bruces—. Te llamo en cuanto termine la entrevista.

—¿No me crees?

Daniel miró a Sophie, que había encendido un cigarrillo para entretener la espera y comprendió que tenía que colgar.

—Luego te llamo. *Ciao*.

Desconectó el móvil para que no volviera a interrumpirle y luego volvió a sentarse junto a la hija de Thomas, a la que pidió disculpas por la espera.

—Creo que ya te lo dije cuando hablamos por teléfono para concertar la entrevista, pero como no sé por dónde empezar, te lo vuelvo a repetir. Soy musicólogo, especializado en Beethoven.

—Ah, como el personaje de Charlie Brown, ¿cómo se llamaba?

—Schroeder. Pero yo ni siquiera toco el piano, me limito a estudiar su música y a reverenciarle como compositor.

—Yo también me dedico a la música —contestó ella, desplegando a traición una sonrisa tan cautivadora que Daniel tuvo la impresión de que se le podía empezar a derretir la médula ósea de un momento a otro.

—¿Concertista de piano?

—No, musicoterapeuta.

—He oído hablar de la musicoterapia, pero no sé en qué consiste. ¿Se puede curar una enfermedad grave con música?

—No, pero se puede ayudar a los enfermos de esa enfermedad a mantener un buen estado de ánimo, lo que a su vez repercute en su sistema inmunológico, que es vital para frenar el avance de un tumor, por ejemplo.

—¿Trabajas en hospitales?

—A veces. Pero como no puedo vivir solo de eso, también tengo pacientes particulares.

—¿Y les enseñas a tocar algún instrumento?

—Depende de las necesidades de cada persona. Con la musicoterapia se pueden tratar una gran cantidad de afecciones, no solo las depresiones. Desde problemas de adicción hasta trastornos alimenticios, o situaciones de estrés. Así que hay veces en que les hago cantar, y otras veces me limito a hacerles escuchar algún tipo de música.

—¿Como la *Gymnopédie* que estabas tocando hace un momento?

—Por ejemplo. Pero no me limito a ningún compositor o época concreta. Puede ser desde una pieza para órgano de Leon Battista Alberti a una ópera de Alban Berg.

—Los dos músicos que has citado son muy especiales. Tenían obsesión por la numerología.

—Lo sé, y por eso me gustan. Me apasiona la relación entre la música y los números; es algo que me enseñó mi padre.

—Pero reducirlo todo a matemática pura, ¿no le quita magia a la música?

—Pero ¿qué son las notas sino números? El la con el que afina una orquesta, que es el la del diapasón, ¿no se llama la 440 porque la cuerda o la columna de aire que lo emite vibra a ese número de veces por segundo? Los compases son quebrados: 4/4, 3/8, los valores de las notas guardan entre sí una relación jerárquica de orden numérico. Hasta las obras tiene nombres que son números: *Preludio n.º 5*, *Sinfonía 41*. Otra cosa es que haya personas que hayan decidido que no hay poesía en los números, lo cual me parece una estupidez.

Daniel asintió y a continuación entró directamente en materia.

—La policía me enseñó el otro día el tatuaje —dijo Sophie cuando Paniagua acabó de ponerla en antecedentes—. Pero ignoraba que las notas correspondieran a números. Por otro lado, resulta perfectamente verosímil, ya que a mi padre le encantaban esas cosas.

Delante del sofá en el que estaban sentados había una mesita baja de cristal de la que un camarero negligente se había olvidado de retirar un posavasos. Sophie empezó a jugar con él, desplazándolo por la mesa mediante pequeños golpes, como si fuera una gata jugando con un carrete de hilo.

Daniel le mostró la serie de ocho números y la hija de Thomas, tras contemplarla durante un rato, dijo que no le sonaba.

—Pero aguarda un momento —añadió.

La mujer abrió su bolso y extrajo de él la pequeña rueda de Alberti que le había regalado su padre.

—¿Sabes qué es esto?

—Desde luego —respondió Paniagua, fascinado con aquel objeto—. Pero es la primera vez que veo una tan antigua. ¿Es original?

—Creo que sí. Unos amigos míos están convencidos de que papá me entregó una rueda de Alberti por si en algún momento tenía necesidad de hacerme llegar un mensaje codificado. Veamos si podemos componer un texto con los números de la serie que has obtenido.

Estuvieron cavilando durante un buen rato con la rueda y los números en Morse pero no obtuvieron ningún resultado satisfactorio. Por fin, Sophie preguntó:

—¿Qué se supone que tiene que revelar el mensaje?

—El lugar en el que tu padre ocultó el manuscrito original de la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

La hija de Thomas reaccionó mal ante la teoría de Daniel, y este, para aplacarla, tuvo que improvisar allí mismo una conferencia sobre la manera de componer del genio de Bonn.

—Los compases de los que partió tu padre, y que son conocidos por todos los estudiosos de Beethoven, no eran ideas musicales completas: eran solo piezas de un gran rompecabezas que solo el genio de Bonn habría sabido cómo armar. No es lo

pareció que el desarrollo de los temas era tan imaginativo...

—¿Que mi padre no pudo haberlo ideado? No estoy de acuerdo. Mi padre era mucho mejor músico de lo que la gente cree.

—No creo estar ofendiendo a Ronald Thomas por decir que no era capaz de componer como Beethoven. Nadie ha estado nunca a la altura de su genio, ni probablemente lo estará jamás.

Sophie Luciani parecía estar cansada de jugar con el posavasos y empezó a hacer girar lentamente una de las pulseras de ámbar que llevaba en la muñeca izquierda:

—Y si ya has llegado a semejantes conclusiones después de una sola audición, ¿para qué me necesitas? ¿Para qué quieres la grabación del concierto?

—Buena pregunta. Trataré de responderte con un ejemplo. Si yo ahora te dijera que cerraras los ojos y visualizaras la cara de una persona, la del actor Ed Harris, por ejemplo...

—¿Ed Harris? ¿Por qué Ed Harris?

—Porque hizo de Beethoven en una película. Pero si prefieres a Gary Oldman...

—Ed Harris está bien. Sí, puedo ver su cara sin problemas, ¿y qué?

—No tienes ni que pensar, ¿verdad?

—En efecto, tiene un rostro inconfundible.

—Y estarías completamente segura de poder reconocer esa cara entre un millón.

—Pues sí.

—Y sin embargo, imagínate que te doy bolígrafo y papel y te pido que describas con palabras la cara de Ed Harris, ¿a que te resultaría mucho más difícil?

—No lo sé.

—Sé sincera. Si yo no supiera a quién estás describiendo, ¿podría adivinarlo solo con lo que hubieras escrito?

—Creo que no. Pero es que yo no soy escritora.

—Aunque lo fueras, no creo que lo consiguieras. ¿Sabes a qué es debido? A que nuestro cerebro tiene una parte, el hemisferio izquierdo, que piensa en palabras, y otra, el hemisferio derecho, que piensa en imágenes y sonidos. Pero si yo trato de expresar con palabras cómo es la cara de Ed Harris, la actividad cerebral se traslada de un hemisferio a otro y la parte izquierda anula momentáneamente la derecha. Es lo que me ocurre a mí en estos momentos con la música del otro día. Necesito analizar concienzudamente la partitura o la grabación para poder decirle a la juez: esto solo lo pudo haber escrito Beethoven, por esto, por esto y por esto.

—¿A la juez? Me habías dicho que eras musicólogo. ¿Es que estás colaborando en la investigación criminal?

—Solo en la parte que tiene que ver con la descriptación de la partitura.

—Pues lamento decirte que no tengo ni una cosa ni otra.

—Sophie, si te dijera que con el análisis de ese material podemos dar un paso de gigante para resolver el caso, ¿también me responderías que no tienes lo que te estoy pidiendo?

Sophie Luciani permaneció pensativa durante un buen rato.

—Si esperas cinco minutos, subiré a mi habitación y te proporcionaré la grabación en mp3 que realicé yo misma el día del ensayo general.

Jesús Marañón condujo al inspector Mateos hasta su despacho y le mostró una caja de seguridad digital Stockinger de 8 dígitos:

—Aquí no guardo más que fruslerías —explicó el millonario—. Algo de dinero en metálico, unos bonos que no valen gran cosa y un collar de diamantes de mi mujer. Los planes para instaurar el Nuevo Orden y hacernos con el control del mundo los oculto en la caja fuerte de mi logia, que es más segura.

—¿Por qué me enseña su caja fuerte? ¿Y qué planes son esos? —preguntó un inspector Mateos que estaba dispuesto a seguirle a Marañón la broma hasta el final.

—La caja fuerte se la muestro para que vea cómo son estos aparatos hoy en día. Atrás quedaron los tiempos de la ruedecita y lo de 3 a la derecha y 8 a la izquierda. Ahora son completamente electrónicas, vienen equipadas con un teclado y admiten hasta combinaciones de ocho cifras: las mismas que había, según nuestro amigo Paniagua, en la partitura de la cabeza.

—¿No me irá a decir que con los números de la cabeza de Thomas, que tengo aquí apuntados, se abre su caja fuerte?

—Compruébelo usted mismo —respondió Marañón con una sonrisa zumbona.

Marañón le facilitó un mando a distancia que controlaba el cierre de la caja, en el que había un teclado numérico y el policía, después de consultar su libreta, tecleó los ocho dígitos de Thomas:

4, 7, 2, 0, 1, 3, 2, 0.

Nada más terminar de marcar la combinación se iluminó una luz roja en la tapa de la caja fuerte y comenzó a sonar un pitido intermitente. Marañón parecía estar disfrutando de la escena:

—Nuestra pequeña amiga nos está avisando de que la serie de Thomas no es correcta. Pero además nos está penalizando por haber tratado de abrirla con una clave errónea, de manera que si dentro de un minuto no introducimos la combinación que corresponde, se activará una alarma silenciosa conectada a la empresa de seguridad que tengo contratada.

—¿Para qué tienen que venir los vigilantes? ¿Es que la caja no sabe que ya está aquí la policía? —bromeó Mateos.

El inspector se percató de que Marañón había cogido de la estancia contigua, que era la biblioteca, el tratado *La arquitectura de la felicidad* que había estado hojeando durante la espera. Abrió el ejemplar, extrajo de él un punto de lectura que estaba hacia la mitad y Mateos se dio cuenta de que en él había escritos con bolígrafo una serie de números.

—He de reconocer que nunca he sido capaz de abrir mi propia caja fuerte sin ayuda. Pero igual que me ocurre a mí, que soy incapaz de memorizar ocho números, le podría haber ocurrido a Thomas, ¿no cree?

Después de introducir la clave correcta en el mando a distancia, la caja dejó de pitar y se oyó, al tiempo que se iluminaba un *led* de color verde, el chasquido de la cerradura al abrirse.

—Si quiere mi consejo, inspector, averigüe dónde está la caja fuerte de Thomas y pruebe a abrirla con los ocho números de la cabeza.

—Seguiré su consejo, señor Marañón. ¿Por qué me ha dicho hace un momento lo de los planes para dominar el mundo?

—Solo ironizaba sobre la famosa conspiración judeo-masónica. Verá, inspector, los masones —y a estas alturas es inútil que finja desconocer mi pertenencia a la hermandad—, siempre somos los malos de la película. Usted mismo parece estar convencido, sin que me haya explicado aún el porqué, de que mi guillotina fue la que cercenó el cuello de Thomas.

—Yo no he dicho eso. Pero no estaría haciendo bien mi trabajo si no le hubiera preguntado por ella.

—Cualquiera puede construir una guillotina hoy en día, inspector. ¿No lo sabía? Los planos los venden hasta en internet. Es cierto que se trata de reproducciones a escala, pero basta con multiplicar por tres las proporciones para obtener un prototipo como el que separó la cabeza del tronco a cerca de cuarenta mil personas, solamente durante la Revolución francesa. Y digo *solamente* porque supongo que no ignora que en Francia, por ejemplo, la guillotina estuvo en vigor hasta el mandato del presidente Giscard d'Estaing. Fue François Mitterrand quien la abolió.

—Otro masón, supongo.

—No le quepa la menor duda. Nosotros la inventamos y nosotros la abolimos. Hasta la toma de La Bastilla, las ejecuciones se llevaban a cabo de dos maneras: decapitación con hacha o espada para la nobleza y ahorcamiento para el populacho. Las dos son igualmente cruentas. ¿Sabe usted por ejemplo que María Estuardo (Vanessa Redgrave, si es aficionado al cine) necesitó tres golpes de hacha para morir? Después de los dos primeros aún estaba consciente. El primer tajo lo recibió detrás de la cabeza; el segundo, impactó el hombro y le seccionó la arteria subclavia, con lo que la sangre empezó a dispararse en todas direcciones. El último corte consiguió separarle la cabeza del tronco, excepto por algunos cartílagos que el verdugo tuvo que separar, utilizando el hacha como si fuera una sierra. La hermandad, a la que pertenecía el doctor Guillotin...

—Acabaríamos antes si me dijera quiénes no pertenecen a la masonería, señor Marañón —bromeó el inspector.

—¿No me cree? Consulte la documentación relativa a la logia Perfecta Unión de

Angoulême y verá como no le miento. Guillotin ingresó muy joven en la hermandad, y estaba obsesionado con hacer más humana la pena de muerte desde su infancia, pues parece ser que él mismo vino al mundo prematuramente, después de que su madre presenciara el suplicio de un condenado a muerte. He dicho antes que los que no eran nobles morían ahorcados, pero los jueces a veces también podían ordenar otros métodos de ejecución, como el hervimiento, la inmersión en agua, la quema con aceite o la crucifixión. Contra todo esto se rebeló el buen doctor, que quería además un sistema de ejecución más igualitario: todos morirían, gracias a la guillotina, con el mismo sistema, desde el rey hasta el mendigo. *Tout condamné à mort aura la tête tranchée*, decretaron los revolucionarios, e incorporaron esta célebre frase a su Código Penal hasta la abolición de la pena de muerte en 1981.

—¿Puedo hacerle una pregunta personal? Si usted se declara masón y por lo tanto está en contra de la pena de muerte, ¿por qué colecciona estos aparatos?

—Eso mismo es lo que me dice mi mujer. La respuesta es que al mismo tiempo que encuentro su uso moralmente repugnante, me atraen estéticamente, como objetos de anticuario. Por eso me parece inexplicable que la guillotina que queda en Francia no esté expuesta. Considero que sería una atracción turística de primer orden.

—¿No decía que la habían abolido?

—Está desmontada y metida en una caja en los sótanos del castillo de Fontainebleau, a unos cincuenta kilómetros de París. La Constitución de la *Quinta República* todavía prevé que, en tiempos de crisis o de guerra, se puede usar la guillotina. Todo lo que haría falta para que volviera a entrar en acción sería un decreto presidencial.

—¿Me avisará cuando regrese su guillotina de París? —dijo Mateos para poner punto final a la visita.

—Por supuesto, inspector. Ya le he dicho que pienso colaborar hasta el final en la investigación.

Cuando el millonario y el policía se estaban estrechando la mano a modo de despedida, sonó, distante aunque perfectamente audible, un alarido de mujer tan agudo y desgarrador que Mateos no pudo por menos de pensar que alguien estaba siendo torturado en algún remoto rincón de la mansión. Al ver la expresión del inspector, que era híbrida entre el estupor y la angustia, Marañón soltó una risotada y dijo:

—No hay de qué alarmarse, solo se trata de mi esposa. Acabo de solicitar a American Express que le anulen la tarjeta Centurión. Ha dejado de ser una de las diez mil afortunadas que la poseen en todo el mundo.

Nada más salir del hotel Palace, Daniel estuvo a punto de devolverle la llamada a Alicia, pero había un ruido tan ensordecedor en la calle que prefirió esperar a llegar al Departamento para que la conversación fuera más relajada. Un instante antes de ponerse el casco le pareció ver, reflejada en el retrovisor de la moto, y a unos veinte metros de distancia, la figura de un hombre que le observaba, pero al girar la cabeza para averiguar de quién se trataba, el tipo se había esfumado como por encanto, así que no volvió a pensar en él.

Cuando llegó al despacho, utilizó el teléfono fijo para telefonar a su novia, de modo que la conferencia se cargara a la cuenta del Ministerio de Educación.

—Cuánto has tardado. ¿Qué tal con Sophie Luciani?

—Muy bien. Me ha dado lo que quería.

—He visto su foto en los periódicos. Es muy guapa.

—Sí, bastante —respondió Daniel, que le contó que gracias a la hija de Thomas ya disponía de la grabación del concierto.

Como le ponía nervioso cualquier conversación en la que se mencionara a la Luciani, cambió de tema.

—Voy muy bien con el libro. ¿Tú qué tal estás?

—Bien. Pero ya te he dicho que no te he llamado para hablar de eso.

—Pero ¿está todo en orden?

—¿«Todo en orden» significa si va bien el embarazo?

—Cómo me conoces.

—No lo he interrumpido. Ya te dije que me iba a dar unos días para pensarlo.

—Me puse el otro día muy pesado con el tema. Tal vez tengas razón y no sea el momento adecuado.

—Un poco inoportuno sí que ha sido. Pero no me gusta tomar decisiones precipitadas.

—¿Cuándo te viene bien que vaya a verte?

—Este fin de semana no, al otro. Pero igual te doy yo una sorpresa.

—¿Vienes a la boda de Humberto y Cristina?

—Es difícil, pero no imposible.

—Te echo de menos.

—Ya me he dado cuenta. Por eso te he tenido que llamar yo. ¿Viste lo que te mandé acerca del cuadro?

—¿Fuiste tú? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Estaba demasiado enfadada contigo. Pero comprendí que te vendría bien para tu libro y me pareció mal no enviártelo. ¿Te ha sido útil?

—Es fantástico.

Daniel le contó a Alicia lo que había descubierto acerca de las notas en el cuadro de Beethoven y una vez que hubo terminado ella dijo:

—¿No quieres saber qué he averiguado?

—Por supuesto. Pero que conste que pensaba llamarte yo esta tarde.

—Es solo una teoría —dijo Alicia zanjando ya el tema—. Pero si fuera una casualidad, sería demasiada casualidad.

—¿Tiene que ver con los números que te mostré en la *trattoria*?

—Sí. Tú sabes en lo que trabajo, ¿no?

—Si no llevas una doble vida, eres ingeniera de sistemas.

—Ya, pero ¿alguna vez te he explicado exactamente qué hace una ingeniera de sistemas?

—Ayudáis a la gente a optimizar sistemas de comunicaciones y redes informáticas.

—Exacto. Cuando me contaste el otro día la historia del esclavo que utilizó ese rey griego para comunicarse en secreto con un aliado, me interesó sobremanera, incluso profesionalmente. Y ya cuando me dijiste que las notas de la cabeza eran una clave Morse numérica, me planté delante del ordenador y estuve haciendo algunos cálculos.

—Yo introduje los ocho números en Google a ver qué salía y el buscador no hacía más que remitirme a una serie de páginas bursátiles. ¿Tú qué resultados has obtenido?

—Sin ánimo de ofender, los programas que manejo yo aquí son bastante más sofisticados y completos que todo lo que puedas tener en el despacho. Tenemos un software, por ejemplo, llamado Kepler —ya sabes, como el matemático alemán— que sirve, entre cientos de otras cosas, para ordenar series de números al azar de manera que cobren algún significado.

—O sea que si le metes al revés mi número de teléfono, ¿sabe que es mi número?

—No llega a tanto. Tienen que ser series numéricas que tengan relevancia nacional, o aún mejor, internacional. Por ejemplo, si yo le digo a Kepler que me ordene los números 2 8 0652613 0, el programa lo primero que hace es constatar que se trata de una serie numérica de diez dígitos. A continuación, busca en su base de datos qué códigos o números internacionales constan de diez cifras y luego te pregunta si quieres que averigüe si el número que has introducido se corresponde con alguno de esa serie. En este caso, como el código que he utilizado como ejemplo tiene diez cifras, Kepler nos dice que puede corresponder a un número de teléfono de Estados Unidos, que tienen diez dígitos, pero también nos informa de que los ISBN, es decir, los códigos que identifican los libros a nivel internacional, están formados por diez números. Como en este caso sé que se trata de un ISBN, porque para eso he elegido yo el número, le digo a Kepler que busque correspondencias en ese campo.

—La serie numérica que acabas de mencionar, ¿de dónde proviene?

—Es solo un ejemplo, ten paciencia. Es necesario que te dé todas estas explicaciones para que al final, lo entiendas mejor. En el restaurante me pediste que te ayudara a pensar, ¿no es eso?

—Por supuesto. Es solo que me tienes intrigado... y fascinado.

—Pues espera —dijo Alicia, a quien siempre le enorgullecía exhibir sus dotes intelectuales ante su novio—, aún no ha llegado lo bueno. Después de realizar sus cálculos y examinar todas las variantes, proceso que a veces puede durar varias horas, Kepler agrupa y ordena la serie que le he dado y me dice que el número puede corresponder al siguiente ISBN: 0-613-28065-2. Como se trata de un código internacional y ningún libro puede tener un ISBN igual a otro, no hay más que consultar en internet a qué ejemplar corresponden esas cifras.

—¿Y de qué libro se trata?

—¿Estás delante del ordenador?

—Sí.

—Solo tienes que introducir la serie en tu buscador de internet y sabrás de qué estamos hablando.

Daniel se hizo repetir por teléfono la serie de diez dígitos y tras anotarlos en la casilla de búsqueda de Google, oprimió la tecla. *Enter*. A los dos segundos exclamó:

—*El silencio de los corderos*, de Thomas Harris.

—Exacto. Pero la serie que tenemos entre manos no tiene diez dígitos, sino ocho, luego no puede ser un libro. Kepler me informa de que entre las series numéricas con relevancia internacional de ocho cifras figuran las coordenadas geográficas. Ya sabes, cuatro parejas de números que expresan la ubicación de un lugar mediante grados y minutos, tomando como punto de partida el ecuador por un lado y el meridiano de Greenwich por otro. Me gusta esa posibilidad, porque desde el comienzo hemos considerado el tatuaje de Thomas como una especie de mapa del tesoro. Al introducir la serie en un localizador geográfico, me da que la serie tatuada

4, 7, 2, 0, 1, 3, 2, 0

se corresponde con las coordenadas geográficas de Austria: 47° 20' al norte del ecuador y 13° 20' al este de Greenwich.

Daniel guardó silencio durante unos instantes, mientras procesaba toda la información que le estaba proporcionando Alicia por teléfono.

—Es extraordinario —exclamó.

—¿Lo dices en serio? Mira que Austria es muy grande.

—Por lo menos sabemos que la partitura no se ha movido de Austria. Thomas podría habérsela llevado a Nueva Zelanda. O incluso haberla escondido aquí en

España. Pero me juego el cuello a que la partitura está en Viena.

—Una apuesta muy arriesgada —dijo Alicia—, teniendo en cuenta que ya hay una persona decapitada.

El subinspector Aguilar le llevó un vaso de café al inspector Mateos con dos sobrecitos de azúcar.

—¿Qué tal en casa de Marañón?

—Ahora mismo podría dar un seminario sobre la pena de muerte en la Francia de la Revolución francesa. Salvo eso, seguimos sin una pista clara.

—¿Y la guillotina? ¿Ha dado autorización para que sea examinada?

—Demasiado tarde. Está en París, en el taller de un *luthier*. La están ajustando y limpiando.

—Con lo que todo posible rastro de ADN ha desaparecido. ¿Y no es suficiente una conducta tan sospechosa para volver a pedirle a la juez una escucha telefónica?

—Voy a redactar ahora un informe y cuando se lo acerque al juzgado volveré a solicitar esa orden. Pero no te hagas muchas ilusiones. Esa mujer nos tiene enfilados desde el caso anterior y va a ser muy difícil obtener su colaboración. ¿Y tú? ¿Has llegado a alguna conclusión sobre las pistas que tenemos hasta ahora?

—Hay algo que me ha llamado la atención, y que se refiere al móvil de la víctima.

—¿De qué se trata?

—Sabes que cuando uno está escribiendo un mensaje en el móvil y no puede enviarlo en el momento, la mayoría de los aparatos guardan ese mensaje en una carpeta llamada *borrador*.

—He visto el informe de la policía científica acerca del móvil y no he advertido ningún mensaje que me llamara la atención.

—En la carpeta de mensajes no enviados solo había un único mensaje guardado que decía: DGGCXFI FXSL.

—Eso no es ningún mensaje —dijo Mateos.

—¿Si no es ningún mensaje, qué hacía guardado entonces en la carpeta *borrador*?

Lo que Sophie Luciani había facilitado a Daniel era un cedé en el que había volcado la grabación del ensayo de su padre, realizada con un aparato de mp3.

Nada más llegar a su casa esa noche, y después de su conversación con Alicia en el Departamento, Daniel introdujo el cedé en el ordenador y comprobó que se trataba de un archivo de audio de grandes dimensiones, pues pesaba cerca de 60 megas y tenía una duración de 1 hora y 25 minutos. Al reproducirlo, lo primero que le llamó la atención fue que el micrófono había sido colocado en un lugar próximo a la tarima del director de orquesta, pues la voz de Thomas se escuchaba clara y cercana.

Durante los primeros quince minutos, la grabación no recogía más que un batiburrillo de instrumentos afinando y algunas bromas del director, relativas a las pelucas y casacas que iban a tener que ponerse el día del estreno. Y justo en el minuto 16 y medio, unos golpes de batuta sobre el atril, un silencio sepulcral y el comienzo del primer movimiento de la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

Daniel fue tomando notas en una pequeña libreta a medida que se iba desarrollando la música y llegó a repetir algunos pasajes hasta diez veces, para estar completamente seguro de sus apreciaciones. Cuando dio por terminada la audición, se encontró con que ya era capaz de demostrar, sirviéndose de datos musicales concretos, que la partitura solo podía haber sido compuesta por Beethoven. Aunque era un poco tarde, telefoneó inmediatamente a la juez Rodríguez Lanchas al móvil que esta le había facilitado y le comunicó la buena nueva:

—Después de haber escuchado en repetidas ocasiones el ensayo general del concierto, afirmo que la partitura es de Beethoven y que no pudo haber sido compuesta por Thomas.

—Eso es estupendo, Daniel. Me vendría bien que me redactaras un informe pericial, con tus conclusiones.

—No tengo ni idea de cómo se hace eso.

—Pones en un folio los antecedentes...

—¿Y eso qué es?

—Tienes que contar cómo llega hasta ti la muestra analizada. Cuatro líneas, no hace falta que escribas *El Quijote*. Luego pones en otro apartado las determinaciones efectuadas.

—Tampoco sé cómo hacerlo.

—Describes lo que has hecho con la muestra, en este caso, la grabación.

—Pero si me he limitado a escucharla una decena de veces.

—Pues pones eso, que después de repetidas escuchas, has detectado tal y tal cosa. Y al final escribes los resultados o conclusiones. Y si tienes otras observaciones que hacer, las incluyes también, en un apartado distinto, al final del todo. Y lo firmas.

Pero antes, dame un anticipo. ¿Por qué solo puede tratarse de Beethoven?

—Buf, hay tantos detalles. ¿Sabe lo que es una modulación?

—No tengo ni la más remota idea.

—¿Has ido alguna vez a la ópera?

—Alguna vez, ¿por qué?

—Te habrás dado cuenta de que los cantantes, durante la ópera, a veces se dedican a cantar unas canciones muy bonitas...

—Sí, las arias, hasta ahí llego.

—Exacto. Y otras veces hablan entre sí cantando. Eso son los recitativos. Son pasajes musicales en los que hay acción. Durante las arias lo que hay es la expresión estática de un estado de ánimo: *Ché faró senza Euridice*, qué triste estoy.

—Conozco esa aria.

—Pues bien, en la música instrumental, las arias son el equivalente a los temas de las sinfonías. Los temas es lo que uno sale silbando del auditorio. Pero luego hay otros pasajes, que no son cantables, que es donde ocurren las cosas, como en los recitativos. Esos pasajes se llaman modulaciones, y son los encargados de hacer avanzar la acción musical.

—No tengo claro a lo que te refieres con acción musical.

—Como la música es un lenguaje abstracto, la acción consiste en el paso de una tonalidad a otra. Es el equivalente dramático a pasar de una escena en la que la hija se va a casar a otra en la que se descubre que la chica ha sido abandonada por su prometido.

—Ya entiendo.

—Lo que tenía Thomas para trabajar eran, por seguir con el ejemplo de la ópera, las arias, esto es, las melodías de la sinfonía. En un estado muy embrionario, pero las tenía. Pero luego había que darle a todo eso una estructura dramática, y aunque Beethoven tiene melodías memorables, no es por eso por lo que ha pasado a la historia. Su principal talento consistía en ser capaz de crear auténticas catedrales sonoras partiendo de un elemento insignificante, lo que los músicos llaman un motivo.

—¿Como las famosas cuatro notas de su *Quinta Sinfonía*?

—Eso es. Y el modo en que el material motívico ha sido explotado a lo largo del primer movimiento es la obra de un genio. Me pongo ahora mismo a redactar el informe. Mañana a primera hora te lo llevo yo al juzgado.

Cuando Daniel iba a colgar el teléfono, se acordó de la teoría de Alicia acerca de los números como coordenadas geográficas y se lo explicó a la juez.

—¿Lo pongo también en el informe?

—No, son temas distintos. Aunque me parece una línea interesante de investigación. Voy a telefonar ahora mismo al inspector que lleva el caso para

ponerle sobre la pista. Y también le haré rabiarse un poco. Me parece alucinante que una mujer sola, desde Ginebra, pueda avanzar más que toda la policía científica.

—Es que no conoces a mi novia —dijo Daniel—. Y a veces creo que yo tampoco.

Cuando Daniel terminó de redactar el informe pericial que iba a presentarle a la juez, eran más de las tres de la mañana. Se sentía completamente agotado, porque durante la elaboración del escrito había tenido que escuchar el dichoso fragmento media docena de veces más, pero había quedado satisfecho. Esto fue lo que escribió en el informe:

ANTECEDENTES

En relación con el asesinato del súbdito británico Ronald Thomas, la juez que instruye el sumario, doña Susana Rodríguez Lanchas, me solicita el análisis de una grabación que contiene el ensayo general completo del primer movimiento de la *Décima Sinfonía* de Beethoven.

La grabación me ha sido facilitada por Sophie Luciani, hija del fallecido, que la llevó a cabo para su uso particular con un dispositivo portátil mp3. Se trata de una copia clónica en cedé del original digital, en posesión actualmente de la señorita Luciani. El objeto del análisis es el establecimiento de la autoría de la pieza musical recogida en el cedé, que en un principio consta como compartida por los señores Thomas y Beethoven.

DETERMINACIONES EFECTUADAS

Después de repetidas escuchas del fragmento musical, se aprecian en él los siguientes elementos estilísticos y compositivos, característicos de la más avanzada técnica beethoveniana:

1) En el minuto 17' 35", durante la introducción que precede al andante inicial, se detecta una abrupta modulación muy característica del estilo volcánico de Beethoven. La modulación se realiza mediante un acorde disminuido con séptima en el que una de las notas —la fundamental— es reinterpretada enarmónicamente como si fuera la séptima de otro acorde disminuido y, de ese modo, poder resolver en una tonalidad lejana.

2) El puente modulante entre el tema 1 y el tema 2 del allegro central (24' 15") se lleva a cabo a través de una imaginativa melodía que emplea motivos tanto del tema de la tónica como del relativo mayor. Esta ingeniosa explotación del material compositivo de partida es típicamente beethoveniana

y persiste a lo largo de todo el movimiento a través de inversiones, disminuciones y aumentaciones de las melodías iniciales, que reaparecen transformadas una y otra vez.

3) El segundo tema del allegro, que, conforme a los cánones de la forma sonata, debería escucharse en la tonalidad del relativo mayor de la tónica, esto es, en mi bemol mayor, suena en cambio en fa mayor, pero únicamente en su primera aparición, cuando es confiado a los violines. Cuando el tema se repite, esta vez enunciado por la sección de viento, se escucha ya en la tonalidad correcta, mi bemol mayor. Este tipo de sorpresas tonales eran muy apreciadas por Beethoven, que se complacía en descolocar a su habitualmente erudito auditorio. El público de la época, ampliamente familiarizado con la forma sonata, sólo podría haberse sorprendido con la tonalidad de fa mayor precisamente porque estaba al tanto de las convenciones musicales de la época y estaba aguardando el tema en el relativo mayor. Al repetir el segundo tema en la tonalidad correcta, Beethoven les está diciendo en realidad a sus seguidores: sé qué lo que esperabais era esto, y aquí lo tenéis, pero lo tenéis sólo después de haberos sorprendido previamente. Este sutil juego de psicología musical, en el que el compositor defrauda primero las expectativas de los oyentes para satisfacerlas cuando éstos ya no se lo esperan, sólo puede ser obra, a juicio de este perito, de una refinada mente musical.

4) En la cadencia que cierra la exposición del mencionado allegro (28' 40" ≤) se incluye una de las energéticas *hemiolas* beethovenianas. Las *hemiolas* son patrones rítmicos en los que dos compases en tempo ternario son acentuados como si fueran tres compases en ritmo binario. Es decir, que, de nuevo en un alarde de ingenio, el compositor nos hace pasar, sin alterar el compás, de un ritmo acentuado 1, 2, 3 — 1, 2, 3 — a 1, 2 — 1, 2 — 1, 2.

5) La presencia de una coda de gran extensión para concluir el allegro en do menor también es típicamente beethoveniana. La coda, en otros compositores clásicos como Haydn o Mozart, no era más que un elemento decorativo que confería al allegro de sonata una mayor sensación de conclusión. Pero aquí nos encontramos con una larga coda de dos minutos y medio de duración, en la que el compositor sigue transformando el material que ya había explotado durante el desarrollo del allegro propiamente dicho. Esto revela una sobreabundancia de ideas digna de un verdadero titán de la composición musical.

6) En lo tocante a la instrumentación, resulta admirable la manera en la que el compositor se reserva el uso de determinados instrumentos —como flautines y trombones— para emplearlos como *efecto sorpresa* en la última parte del movimiento.

RESULTADOS

La autoría de Ludwig van Beethoven *respecto al material temático* del primer movimiento de la *Décima Sinfonía* no estaba en entredicho, pues los temas (las melodías principales) corresponden a los que se encuentran recogidos en varios cuadernos de composición, que se conservan en Berlín, Bonn y Viena. Lo que se trataba de dilucidar aquí era si el resto de la obra, que incluye el desarrollo del material motivico y en muchos casos, la orquestación y la armonización de todo el movimiento, podían ser obra de la víctima, el doctor Ronald Thomas, o si por el contrario los recursos empleados para completar este primer tiempo de la sinfonía excedían de la limitada capacidad técnica de este. A tenor de lo analizado en la grabación que me ha sido facilitada y que adjunto a este informe pericial, cabe afirmar que se trata de música enteramente desarrollada, orquestada y armonizada por Beethoven, por lo que la posibilidad de que el señor Thomas pueda ser considerado coautor de la partitura queda completamente descartada.

OBSERVACIONES

El hecho de que se haya podido acreditar, a través del análisis de la grabación del ensayo, que se trata del auténtico primer movimiento de la *Décima Sinfonía* de Beethoven, tal como fue concebido por el autor, invita a pensar que el resto de los movimientos (posiblemente cuatro, aunque es difícil asegurarlo con rotundidad) obraran también en poder del señor Thomas y que por lo tanto el móvil del asesinato haya podido ser la sustracción de la partitura, cuyo precio podría alcanzar, sobre todo si está en versión manuscrita, millones de euros.

Tras dejar su informe pericial en el juzgado, junto a una copia del cedé, Daniel se personó en la oficina de Durán ya que Blanca, su secretaria, le había dicho que el jefe quería hablar con él.

La puerta de su despacho estaba cerrada, y desde el otro lado se oían, atronadores, los acordes iniciales del *Concierto para piano n.º 1* de Tchaikovsky.

—Está dirigiendo —le explicó Blanca, subrayando la frase con un sonsonete burlón—. Pero puedes pasar.

Daniel abrió la puerta y se encontró con que, efectivamente, su jefe no solo estaba enfrascado en una sesión melómana de primer orden sino que se había subido al sofá de las visitas —después, eso sí, de haberse quitado los zapatos— y en mangas de camisa —la primera vez que le había visto sin chaqueta en muchos años— estaba gesticulando frenéticamente, imaginando, ora que era el concertista de piano, ora que era el director de la orquesta. Su entrada no le cohibió en lo más mínimo, sino que siguió entregado en cuerpo y alma a su pantomima musical hasta que Daniel no bajó a un nivel razonable el volumen del equipo de música.

—La sección de cuerda se estaba comiendo a la de viento —le dijo Daniel muy serio, como si fuera su profesor en el Conservatorio—. Tienes que cuidar más el balance orquestal.

—Lo que tengo que hacer es comprarme una batuta —respondió Durán—. Sin batuta los profesores de la orquesta no te toman en serio.

—Te regalaré una, no te preocupes. Aunque dirigir bien o mal no depende de la batuta. Precisamente este director, Valery Gerhiev —Daniel agarró la caja del cedé que contenía el Concierto de Tchaikovsky— dirige sin batuta y ha convertido a la orquesta de San Petersburgo en una de las mejores del mundo.

—Tú di lo que quieras, pero yo insisto en que la batuta es imprescindible. Aunque solo sea porque, cuando llegan los *crescendi*, se te puede escapar en cualquier momento y le puedes sacar un ojo a alguien. Los músicos lo saben y como ninguno quiere quedarse tuerto, están todo el rato en tensión, con lo que te miran continuamente y no se pierden ni una sola de tus indicaciones. Échame una mano, anda.

Daniel ayudó a mantener el equilibrio a Durán, que estuvo a punto de romperse el astrágalo al bajar del sofá y luego dijo:

—¿Querías verme?

—Sí. Siéntate.

—¿Me vas a despedir?

—¿Despedirte? No. ¿Te quieres ir tú?

—Tampoco. Aunque no estaría mal que me pagaras un poco más.

—Dinero, dinero. Tú no estás aquí por el dinero. Estás porque te gusta la música y te encanta enseñar. ¿Qué pasa? ¿Necesitas dinero?

—Lo necesito como reconocimiento a mi trabajo. Claro que igual dentro de poco necesito comprarme un piso.

—O sea, que tú y Alicia os habéis decidido. ¿Vais a tener el bebé?

—Estamos ahí. Yo le he dicho que adelante, pero la última palabra la tiene ella. Dentro de tres días me da la respuesta.

—¿Tienes miedo?

—Es su decisión, ¿no?

—No te he preguntado eso. Si decide no tenerlo ¿cómo va a afectar eso a tu relación con ella?

—No muy bien.

—¿Serías capaz de dejarla?

—No lo sé. No quiero «hipotizar futuribles», que dijo aquel político.

—Mira que Alicia es una tía cojonuda.

—Por eso quiero que sea la madre de mi hijo.

—Ah, ya has decidido tú solo el sexo y todo.

—No, pero me encantaría que fuera un varón.

—Para poder sentarlo al piano durante horas, ¿no? A ver si te sale un Beethoven. Pobre criatura, si supiera la que le espera. Yo creo que sería mejor que no viniera al mundo.

Se produjo un silencio, durante el cual Daniel se sumergió en una ensoñación diurna en la que Alicia, él y el niño paseaban felices, con cochecito y todo, por las inmediaciones del estanque del Retiro, hasta que Durán le arrancó de su *daydreaming*:

—Bueno, ¿qué?

Daniel se sobresaltó.

—¿Qué de qué?

—Que en qué andas.

Durán se quedó mirando fijamente a Daniel como si ya supiese de antemano la respuesta a la pregunta que acababa de formularle.

—Ando en muchas cosas.

—Daniel, la discreción, que en la mayoría de las personas es una virtud, en ti ha llegado a convertirse en un verdadero vicio. Cuéntame cómo va la investigación, que para eso fui yo el que te metí en esto. ¿Quién te dio la invitación para el concierto de Thomas? ¿Quién propuso tu nombre cuando Marañón me dijo que la juez buscaba un perito musical?

Daniel puso en antecedentes a Durán sobre sus sospechas acerca de la reconstrucción de la sinfonía y luego comentó con él la aparición del cuadro de

Beethoven y la extraña melodía que aparecía en el mismo.

—No he tenido oportunidad de verlo —dijo Durán—. Me paso el día almorzando con burócratas y las cosas importantes me pasan por encima. ¿No tendrás por ahí una fotografía?

—No, pero lo puedes ver en la web de la Neue Pinakothek.

—Yo soy un desastre con los ordenadores. Espera un segundo.

Durán pulsó el intercomunicador que le servía para hablar con su secretaria y dijo:

—Blanca, ¿sabe cómo funciona mi impresora?

—Sí, sé cómo funciona —dijo Blanca con mucha naturalidad.

Y soltó el pulsador sin añadir nada más.

Durán miró a Daniel con un gesto que quería decir «lo que hay que aguantar» y luego volvió a oprimir el intercomunicador.

—Dado que sabe cómo funciona la impresora, ¿sería tan amable de pasar a mi despacho y ayudarme a imprimir una foto, por favor? Gracias.

Al cabo de unos segundos se abrió la puerta del despacho y apareció Blanca con un *post-it* amarillo, pegado en la punta del dedo índice. Sin decir ni media palabra, lo agarró con la otra mano y lo dejó adherido a la superficie de la mesa de Durán. Luego dio media vuelta y regresó a su mesa, cerrando la puerta tras de sí.

—Ayer le pedí que fuera a buscar a mis perros al veterinario y tuvo un pequeño percance con Talión. Bueno, que casi le arranca un dedo —dijo Durán para explicar la sequedad, rayana en la mala educación, de su secretaria.

—Eso es culpa tuya, por ponerle Talión de nombre a un perro.

En el *post-it* que había traído Blanca estaban escritos todos los pasos que había que dar para imprimir el documento. Durán empezó a leer las instrucciones en voz alta y Daniel se dio cuenta, por la cara de absoluta confusión de su jefe, que era altamente recomendable que este no llegara a tocar siquiera el ordenador.

—¿Me permites? —le dijo a su jefe.

Se instaló en el más que confortable sillón tapizado de cuero de Durán y en menos de treinta segundos logró no solamente acceder a la web donde estaba colgada la foto del retrato sino también imprimir una copia en color de bastante buena calidad.

—¿Seguro que es Beethoven? —preguntó Durán después de observar la foto con detenimiento.

—No cabe la menor duda.

—¡Pero si está de buen humor! Bueno, tal vez eso sea mucho decir. Pero al menos, no está cabreado.

—Pero es él. Quiero mostrarte los detalles en los que se han basado los expertos para dictaminar que es Beethoven. Se ve mejor en la pantalla del ordenador.

Daniel aumentó el tamaño del cuadro con el zoom digital incorporado en el software del visor de fotos, para ir mostrándole a Durán los detalles a los que iba haciendo alusión:

—En primer lugar está el hecho de que hay un piano en el cuadro.

—Pero Beethoven no lo está tocando. Y en el siglo XIX había claves o pianos en muchísimos hogares.

—Sí, eso es cierto. Pero si te fijas bien en la pared del fondo, hay un retrato colgado. Un cuadro dentro del cuadro. No puedo acercarme más porque la foto está empezando a pixelarse, pero creo que al tamaño que está, se aprecia bastante bien.

Durán, que estaba de pie junto Daniel, acercó tanto la cara a la pantalla que estuvo a punto de tocarla con la nariz.

—¿Y tus gafas?

—Las he perdido. ¡Blanca, recuérdeme que me encargue unas gafas nuevas!

Desde el otro lado de la puerta se oyó la voz de Blanca, que era más un quejido de desesperación que un grito malhumorado.

—Las tiene en el primer cajón de la mesilla. Se lo he dicho ya tres veces.

Durán comprobó que, efectivamente, las gafas se hallaban donde le había dicho Blanca y se las colocó para ver el retrato dentro del retrato.

—Ya lo veo. ¿Y qué importancia tiene?

—Es el retrato del abuelo de Beethoven. Su nieto lo tenía en grandísima estima, y ese cuadro era una de sus posesiones más preciadas. A pesar de todas las veces que se había mudado durante su estancia en Viena, el cuadro de su abuelo lo acompañó siempre, y Beethoven lo colgó en su gabinete de trabajo en todas las casas en las que vivió.

—Más que el abuelo, parece la abuela de Beethoven.

Daniel sonrió al escuchar el comentario de Durán, porque no le faltaba razón. El abuelo del genio había posado con un enorme y femenino gorro de piel que, unido a la escasa virilidad de sus facciones, le conferían un cómico aspecto de señora mayor.

—Su nombre era Louis van Beethoven, que es lo mismo que Ludwig van Beethoven, pero en francés.

—¿El apellido Beethoven no es flamenco?

—Sí. *Beet* en flamenco es «remolacha». Y *Hoven* es el plural de *Hof*, que quiere decir «granja». Por lo tanto, Beethoven significa «granjas de remolacha». ¿Por qué?

—Me llama la atención que el nombre esté en un idioma y el apellido en otro.

—Que no te extrañe. Solamente en Lieja, que está en Valonia, hay no sé cuántos municipios en los que se no se habla francés sino alemán. Ludwig, el nieto, a veces firmaba también Louis, supongo que como homenaje a su abuelo.

—¿Era buen compositor? —preguntó Durán.

—No, pero tuvo que ser un grandísimo director de orquesta; de lo contrario no

hubiera llegado a alcanzar el puesto de director musical de la corte en Bonn, al servicio del arzobispo de Colonia.

—¿Sabes lo que más me cuesta, Daniel? Imaginar un cuadro de Beethoven en la casa de un Bonaparte.

Durán estaba aludiendo al ataque de cólera que había sufrido Beethoven al enterarse de que Napoleón se había hecho coronar emperador en Notre Dame en el año 1804. Su ansia de poder era tal que en vez de permitir que el papa Pío VII le colocara la corona, se la ciñó él mismo a la cabeza, aunque su célebre frase «Dios me la ha dado, ¡ay de quien me la toque!» se la reservó para el año siguiente, cuando se proclamó en Milán rey de Italia. Por consejo de Jean-Baptiste Bernadotte, embajador francés en Viena, Beethoven había comenzado a componer años atrás una sinfonía dedicada a Napoleón. El genio había aceptado, porque estaba en la lista de las personalidades de aquel tiempo que admiraban al entonces primer cónsul, por lo que simbolizaba políticamente: los ideales democráticos y republicanos de la Revolución francesa. También se identificaba con él por ser un hombre que se había hecho a sí mismo: de la misma manera que Napoleón había ascendido a lo más alto del ejército gracias a su talento y ambición personal, también Beethoven había conquistado Viena sin enchufes ni prebendas, a base de tocar e improvisar al piano maravillosamente bien y de componer piezas de música tan inspiradas o más que las de Haydn o Mozart. Desde el año 1803, la *Tercera Sinfonía*, que llevaba el título de *Sinfonía Bonaparte*, reposaba sobre la mesa de trabajo del compositor, a la espera de un momento propicio para ser mostrada a la persona a la que estaba dedicada. Sin embargo, la coronación de Napoleón, a finales del año siguiente, sacó de quicio a Beethoven, pues fue para él la demostración fehaciente de que el revolucionario francés siempre había añorado pertenecer a una clase social a la que el resto de sus conciudadanos habían declarado la guerra. Esto resultó aún más evidente cuando el emperador se divorció de su primera mujer, Josefina, que no había conseguido darle el hijo que tanto ansiaba, para casarse con María Luisa de Austria, hija del emperador Francisco I, que se quedó embarazada el mismo año de su matrimonio.

El alumno y discípulo de Beethoven Ferdinand Ries relató que él fue el primero en darle la noticia a Beethoven de la coronación de Napoleón, y que este, al enterarse, se enfureció muchísimo y gritó: «¡Es igual que todos! Ahora también él pisoteará los derechos humanos y se dedicará exclusivamente a su propia ambición. ¡Se exaltará a sí mismo por encima de los demás y se convertirá en un tirano!». Beethoven se acercó a la mesa, tomó la primera página del título, la rompió en dos y la tiró al suelo.

—Si Beethoven despreciaba a Bonaparte —continuó diciendo Durán—, ¿no es lógico pensar que Bonaparte despreciara a Beethoven? Sobre todo teniendo en cuenta la «alta estima» que el emperador profesaba por la música.

—Pero es que el cuadro aparece en el palacio de un Bonaparte cuyo tatarabuelo sí

era melómano. Hasta el punto de que Jérôme Bonaparte quiso contratar a Beethoven como director musical de su corte de Westfalia.

—El cuadro es muy hermoso —dijo Durán.

—Hermoso y misterioso, porque aún no te he mostrado lo más llamativo. Fíjate en la mano derecha de Beethoven y verás que sostiene una partitura en la que las notas son perfectamente legibles.

—Es cierto. ¿Y cómo suena eso?

Daniel fue desgranando una a una las notas del cuadro, pero entonándolas con tanta parsimonia que parecía un ingeniero de Cabo Cañaveral cantando la cuenta atrás de los lanzamientos espaciales. Parecía que al llegar a la última negra iba a ocurrir algo extraordinario.

—Pues vaya cancioncilla más absurda —se quejó Durán—. ¡Para mí esto no es música!

—¿Cómo has dicho?

—Que no es música.

Esas cuatro palabras de su jefe tuvieron la virtud de hacer que Daniel se diera cuenta del misterio que encerraba la melodía del cuadro. Y dedicó los minutos siguientes a desvelarle a Durán lo que escondían en realidad las once negras de aquel extraño pentagrama.

El inspector Mateos estaba de acuerdo con Aguilar en que el mensaje guardado por Thomas en la carpeta *borrador* de su teléfono móvil merecía ser investigado, así que acordó una nueva cita con la hija de Thomas en la misma rotonda acristalada del hotel Palace en la que esta había mantenido la charla con Paniagua.

—Señorita Luciani —dijo el inspector después de enseñarle la placa—, la policía científica ha encontrado en la carpeta *borrador* del teléfono móvil de su padre el siguiente mensaje.

El policía le pasó una tarjeta a la mujer en la que podían leerse las letras

DGGCXFI FXSL

—¿Tiene algún significado para usted?

Sophie Luciani dio un vistazo tan rápido y desganado a la tarjeta que parecía una testigo mirando la foto de un sospechoso al que no quiere reconocer.

—Ninguno en absoluto. ¿Por qué?

—¿Está segura? ¿No quiere tomarse un poco más de tiempo para recordar? Estamos trabajando con la hipótesis de que se trate de un mensaje en clave que a su padre no le dio tiempo a completar. Tal vez porque cayó en manos de sus asesinos antes de poder enviarlo.

Sin decir palabra, Sophie Luciani abrió el bolso y extrajo de él la pequeña rueda de Alberti que ya le había mostrado antes a Daniel Paniagua.

El inspector Mateos jamás había visto nada parecido. Sophie le explicó que había sido un regalo de su padre y que los Bonaparte le habían sugerido ya la idea de que tal vez Thomas intentara transmitirle el código para descifrar el tatuaje.

—¿Me puede hacer una demostración de cómo funciona? —pidió Mateos.

—Se trata —aclaró Sophie— de un sencillo código de sustitución inventado en el siglo xv por Leon Battista Alberti. El mensaje se redacta sustituyendo las letras de la rueda de arriba por las de la rueda de abajo.

—¿Le importaría comprobar si, llevando a cabo esa sustitución, el borrador de su padre cobra algún sentido?

Sophie Luciani empezó a hacer girar las ruedas siguiendo el código de la tarjeta que le había mostrado el policía y no tardó ni dos minutos en complacer la petición del inspector Mateos.

—Creo que ya está.

—¿Qué dice el mensaje?

—Dice: *Account Numb*.

—O sea, número de cuenta, en inglés —tradujo inmediatamente Mateos—. A su

padre no le dio tiempo a terminar de escribir la palabra *number* en ese momento y guardó el mensaje en la carpeta *borrador*, seguramente para completarlo más adelante.

—¿Número de cuenta? Pero ¿qué significa? ¿De qué cuenta estamos hablando?

—Señorita Luciani, es altamente probable que su padre estuviera tratando de comunicarle en clave la caja de seguridad del banco donde ocultó el manuscrito de Beethoven que le costó la vida. La mayoría de esas cajas están asociadas a una cuenta corriente.

Al objeto de hacerle más comprensible a Durán la relación entre las notas musicales y el alfabeto en la partitura del retrato de Beethoven, Daniel había ido escribiendo, debajo de cada negra, las letras que correspondían en cada caso.



—¿Beba de Casas? —preguntó extrañado el director del Departamento de Musicología—. ¿Y qué diablos quiere decir eso?

—Beba es diminutivo de Beatriz, igual que Bea. De Casas o De las Casas es un apellido bastante frecuente en nuestro país. Beba de Casas es el nombre de una mujer, probablemente otra amante más de Beethoven y casi con toda seguridad, la responsable de que el genio tuviera pintada en el rostro esa misteriosa sonrisa.

—¿Y se puede saber cuándo has llegado a esta sorprendente conclusión?

—Esas once notas llevaban dando vueltas en mi cabeza desde que vi el cuadro. Como había varias disonancias, en concreto tres intervalos de tritono, al principio pensé que podía tratarse de alguna provocación a la Iglesia por parte de Beethoven, relacionada con los *Illuminati*. Pero al decir tú ahora que la melodía no era música he pensado: «Tiene razón, no es música, es solo un código de notas para rendir homenaje a la mujer que le estaba sorbiendo el seso en ese momento».

—Beatriz de Casas. ¿Tienes idea de quién puede ser esta señora?

—Ni la más remota. Pero Beethoven tuvo relaciones con italianas (la Guicciardi), con húngaras (la condesa Erdödy), con francesas (Almerie Esterhazy). ¿Por qué no con una española?

—Porque se sabría —respondió Durán—. Las relaciones de Beethoven con sus innumerables amantes se llevan estudiando desde hace siglos.

—¿Ah sí? ¿Y qué me dices de la identidad de la Amada Inmortal? Todavía se sigue debatiendo sobre quién fue esa mujer.

—¿Crees tú que Beatriz de Casas puede ser la Amada Inmortal?

—Las conexiones de Beethoven con España son mucho más fuertes de lo que la gente cree. Se rumorea incluso que la propia abuela de Beethoven era española.

—Eso nunca lo había oído.

—David Jacobs, en su ensayo sobre Beethoven del año 1970, asegura que María Josefa Pols, pues así se llamaba la madre del padre del compositor, era de origen catalán, lo que pasa es que ya había adquirido la nacionalidad alemana cuando contrajo matrimonio. Pudo haber emigrado a Alemania con su familia a consecuencia de la derrota del archiduque Carlos, en la Guerra de Sucesión, que llevó al trono a

Felipe V, porque la Corona de Aragón apoyaba al otro aspirante.

—¿Por eso le llamaban el español negro?

—Es muy posible. También se ha confirmado la intensa amistad de Beethoven con una joven española llamada Fanny del Río. Era la hija de Cayetano Anastasio del Río, un preceptor español que había fundado en 1798 en Viena una institución privada de enseñanza. Cuando obtuvo la guarda y custodia de su sobrino Karl, Beethoven decidió enviarle al colegio de Del Río, con el que cruzó multitud de cartas. Y luego está lo de *Fidelio*, claro.

Daniel acababa de mencionar la única ópera que estrenó Beethoven. Ambientada en Sevilla, tenía como protagonista a una mujer llamada Leonora, que se disfraza de funcionario de prisiones, adoptando el nombre de Fidelio, para rescatar a su marido, Florestán.

—Si se confirma tu teoría acerca de Beatriz de Casas, te va a venir que ni pintada para el ensayo que estás escribiendo sobre Beethoven. Pero dime: el compositor sostiene en la mano una partitura con el nombre de su amada ¿con qué objeto?

—Tal vez pensaba regalarle el cuadro. Hay hombres que se tatúan el nombre de la mujer a la que aman en el cuerpo. Beethoven no llegó a tanto, pero al transformar su nombre en notas en su propio retrato le estaba diciendo: tu nombre es música para mí.

—¿Y dónde y cómo pudo conocer Beethoven a una española en Viena?

—Ya te he hablado del colegio de Del Río, pero hay más: ¿has oído hablar de la Escuela Española de Equitación?

Viena, marzo de 1826

Ludwig van Beethoven había salido de su apartamento, en el número 15 de la Schwarzschanerstrasse, dispuesto a buscar cuidados y alojamiento al caballo que le acababa de regalar uno de sus mejores amigos, Stephan von Breuning, a quien el compositor había dedicado unos años atrás el magnífico *Concierto para violín en re mayor*. Sabedor de lo amante de la naturaleza que era Beethoven, Von Breuning, que vivía a apenas una calle de distancia, había querido obsequiar al músico con un caballo de paseo para que retomara la vieja costumbre de perderse entre los bosques adyacentes a Viena en busca de inspiración musical. Breuning estaba al corriente de que, años atrás, a Beethoven ya le habían regalado otro caballo en el que probablemente no llegó a montar ni un solo día y del que acabó apropiándose uno de sus criados. Pero ahora, pensaba el aristócrata, las circunstancias eran muy diferentes: antes de estar tan achacoso, Beethoven solía emprender a diario largas y creativas caminatas, de las que regresaba eufórico tras haber dado forma definitiva al tema de una sinfonía o haber pergeñado la cadencia de un concierto para piano. Pero como sus cada vez más acuciantes problemas de salud habían ido en aumento, ya no se sentía con fuerzas para emprender a pie estos largos paseos y su creatividad se había resentido, dado que sus mejores ideas siempre le habían surgido en contacto con la naturaleza. Beethoven le había agradecido enormemente a Breuning el obsequio, a pesar de que los cuadrúpedos le inspiraban ahora más respeto que nunca, por haber acabado uno de ellos con la vida de uno de sus tres grandes protectores en la ciudad, el príncipe Kinsky. Aunque aún no sabía si llegaría a hacer un uso regular del caballo, al que había ya bautizado, como el héroe de su única ópera, *Fidelio*, Beethoven tenía claro que esta vez no iba a dejar que un criado sin escrúpulos sacara partido de la situación y se propuso encontrar personalmente un lugar de confianza para estabularlo. ¿Y qué mejor lugar para buscar asesoría sobre el tema que la Escuela Española de Equitación, ubicada en una de las alas del palacio Hofburg, en la Michaelerplatz? Era más que evidente que Beethoven jamás podría estabular su caballo allí: en la famosa Escuela, que llevaba funcionando en Viena desde 1572, solo había sitio para los caballos lipizanos, así llamados por el hecho de que las yeguas y los sementales que servían para traerlos al mundo tenían su base de operaciones en la antigua ciudad italiana de Lipizza^[1]. Pero Beethoven conocía al veterinario que se encargaba de mantener a aquellos fabulosos caballos de exhibición en plena forma, porque era un redomado melómano y en más de una ocasión había acudido a sus conciertos; no le cabía duda de que sabría indicarle la persona o establecimiento más indicado para proporcionar a *Fidelio* los cuidados que este necesitaba.

Nada más salir a la calle, el músico fue abordado por el pequeño Gehrard van

Breuning, el hijo de doce años de su amigo Stephan, que se había convertido, desde que Beethoven se mudara a su actual domicilio, en uno de sus más fervientes admiradores.

—Hola, Ludwig, ¿vas a ver a *Fidelio*? —le preguntó el chaval, que estaba orgullosísimo de que Beethoven le hubiera permitido apearle el tratamiento desde el *Sie*, que viene a ser el usted en castellano, al más familiar *Du*.

Aunque Beethoven estaba ya sordo como una tapia y no llegó a escuchar lo que le dijo el niño, supo, por la luminosa expresión de su rostro, que le estaba preguntando por el caballo.

—¿Qué haces jugando en la calle? ¿Cómo no estás en el colegio? —le regañó Beethoven.

Gehard se sonrió por el tono exageradamente alto en el que hablaba su idolatrado músico y luego le pidió por gestos que sacara su cuaderno de conversación.

Los cuadernos de conversación no eran otra cosa que las libretas que solía llevar consigo Beethoven cuando salía de casa para poder comunicarse con sus semejantes. Como el progreso de la sordera había sido lento y gradual, unos años atrás podría habérselas arreglado con una de las trompetillas para el oído que había fabricado para él su amigo Meltzer. Pero en marzo de 1826, ya hacía dos lustros que Beethoven se había visto obligado a dejar de tocar el piano en público y su sordera era prácticamente total, así que nunca salía de casa sin estos preciados blocs.

Gehard escribió en una página en blanco:

—Me han castigado dos días sin ir al colegio.

Beethoven rió con fuerza ante la idea de que para un niño de doce años, dos días sin colegio pudieran resultar un castigo. A Gehard siempre le daba la impresión, cuando el músico prorrumpía en una de sus formidables risotadas, que sus pequeños ojos marrones iban a desaparecer literalmente de su cara, como empujados hacia dentro por la compresión del resto de las facciones. La mayoría de los vieneses no hubiera sabido decir cuándo Beethoven les infundía un mayor temor: si cuando este fruncía el ceño, en una expresión en la que se mezclaban a partes iguales la ferocidad y el sufrimiento, o cuando se abandonaba a estas estruendosas carcajadas, que le deformaban el rostro y lo convertían en una máscara grotesca, de la que había desaparecido súbitamente cualquier expresión de inteligencia.

—¿Por qué te han castigado? ¿Has vuelto a cantar en clase?

El niño asintió con la cabeza y Beethoven le acarició el pelo en un gesto de complicidad. Era él quien se estaba encargando de completar la deficiente educación musical que recibía en el colegio.

—Voy a ir caminando hasta la Escuela de Equitación, a ver si le encontramos un buen establo a *Fidelio*. Si quieres, puedes acompañarme.

El muchacho se mostró muy contento y ambos se pusieron en marcha hacia el

Hofburg, sede de la venerable institución.

No era fácil caminar por la calle al lado de Beethoven. De hecho, su sobrino Karl había renunciado hacía mucho a acompañar a su excéntrico tío a cualquier parte, por la vergüenza ajena que le producían sus continuos aspavientos y canturreos en plena vía pública, que le convertían, en el mejor de los casos, en foco de miradas y comentarios por parte de los transeúntes, cuando no en objeto de burlas y chascarrillos de los gamberros y arrapiezos que se iban cruzando en su camino. Si se unía a su estrafalario comportamiento en la vía pública el hecho de que el compositor desatendía algunos días su higiene personal y el cuidado de su indumentaria hasta llegar a tener el aspecto de un mendigo, es fácil comprender por qué no le era fácil a Beethoven encontrar voluntarios que quisieran acompañarle en sus paseos. Aquella mañana, como si hubiera presentido que la cita a la que acudía iba a cambiar el curso de su vida, había decidido afeitarse, peinar su imponente melena y ponerse un traje elegante, limpio y bien planchado. Pero aunque no hubiera sido así, Gehrard van Breuning sentía verdadera adoración por Beethoven y le divertía enormemente la impunidad con que el músico ignoraba las convenciones sociales y había convertido las calles de Viena en una prolongación de su domicilio.

Beethoven, por su parte, había llegado a cogerle al niño auténtica devoción y le llamaba «el botón de mis pantalones», como queriendo decir que le resultaba indispensable. El muchacho hacía para él un sinfín de recados, le ayudaba con la correspondencia y le echaba una mano en la manutención de su amplio apartamento de ocho habitaciones.

Mientras bajaban por la Währinger Strasse, camino del Hofburg, Beethoven le fue contando al pequeño Gehrard los proyectos musicales en los que andaba metido, pues al igual que esas malabaristas chinas capaces de hacer maravillas con una docena de platos a la vez, también él solía trabajar simultáneamente en un sinfín de proyectos.

—¡Tengo una nueva sinfonía entre manos! ¿No te llevó tu padre hace un par de años al estreno de mi *Novena*?

El pequeño le dijo que no con la cabeza.

—¡Mal hecho! Fue un éxito absoluto, y eso me ha animado a obsequiar a los vieneses con una décima sinfonía. ¿Quieres saber cómo es el tema principal?

Beethoven se detuvo en mitad de la acera haciendo caso omiso del hecho de que estorbaba al resto de los viandantes y berreó, más que cantó, para Gehrard los primeros compases de su nueva obra. Al ver que el niño sonreía, Beethoven comprendió que había debido de desafinar enormemente a causa de su sordera y optó por extraer de uno de los bolsillos de su casaca su cuaderno de bocetos, en el que el músico escribía las ideas musicales que se le iban ocurriendo en mitad de sus caminatas. Lo abrió por una de sus páginas y le mostró al pequeño, que leía perfectamente música desde los seis años, los bocetos de su nueva obra. El muchacho

los estudió con gran concentración durante un rato, y luego le devolvió el cuaderno de bocetos a su dueño. Era evidente, por la expresión de júbilo en su rostro, que lo que había visto le había impresionado.

Niño y adulto reemprendieron la marcha y Beethoven fue revelando algunos detalles más de su nuevo trabajo:

—En la *Novena* no metí el coro hasta el último movimiento, pero en esta, quiero darle más protagonismo y puede que entre ya desde el segundo movimiento. Así me evitaré además que los cantantes protesten por tener que estar de pie en el escenario durante tanto tiempo sin hacer nada. Además, emulando al viejo Bach, que compuso un concierto para cuatro claves, yo quiero meter cuatro pianos en el *scherzo*. ¿Qué digo cuatro? ¡Voy a meter por lo menos ocho!

El pequeño Gehrard, que se había quedado con el cuaderno de conversación de Beethoven por si tenía que hacerle más preguntas, le tiró de la casaca para hacer que se detuviera y escribió:

—¿Me dejarás montar a *Fidelio*?

—Por supuesto —accedió el músico—. Pero antes tendremos que asegurarnos de que está bien educado y que sabe cómo hay que tratar a los niños. Créeme, yo me he caído un par de veces de un caballo y no es una experiencia que esté deseando repetir.

Mientras tanto, a poca distancia de allí, don Leandro de Casas y Trujillo, jefe del equipo de veterinarios de la Escuela Española de Equitación en Viena terminaba de auscultar a *Incitato II*, uno de los treinta lipizanos que formaban parte de la división de honor de la renombrada institución. Su jinete, François Robichon de la Guérinière, nieto del legendario jinete del mismo nombre que en 1733 había revolucionado la cría y el adiestramiento de caballos con su libro *École de Cavalerie*, supo por la expresión de su cara que el diagnóstico iba a ser el que él tanto temía:

—Es un cólico. Hay que ponerle en tratamiento desde ahora mismo.

El jinete palmeó dulcemente el cuello del caballo y dijo:

—Sabía que era un cólico. Llevaba dos días sin terminarse la comida y no hacía más que mirarse la tripa e intentar golpeársela con el morro.

—Ha debido de darle demasiada agua después de algún entrenamiento. ¿Cuántas veces tengo que decirles que si mimáis en exceso a estos caballos, son ellos mismos los que salen perdiendo?

Robichon tragó saliva y con expresión culpable preguntó al doctor:

—¿Se pondrá bien?

Don Leandro sonrió de forma tranquilizadora:

—¡Pues claro que se pondrá bien! Gracias, en parte, a que me conozco de memoria el libro de tu abuelo, y sé lo que hay que hacer en estos casos. Le voy a dar un antiespasmódico, un analgésico para evitar que se revuelque, y por supuesto, ni

alimento ni bebida hasta nueva orden. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, don Leandro —respondió el jinete, adoptando la actitud de un pecador al que el confesor estuviera imponiendo la penitencia.

—Mira que si te sorprende pululando por aquí, para darle agua o un terrón de azúcar, te arranco todos los botones de la guerrera. Y no pongas esa cara, hombre, a cualquiera le puede pasar. Estos bichos tienen treinta y cinco metros de intestino, es normal que sea su parte más vulnerable. Si a eso se suma que, debido al estómago tan reducido que tienen, apenas digieren los alimentos, comprenderás que sean propensos a todo tipo de trastornos intestinales. Son animales de mírame y no me toques.

—¿De qué?

—Es una expresión española. Se dice de alguien que es muy sensible.

—*Ah, bon* —dijo el francés, satisfecho—. ¿Está Beatriz en casa?

—Sí, está. Pero no te aconsejo que te acerques a ella.

El jinete se quedó perplejo, ya que no había habido en las últimas palabras de su interlocutor un tono agresivo o amenazador, sino más bien paternalista.

—¿Por qué no debo acercarme a su hija? —preguntó.

Don Leandro miró en todas direcciones como para asegurarse de que nadie les estaba escuchando, y luego le susurró algo al oído. Antes siquiera de que François pudiera reaccionar a las explicaciones que le estaba dando el veterinario, fueron interrumpidos por el mozo que se encargaba de mantener en perfecto estado la gran superficie de arena del picadero cubierto de la Escuela. Magníficamente decorado por el arquitecto barroco Joseph Emanuel Fischer von Erlach entre 1729 y 1735, en un principio el recinto había sido concebido para ofrecer a los jóvenes aristócratas la oportunidad de recibir allí clases de equitación. Ahora era el escenario de las fabulosas exhibiciones ecuestres que, tres veces a la semana, se ofrecían al selecto público vienés y a los viajeros que acudían de todas partes de Europa para contemplarlas.

—Disculpe, don Leandro —dijo el mozo—. Hay un hombre en la puerta que pregunta por usted. Es ese músico loco, Ludwig van Beethoven.

Como si hubiera reconocido el nombre del músico y estuviera al tanto de la fama que le precedía, *Incitato II* relinchó inquieto al escuchar el nombre de Beethoven. Al médico, en cambio, se le iluminó el rostro.

—¿Beethoven en la Escuela? ¿Y no ha dicho qué quería?

—No, herr De Casas. Solo sé que viene acompañado por un niño.

—Está bien, hazlos pasar. Inmediatamente.

Robichon quiso ampliar la información que le había empezado a dar el veterinario, pero este le despachó con una celeridad rayana en la descortesía.

—En cuanto a Beatriz...

—Luego, luego, François. Y recuerda: ni agua ni alimentos a *Incitato* hasta que

yo, expresamente, te dé autorización.

Y tras estas palabras, mozo, jinete y médico abandonaron las cuadras de la Escuela.

—¿Qué quiere usted hacer exactamente con el caballo, herr Beethoven, y dónde se encuentra estabulado en la actualidad? —interrogó don Leandro una vez que hubo acomodado al músico y al niño en su despacho.

El veterinario, que se había quedado viudo recientemente, era la única persona al servicio de la Escuela de Equitación que, por expreso deseo del emperador, tenía su residencia en una de las alas del Hofburg. Lo que pretendía con ello era que, en caso de cualquier problema sanitario con alguno de los caballos, estos recibieran atención médica de manera inmediata. Los lipizanos eran criaturas extraordinarias, que requerían un costoso adiestramiento que se prolongaba durante años y recibían unos cuidados tan esmerados que para sí los hubieran querido la mayoría de los habitantes de la ciudad. Las dependencias del médico constaban de cinco habitaciones: dos dormitorios, destinados a él mismo y a su única hija, una joven de veintitrés años que estudiaba composición en el Conservatorio de Viena, una cocina, una zona para la servidumbre y el estudio en el que don Leandro había recibido a Beethoven y a su joven acompañante.

El pequeño Gehrard sacó de su bolsillo el cuaderno de conversación del compositor y se lo entregó a don Leandro.

—Tiene usted que escribir ahí todo lo que quiera decirle a herr Beethoven, porque está como una tapia —aclaró el pequeño.

Tras leer la pregunta escrita en el cuaderno, el músico le hizo saber a su interlocutor que el caballo aún se encontraba estabulado en la finca de su amigo Von Breuning, a unos cuarenta kilómetros de Viena, y que deseaba encontrar cuidado y alojamiento asequibles en un lugar más cercano.

—Pero tampoco quiero que el pobre animal sufra un trato vejatorio —aclaró el músico—. Entre otras cosas porque el pequeño Gehrard no me lo permitiría.

—¿Piensa usted hacer un uso frecuente del caballo? —preguntó el veterinario por el sistema de la libreta.

—A mi edad, y perdóneme el chiste fácil, estoy ya para pocos trotes —respondió el músico con una sonrisa melancólica.

Don Leandro escuchó impertérrito una letanía de quejas de Beethoven sobre su precaria salud y luego escribió en la libreta:

—¿Ha oído hablar de la hipoterapia?

Beethoven negó con la cabeza.

El veterinario le explicó que la hipoterapia era un revolucionario tratamiento basado en el aprovechamiento del movimiento del caballo para la estimulación de los

músculos y las articulaciones del paciente.

—Mis problemas, doctor, son sobre todo abdominales —le aclaró el compositor.

—Sí, pero me acaba de decir que, como consecuencia de su mala salud, su estado de ánimo no es siempre el más apropiado para la composición.

—Eso es cierto. Hay días, en que, literalmente, me encuentro tan deprimido que no tengo fuerzas ni para darle una pequeña clase de armonía al pequeño Gehrard.

Este se había levantado de la silla hacía unos momentos y curioseaba, con la falta de pudor que solo pueden permitirse los niños, entre los distintos objetos y grabados, casi todos relacionados con la hípica, que había diseminados por el estudio.

—La hipoterapia, herr Beethoven —continuó el veterinario—, puede ayudarle a mejorar su estado anímico de forma sorprendente. Esto a su vez reforzará su sistema inmunológico y será menos propenso a esos catarros intestinales que tanto le atormentan.

—Pero ¿de qué modo? —preguntó el compositor, que siempre había acabado con dolor de cóccix después de los pocos paseos a caballo que había dado en su vida.

—Lo primero que habría que hacer es enseñarle a montar. De eso nos podemos encargar cualquiera aquí en la Escuela. Pero una vez que se encuentre usted suelto con el animal, ya verá como mejora su estado físico y psíquico en general. El caballo, al trote, transmite al jinete un total de ciento diez movimientos diferentes por minuto; en consecuencia no hay ni un solo músculo ni zona corporal, desde el cóccix hasta la cabeza, al que no se transmita un estímulo. Eso trae consigo una mejora del equilibrio y la movilidad del paciente, aunque también se producen avances en otros planos, como el de la comunicación o el del comportamiento.

El extraño diálogo gráfico-verbal fue interrumpido por una voz femenina que venía del otro lado de la puerta.

—¿Papá?

—Entra, cariño. Estoy con una persona a la que seguro querrás conocer —dijo don Leandro dirigiéndose a su hija.

—Papá, por favor, necesito que salgas un segundo.

El médico se levantó, ligeramente violento, y dirigió una mirada de disculpa a Beethoven.

—Perdóneme, será cosa de un segundo.

Don Leandro salió de la habitación y se encontró con su hija hecha un auténtico basilisco.

—¿Le has dicho a François que estoy incubando la viruela?

—Es para que te deje tranquila, hija mía. Tú misma me has dicho que es un pelmazo.

—Cuando necesite tu ayuda para ahuyentar a los moscones te lo haré saber. No vuelvas a contar mentiras en mi nombre. Imagínate que llega la noticia al

Conservatorio y me ponen en cuarentena.

—De acuerdo, hija mía, no volveré a inmiscuirme en tus asuntos. Y ahora pasa a mi estudio. Quiero presentarte a una persona de la que me has hablado tantas veces que es como si ya la conocieras.

Padre e hija entraron a la habitación donde estaba el músico, y el veterinario, a quien se le veía henchido de orgullo paterno, dijo:

—Herr Beethoven, esta es mi hija, Beatriz de Casas.

Viena, septiembre de 1826

—¿Me has puesto otra vez cara de amargado? —preguntó Beethoven mientras posaba a regañadientes en la última sesión para el retrato que estaba haciendo de él su amigo Joseph Karl Stieler—. Cuando pintaste al emperador Francisco I hace unos años, te diste buena maña para que su majestad apareciera con la más serena de sus expresiones. Pero a mí siempre me pintáis como un viejo misántropo, torturado y enfermo.

El pintor, que acababa de dar la última pincelada al que, con toda certeza, iba a ser el último retrato en vida de Beethoven, dejó la paleta y los pinceles sobre una mesa cercana y a pesar de que sabía que no podía oírle, le dijo al genio:

—No sé por qué demonios me hice retratista. Debería pintar marinas o naturalezas muertas, pues cada vez que pinto un retrato pierdo a un amigo.

Tras limpiarse las manos con un trapo, le hizo un gesto al músico para que se acercara a contemplar el cuadro terminado.

Stieler era sin duda un gran retratista, y se caracterizaba sobre todo por poner el énfasis en el personaje al que retrataba. Los detalles decorativos, que en otros pintores podían tener casi tanto relieve como la persona retratada, prácticamente no existían en sus cuadros. Para ello el pintor se valía de una luz muy contrastada, que hacía que las facciones de su modelo cobraran un gran protagonismo, mientras dejaba prácticamente en tinieblas todo lo que no estuviera en un primer plano.

Beethoven admiró la pintura con gran concentración durante unos segundos y luego explotó en una de sus características risotadas.

—¡Estoy sonriendo! ¿Por qué? ¿Me has visto sonreír una sola vez desde que empecé a posar para ti?

—Louis —escribió Stieler en el cuaderno de conversación—. Yo no te he pintado como te veo. Te he pintado como te pienso en este momento. Y como no haces más que hablarme de esa mujer, esa española...

—Beatriz de Casas.

—Cada vez que la mencionas se te ilumina el rostro. Es un destello fugaz, porque enseguida vuelves a tu expresión circunspecta y feroz, pero yo lo he captado y he querido plasmarlo en el cuadro. Creo que en este momento concreto de tu vida eres todo lo feliz que puede llegar a ser un hombre que está padeciendo todo lo que tú estás padeciendo.

Beethoven sonrió al leer las palabras de su amigo en el bloc.

—Estoy componiendo una obra para ella. Será la sinfonía más grande que haya escrito nadie hasta ahora. ¡Mi décima sinfonía!

—Si esa mujer ha sido capaz de inspirarte una sinfonía aún más hermosa que la

Novena —replicó Stieler— ella también merece estar en el cuadro.

El famoso retratista cogió un pincel muy fino y añadió a la mano que había en primer plano una pequeña partitura en la que dibujó con gran minuciosidad las notas musicales que correspondían al nombre de *Beba de Casas*.

—Ignoraba que conocieras tan bien los códigos musicales —le dijo el maestro, admirado.

—Me contaste la manera de transformar los nombres en música cuando te retraté con la *Misa Solemnis* en la mano, ¿ya no te acuerdas?

Beethoven no hizo ni siquiera un esfuerzo para tratar de entenderle. Descolgó el cuadro del caballete y fue corriendo a mostrárselo a su idolatrada Beatriz.

Daniel Paniagua se sirvió del teléfono para comunicarle al inspector Mateos su teoría acerca de Beatriz de Casas, pero a doña Susana prefirió decírselo personalmente, por lo que, tras cerciorarse de que Su Señoría iba a estar aquella mañana en su despacho, se personó en el juzgado. Nada más entrar en las dependencias judiciales, una oficial le dijo que esperase unos segundos ya que la magistrada estaba con una visita. Daniel aprovechó el tiempo muerto para observar detenidamente la oficina en la que trabajaban los once funcionarios que asistían a la magistrada en la instrucción de los distintos sumarios. La mayoría eran mujeres de mediana edad, que procuraban combatir con buen humor la ansiedad que les provocaba la prohibición de fumar en edificios públicos.

—Échame otra vez el aliento —le decía una gordita a la oficial que tenía a su derecha—, que si no me voy a tirar por la ventana.

La interpelada simulaba que obedecía la petición de su compañera y exhalaba una larga bocanada de humo invisible en su dirección. Ante la curiosidad de una tercera, la gordita explicaba:

—Es que se acaba de fumar un Marlboro Light *de estrangis* en el baño, y le he dicho que tiene que compartirlo.

La escasa dotación económica de la justicia española en general y de ese juzgado en particular, era apreciable en la escasez de archivadores, que hacía que los distintos papeles y legajos se hacinasen sobre las mesas y las sillas de los oficiales, y también en el deplorable aspecto de los ordenadores, algunos incluso con monitor en blanco y negro y con varias vueltas de cinta aislante negra alrededor de la carcasa de la pantalla, para evitar que esta se descuajeringase de puro vieja.

En el momento en que iba a matar el tiempo limpiando la memoria de su móvil, se abrió la puerta del despacho de doña Susana, de donde salieron dos personas con gabardina. Daniel había visto tipos con más pinta de policías que aquellos, pero solo en los telefilmes de Kojak que había devorado durante la infancia.

Doña Susana salió un momento al baño y al ver a Daniel le dijo:

—Pasa y siéntate. Ahora estoy contigo.

Al entrar al despacho de la juez vio que este no estaba vacío, sino que una de las sillas estaba ocupada por el forense, que al verle se levantó y le estrechó efusivamente la mano.

Como iban transcurriendo los segundos y Pontones no abría la boca, Daniel empezó a darle conversación, para ahorrarse la tensión del silencio.

—Siempre he querido saber cómo llegan los casos a los juzgados. ¿Cada magistrado está especializado en algún tipo de delito o de criminal?

—No —dijo el forense—. Los casos se reparten entre todos los juzgados por

riguroso sorteo. Si no, un delincuente podría, teóricamente, «pedirse» a un juez determinado, o viceversa, con las lamentables consecuencias para el correcto funcionamiento del sistema judicial que puedes imaginar.

—¿O sea que el caso Thomas llegó a vosotros por puro azar?

—Sí, fue por azar. Dio la casualidad de que Susana y yo teníamos guardia de incidencias el día en que asesinaron a Thomas y por regla general, el juzgado que está de guardia se queda, por decirlo así, con el caso que le ha tocado, por el simple hecho de que estaba de guardia.

—¿Y estáis contentos con que os haya tocado este sumario?

—Sí y no. El caso, como sabes, es muy complejo, pero hay que reconocer que desde el punto de vista puramente criminológico, resulta sumamente estimulante, aunque solo sea por el hecho de que se aparta por completo del noventa por ciento de los sumarios que tenemos siempre entre manos: droga, droga y más droga.

A esta aclaración siguió cerca de un minuto de incómodo silencio, durante el cual ni él ni Pontones intercambiaron palabra alguna. Por fin, se abrió la puerta a sus espaldas y regresó doña Susana, que fue a sentarse tras la mesa de su despacho.

—¿Te han dado el talón? —inquirió la juez.

—¿Qué talón?

—Por el informe pericial.

—No. Pensaba que me lo tenías que dar tú.

—¡Solo me faltaría tener que ocuparme también de la contaduría y la caja! —respondió de buen humor la magistrada. Se llevó la mano derecha a la boca, para ocultar su deslucida sonrisa y añadió—: Luego se lo pides a Alejandra, esa oficial gordita que se sienta al fondo.

—Sí, ya la he visto.

—Bueno, ¿qué me traes? —le preguntó la juez cambiando el tono a uno más profesional.

Y viendo que Daniel miraba al forense como preguntándose si podía hablar con toda confianza en su presencia, doña Susana le tranquilizó con una sonrisa.

—Puedes hablar con toda confianza. Felipe está en el equipo.

Tras extraer un papel del bolsillo en el que figuraban las notas del cuadro y las letras correspondientes, Daniel explicó con todo lujo de detalles su teoría acerca de Beatriz de Casas.

—Nosotros —dijo el forense— también tenemos que comunicarte algo. La policía cree que el manuscrito de la *Décima Sinfonía* puede estar en una caja de seguridad asociada a una cuenta corriente.

—¿Cómo habéis llegado a esa conclusión?

—A través de un mensaje que había en el móvil de Thomas —continuó el médico—. Por otro lado, sabemos por tu magnífico trabajo de investigación, que las notas de

la cabeza de Thomas son las coordenadas geográficas de Austria, lo que nos lleva a pensar que la caja de seguridad pertenece a un banco de Viena. Solo hay un pequeño obstáculo, que por ahora nos resulta insalvable, y es que los números de la partitura son solamente ocho.

—Y una cuenta bancaria tiene veinte dígitos —explicó Daniel, completando el razonamiento del forense.

—No es correcto del todo. En Austria, el llamado Código de Cuenta Cliente no lo componen veinte números, como en España, sino dieciséis. Los cinco primeros números del código son para identificar el banco, y el resto son los dígitos de la cuenta corriente.

—¿No tienen dígito de control?

—No. Y tampoco identifican la sucursal del banco, como nosotros.

La magistrada cogió un folio en blanco y un bolígrafo y trazó una serie de signos que inmediatamente mostró a Daniel:

ESKK BBBB GGGG KKCC CCCC CCCC

ATKK BBBB BCCC CCCC CCCC

—Ahora sí que estoy perdido —dijo Paniagua.

—No me extraña, porque si los números que nos has dado corresponden a un código internacional, la cosa se complica todavía más —explicó la juez—. ¿Sabes lo que es el IBAN?

—International Bank Account Number —respondió inmediatamente el forense, antes de que Daniel pudiera contestar—. Se trata de una serie de caracteres alfanuméricos que identifican una cuenta determinada en una entidad financiera en cualquier lugar del mundo.

—La primera fila corresponde a un IBAN español —continuó la magistrada—. Las letras nos dicen que la cuenta está en España, luego hay dos dígitos de control del IBAN y a continuación los veinte números de la cuenta.

La segunda fila es un IBAN austríaco, AT son las siglas para Austria, luego dos dígitos de control, cinco números para identificar el banco, y once para la cuenta corriente.

—Veinte caracteres en total —dijo el forense—. En la cabeza de Thomas hay ocho números. ¿Dónde están los otros doce caracteres?

Viena, noviembre de 1826

Ocho meses después de que Beethoven conociera a la joven Beatriz de Casas en las dependencias de la Escuela Española de Equitación, ambos se habían convertido en amantes.

El pretexto para empezar a verse sin despertar demasiadas habladurías —la diferencia de edad entre ambos era de más de treinta años— fue relativamente sencillo. Era conocido en todo Viena que Beethoven tenía por costumbre anotar las ideas que se le iban ocurriendo mientras paseaba en unas libretas de apuntes que llevaba consigo siempre que no estaba en casa. Los fragmentos de temas o los simples motivos de tres o cuatro notas estaban, la mayor parte de las veces, escritos a lápiz y en una caligrafía que hasta el propio autor debía de tener a veces problemas en descifrar. Dado que Beatriz era alumna del Conservatorio, a Beethoven no le fue difícil convencer a su padre de que necesitaba la ayuda de un copista para pasar a limpio la ingente cantidad de material que su mente enfebrecida era capaz de garabatear cuando caía preso de un ataque de inspiración. De modo que, una vez resuelto el problema del caballo, que Beethoven acabó malvendiendo a un tercero para poder pagar a un acreedor, el músico pactó con Beatriz, con la aquiescencia plena de su padre, que era un gran admirador de su obra, que esta le visitaría tres veces por semana para trabajar como copista en su casa-estudio de la Schwarzschanerstrasse. Después de tantos años sin haber mantenido vínculos erótico sentimentales con ninguna mujer, Beethoven volvía por sus fueros, irresistiblemente atraído por la sensibilidad y el desparpajo de Beatriz, cuyas observaciones sobre los más variados temas le hacían sonreír frecuentemente, y que compensaban una apariencia física algo escuálida que la convertía en poco menos que invisible a los ojos de algunos hombres.

Beethoven estaba otra vez enamorado.

Incluso al propio compositor le hubiera resultado imposible decir, de habérselo preguntado alguno de los escasos amigos que formaban parte de su círculo de confianza, con cuántas mujeres, deslumbradas casi exclusivamente por su formidable talento musical, había mantenido algún *affaire* amoroso desde su triunfal llegada a Viena en noviembre de 1792. Su especialidad habían sido, sin duda, las alumnas de piano, entre las que había destacado con luz propia la jovencísima condesa italiana Giulietta Guicciardi. Cuando se enamoró de Beethoven tenía tan solo dieciséis años, y él le doblada la edad. Para el músico fue tan decisiva esa relación que decidió dedicarle a su amada quizá la más célebre de sus sonatas, la *Claro de Luna*. A su amigo el doctor Wegeler, Beethoven le contó en cierta ocasión por carta:

... no se puede usted ni imaginar qué triste y desolada ha sido mi vida durante los últimos años, en los que, para ocultar mi pérdida de oído, he tenido que apartarme cada vez más de la vida social y simular que soy un misántropo, cuando en realidad no lo soy. El gran cambio en mi vida ha venido de la mano de una encantadora y adorable jovencita que me quiere y a la que quiero. Por primera vez, después de dos espantosos años, tengo la sensación de que podría ser feliz gracias al matrimonio.

Beethoven tenía la sensación, en este momento concreto de su vida, de que Beatriz de Casas podía desempeñar el papel salvador que había jugado en su vida la joven condesa Guicciardi.

—¿Por qué no llegaste a casarte con ninguna de las mujeres con las que todo Viena sabe que tuviste relación? —le preguntó una tarde a bocajarro Beatriz, mientras ayudaba al maestro a terminar de pasar a limpio el último de los siete revolucionarios movimientos de la que iba a ser su última y definitiva sinfonía.

Beethoven había permanecido en silencio casi toda la tarde, mientras rumiaba hasta los más pequeños detalles de instrumentación de la obra. Pero cuando leyó la pregunta de su amada, salió inmediatamente de su ensimismamiento.

—No hables mientras copias la música —le dijo el maestro tratando de cerrar el cuaderno de conversación privado con el que se solían comunicar dentro de casa—. Acabarás por cometer algún error y tendrás que rehacer la página entera.

—Ya que desde hace una semana no recibo compensación económica alguna por mi trabajo de copista —replicó ella reteniendo el cuaderno como pudo— podrías, al menos, mostrarte algo más comunicativo.

Beethoven se atusó su imponente melena, que ahora solía llevar más limpia y ordenada para tratar de agradar a Beatriz.

—Te pagaré los atrasos en cuanto cierre el acuerdo con mi editor para los próximos cuartetos.

Beatriz volvió a escribir: «¿Por qué no te casaste?».

—¿Por qué no me casé? Tal vez porque no encontré a la mujer que me diera lo que me das tú. Debe de ser tu sangre gitana.

—Yo no soy gitana —aclaró ella—. Mi padre es del norte del país, de una ciudad llamada Bilbao, aunque nosotros la llamamos El Botxo, que quiere decir «el agujero».

—¿Se trata de una ciudad subterránea?

—No, es porque está rodeada de montañas.

—Botxo, Bonn, nuestras dos ciudades de nacimiento empiezan con b. ¿Os llaman bocheros?

—O chimbos, por los pájaros que viven en la zona. ¿Por qué te llaman a ti el

español negro? ¿Tienes tú sangre española?

—Si quieres saberlo, no te queda otro remedio que venir aquí —le dijo Beethoven palmeándose los muslos, en un tono que tenía mucho de lúbrica insinuación.

Beatriz permaneció en su silla, como desconfiando.

Al músico le hizo gracia la actitud recelosa de la chica:

—¿De qué tienes miedo?

—No es miedo, es que hay un tiempo para cada cosa. Ahora estamos hablando. Y no me has respondido a la pregunta que te hice antes, ¿por qué no llegaste a casarte?

A Beatriz ni siquiera le hizo falta escribirle de nuevo la pregunta; Beethoven entendió perfectamente que ella estaba insistiendo en la cuestión y que esta vez se iba a salir con la suya.

El músico permaneció en silencio durante medio minuto, bajo la mirada expectante de Beatriz. No es que se estuviera negando a contestar, sino que estaba dándole forma en la cabeza a la respuesta, para tratar de evitar alguna palabra que pudiera herir los sentimientos de la mujer. Después añadió:

—Para mí, la música es lo primero.

La frase pareció llenar de indignación a Beatriz.

—Eso es una estupidez.

—Ya sabía yo que no teníamos que hablar de este asunto. Anda, termina de pasar a limpio los compases que te quedan.

—No, quiero que me aclares la frase «para mí la música es lo primero». ¿Es que Bach no estuvo casado y tuvo veinte hijos?

—Sí, pero...

—¿Y Mozart? ¿Y Haydn? Todos estuvieron casados, a ninguno se le ocurrió rechazar el matrimonio porque para ellos «la música es lo primero».

Beethoven fue a contestar, pero se quedó sin palabras.

—¿Es que todas las mujeres que se han cruzado en tu vida eran arpías absorbentes y egocéntricas que lo único que pretendían de ti es que estuvieras pendiente de ellas las veinticuatro horas del día?

—No, más bien fui yo el que, a última hora, se las arregló para hacer naufragar todas y cada una de las historias de amor en las que me vi envuelto.

—Pero ¿por qué?

—No creo en el matrimonio. O si lo prefieres, creo en el amor pero no creo en la convivencia.

—¿Cómo puedes decir que no crees en algo que no has llegado a experimentar?

—De pequeño, mi madre solía decir a sus amigas: «Si queréis aceptar un buen consejo, permaneced solteras, y así viviréis una vida tranquila, bella y grata». Y a veces añadía: «¿Qué es el matrimonio? Una breve alegría y después una cadena de pesares». Y mi madre era una mujer muy sabia.

—Que, según me has contado, estaba casada con un borracho.

—Eso es cierto. Pero ¿por qué estamos hablando de matrimonio? ¿Es que deseas que le pida tu mano a tu padre?

En ese instante sonaron unos golpes en la puerta del apartamento que Beethoven había alquilado en la Schwarzschanierstrasse, o calle de los Españoles Negros, así llamada porque había sido hasta hacía poco tiempo la sede de un convento de monjes dominicos. Ni que decir tiene que, aunque estaban llamando a la puerta con gran energía, Beethoven no escuchó absolutamente nada. En los últimos años de su vida, su sordera se había hecho prácticamente absoluta, así que tuvo que ser su joven amante la que le advirtiera que tenían visita.

Cuando Beethoven abrió la puerta se encontró de bruces con el padre de Beatriz, que no estaba precisamente del mejor de los humores.

—Herr Beethoven, sé que mi hija Beatriz está aquí y he venido a llevármela.

Beethoven le indicó por señas que era incapaz de entender sus palabras.

—Entonces, apártese —dijo don Leandro. Y con un violento gesto empujó al músico a un lado y penetró en el apartamento.

La casa de Beethoven constaba de seis habitaciones, tres para el servicio (cocina, cuarto de plancha y lavado y dormitorio de las criadas) y tres para él mismo, que estaban todas ellas dedicadas a la música, incluyendo su propia alcoba, donde por ser la habitación más grande había colocado sus dos pianos.

Don Leandro se puso a registrar las habitaciones principales e inmediatamente empezó a dar señales de disgusto por el estado de desorden y suciedad en el que se encontraban casi todos los rincones.

—¡Esto es una pocilga! ¿Cómo tiene usted el valor de hacer que mi hija trabaje en estas condiciones?

El padre de Beatriz llegó hasta la zona del servicio y vio tan solo a una doncella, inclinada sobre una tabla de lavar la ropa, por lo que tuvo que dar por terminada la búsqueda. Luego se dirigió a Beethoven, apuntándole con un dedo índice que parecía que podía llegar a dispararse en cualquier momento y le dijo:

—Beethoven, hasta ahora le había admirado profundamente como compositor. ¡En estos momentos debo decirle que hasta su música me parece despreciable!

El compositor, que no podía escuchar nada de lo que le decía su interlocutor, le dio la espalda para ir a buscar uno de los blocs de conversación, pero don Leandro le agarró del brazo y le forzó a girarse hacia él, con una sacudida tan violenta que el maestro estuvo a punto de darse una costalada contra el suelo.

—¡Me importa un rábano si puede oírme o no, me niego a utilizar esas libretas mugrientas de las que se tiene que valer como si fueran muletas! ¡Porque eso es lo que es usted, un tullido! ¡Un tullido hediondo y pervertido que ha decidido que por el solo hecho de ser un gran compositor todo le está permitido, pero se equivoca. Ni mi

mujer, que en paz descansa, ni yo mismo, trajimos al mundo a nuestra hija para que termine convertida en una mezcla de enfermera mal pagada y cortesana al servicio de un viejo loco, sordo y sucio como usted!

Beethoven hizo ademán de volver a girarse, pero fue de nuevo zarandeado con violencia por De Casas, que en esta ocasión hizo perder el equilibrio al músico, que cayó al suelo. De Casas no hizo el más mínimo ademán de ayudarlo a levantarse, sino que mofándose de él dijo:

—¡No es de culo como quería verle esta tarde, herr Beethoven, sino de rodillas ante mí! De rodillas, para pedirme que no utilice los contactos que tengo en palacio para lograr que sea expulsado de Viena y ridiculizado ante todos sus conciudadanos.

Beethoven le miraba dolorido y aún desde el suelo, pues había decidido, dada la fuerza física que era capaz de desplegar aquel energúmeno, que era más prudente, de momento, no tratar de incorporarse. Al mismo tiempo se estaba preguntando dónde estaba Beatriz, en qué oscuro armario o rincón había logrado camuflarse para no ser descubierta por su padre, después de la batida que este había efectuado por la casa.

Don Leandro de Casas parecía estar satisfecho después de haber derribado a Beethoven y dio la impresión de que daba por terminada su expedición de castigo. En un tono algo más sosegado, pero quizá por eso aún más inquietante que el anterior, se dirigió a Beethoven, articulando meticulosamente cada palabra, como para permitir que este pudiera leerle los labios.

—Beethoven, no sé dónde está mi hija en estos momentos aunque no es difícil imaginar, dada la vergonzosa utilización que está usted haciendo de ella, que haya decidido también convertirla en recadera. Apuesto a que debe de estar en el mercado, haciendo la compra para usted. ¿Sigue sin entender nada de lo que le digo? Muy bien, se lo escribiré.

Don Leandro agarró una de las libretas que había en la mesa de trabajo de Beethoven y escribió:

—Si vuelvo a verle con mi hija, acabaré con usted.

Y tras lanzarle la libreta al rostro, dio media vuelta y se fue dando un portazo de tal virulencia, que la plaquita dorada que servía para cubrir la cerradura por la parte del descansillo se soltó y cayó al suelo produciendo un pequeño tintineo metálico.

Beethoven aguardó algunos segundos antes de ponerse en pie, como para asegurarse de que don Leandro no iba a volver sobre sus pasos, para derribar la puerta y volver a agredirle, y luego llamó a voces a Beatriz.

Esta emergió, vestida de criada y con gesto cauteloso, de la zona del apartamento que estaba destinada al servicio.

—¿Estás bien?

Cuando Beethoven la vio disfrazada de fregona y se dio cuenta de que era así como había logrado engañar a su padre, soltó una de sus estrepitosas carcajadas.

Beatriz esbozó una sonrisa, al comprobar que el músico no estaba malherido y corrió a abrazarse a él.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la chica.

Beethoven le indicó que escribiera la pregunta en la libreta, y cuando la hubo leído dijo:

—Lo mejor es que estemos unos días sin vernos, hasta que pensemos en la mejor manera de salir de esta.

—No hay que dejarse amilanar, al fin y al cabo ¿qué puede hacernos mi padre?

—Beatriz, tu padre no estaba bravuconeando cuando decía que tenía contactos en palacio. Es posible incluso que pueda tener acceso al mismísimo emperador.

—¿Y qué? Somos dos personas libres, podemos hacer lo que nos dé la gana.

—No es tan fácil. La policía de Metternich me ha dejado hasta ahora en paz porque creen que solo soy un viejo chiflado, completamente inofensivo. Pero si quisieran buscarme problemas, podrían hacerlo encontrando decenas de testigos que me han oído despotricar en restaurantes y tabernas contra el régimen y contra el emperador en infinidad de ocasiones.

—¿Quién se atrevería a meterte en la cárcel? Eres una institución en esta ciudad.

—Tal vez lo fuera hace unos años. Hoy ya solo soy una vieja gloria en decadencia.

Beethoven se acercó a la mesa donde Beatriz había estado pasando a limpio algunos compases de la *Décima Sinfonía* y empezó a organizar sus apuntes musicales, que ató con una cinta e introdujo luego, como si fuera una carpeta, en el gran cuaderno alargado en el que estaba la copia en limpio de la obra, aún incompleta.

—Toma —le dijo a Beatriz, entregándole todo el material—. Ahora lo importante es que termines de pasar a limpio mi *Décima Sinfonía*. Llévate todo a tu casa y dentro de unos días yo me las arreglaré para recoger el manuscrito de la manera más discreta posible.

A Beatriz aquello le sonó a despedida definitiva.

—Prométeme que volveremos a vernos —dijo.

Beethoven no respondió, sino que agarrando una gran pluma de oca que reposaba sobre su mesa de trabajo abrió la partitura por la primera página y escribió, con muy buena caligrafía, las siguientes palabras en italiano:

Sinfonía Decima in do minore Op. 139
composta per festeggiare la beltà della mia amata immortale.

Y un poco más abajo, también en la misma lengua

*Dedicata a Beatriz de Casas, i cui occhi ridenti e fuggitivi
ispirarono queste pagine.*

Y sin que mediaran más palabras entre ambos, se despidieron allí mismo con un largo y apasionado beso.

Viena, diciembre de 1826

Beatriz de Casas terminó de copiar los últimos compases de la *Décima Sinfonía* de Beethoven una semana después de que su colérico padre hubiera irrumpido en el apartamento de Beethoven, derribándole al suelo y amenazándole con denunciarle a la policía de Metternich. Aunque no se habían vuelto a ver desde entonces, el compositor consiguió mandarle recado, a través del pequeño Van Breuning, de que no le devolviera el manuscrito, transgresor y disonante como pocos, pues Beethoven había quedado tan mortificado tras la experiencia de la Gran Fuga, que no quería volver a padecer una experiencia similar por nada del mundo.

La Gran Fuga había nacido inicialmente como el último movimiento de su *Cuarteto para cuerda n.º 13*, pero la pieza estaba tan erizada de escollos técnicos para los ejecutantes y tan plagada de disonancias y de cambios abruptos para los siempre convencionales oídos de los vieneses, que su editor le había implorado que escribiera un final alternativo —y sobre todo, más suave— para el cuarteto de cuerda.

Beethoven accedió, tras haber visto con sus propios ojos las caras de horror y repugnancia de los espectadores que acudieron al estreno del cuarteto, cuando tuvieron que escuchar la fuga. El músico les llamó imbéciles, pero consintió en quitarla de la versión definitiva, publicándola como obra aparte y sustituyéndola en el cuarteto por un movimiento más accesible.

El plan de Beethoven era que Beatriz custodiara la partitura hasta después de su muerte, y que la enviara luego a su editor para que la publicara como obra póstuma. No deseaba que la sinfonía permaneciera en su propia vivienda, pues estaba convencido de que su intrigante amigo Schindler hubiera sido capaz incluso hasta de destruir la obra para que esta no mancillara, como un garbanzo negro, raro y disonante, el resto del impecable ciclo sinfónico del compositor.

Lo cierto es que la *Décima Sinfonía*, además de tener una revolucionaria estructura de siete movimientos, que Beethoven no había empleado en ninguna de sus composiciones anteriores, contenía innovaciones musicales y audacias armónicas tan avanzadas como un solo de timbal en el *scherzo* de cinco minutos de duración o pasajes bitonales en el rondó final, en los que acordes superpuestos en las tonalidades de do mayor y fa sostenido mayor anticipaban los experimentos que un siglo más tarde llevaría a cabo Stravinsky en su ballet *Petrushka*. En el sexto movimiento, *Andantino con variazioni*, Beethoven había utilizado escalas pentatónicas y creado pasajes de tal ambigüedad tonal que bien podía decirse que la revolución que iniciara Debussy con *Preludio a la siesta de un Fauno* había comenzado en realidad con la *Décima Sinfonía*. En el segundo *allegro con brío*, había pasajes tan deliberadamente repetitivos —una misma melodía expuesta, con ligeras variantes, hasta treinta veces

seguidas— que le convertían en un auténtico pionero del minimalismo. Los siete movimientos no estaban separados entre sí, como suele ser habitual en las sinfonías, sino unidos mediante cadencias de engaño y otros recursos técnicos, de los que Beethoven se había servido para convertir su última y monumental sinfonía en un continuo musical de una hora y media de duración. La *Décima* era una obra destinada a ser para siempre, en cualquier época que se la escuchase, una obra contemporánea.

Beatriz volvió a mirar orgullosa la dedicatoria de la primera página, que equivalía poco más o menos que a un título de propiedad del manuscrito, y escrutó minuciosamente su propio dormitorio, tratando de establecer cuál podría ser el mejor escondrijo en el que ocultar la partitura. No quería que su padre, que había pasado de la noche a la mañana de reverenciar a Beethoven a aborrecer hasta la última corchea de la más sublime de sus obras, encontrase el manuscrito y, cegado por la ira, lo arrojara al fuego. Por un momento pensó en guardarlo bajo llave en su escritorio, camuflado bajo otros documentos, pero llegó a la conclusión de que tarde o temprano, y para asegurarse de que ella y el músico no anduvieran carteándose, su padre realizaría un registro minucioso de todos los papeles de su alcoba. Después probó a meterlo entre el somier y el colchón de su cama, y decidió que ese sería, de momento, el mejor escondite provisional. Al agacharse para meter la partitura bajo su lecho se fijó en que uno de los pesados tablones que conformaban el suelo de madera de su habitación estaba ligeramente desclavado y trató de levantarlo con las manos, para comprobar el hueco que había entre este y los rastreles sobre los que descansaba todo el entarimado. Solo consiguió romperse una uña y clavarse una astilla en el pulgar, que tuvo que sacarse con la ayuda de una aguja de coser. Bajó entonces a la herrería, donde sabía que encontraría herramientas de las habitualmente empleadas para herrar y desherrar a los lipizanos, y se apoderó de un escoplo, un martillo y unas tenazas, con los que estaba segura que lograría levantar el tablón de marras.

No habían transcurrido ni treinta segundos desde que empezara a forcejear con la madera cuando su padre, atraído por los martillazos, entró sin llamar en la habitación.

Beatriz quedó totalmente petrificada y sin saber qué decir cuando su padre la sorprendió, de rodillas en el suelo, con una herramienta de herrero en la mano.

Tanto en el tono de voz como en la dureza de su expresión resultaba evidente que aún seguía enojado por sus relaciones clandestinas con Beethoven.

—¿Se puede saber qué haces?

—Padre ¿por qué entra en mi habitación sin llamar?

Don Leandro de Casas hizo caso omiso de la pregunta de su hija y avanzó con paso decidido hasta situarse a dos palmos del tablón que esta trataba de levantar.

—¿Un listón suelto? Yo estuve a un tris de matarme con uno de ellos el mes pasado. Le diré a uno de los mozos que suba a clavarlo.

—Ya puedo hacerlo yo, padre.

Don Leandro llevó a cabo un rápido e inquisitorial barrido visual de la alcoba de su hija y vio que la mesa estaba llena de partituras.

—He hablado esta mañana con herr Golerich y me ha dicho que tus progresos en armonía y contrapunto son muy notables.

Beatriz se dio cuenta, un segundo antes de responder, de que iba a meter la pata con lo que dijo:

—Es que tengo un buen maestro, padre.

El fantasma de Beethoven planeó durante unos instantes por la habitación. Luego, don Leandro frunció el ceño, dio media vuelta y cerró la puerta tras de sí, con un enérgico movimiento que estuvo cerca del portazo.

Beatriz oyó los pasos de su padre bajando las escaleras, señal inequívoca de que se disponía a salir a la calle. Se asomó a la ventana para cerciorarse de que, efectivamente, estaba abandonando el edificio y hasta que no le vio alejarse unos metros, camino de la Heldenplatz, no reanudó su forcejeo con el tablón que estaba tratando de levantar.

Gracias a las contundentes herramientas que había conseguido en las cuadras, en cinco minutos logró desclavar un par de maderos y pudo comprobar que, efectivamente, había sitio suficiente entre la solera y el entarimado de la habitación para ocultar el voluminoso manuscrito de Beethoven. Sacó la partitura de debajo del colchón, la ocultó bajo el suelo, clavó otra vez los maderos e hizo una profunda marca en forma de B en uno de ellos, para acordarse del lugar exacto en el que había escondido el manuscrito. Cuando ya iba camino de las cuadras, dispuesta a devolver las herramientas a su sitio escuchó el relincho de un caballo proveniente de la gran explanada de arena donde los lipizanos deleitaban a los vieneses con sus tradicionales exhibiciones.

Aprovechando la salida de don Leandro, y desobedeciendo frontalmente sus instrucciones —el veterinario no quería que los jinetes sometieran a los caballos a un sobre esfuerzo inútil que pudiera ocasionarles lesiones y estrés—, François Robichon de la Guerinière había ensillado a *Incitato II* mientras llevaba a cabo un entrenamiento en solitario en el impresionante picadero cerrado donde tenían lugar las célebres exhibiciones de los lipizanos. El recinto, tan elegante y majestuoso que se había utilizado durante el reciente Congreso europeo para ofrecer ágapes y recepciones de gala a los mandatarios de los países participantes, era un rectángulo de color blanco, con balaustradas a lo largo de sus dos pisos de altura, de 55 metros de largo por 18 de ancho, que podía albergar a un total de diez mil espectadores. Por el día recibía la luz de las más de dos docenas de ventanales que había a los lados más largos del rectángulo, mientras que por la noche eran necesarias cientos y cientos de velas, fijadas en los brazos de cuatro gigantescas arañas colgadas de un techo que

estaba a 17 metros de altura, para iluminar completamente la inmensidad de aquel gigantesco escenario.

Todo el mundo en la Escuela Española de Equitación sabía que los entrenamientos de los lipizanos —que estaban abiertos al público— tenían lugar por la mañana y que estaba terminantemente prohibido que los jinetes los sacaran de nuevo a la arena por la tarde, sin la autorización expresa de don Leandro. Por eso, cuando Beatriz se asomó al picadero desde la balaustrada del piso inferior exclamó:

—¡Como se entere mi padre, te vas a meter en un buen lío!

Robichon, que no había visto llegar a Beatriz, caracoleó sobre el caballo durante unos instantes y luego se acercó al trote hasta ella, exhibiendo su empalagosa sonrisa.

—¡Beatriz! ¿Ya estás totalmente recuperada? Me había comentado tu padre que habías tenido algunos problemas de salud.

—No es mi salud lo que debe preocuparte, François, sino la de tu caballo. Mi padre...

—Tu padre sabe mucho de caballos, no lo niego —interrumpió el jinete en un tono de cierta dureza—, pero el que se pasa cuatro horas diarias a lomos de *Incitato II* soy yo.

—Lo sé pero...

—Déjame terminar. Soy yo el que queda en mal lugar cuando, como ocurrió la semana pasada durante la *Grande Quadrille*, el caballo no ejecuta a la perfección los movimientos que se le han enseñado.

La *Grande Quadrille*, que se llevaba a cabo con los dieciséis mejores lipizanos de la Escuela, era el número estrella del espectáculo, una especie de ballet ecuestre perfectamente coreografiado y ejecutado al compás de una orquesta de cámara de primera fila.

—Además —continuó—, cuando el caballo está agobiado o nervioso se nota inmediatamente. ¿Tú ves que *Incitato* tenga algún problema?

Beatriz permaneció un segundo en silencio y tras echar un rápido vistazo al caballo dijo:

—No, el caballo parece estar perfectamente. Pero quiero que lo devuelvas a la cuadra ahora mismo.

A Robichon le atraía el carácter fuerte de Beatriz, a la que consideraba una especie de yegua asilvestrada a la que él creía que iba a ser capaz de domar. Por eso dijo:

—Llevaré a *Incitato* a la cuadra inmediatamente con una condición: que te subas conmigo al caballo y me acompañes a devolverlo.

—¿Crees que tengo miedo de subirme a un caballo? —dijo la chica muy resuelta.

—No, creo que es a mí a quien temes.

Beatriz dudó unos instantes.

—Con tal de no soportar a mi padre enrabiado durante una semana por lo que le pueda pasar a *Incitato*, soy capaz de cualquier cosa. Espérame ahí, que bajo a la arena en un santiamén.

—Vamos, Beatriz, si estás a un paso de mí. ¿Acaso no te atreves a saltar desde la balaustrada?

—Hay tres metros de altura.

—No seas boba, yo te cojo.

Robichon acercó a *Incitato* a la pared y poniéndose ágilmente de pie sobre la silla de montar extendió los brazos hacia Beatriz para que esta se animara a saltar la balaustrada y se pusiera en sus manos.

—No llego —dijo la chica, que con una mano se estaba sujetando a uno de los balaustres y con la otra casi podía tocar las enguantadas puntas de los dedos del jinete—. Será mejor que no hagamos el idiota y que baje por la escalera.

—Tienes que confiar en mí y dar un pequeño salto —le contestó Robichon—. Claro que si tienes miedo...

Beatriz no estaba dispuesta a dar muestra de temor alguno delante del jinete y saltó decidida a sus brazos, en una maniobra que sorprendió al francés y que casi provocó la caída de ambos a la arena del picadero debido a un súbito movimiento de vaivén del corcel.

Una vez que estuvieron los dos de pie sobre el caballo, Robichon ayudó a tomar asiento a Beatriz y luego se sentó él delante, asiendo con firmeza las riendas de *Incitato*.

—¿Estás bien? —preguntó el francés, como si él mismo no hubiera estado a punto de desnucarse un segundo antes.

—Claro que estoy bien. Anda, lleva a *Incitato* a su casa.

En el momento mismo en que Robichon hizo el gesto de picar espuelas para que el caballo se pusiera en movimiento, este, que no estaba acostumbrado a notar sobre el lomo el peso y los movimientos de dos personas, se encabritó bruscamente, y levantando las patas delanteras casi hasta la altura de la balaustrada, pilló desprevenida a Beatriz, que acabó rodando por el suelo.

Una caída como esa normalmente le podía costar a uno la rotura de la clavícula y de varias costillas, pero Beatriz se levantó inmediatamente, sacudiéndose la tierra del vestido.

—¿No te has roto nada? —preguntó preocupado el jinete, que se había bajado del caballo para ayudar a incorporarse a la chica.

—Me he dado una buena torta, pero mi padre me enseñó a caer del caballo desde muy pequeña y eso ha evitado que me rompiera la crisma.

—Este maldito *Incitato* todavía no ha aprendido cómo hay que tratar a una dama.

Robichon le dio un fuerte manotazo en el morro al caballo, a modo de castigo,

cosa que este no se tomó muy a bien, porque descubrió los dientes y amagó con cargar contra el jinete.

—Y tú no has aprendido todavía a tratar a un caballo —dijo indignada Beatriz—. Lo que tienes que conseguir es que el animal sienta respeto y no temor por ti.

La chica se agachó para recoger las riendas del caballo, que colgaban ahora hasta el albero por la parte delantera del animal, y el caballo, que ya estaba a la defensiva tras el fenomenal guantazo que le había propinado Robichon, se asustó con el gesto y mordió a Beatriz en el cuello.

La herida fue tan leve que la hija de don Leandro, que temía además que el jinete se cebara de nuevo con el caballo pretextando que este la había agredido, le dio aún menos importancia de la que tenía.

—Déjame ver qué te ha hecho —le insistió Robichon varias veces.

—Es solo un pellizco. *Incitato* no quería hacerme daño, sino mostrar su enfado por el manotazo recibido. Anda, llévale de una vez a su establo.

El jinete obedeció y se despidió de Beatriz, a la que no volvió a ver hasta al cabo de tres días, cuando se corrió la voz por la Escuela de que no se encontraba bien de salud.

Esta vez la dolencia de la chica era auténtica y no se trataba de ninguna estratagema de su padre para ahuyentar a los moscones que a veces la rondaban.

Beatriz empezó a quejarse de dolor al tragar líquidos y alimentos y de rigidez en la mandíbula y don Leandro hizo llamar inmediatamente al médico de palacio, que llevó a cabo un diagnóstico certero aunque tardío.

Aunque la *clostridium tetani* —nombre latino con el que los científicos bautizaron la enfermedad del tétanos— no sería descubierta hasta finales del XIX, los médicos conocían desde la antigüedad la relación letal entre cierto tipo de heridas y la rigidez muscular que provocaban en el paciente. La infección tetánica, que casi siempre era mortal, y cuya vacuna no sería inventada hasta la Primera Guerra Mundial, estaba provocada por una potente neurotoxina, la exotoxina tetanospasmina, que penetra en las fibras nerviosas motoras periféricas hasta llegar al sistema nervioso central.

Al escuchar el diagnóstico, el padre, que sabía de sobra cómo se contraía la temible enfermedad —por más que esta no hubiera sido aún bautizada— y sus fatídicas consecuencias, se fue derecho hasta su hija, que comenzaba ya a retorcerse con los primeros espasmos musculares en el lecho del dolor y le dijo:

—Beatriz, esto es muy importante ¿te has hecho alguna herida en los últimos días?

—Ninguna, padre —respondió la chica con una voz muy débil, pues debido a la

rigidez de los músculos, le costaba articular las palabras.

—Hace muy poco te vi manejando clavos y martillo en el suelo de tu habitación. ¿Estás completamente segura de que no te has pinchado con nada, especialmente con alguna punta oxidada?

—Estoy segura, padre. Solo tengo una ligera mordedura de caballo, aquí, junto al cuello.

Beatriz se retiró por un momento el pañuelo que había utilizado para taparse el bocado que le había propinado *Incitato* —algún malintencionado podría haber pensado que la marca en el cuello la había causado algún amante demasiado fogoso— y su padre vio, por vez primera, la herida que su hija se había preocupado tanto en ocultar.

—Eche un vistazo, doctor.

El médico inspeccionó la herida y confirmó que la infección había entrado por ahí:

—Es algún tipo de bacteria anaeróbica —anunció—. Si la herida sangra abundantemente, se lava con agua y jabón y luego se deja sin cerrar, es muy difícil que se infecte, porque estos microorganismos no pueden florecer en presencia de oxígeno. Pero veo que su hija ha llevado la herida tapada durante varios días, y aunque esta no es muy profunda no ha recibido la suficiente ventilación.

Don Leandro se tapó la cara con las manos en un gesto de impotencia y desesperación. Así permaneció un buen rato, y luego, sin importarle que su hija le escuchara, preguntó:

—¿Va a morir, doctor?

El médico, violento ante el hecho de que se le forzara a emitir el pronóstico delante de la chica, no dijo nada. Don Leandro, al ver que este no contestaba, se levantó del borde de la cama donde estaba sentado, y agarrándole con furia de las solapas lo zarandeó violentamente:

—¡Conteste, matasanos! ¡Le he preguntado si va a morir!

Beatriz, a la que la reacción violenta del padre le recordó en el acto el lamentable incidente ocurrido días atrás con su amado Beethoven, intervino para que cesara el maltrato:

—¡Padre, él no tiene la culpa!

—Tienes razón —afirmó don Leandro soltando al médico, que se había tenido que poner de puntillas para evitar que le desgarraran la ropa—. ¡Dime qué caballo fue! ¡Dime cuál te mordió!

—Padre ¿qué vais a hacer?

—Voy a matar a esa bestia en este mismo instante. ¡Dime el nombre! ¡Ahora!

Aunque Beatriz hubiera querido delatar a *Incitato* y a su jinete, Robichon de la Guerinière, no le hubiera sido posible, porque en ese instante fue presa de un dolor

abdominal tan intenso que parecía que le estuvieran practicando una cesárea sin anestesia.

El médico logró contener con láudano ese primer episodio de dolor pero no pudo hacer nada para evitar que los síntomas característicos de la enfermedad se fueran haciendo, a medida que pasaban las horas, cada vez más pronunciados y numerosos.

—Si el caballo no la hubiera mordido en el cuello, tan cerca del sistema nervioso central —confesó desolado el médico a don Leandro—, tal vez yo pudiera haber hecho algo. Pero ahora ya es demasiado tarde, la bacteria se ha adueñado por completo de su organismo.

Beatriz de Casas murió a las cuarenta y ocho horas de aquel primer diagnóstico, entre espantosas convulsiones y anoxia progresiva provocada por la paralización de los músculos respiratorios.

La capilla ardiente, a la que a Beethoven se le impidió el acceso, se llevó a cabo con el féretro tapado, pues la neurotoxina tetánica había dejado estampada en el rostro de la muchacha su firma siniestra: los músculos de la cara de Beatriz se habían contraído en una sonrisa sardónica, que producía escalofríos contemplar.

El destino quiso que Beatriz de Casas, la mujer que había inspirado a Beethoven la más revolucionaria de sus sinfonías, falleciera el 17 de diciembre. El compositor había nacido el mismo día, en 1770.

Doce números más. Eso era lo que separaba a Daniel, según la juez y el forense, de la caja de seguridad donde estaba escondida la partitura de la *Décima Sinfonía*. En algún banco austríaco, probablemente vienés, Thomas había guardado el manuscrito musical más importante de los últimos siglos y nadie tenía por el momento la clave para establecer de qué entidad se trataba. Faltaban doce números que, en teoría, estaban codificados en el tatuaje de la cabeza del músico asesinado y que Daniel Paniagua, por más que le daba vueltas al asunto, no era capaz de descifrar. ¿Y si la juez y el forense estaban equivocados y el resto de la clave estaba en otro lugar, por ejemplo, en un segundo tatuaje? Eso resultaba sumamente improbable, pensó, ya que el cuerpo de Thomas debía de haber sido revisado e inspeccionado por el equipo forense de Pontones hasta el último pliegue de su piel. ¿Y si el asesino había descifrado ya la clave y estaba ya a miles de kilómetros de distancia, con la partitura en su poder? En ese caso tendría que haberse presentado en el banco para retirar la partitura y los empleados de la entidad podrían dar una descripción pormenorizada de su aspecto físico. Cada vez le resultaba más claro que descifrar la partitura hasta el final era el camino para detener al criminal que había decapitado al musicólogo.

Lo primero que hizo al salir del despacho de doña Susana fue llamar a su amigo Malinak para que averiguase si había habido un apellido De Casas en relación con la Escuela Española de Equitación. Luego consultó el buzón de voz y comprobó que tenía dos mensajes grabados, que respondió por orden. Primero telefoneó a Humberto, que se casaba con Cristina al cabo de tres días.

—Tengo un mensaje tuyo, pero como haces siempre, no me dices para qué.

—Nos ha pedido que fuera secreto pero eres amigo mío y te lo tengo que decir: Alicia viene a la boda y lo más fuerte...

—¿Qué? Pero si no me ha dicho nada —le interrumpió Daniel.

—Es que quiere darte el notición por sorpresa.

—O sea que cuando vea a Alicia ¿tengo que hacerme el tonto y decirle que no sabía que venía?

—¿De qué estás hablando? Si el notición no es que viene: es que va a tener el niño.

Daniel, que no tenía noticia alguna de Alicia desde que habían hablado acerca de las coordenadas del tatuaje, pensó que su amigo le estaba tomando el pelo. Pero luego se dio cuenta de que no era un asunto sobre el que Humberto pudiera gastarle bromas y le creyó a pies juntillas:

—¿Cuándo te lo ha dicho?

—A mí no, se lo dijo a Cristina. Pero descolgué el teléfono el otro día sin querer, porque tenía que hacer una llamada y no me había dado cuenta de que la línea seguía

ocupada y me enteré por casualidad.

—¿No sabrás también el sexo?

—¿Pero tú qué te crees que es esto, una agencia de información?

—La voy a llamar ahora mismo.

—Ni se te ocurra, que me dejas a mí con el culo al aire.

—La llamo de todas formas, pero no le digo que sé que vamos a ser papás.

—De acuerdo, pero como te vayas de la lengua, te hago cantar «Blanca y radiante va la novia» delante de todo el mundo.

Daniel telefoneó a Alicia nada más despedir a Humberto y logró mantener con ella una tierna conversación de media hora, en la que no aludió ni un solo instante ni a su inminente venida a España ni a la decisión que estaba a punto de cambiar sus vidas.

—¿Nos vemos al otro fin de semana, en Grenoble? —dijo Daniel para concluir.

—Claro —respondió ella—. Es a ti a quien le toca ahora coger el avión.

Daniel estaba tan nervioso con la venida de Alicia y su decisión de tener el niño que se olvidó por completo del otro mensaje que tenía en el buzón. El que le había llamado, Durán, tuvo que hacerlo a las pocas horas, irritado por la falta de respuesta.

—Estaba en el juzgado y no te he podido llamar antes —se excusó Daniel—. ¿Sabes que voy a ser padre?

—Enhorabuena —dijo Durán sin preocuparse siquiera de simular entusiasmo. Le había felicitado como al que le toca el reintegro en la lotería.

Su mente estaba en otra cosa.

—Marañón da por finalizado lo que podríamos llamar el luto por la muerte de Thomas y ha organizado otro concierto en su casa, al que, esta vez, nos ha invitado oficialmente a los dos.

—¿Cuándo es?

—Mañana por la noche.

—¿Tan pronto? Parece un concierto improvisado.

—Es que ha sido totalmente improvisado. La persona que va a dar el concierto privado es Isaac Abramovich.

—No puede ser —respondió Paniagua—. Abramovich toca mañana las tres últimas sonatas para piano de Beethoven en el Auditorio Nacional.

—Ha cancelado el concierto porque la directora del Auditorio no le ha permitido ensayar por la mañana.

—¿Otra vez esa bruja ha vuelto a convertir el Auditorio en tanatorio?

Paniagua estaba haciendo alusión a la directora del centro, que con sus rígidos horarios y su actitud inflexible hacia las necesidades de los artistas, estaba provocando que cada vez mayor número de ellos se negara a actuar en el mismo.

—Marañón, al enterarse de que Abramovich había cancelado, se puso en contacto

inmediatamente con su representante y le dijo que le doblaba el caché si ofrecía el concierto en su casa.

—¡Las tres últimas sonatas! Aunque me figuro que a Marañón la que de verdad quiere oír es la última, la número 32. Está en do menor, tres bemoles en la armadura, como la *Décima*.

—¿No te produce escalofríos?

—¿Te refieres a la simbología masónica?

—Me refiero al hecho de que Marañón está convencido de que el asesino de Thomas aún no ha descifrado el tatuaje. Así que es muy posible que mañana, entre los invitados al concierto, esté también, buscando una pista que le conduzca por fin a la clave del código, la persona que le cortó la cabeza.

La mañana del concierto, el inspector Mateos recibió un sobre acolchado que venía de París. En el remite ponía:

Billards Delorme

56, Rue des Filles de Sainte Geneviève-du-Mont

Al abrirlo, se percató de que contenía una docena de cartas de amor escritas a Ronald Thomas por la mujer española a la que Delorme había aludido en su entrevista días atrás.

Al igual que las misivas que Beethoven escribiera en su día a la misteriosa Amada Inmortal, estas también estaban fechadas solo con el día del mes y de la semana, y firmadas con una inicial, L. Databan todas de la misma época, un período en el que, al parecer, la mujer se encontraba convaleciente de una enfermedad, durante la cual él la había estado cuidando. Al empezar a remitir la dolencia, Thomas se había sentido con fuerza para alejarse unos días de su lado, aunque era evidente, por la frecuencia con la que se escribían, que la pareja estaba muy unida y que él había estado seriamente preocupado por su salud.

La primera de ellas comenzaba:

Hola, bichejo, ¿cómo estás? ¿Qué tal tu día? Espero te encuentres muy bien y descansando en casita...

¿Qué te cuento? Que ya estoy mucho mejor, gracias a ti y a tus apapachos.

De verdad que de solo imaginarme todas las caricias que me hacías cuando estábamos juntos, me he empezado a sentir mucho más animada...

No había en el contenido de las cartas ningún indicio que pudiera ayudar a Mateos a identificar a la mujer, pero gracias a una alusión a una extraordinaria nevada que había caído en el Sahara unos días antes de la escritura de la misiva, el inspector pudo establecer que las cartas eran de 1979. Consultando calendarios antiguos se dio cuenta de que solo había un año en el que el 12 de marzo hubiera caído en lunes y en el que además se hubiera producido una nevada semejante en el Sahara, hecho que la mujer ligaba a unos versos de una canción que le gustaba mucho y que incluía en una de las epístolas.

Si el fuego del amor
arde tan intensamente
que llegue a consumirnos,

rezaré al cielo
para que nieve en el Sahara.

Ante la imposibilidad de averiguar más datos partiendo del contenido de las cartas, el inspector Mateos se desplazó hasta la Comisaría de la Policía Científica para que su buen amigo Salmerón, un auténtico mago del análisis grafológico, le orientara acerca de la personalidad de la mujer que las había escrito. Salmerón destacaba tanto en su profesión que sus superiores le habían colocado al frente del primer equipo de agentes especialistas en grafología árabe: con el auge creciente del fundamentalismo islámico, esta disciplina se había convertido en esencial y más necesaria que nunca.

Mateos encontró a Salmerón charlando con un argelino que al parecer supervisaba los trabajos de la unidad, pero en cuanto le vio llegar despidió a su colaborador y le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Cómo tú por aquí? —le dijo, al tiempo que le daba un fuerte apretón de manos.

—Necesito que le eches un vistazo a estas cartas —respondió Mateos mostrándole el fajo remitido por Delorme.

—Uf, estoy hasta arriba de trabajo. ¿Te urge mucho?

—No es tanto la urgencia como el hecho de que si mando las cartas a través del conducto oficial, igual caen en manos de un grafólogo que no eres tú.

—Eso seguro, yo ya solo me dedico a grafística, y encima en árabe. ¿Qué quieres saber de las cartas?

—Intento averiguar quién las escribió, y a falta de eso, me conformo con conocer su personalidad.

—Es mi especialidad, por mucho que mis jefes se hayan empeñado en darme la patada para arriba. Aquí lo único que hago son pruebas periciales caligráficas, ya sabes, cotejo de manuscritos para descubrir su autoría, autenticidad de la firma, etc. Pero lo verdaderamente apasionante de esta profesión —y en lo que yo, modestia aparte, he destacado un poquito más que mis colegas— es la grafopsicología. Quizá porque me la tomo en serio, cosa que muchos de mis compañeros no hacen. Como bien sabes, en más de una ocasión he logrado, analizando la escritura de un maltratador, presentar ante un juez un dictamen que posibilitara la orden de alejamiento, antes de que se llevara a cabo la exploración psicopatológica, que como sabes es un proceso que lleva mucho tiempo.

Mateos agitó el puñado de cartas delante de su amigo y luego dijo:

—¿Ni un vistazo rápido?

Salmerón agarró las cartas. Echó una ojeada a su alrededor y comprobó que había demasiada gente.

—Vamos a otro lugar. Estaremos más tranquilos.

Los dos agentes se encerraron en un despacho del que bajaron las persianas y el grafólogo ordenó cuidadosamente las doce cartas sobre la mesa, en dos filas superpuestas. Tras examinarlas en silencio durante un buen rato, ayudándose algunas veces con una potente lupa, el policía se quitó las gafas.

—Ya he visto suficiente.

—¿Qué me puedes contar?

—Sea quien fuese esta mujer, debes tener mucho cuidado con ella. La letra es, en apariencia, alegre, como de persona amigable, pero solo en apariencia. En realidad te enfrentas a una persona fría e introvertida, ¿ves la escritura? Está inclinada hacia la izquierda. Es una persona muy sigilosa y taimada, uno de los rasgos más típicos de la personalidad criminal. ¿Ves cómo traza las oes? Se cierran en un anillo perfecto, lo que apunta a una persona a la que le encanta ocultar cosas. Los puntos de las íes también se cierran de forma agobiante sobre las astas, lo que indica disimulo, reserva. Las tes me llaman poderosamente la atención, porque los brazos no cruzan el palo, lo que apunta a una persona emocionalmente torturada y sin conciencia clara del bien y del mal.

—Pero ¿todo esto es científico?

—Hay cerca de trescientos rasgos destacables en la caligrafía humana; obviamente, nunca están presentes todos a la vez. Analizados uno a uno y de forma separada pueden no querer decir nada. Pero cuando los examinas de forma conjunta y cada rasgo confirma el anterior, te puedo asegurar que las conclusiones a las que se llega son muy fiables.

—Continúa, por favor.

—Coge la lupa y observa bien la terminación puntiaguda del rabito de la t: está expresando hostilidad y ansias de venganza. Escribe muy espaciado, lo que indica una necesidad de llamar la atención, o por lo menos de que se esté todo el rato pendiente de ella. Así a bote pronto, es lo primero que se me ocurre, aunque si dispusiera de más tiempo te podría decir muchas más cosas. ¿De dónde han salido estas cartas?

—Tienen que ver con un caso que tengo entre manos.

—Yo he visto esa caligrafía en algún sitio. Para nosotros los grafólogos, la caligrafía de una persona es como para los fisonomistas una cara. No se nos olvida nunca.

—¿No puede tratarse de una letra que sea parecida? Mira que estas cartas son de 1979. Igual tú ni habías nacido.

—No lo sé —dijo Salmerón—. Déjame que le dé un par de vueltas y si asocio la letra con la persona, te doy un toque.

Y tras decir esto, salió súbitamente del despacho y dejó solo a Mateos con un

puñado de cartas que, cada vez estaba más convencido de ello, podían ponerle sobre la pista del misterioso asesino de Ronald Thomas.

Paniagua llegó tarde al concierto en casa de Marañón debido a un malentendido con Durán, pues cada uno pensaba que el otro iba a pasar por su casa a recogerle en un taxi. El retraso, sin embargo, no tuvo grandes consecuencias para ninguno de los dos, ya que el recital en el que el gran virtuoso del piano Isaac Abramovich iba a interpretar las tres últimas sonatas de Beethoven, no había podido comenzar a su hora. Abramovich, conocido en el mundo entero por sus excentricidades, era quizá el único pianista de primera fila que se afinaba su propio piano. Al tensar una de las cuerdas del instrumento, que a su juicio había quedado demasiado baja, esta se había partido y restallando en el aire como un pequeño látigo, había ido a impactar contra la cara del virtuoso, lo que le provocó una pequeña lesión en la ceja. Aunque la herida de Abramovich era, al parecer, superficial, Marañón había preferido que el instrumentista fuera atendido de urgencia en el hospital más cercano y que el concierto solo diera comienzo una vez que el médico hubiera llevado a cabo la cura correspondiente.

A la espera de que el músico se reincorporara a la *soirée*, Marañón había dado orden de que se sirviera el refrigerio y los invitados al concierto estaban ahora departiendo entre sí, la mayoría con una copa en la mano, distribuidos en corrillos más o menos numerosos y repartidos a lo largo y ancho del salón que hacía las veces de auditorio.

Por la megafonía de la amplia estancia se escuchaba, a un volumen que no interfería en la conversación, uno de los últimos cuartetos de Beethoven.

En el grupo donde estaba el anfitrión se hallaban, además de él, el príncipe Bonaparte que, esta vez sí había podido responder a la invitación, una mujer de mediana edad a la que Daniel creía haber visto entre los invitados la noche en que Thomas dio su último concierto, y la magistrada Rodríguez Lanchas.

Durán no había llegado todavía.

—Ya conoces a Susana —indicó Marañón, invitando a Daniel a que se incorporara al corrillo.

—Por supuesto —dijo la magistrada antes de besarle efusivamente—, Daniel me está ayudando con uno de los sumarios que tengo entre manos.

Antes de que el millonario pudiera presentarle al resto del círculo, la mujer, de la que Paniagua solo pudo averiguar después que atendía al nombre de Nelsy y que estaba casada con el director general en España de una multinacional americana de refrescos de cola, rompió el hielo:

—Hablando de sumarios, parece que todavía no ha habido ni una sola detención en relación con el caso Thomas. Me parece un escándalo, la verdad. Si estuviéramos en Europa, como dice este gobierno que estamos, les aseguro que el asesino estaría ya

entre rejas.

Se produjo un tenso silencio.

Nadie sabía si la mujer ignoraba de qué caso se estaba ocupando doña Susana —y si, por lo tanto, estaba metiendo la pata por falta de información— o si su intención era provocar abiertamente a la juez, quizá por considerarla alineada ideológicamente en una posición contraria a la suya. La confusión no duró más que breves instantes, porque la magistrada replicó enseguida con gran firmeza:

—Permítame aclararle, señora mía, que se encuentra usted ante la persona que está instruyendo el sumario que acaba de mencionar.

Daba la impresión de que si no hubiera tenido media cara paralizada, le hubiera podido enseñar los dientes a su interlocutora.

—No tenía la menor idea —replicó la mujer que, aunque sincera en su ignorancia, no parecía mostrarse excesivamente incómoda por el patinazo que acababa de protagonizar—. En ese caso le pido disculpas, aunque mi crítica no pretendía ser personal, sino que iba dirigida más bien al caos que hay en los tribunales desde que entró el nuevo gobierno.

Marañón se dio cuenta de que la magistrada tenía ganas de seguir replicando a la señora y decidió cortar por lo sano:

—Tengamos la fiesta en paz, Susana.

—Hemos venido a relajarnos —apostilló Bonaparte—. No tiene sentido enfadarse de esta manera.

—Y más en una noche como esta —añadió Marañón—. ¿No lo percibís? Hay algo extraño en el ambiente, casi maligno —dijo Marañón—. Primero nuestro virtuoso resulta herido, ahora dos de mis más queridas amigas se enzarzan en una pelea sin sentido.

—¿Algo maligno? —dijo el príncipe—. ¿Es que es usted supersticioso?

El anfitrión sonrió al escuchar la pregunta de Bonaparte.

—En absoluto, mi querido príncipe. Por el contrario, todo lo relacionado con la superchería me pone especialmente nervioso. Lo que trato de decir es que el aire, esta noche, está cargado de electricidad, de iones positivos, debido a la tormenta en ciernes, y la ionización positiva, pese al engañoso adjetivo es, como saben, enormemente negativa y perjudicial para el ser humano. Produce cansancio, irritabilidad, insomnio.

—Querido Jesús —dijo Nelsy—. ¿Y cómo es que en tu fabulosa mansión no hay un generador de iones negativos?

—Lo hay, Nelsy, pero abusamos tanto de él que el pobre ha dicho hoy mismo: «¡Basta!». La única manera de que se limpie este ambiente es que descargue cuanto antes la tormenta que se está preparando.

El secretario de Marañón se le acercó sigilosamente por detrás y le susurró algo al

oído.

—Buenas noticias. Jaime me acaba de informar de que Abramovich ya está totalmente repuesto y lo trae mi chófer hacia aquí.

A continuación, mirando el reloj, dijo:

—Se ha hecho muy tarde. Pero aún hay tiempo para que nuestra estrella toque al menos la última sonata que compuso Beethoven, la número 32. Daniel ¿por qué no nos ilustras sobre ella?

—Está en do menor, como sus obras más tormentosas: *la Quinta Sinfonía*, *la Décima*, cuyo primer movimiento se interpretó aquí hace unas semanas...

—Y que dicen que le costó la vida a ese pobre hombre —interrumpió Nelsy.

—La magistrada se tuvo que morder el labio para no intervenir. Daniel continuó diciendo:

—La última sonata de Beethoven es fascinante por muchos motivos, pero sobre todo porque en ella el compositor logra una síntesis perfecta de las dos técnicas musicales que más admiraba: la fuga y la forma sonata.

—Daniel, querido, me temo que, como no nos lo expliques más clarito, nos vamos a quedar como estábamos —dijo la juez.

—La forma sonata es una manera de organizar los sonidos en la que una melodía, que los músicos llaman el tema de la tónica, o sea, la tonalidad de partida, se opone, por así decirlo a otra melodía, que se llama el tema de la dominante. Es una traslación a sonidos abstractos del drama operístico: imagínense a Tristán por un lado, a Isolda por otro, y a un público que espera que a esos dos personajes les pasen cosas.

—¿Y quién es Tristán en la *Sonata 32*? —preguntó el príncipe.

—Es el tema de la tónica, que está en do menor. Seguro que lo han oído. —Daniel canturreó las tres ominosas notas del tema del *allegro con brio* y vio, por las caras de sus interlocutores, que estos recordaban el motivo—. Pues bien, en la *Sonata 32*, el tema de la tónica, Tristán, no es una sencilla melodía: es una fuga.

Coincidiendo con las últimas palabras de Daniel, uno de los dos grandes ventanales del salón en el que se encontraban, que era el del piano, se abrió de par en par, zarandeado por una furibunda ráfaga de viento. La galerna irrumpió con tal violencia en la sala que a una mujer, aterrorizada por aquel estallido súbito, se le escapó un penetrante alarido que heló la sangre de los allí presentes: era como si por aquel inmenso ventanal acabara de colarse una invisible y perniciosa criatura.

Dos criados de Marañón cerraron inmediatamente la ventana y los asistentes fueron recobrando el habla poco a poco, aunque cuando Marañón y sus acompañantes quisieron darse cuenta, el príncipe había desaparecido.

—Qué maleducado —dijo Nelsy.

Marañón se agachó a recoger del suelo una rama seca que el viento había arrastrado hasta allí y dijo, mostrándosela a los presentes.

—No me negarán que no es una noche beethoveniana. Esto es todo lo que ha quedado de él, del pobre Bonaparte.

—Debe de haber ido a por otra copa —dijo Nelsy—. Y no está tan seco como esa rama. Yo le he contado ya tres vodkas con limón desde que se unió a nosotros.

El indiscreto comentario no fue escuchado por Marañón, que separándose del grupo fue a recibir a Durán.

Los dos hombres, que no se veían desde hacía meses, se abrazaron efusivamente y posteriormente Marañón le cogió del brazo y lo llevó hasta el grupo.

—No sé si conoces a Susana —dijo el anfitrión—. Nos hemos hecho amigos porque un primo de mi mujer, que es forense, está adscrito a su juzgado.

Durán parecía no estar escuchando, pues sus ojos andaban buscando algo con avidez.

—¿Tocó aquí?

—¿Quién, Thomas? No, fue en el salón contiguo, que es más grande. No se ha vuelto a utilizar desde aquella noche.

—¿No se sabe todavía quién pudo hacerlo?

La juez intervino antes que a Nelsy le diera tiempo a reaccionar.

—No, pero le cogemos. Desde hace ya muchos años no hay fronteras para la delincuencia. Aunque el asesino de Thomas podría estar ya en Francia, por ejemplo, y en ese caso sería responsabilidad de la policía judicial de ese país el que un criminal despiadado estuviera todavía, unas semanas después de haberse cometido el delito, campando por sus respetos y eludiendo descaradamente la acción de la justicia.

Nadie pudo realizar apostilla alguna al comentario de la juez, porque en ese momento se produjo el regreso triunfal de Abramovich, en cuya ceja derecha era visible una pequeña tirita. Algunos de los invitados le aplaudieron nada más verle entrar por la puerta, y Marañón, tras intercambiar algunas palabras con él, se reincorporó al grupo, con cara de gran preocupación.

—Menuda faena. Va a tocar la 32, pero me acaba de decir que quiere hacerlo con partitura.

Durán enarcó la ceja derecha, en un gesto displicente.

—¿Con partitura? De modo que los rumores son ciertos. Abramovich, que ha tocado mil veces esa sonata, está atravesando una crisis de confianza en sí mismo que puede desembocar en una retirada a lo Horowitz.

Durán aludía al célebre colapso nervioso del pianista ucranio Vladimir Horowitz en 1953, que le tuvo apartado doce años de los escenarios.

—No es momento ahora de ponerse a enjuiciar su carrera —dijo Marañón—. Me acaba de preguntar si hay alguien que le pueda pasar las páginas de la partitura. Daniel ¿te ves con fuerza?

Paniagua titubeó, porque sabía bien lo que le estaba pidiendo su anfitrión. Para

pasarle las páginas a cualquier pianista no hacía falta solo saber leer música, sino también una concentración absoluta, para no anticiparse ni retrasarse en el momento crítico; cualquier distracción podía tener funestas consecuencias. Pero pasárselas a Abramovich, que no solo era una de las grandes figuras internacionales del momento sino además el pianista más raro y caprichoso de la década, era un riesgo tan grande que Daniel sintió un escalofrío solo de pensar que pudiera llegar a meter la pata en el escenario.

—Daniel, no hay nadie aquí que conozca la *Sonata 32* como tú —dijo Marañón, sacándole de su ensimismamiento—. Si no sales, me atrevería a decir que no hay concierto.

—Muy bien —dijo Paniagua, armándose por fin de valor—. Intentaré estar a la altura.

Marañón acompañó al escenario a Daniel y le presentó a Abramovich, que, como era habitual en él, rehusó estrecharle la mano. El pianista le mostró la partitura y le hizo cuatro o cinco indicaciones en voz baja que Paniagua escuchó con semblante grave.

El público ocupó sus asientos. El pianista quedó iluminado por una luz cenital, con el resto de la estancia en penumbra. Mientras Abramovich ajustaba su taburete, Daniel se sentó a un metro escaso del piano, fuera del cono de luz, en un discreto segundo plano.

En ese preciso momento, instantes antes de que comenzara la música, estalló por fin la tormenta, que llevaba gestándose desde hacía horas.

El primer relámpago iluminó durante unos segundos el oscurecido salón con la rotundidad de un flash fotográfico y gracias a ese súbito resplandor, Daniel advirtió de repente la presencia, en una de las primeras filas, del forense Felipe Pontones, que parecía estar mirándole a él en vez de al pianista.

El trueno no tardó en llegar y pareció sacudir hasta los cimientos de la impresionante villa de Jesús Marañón.

Antes de que el pianista atacara la primera nota se produjo un segundo relámpago que, durante breves instantes, le permitió esta vez a Daniel ver al fondo del salón, de pie y con un rostro tan macilento que apenas era reconocible, al príncipe Bonaparte. La juez, que estaba en primera fila y que veía perfectamente a Daniel a pesar de no estar iluminado, pareció darse cuenta de que algo había llamado su atención al fondo del auditorio, porque volvió su cabeza en la misma dirección.

A la luz de sucesivos relámpagos y desde su privilegiada posición en el escenario, Daniel fue reconociendo los rostros espectrales de otros invitados al concierto como Sophie Luciani, con un traje cóctel de satén oscuro, que resaltaba de manera muy sensual su delicada figura, o la princesa Bonaparte, que había elegido para la ocasión un traje de noche de color gris plata con un escote redondo con tirillas sobre los

hombros.

Todos estaban escuchando con gran concentración la interpretación de Abramovich, que había comenzado el concierto de una manera sorprendente, omitiendo de manera arbitraria la lenta introducción *Maestoso* de la sonata, llena de inestables y sombríos acordes de séptima disminuida, y atacando directamente el tema de la fuga en do menor. Respondiendo con creces a su bien ganada fama de pianista excéntrico, Abramovich había abordado además el *allegro con brío ed appassionato* con tal parsimonia que la formidable música de Beethoven parecía, tocada a un tempo tan lento, perder por momentos su impulso hacia delante y su coherencia estructural para quedar estancada en un marasmo sonoro. Daniel había oído hablar de la peculiar posición ante el teclado de Abramovich, pero ahora, sentado a su espalda, a pocos centímetros de él, podía estudiarla con todo detalle: la palma de la mano situada casi todo el tiempo por debajo de la superficie de las teclas, los dedos inusualmente rectos para atacar los acordes, y el dedo meñique de su mano derecha replegado sobre sí mismo hasta que no era requerido para pulsar una tecla, momento en el cual ¡tac! saltaba sobre la misma como la cola de un alacrán.

Paniagua, al tiempo que se felicitaba a sí mismo por la competencia con la que estaba llevando a cabo su delicada misión, no pudo por menos, sin embargo, que recordar la frase de un célebre pianista que él admiraba sobremanera, que se jactaba de abrazar una tradición en la que es la obra maestra la que le dice al intérprete lo que debe hacer, y no el intérprete el que le dice a la pieza cómo debería sonar o al compositor lo que debería haber compuesto.

Y entonces fue cuando ocurrió.

En la primera fila del auditorio empezó a sonar, con la furia y estridencia del llanto de un bebé hambriento, el politono de un teléfono móvil. Como estaba oscuro, Daniel tardó bastante en reconocer a la persona que acababa de interrumpir el concierto, pero, por vez primera en su vida, bendijo el sonido del teléfono, ya que los caprichosos *ritardandi* y *accelerandi* de Abramovich estaban destrozando la Sonata 32 de Beethoven con la saña del martillo de aquel húngaro perturbado que al grito de «¡Yo soy Cristo resucitado!» se cebó en 1972 con *La Piedad* de Miguel Ángel.

En la primera fila, la juez Rodríguez Lanchas, sentada junto a Marañón, buscaba desesperadamente en cada recoveco de su bolso, el móvil que se había olvidado de desconectar antes de que comenzara el concierto.

El estrépito era de tal calibre, y se estaba prolongando durante tanto tiempo, que el pianista, que al principio había optado por ignorar aquellos abominables sonidos y había seguido tocando —creyendo que su dueño iba a poder neutralizar rápidamente la fuente del ruido— ya había dejado de tocar y asistía impotente a la búsqueda del móvil.

Doña Susana se vio obligada a vaciar enteramente el contenido de su bolso de

mano sobre el suelo del salón, porque el terminal telefónico, como esas criaturas abisales que viven en las fosas de los océanos, se había ido a ocultar en lo más profundo de uno de los compartimientos laterales y se negaba a emerger al exterior.

Una vez fuera, el alborotador electrónico fue convenientemente desconectado por Marañoñ, ya que la juez había sido presa de tal estado de nervios que era hasta incapaz de acertar con la tecla correcta; luego el millonario, como último gesto reparador antes de que se reanudara el concierto, ayudó a doña Susana a introducir en el bolso los variopintos e incontables objetos que había en su interior: billetero, portamonedas, pitillera, llaves de casa, llaves del coche, llaves del despacho, gafas de sol, iPod, móvil, kleneex, toallitas húmedas, otra llave más, esta vez con la cabeza en forma de trébol, lima, estuche tijeras-hilo-pinzas, neceser con ibuprofeno, tiritas, tampones, bolígrafo, peine, barra de labios, frasquito de perfume, pinza del pelo, espejito, gafas graduadas, chicles y un par de sobres de sacarina.

Cuando hubo terminado el recital que Abramovich remató —nunca mejor dicho, a juicio de Daniel— con la arieta y las variaciones del segundo y último movimiento, la comidilla entre los asistentes no fue tanto el concierto, que en líneas generales, y de modo inexplicable, había convencido al auditorio, como el incidente del móvil, protagonizado por la juez.

Los invitados se habían dividido claramente en dos grandes grupos. Por un lado estaban los que consideraban imperdonable que doña Susana no solo se hubiera olvidado de desconectar el teléfono, sino que hubiera tardado cerca de un minuto en neutralizar el aparato, obligando incluso al solista a detener su interpretación. Por otro lado estaban los que, por haber vivido episodios similares en algún momento de su existencia, eran capaces de ponerse en la piel de la magistrada y se solidarizaban con el mal rato que esta sin duda había debido de pasar a causa de su descuido. Los primeros, liderados por la inefable Nelsy, manifestaban su desdén a distancia, con venenosas miradas de desaprobación como las que se habrían dirigido a un perro que se hubiera orinado en la alfombra del salón. Los segundos procuraban acercarse al corrillo en el que estaba la juez y la animaban con comentarios de apoyo del tipo «le puede pasar a cualquiera» o «ha sido la anécdota simpática de la noche».

Daniel, que estaba siendo felicitado por su anfitrión por su impecable actuación como pasador de páginas del excéntrico pianista, casi no oyó los cumplidos, perplejo como estaba ante un hecho insólito del que acababa de ser testigo. Un camarero se había acercado con una bandeja llena de copas hasta el corrillo en el que estaban y antes de que nadie pudiera servirse, había pasado de largo en dirección a otro grupo. A Daniel le había parecido que el camarero los había ignorado en el último momento, obedeciendo a un movimiento de cabeza casi imperceptible del anfitrión.

Era evidente que, a pesar de las muestras de apoyo, la juez estaba visiblemente

afectada por lo ocurrido; y lo cierto es que no empezó a recuperarse hasta que noapuró el gin- tonic —bien cargado, tal como ella misma había exigido— que Marañón se encargó de servirle personalmente.

Habían transcurrido unos veinte minutos desde el extraño incidente con el camarero cuando la juez empezó a sentirse repentinamente mareada. El primero en advertirlo fue el propio Marañón, que le propuso que se acercara a una ventana abierta —el aire estaba ahora cargado de beneficiosos iones negativos— para que le diera el fresco.

—A lo mejor es que me he pasado con el gin- tonic —dijo la juez.

—¿Quieres echarte un rato? —propuso Marañón—. Lo más probable es que se trate de un bajón de tensión por el estrés que has vivido hace un rato.

—Sí, por favor, necesito tumbarme. Es como si las piernas no me sostuvieran y...

Doña Susana no consiguió terminar la frase.

Como si estuviera siendo víctima de una severa anoxia cerebral, empezó a desplomarse; gracias a los rápidos reflejos de Marañón, que la sujetó a tiempo pasándole un brazo por la espalda, evitó un impacto contra el suelo que hubiera sido escalofriante.

Lo primero que hizo el millonario, una vez que hubo tendido a la juez sobre la tarima flotante del salón, fue alejar a la decena de curiosos que en cuestión de segundos se habían arremolinado alrededor de la víctima para tratar de asistir al morboso espectáculo desde la primera fila de butacas y que con su asfixiante proximidad física la estaban privando del aire fresco que tan necesario resulta en casos de pérdida de conocimiento.

—¡Atrás, por favor! ¡Necesita respirar! —gritaba el millonario.

Inmediatamente hizo acto de presencia el forense, Felipe Pontones, que tras indicarle a Marañón que había que levantar las piernas a la desvanecida para favorecer la llegada de sangre al cerebro, empezó a apartar a la gente con las manos como si fuera un empujador del metro de Tokyo. Solo que Pontones no llevaba guantes blancos, como los funcionarios nipones, y además estaba empleando tal energía para deshacerse de los intrusos que era evidente que tarde o temprano iba a llegar a las manos con alguno de los caballeros a los que trataba de dispersar de forma tan violenta.

—Colóquenla en decúbito lateral —ordenó Pontones—. Para evitar que la lengua le obstruya la tráquea.

En el preciso momento en que Marañón, siguiendo instrucciones del forense, tendió a la juez sobre su costado derecho, uno de los asistentes respondió a los malos modos de Pontones con un formidable empujón que provocó la aparatosa caída al suelo de este.

Marañón, al ver el panorama, levantó con ambos brazos a la juez, que debido a la

extrema lividez de sus facciones parecía muerta, más que inconsciente, y le dijo a su secretario, que había aparecido en escena de la nada:

—Prepara el coche, Jaime. Yo me encargo de llevar a casa a doña Susana.

Mientras Marañón se alejaba hacia la puerta de salida, con el cuerpo inerte de la juez entre los brazos, en una estampa que a Daniel le recordó al padre de la niña ahogada por el monstruo de Frankenstein, el forense Pontones, tendido boca arriba como un galápago humano, trataba de quitarse de encima a un caballero que pesaba dos veces más que él y que había decidido darle allí mismo, en presencia de su esposa, un ejemplar escarmiento.

A pesar de que la tormenta ya había descargado, seguía flotando algo maligno en el ambiente.

El inspector Mateos se personó en el Departamento de Musicología al día siguiente del accidentado concierto. Como no había telefonado previamente a Paniagua, le sorprendió en plena clase, tratando de explicar a sus alumnos los criterios utilizados por los distintos compositores a la hora de elegir determinada tonalidad para escribir sus obras. Por el rabillo del ojo, Paniagua divisó enseguida el rostro de Mateos escudriñando el interior del aula a través de la ventana redonda que había en la puerta, y cuando se acercó tanto al cristal que llegó a empañarlo con su aliento, a Daniel le recordó al velociraptor de *Parque Jurásico*. El policía limpió con la manga de la americana el vaho que había producido y luego le hizo a Daniel un gesto, acercando el pulgar y el índice de la mano derecha a distancia de un centímetro, queriendo decir: «Necesito que hagas una pequeña interrupción».

Paniagua decidió terminar de exponer a sus alumnos la idea que tenía entre manos antes de salir al pasillo para atender al policía.

—En instrumentos como la guitarra o el violín, es evidente que la elección de la tonalidad por parte del compositor viene dada por la manera en que se afina el instrumento. En la guitarra, por ejemplo, dos de las seis cuerdas están afinadas en mi, por lo que esa tonalidad, además de más fácil para el instrumentista, resulta de una gran belleza y sonoridad. Las cuatro cuerdas al aire del violín nos dan las notas sol, re, la, mi, por lo tanto no es de extrañar que Beethoven compusiera su famoso Concierto para violín en re. Otras veces el compositor se inclina por un tono y no por otro en virtud de consideraciones extramusicales. *La Flauta Mágica* de Mozart está en mi bemol porque la armadura de mi bemol tiene tres alteraciones, y tres es el número que tiene mayor carga simbólica para la masonería, a la que el compositor quería rendir un gran homenaje. Hoy, si me disculpáis, vamos a hacer la clase más corta porque tengo que resolver un asunto de cierta urgencia, así que eso es todo de momento.

Sotelo levantó la mano al tiempo que le decía a Paniagua que quería plantearle una última cuestión.

—Bien, pero rapidito —dijo Daniel, animado por el hecho de que al echar una mirada en dirección al ventanuco circular de la puerta, había visto que Mateos había desaparecido.

—Cuando se dice que hay músicos, como Beethoven, para los que las tonalidades tenían una connotación emocional o afectiva, ¿qué se quiere decir exactamente?

Daniel comenzó a responder mientras introducía en una pequeña cartera de color negro los folios y libros que le estaban sirviendo de base para preparar las clases de esa semana.

—Yo creo que está claro, ¿no? Do menor, por ejemplo, para Beethoven era una

tonalidad asociada a la tormenta emocional, por eso la usó en la *Quinta Sinfonía*.

—¿Y no pudo ser al revés? ¿Que la *Quinta* le quedó tormentosa porque eligió la tonalidad de do menor?

—No lo creo —respondió Paniagua—, porque en realidad do menor no significa nada. O mejor dicho, significa cosas distintas para el músico del siglo XXI que para el de comienzos del XIX, debido a la inflación de la afinación.

Paniagua se estaba refiriendo a la tendencia que habían tenido las orquestas, desde el siglo XVII en adelante, a establecer afinaciones cada vez más altas para lograr un sonido cada vez más brillante, una costumbre que traía de cabeza a los cantantes, pues estos se tenían que desgañitar siempre un poco más para interpretar la misma melodía.

—Tenemos diapasones de 1815, encontrados en la Ópera de Dresde —Beethoven estaba aún vivo y coleando— que nos dan un la de 423,20 ciclos por segundo —aclaró Daniel—. Pues bien, solo diez años más tarde, en esa misma ópera el la del diapason ya había subido a 451 vibraciones por segundo. El primer intento de congelar el diapason a 440 se lo debemos al ministro de propaganda nazi Joseph Goebels, que organizó un congreso internacional para resolver este asunto en 1939.

Paniagua cogió una tiza y empezó a escribir una serie de cifras en la pizarra. Mateos, que se había vuelto a asomar a la ventana redonda, se impacientó tanto que se animó a abrir la puerta para presionar a Daniel para que pusiera fin a la clase de manera inmediata.

—Enseguida estoy con usted —dijo Paniagua, que ya había terminado de escribir sus números y ahora sacudía las manos, una contra otra, para limpiarse el polvo de tiza.

$$\text{Do}_4 = 261.63 \quad \text{Do sostenido}_4 = 277.18$$

$$\text{La}_4 = 440.00 \quad \text{La}_4 \text{ s.XIX} = 451$$

—Como podéis ver en la pizarra, el la de la época de Beethoven estaba a unos quince ciclos por encima del la con el que afina la orquesta actual. Es una diferencia notable, porque si os dais cuenta, quince vibraciones más por segundo es aproximadamente lo que separa a do de do sostenido, con lo que ya habríamos cambiado de tonalidad.

—O sea —dedujo Sotelo—, que si Beethoven viviera y tuviera que componer hoy la *Quinta*, la compondría medio tono más baja, puesto que se ha corregido la inflación.

—No hay manera de saberlo. A lo mejor la altura del diapason no fue lo único que llevó a Beethoven a elegir do menor. Os recuerdo que do menor también tiene tres bemoles en la armadura, y por lo tanto todas las piezas en esta tonalidad tienen

connotaciones masónicas.

Mateos avanzó hacia Paniagua para evitarle cualquier tentación de prolongar sus explicaciones más allá de lo que él estaba dispuesto a esperar.

Los alumnos entendieron que la lección había terminado y desalojaron el aula a toda velocidad.

Una vez que se quedaron a solas, Mateos le dijo a Paniagua:

—Tenemos fundadas sospechas de quién pudo asesinar a Thomas y necesito que usted me ayude a atraparlo.

Cuando el policía le hizo saber quién era el presunto asesino, Daniel pensó que estaba siendo objeto de una broma.

Tras la visita del inspector Mateos, Daniel se sintió en la obligación de llamar inmediatamente al juzgado, para poner a la magistrada al corriente de aquella extraordinaria conversación.

Le resumió lo que le había contado el policía y se interesó por su estado de salud, tras el desmayo de la noche anterior.

Doña Susana hablaba con voz débil, se notaba que aún no se había recuperado de la lipotimia de la noche anterior.

—He estado sometida a mucho estrés últimamente —le explicó la juez—. Como tenemos pocos medios, el trabajo se amontona, y a mí no me gusta que digan que mi juzgado es lento o que aquí nos tocamos las narices. Desde hace unas semanas estoy tomando una medicación para la ansiedad y evidentemente, mezclar alcohol y ansiolíticos me produjo un cortocircuito.

—Tienes que tomarte unas vacaciones. ¡Te vas a matar como sigas así!

—Mi forense, Felipe, dice que fue la tal Nelsy la que me provocó el síncope. ¡Qué tipa tan impertinente y tan maleducada!

—Cuanto más ignorante es la gente, más osada se vuelve —apostilló Daniel.

—Olvidemos a esa señora cuanto antes y hablemos de lo que nos interesa. ¿Cuándo puedo verte personalmente para que me des todos los detalles de tu reunión con Mateos?

—Si quieres, me puedo acercar a última hora de la mañana —dijo Paniagua, siempre dispuesto a complacer a la juez lo más rápidamente posible.

—Desgraciadamente, acaba de producirse una reyerta a puñaladas aquí mismo, en los calabozos de los juzgados y uno de los presos malheridos es mío. ¿Cómo lo tienes esta noche?

—Tengo una clase a las seis y después soy libre. Puedo estar en tu despacho a las siete y media.

—¿Y cómo te viene que nos veamos en mi casa? Esto a partir de las cinco es un sitio desolado y siniestro y no te voy a poder ofrecer ni un café. ¿Sabes dónde vivo?

La juez le explicó cómo llegar al chalet en el que residía, situado en la urbanización de Entrambasaguas.

—Tiene una entrada por la Casa de Campo, si te resulta más fácil venir por ahí.

Daniel tenía tan poco sentido de la orientación que tuvo que llamar dos veces al móvil de la juez para ampliar instrucciones de cómo llegar hasta su domicilio. Cuando por fin dio con la casa, se encontró frente a un chalet adosado de unos 250 metros cuadrados, circundado por una tapia forrada de hiedra. La puerta del jardín estaba entreabierta, por lo que Daniel pasó sin llamar. Un cartel clavado con una

chincheta en la puerta de acceso a la vivienda le daba instrucciones de que rodeara la casa y entrara por la puerta trasera.

Daniel se encontró con un pequeño porche cerrado de madera y cristal en el que además de infinidad de macetas con una gran variedad de plantas y flores había una mesa de trabajo, una silla y un ordenador portátil. La juez estaba sentada de espaldas a la puerta del porche, pero saludó a Daniel como si le hubiera visto llegar.

—Enseguida estoy contigo. Tengo que terminar de redactar un correo electrónico.

Daniel empezó a recorrer con la vista el porche y descubrió, semioculto entre dos macetas de geranios, una extraña caja metálica, parecida a la CPU de los ordenadores, de la que salía una pequeña antena como las de los dispositivos *Wifi*.

—Aquí hay un disco duro —dijo Daniel.

—Es un inhibidor de radiofrecuencias. Estoy con el sumario de un narco muy peligroso y esa es la única manera de asegurarme de que al abrir el buzón no me voy a encontrar un regalito inesperado.

—¿Y por qué lo tienes aquí, entre las macetas?

—Porque es un chisme muy feo, no lo quiero en casa. Sé que a los chicos la electrónica os parece incluso decorativa, pero a mí me parece horrenda. Ahí por lo menos, no lo veo.

La juez se volvió hacia Daniel con una de sus inquietantes sonrisas.

—No hace falta que te quedes ahí, pasa dentro y sírvete lo que quieras. Si no encuentras el hielo, pídeselo a Felipe, que se está preparando un gin-tonic.

En la cocina, Daniel se encontró, efectivamente, con el forense, que le saludó efusivamente. Tras una charla intrascendente, apareció la juez, que le dio la bienvenida oficial a su vivienda con una amplia sonrisa y un par de efusivos besos.

—¿Dónde podemos hablar? —preguntó Daniel, ansioso por aligerarse de la carga de información que tenía dentro.

—Aquí mismo —respondió la juez—. Pero si me disculpas, subo un segundo a cerrar las ventanas del desván, porque me temo que va a volver a haber tormenta y ya con la del otro día se nos puso la buhardilla hasta arriba de agua. Si quieres, sube conmigo, así te enseñó un poco la casa. Lo que me enamoró de estos chalets es que a un lado tienen como un pequeño patio interior, totalmente cerrado. ¿Ves? —Se asomó a una de las ventanas—. Por ahí entra muchísima luz. Además de que el mío en concreto tiene una situación privilegiada. Por ese lado, solo tengo el parque y en el chalet contiguo no vive nadie desde hace por lo menos dos años.

—Llevan intentando venderlo desde hace ni se sabe —dijo el forense—. Pero piden tal dineral que no encuentran comprador.

—A mí me encantaría hacerme con él y unirlo al mío, pero con tres mil euros mensuales que cobra un juez, bastante tengo con pagar la hipoteca de este. No es que esté mal, entiéndeme, pero es una cifra ridícula si la comparamos con el dineral que

puede llegar a ganar un buen jurista en el campo privado.

—Pero imagínate, Daniel —apostilló el forense—, que además de estar mal pagado, en las conversaciones de café, en los bares, en las oficinas, tuvieras que oír, como le pasa a Susana en la judicatura, que los musicólogos no dais ni un palo al agua o que estáis todos mal de la cabeza, o incluso que pertenecéis a la ultraderecha.

—No será para tanto —replicó, escéptico, Daniel.

—Mira las encuestas que se publican todos los años en los periódicos —dijo Pontones—. Siempre aparece la judicatura como la peor parada de las instituciones del país, por detrás del Defensor del Pueblo o de las Fuerzas Armadas.

—Además de cornudos, apaleados —sentenció la juez.

Habían recorrido someramente el piso superior y doña Susana se detuvo un momento:

—Abajo tengo una sauna, que no uso casi nunca, el cuarto de la caldera, y el garaje. Aquí, como has visto, solo hay dos dormitorios: el mío y el de invitados, que lo suele usar Felipe cuando se queda a dormir, porque yo dormir, lo que se dice dormir, solo puedo dormir sola.

—Me hago una idea —dijo Daniel, que empezaba a sentirse tratado como si hubiera ido a comprar el chalet y estuviera inspeccionándolo antes de dejar la señal.

También tomó buena nota de que la magistrada estaba haciendo bastante más que enseñarle la casa: le acababa de revelar que tenía una relación sentimental con el forense; pero disimuló y no dijo nada.

—Por aquí se accede a la buhardilla —explicó Pontones mientras abría una trampilla de la que cayó una escalera desplegable de madera, como las de los barcos.

Primero subió el forense, y una vez arriba ayudó a doña Susana tendiéndole una mano. Por último se incorporó Daniel, que percibió, efectivamente, un fuerte olor a humedad en cuanto estuvo arriba.

A pesar de que el gran ático abuhardillado estaba a oscuras, Daniel pudo atisbar, gracias a la luz que se filtraba desde una de las dos ventanas Velux que estaba abierta, la forma difusa de un objeto de gran altura que ocupaba el centro de la estancia. No necesitó andar dilucidando a qué forma específica correspondían los borrosos perfiles que se adivinaban desde la puerta, porque la magistrada encendió enseguida la luz fluorescente de la buhardilla.

—Y aquí está —dijo con su media y siniestra sonrisa la magistrada— nuestra amiga la guillotina.

En ese momento Daniel recibió un tremendo golpe en la cabeza. Cuando recuperó el conocimiento, al cabo de varios minutos, lo primero que vio, a unos dos metros y medio por encima de su cuello, fue la siniestra hoja triangular de la guillotina. Sus agresores le habían colocado en el cepo mirando hacia arriba, de modo que estuviera obligado a contemplar continuamente la afilada cuchilla que amenazaba con separarle la cabeza del tronco en cualquier momento. Escuchó un par de pasos detrás de él y luego apareció en su campo visual la inconfundible silueta del forense, con aquel mechón de pelo blanco que tanto le había recordado, desde el principio, al pelaje de una mofeta. Pontones se había colocado en sentido inverso respecto a él, de manera que al mirarle a la parte superior de la cara lo que Daniel veía ahora eran sus pequeños y afilados dientes amarillos; sus pobladas cejas, en la parte inferior del rostro, parecían, en esa posición, dos abultados párpados inferiores, inquietantes y peludos.

—Has sangrado un poco —dijo el forense—. Se me ha ido la mano en el golpe, lo reconozco, pero te hemos hecho una cura bastante apañadita.

Daniel intentó llevarse la mano derecha a la parte posterior de su cabeza para comprobar la magnitud de la herida, pero descubrió que no podía moverla, pues tenía los brazos esposados a la espalda.

—Bueno, ¿qué te parece el modelito? —continuó Pontones dando un par de palmaditas a uno de los dos montantes verticales de la guillotina—. La he hecho yo mismo, con estas manitas que Dios me ha dado. Es igualita a la que se conserva en el Museo Donkmeer, en Bélgica.

—¿Qué es esto? —preguntó Daniel—. ¿Por qué me tienen aquí?

—¿Qué es esto? —respondió el forense ahogando una carcajada—. ¿El señorito pregunta qué es esto? Te diré lo que es esto en cuanto tú nos facilites los números que necesitamos.

—¡O sea que Mateos estaba en lo cierto! Cuando me contó sus sospechas esta mañana, basadas nada más que en un puñado de cartas de hace decenas de años, me pareció todo tan ridículo que pensé que había enloquecido y decidí poner el asunto en manos de doña Susana. Por cierto, ¿dónde está? ¡Exijo hablar ahora mismo con ella!

Daniel supo, un segundo antes de que abriera la boca, que la magistrada estaba presente en la habitación, porque la oyó expulsar el humo de un cigarrillo, durante el silencio que se produjo tras formular su petición.

—Estoy aquí, Daniel. Escucha a Felipe, oye la propuesta que tiene para ti.

—No, no quiero hablar con él, quiero hablar contigo. Debes entregarte esta misma noche a la policía. Los dos tenéis que entregaros. La condena será más leve si no esperáis a que el inspector Mateos os detenga.

—El pobre Mateos —dijo Pontones—. No puede detenernos porque, como tú bien has dicho, lo único que tiene son unas absurdas cartas de amor de hace veinte años. Y eso, ¿qué demuestra? ¿Que Susana conocía a Thomas? Valiente prueba.

—No son solo las cartas —dijo Daniel—. Mateos ya empezó a sospechar de vosotros cuando se dio cuenta de la manera tan negligente en que estabais conduciendo la investigación. No ordenasteis escuchas telefónicas. No ordenasteis registrar el sótano de Marañón, a pesar de que hay una guillotina en su colección. Parecía que no teníais intención de encontrar al culpable.

—Vamos, Daniel, si todo eso te pareció tan sospechoso, ¿cómo es que llamaste a Susana para contárselo? Tú mismo has dicho que la actitud de Mateos te pareció ridícula. Y hay algo que ignoras. Mateos no hace más que dar problemas en todos los juzgados. Todo el mundo sabe que lo que le mueve es la animadversión hacia los jueces. ¿Quién se va a creer ahora esta película?

—Pensábamos imputarle el delito a Marañón —dijo la juez—, pero antes Felipe tenía que encontrar la manera de incriminarle.

El forense, que había desaparecido por un momento de su campo visual, volvió a encararse con Daniel.

—Marañón nos fastidió. Al llevarse la guillotina a París, evitó que yo pudiera colarme en su pequeño museo de los horrores y dejarle este recuerdito.

El forense acercó a la cara de Daniel un pequeño frasco que contenía un coágulo de sangre y un mechón de cabellos blancos.

—Son de Thomas, lo teníamos todo calculado.

Daniel apartó instintivamente la vista de aquella repugnante muestra sanguinolenta y sus ojos fueron a encontrarse de nuevo con la hoja espeluznante de la guillotina, que aguardaba obediente el momento de ser liberada de su prisión por el verdugo.

—No tengas miedo, Daniel. Es imposible que pueda soltarse por accidente. ¿Ves?

El forense zarandeo con fuerza el armazón de madera y con él tembló también el cuerpo de Daniel, al que habían colocado boca arriba en el tablón de madera que se utiliza para situar al reo en posición de ser ajusticiado.

—La única manera en que puedes perder tu cabecita esta noche es que a mí o a Susana nos dé por apretar esta palanca de aquí, que liberaría ese pesado armatoste que está en lo alto, al que va atornillada la cuchilla. Los franceses lo llaman *le mouton*, el carnero, sabe dios por qué. Quizá porque es lo que embiste contra el condenado. Pesa treinta kilos. A los que hay que añadir los siete de la cuchilla más los tres tornillos que sirven para fijarla al *mouton*, que pesan un kilo cada uno. La acción mecánica de los cuarenta kilos que te caen encima es tan rápida que tu cabeza permanece consciente hasta treinta segundos después de haber sido cercenada. ¿Te animas a probarlo?

—¡Estás completamente loco! —exclamó Daniel.

—Cuando le cortamos la cabeza a Thomas para podérsela afeitar con comodidad, incluso intentó decir una palabra ¿te acuerdas, Susi? Creo que intentó llamarla «puta». El pobre diablo solo pudo mover los labios. Incluso si hubiera tenido intactas las cuerdas vocales, que no era el caso, estas no pueden vibrar si no reciben aire de los pulmones, que se habían quedado al otro lado de la *lunette*, la pieza donde tienes tú ahora mismo el gaznate.

El forense se llevó la uña del dedo meñique a la boca y se hurgó durante unos instantes entre los molares superiores.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Daniel, que no pudo evitar un gesto de repugnancia ante la *toilette* que se estaba practicando su captor.

—La clave para descifrar el código, Daniel —respondió la juez.

—No la tengo. Ya te dije que solo he logrado descifrar una parte.

—Después de tu entrevista con el inspector Mateos, ¿quién puede creerte? —dijo Pontones.

El forense sacó una hoja de papel de la chaqueta y se la puso a Daniel delante de los ojos. Era la transcripción de la partitura que se había hecho tatuar Thomas en la cabeza.

—Necesitamos doce números más, campeón. Piensa, discurre, cavila. Pon esa cabecita tuya de musicólogo a trabajar ahora mismo si no quieres perderla esta misma noche.

Pontones agitó burlonamente el papel con las notas delante de la cara de su víctima y luego pareció olvidarse de que estaba hablando con él, porque en un tono completamente distinto, que revelaba a fondo su locura, le dijo a su compinche:

—¿Susana, no crees que deberíamos haber pintado de rojo la guillotina?

Y luego, dirigiéndose a Daniel:

—Es que al principio las pintaban de ese color, ¿sabes? Adivina cuánto me costó conseguir los planos para construir la que te va a cortar la cabeza como no espabiles. ¡38 dólares! ¡38 dólares de mierda! Y te haces una réplica auténtica de un modelo de 1792. ¡Hay una página en internet donde te los venden por esa cantidad y te los bajas en formato PDF!

El forense volvió a escarbarse otra vez los dientes con la uña del meñique antes de seguir hablando.

—Éste es un modelo un poco más pequeño, claro. A pesar de que el ático es abuhardillado y tenemos, como ves, mucha altura en el punto en el que se unen las dos aguas del tejado, he tenido que quitarle medio metro de largo al armazón, porque una guillotina digamos, de reglamento, mide cuatro metros. ¿Te estás preguntando si afectará a la contundencia del tajo el hecho de que la hoja caiga desde menor altura? Con el cuello de Thomas no hubo problemas, ¿verdad, Susana? Porque el cabronazo

lo tenía finito, pero con el pedazo de pescuezo que te gastas tú, igual hay que hacer que baje dos veces la cuchilla.

Daniel no estaba escuchando la perorata pseudo didáctica del forense, sino que estaba pensando cómo dar a sus captores doce números que resultaran plausibles y que pudieran salvarle el pellejo. El increíble efecto que había tenido sobre su cerebro la descarga de adrenalina que le había provocado el saber que podía morir en cualquier momento había multiplicado por diez su capacidad de razonamiento:

—Vuelve a mostrarme la partitura —le dijo a Pontones.

El forense volvió a ponérsela delante de los ojos.

—El concierto *Emperador* —empezó a revelar Daniel, con voz febril— es el *Concierto n.º 5, op. 73* de Beethoven. Al principio pensé que Thomas había elegido esa pieza por sus connotaciones masónicas, pero evidentemente me equivoqué. Ya tiene tres números más: 5, 7 y 3.

—Bien, once números. Aún te faltan nueve, genio. Casi la mitad de la serie.

En el exterior del chalet, el inspector Mateos, instalado en la parte trasera de una furgoneta de escucha del Grupo de Homicidios acababa de comprender que el dispositivo que llevaba colocado Daniel había sido anulado por un inhibidor de frecuencias.

—¿Qué hacemos ahora, jefe? —le preguntó el subinspector Aguilar, que le acompañaba en el vehículo. Con sus casi dos metros de altura, se movía con tanta dificultad en el interior del habitáculo que se había dado ya un par de coscorrónes en los últimos cinco minutos—. ¿Entramos?

—¿Sin una orden de registro? No podemos entrar en un domicilio sin orden judicial a menos que haya delito flagrante. Y menos en la casa de un juez de instrucción. Pon un fax al juzgado que esté de guardia y solicita una orden de registro ya.

—Perdona, jefe, pero yo creo que deberíamos entrar. Paniagua puede estar en peligro.

El detective Mateos estuvo a punto de soltarle un bocinazo a su subalterno, y aunque no consiguió contenerse del todo, logró por lo menos adoptar un tono forzosamente didáctico.

—No hay flagrancia, coño, no podemos entrar. ¿He de recordarte lo que es la flagrancia? Flagrante viene del *latín*, *flagrans-flagrantis*, participio del verbo *flagrare*, que significa arder o quemar, y se utiliza en derecho para referirse a aquello que está ardiendo o resplandeciendo como un fuego.

El inspector acompañaba sus palabras con una presión considerable de su mano sobre el brazo izquierdo de su interlocutor.

—Jefe, que me vas a gangrenar el brazo.

Mateos le soltó el brazo y continuó:

—Delito flagrante es aquel que se está cometiendo en el momento y se manifiesta de una manera especialmente ostentosa o escandalosa y así es percibido por los agentes de las fuerzas policiales.

—¡Te lo sabes de memoria!

—Lo tengo fresco, coño. ¿No ves que estoy estudiando derecho?

—¿Estudiando dere...? Ejem, bueno, entonces, ¿no entramos?

—Pero vamos a ver, Aguilar. ¿Tú oyes gritos? ¿Escuchas disparos? ¿Estás viendo a través de los visillos a alguien tratando de estrangular a otra persona?

—No.

—No hay evidencia sensorial, luego no hay flagrancia. Si entramos ahora y nos los encontramos charlando tranquilamente en el salón nos cae un paquete de tres pares de narices. Solicita la orden de entrada y registro por fax. ¡Ahora!

El subinspector empezó a preparar la transmisión del fax pero era evidente, por la expresión de su rostro, que se le había quedado aún una pregunta en el tintero. Fue el propio Mateos el que le animó a hablar:

—Y ahora ¿qué pasa?

—Es una chorrada, jefe. Puede esperar para más tarde.

—No, ahora. Suéltalo.

—Está bien, ahí va. ¿No crees que es muy arriesgado lo de ir diciendo por ahí que eres licenciado en derecho si no has terminado la carrera?

Mateos se quedó mirando fijamente a su ayudante y luego dijo:

—El riesgo es mínimo comparado con el que corres tú a partir de ahora: si te vas de la lengua, te mato.

Mientras tanto, en el interior de la buhardilla del chalet, el forense Felipe Pontones empezaba a mostrar claros signos de impaciencia, y empezó a jugar nerviosamente con *le déclic*, el mecanismo que liberaba la pinza de la que colgaba la hoja de la guillotina.

Daniel encogió instintivamente el cuello, de tal manera que si en ese momento hubiera caído la cuchilla, el filo habría impactado contra su barbilla.

—No tenemos mucho tiempo, campeón.

—Lo sé, estoy pensando.

—Más te vale que estés pensando en la dirección correcta. Si resulta que al final no estás a la altura y tenemos que rebanarte el gaznate, no te valdrá de nada encogerte como ahora, ¿sabes? Porque, como hicimos con Thomas, te mataremos entre los dos. Será Susana la que accione el mecanismo y yo me vendré de este otro lado, te trincaré bien del pelo, y haré que tu cuello esté bien estiradito para que la cuchilla lo rebane limpiamente.

—No esperaba menos de ti —dijo Daniel, mientras seguía dando vueltas en su cabeza a los números de la partitura.

—Con Thomas, como tenía el pelo más corto que tú, y también intentaba sacar la cabeza de *la lunette* —porque ese es su verdadero nombre— le tuve que agarrar de las orejas. Por eso existe esta pieza que tienes aquí detrás —no, es inútil, en la posición en la que estás no puedes verla— para evitar que la sangre salpique al ayudante del verdugo.

—Déjale pensar, Felipe —pidió la juez—. Si le hablas al tiempo que discurre vamos a estar aquí hasta mañana.

—Pero si está encantado de enriquecer su ya vasta cultura ¿a que sí, Daniel?

—El concierto —titubeó Daniel, que seguía pensando, para tratar de salvar su vida a cualquier precio— está en mi bemol. Y mi bemol no es más que una frecuencia, que también puede expresarse numéricamente.

—¿Y qué números son esos?

—No lo sé. Pero una frecuencia musical siempre está definida por cinco números: tres enteros y dos decimales.

—No te creo —repuso el forense—. Te lo estás inventando sobre la marcha para tratar de salir de esta como sea.

—Te juro que digo la verdad. La única frecuencia que se expresa con un número redondo es el la con el que afina la orquesta, llamado la 440. Se llama así porque cualquier cuerpo vibrante que quiera emitir esa nota, ya se trate de una cuerda o de una columna de aire, tiene que oscilar 440 veces por segundo.

—Muchas gracias por la clase, pero el la no nos interesa. Háblame del mi bemol.

—Te repito que no recuerdo la frecuencia, pero es fácil de averiguar: baja al ordenador que tienen en el porche y pon en cualquier buscador de internet: «frecuencia de la nota mi bemol». Te aparecerá un número de cinco dígitos, con lo que ya solo nos quedarán cuatro números para completar la serie.

El forense intercambió una mirada cómplice con la magistrada y los dejó solos en el ático.

Tras unos segundos de silencio, habló la juez, que seguía situada a la espalda de Daniel.

—Supongo que te estarás preguntando un montón de cosas.

—¿Cómo sabías que Thomas había encontrado la *Décima Sinfonía*?

—Porque me lo dijo él. Como ya habrás comprendido por las cartas que te mostró Mateos, Ronald y yo fuimos novios durante un tiempo, hace muchos años. Y el accidente, que me desfiguró la cara para siempre, lo sufrimos juntos. Ronald iba al volante —había bebido bastante durante la comida— y circulábamos por una carretera comarcal muy poco transitada. Iba haciendo el ganso con el coche, cuando de repente apareció un tractor de detrás de una curva. Él sufrió heridas leves, pero yo salí despedida por el cristal y casi me fui para el otro barrio.

—¡Le consideras responsable del accidente!

—Por supuesto —dijo la juez con total rotundidad—. Si él no hubiera tenido los reflejos mermados por el alcohol en ese momento y no hubiera hecho absurdos juegucitos con el volante, habría podido esquivar perfectamente al tractor. En lugar de eso, dimos innumerables vueltas de campana y mi cara quedó convertida en esta máscara grotesca que es ahora.

El forense comenzó a subir la escalera vertical del ático pero solo llegó a asomar la cabeza.

—¿Ocurre algo? —dijo doña Susana.

—Necesito la contraseña de tu portátil. He probado unas cuantas, tu nombre, tu fecha de nacimiento, hasta el nombre de tu madre, para no tener que subir y bajar otra vez, pero me las rechaza todas. ¿Cuál es la buena?

—Beethoven.

—Tenía que haberlo imaginado.

Pontones soltó un bufido de agotamiento y volvió a desaparecer escaleras abajo. Daniel siguió sonsacando a la juez.

—¿Cuándo te contó Thomas que había encontrado la *Décima*?

—Después del accidente, nos separamos. Yo estaba llena de rabia hacia él por lo que sucedió. Con el tiempo, comprendí que el resentimiento me estaba consumiendo por dentro y un día le llamé para decirle que le había perdonado.

—¿Volvisteis a ser amantes?

—No, eso ya no era posible. Pero hemos mantenido el contacto a lo largo de todos estos años y él me utilizaba a veces como una especie de asesora jurídica.

—¿Qué pasó con la sinfonía de Beethoven?

—Ronald me contó, hace ya más de un año, que había encontrado un cuadro que revelaba la identidad de una amante de Beethoven desconocida hasta la fecha. Fue a Viena, investigó durante meses, y descubrió el rastro de la misteriosa mujer. Halló la partitura en una de las dependencias de la Escuela Española de Equitación y la sustrajo. Se encontró además con que el manuscrito tenía un claro propietario, que estaba escrito en la portada: Beatriz de Casas, cuyos herederos viven actualmente en España. No podía decirle al mundo que tenía la *Décima*, porque tendría que haber explicado de dónde la había sacado y habérsela devuelto a sus legítimos dueños. Por eso se puso en contacto conmigo, para que le dijera si había algún modo razonable de salir del atolladero jurídico. Yo le respondí que, a cambio de mi ayuda, exigía la mitad del dinero que obtuviésemos por el manuscrito. Me lo debía, para reparar lo que me hizo. Hasta que Felipe me hizo ver que el cincuenta por ciento no era suficiente, que yo me lo merecía todo.

Volvieron a escucharse los pasos nerviosos del forense escaleras arriba y de nuevo este se contentó con asomar la cabeza.

—¿Dónde está el alimentador del puto portátil? ¡Me acabo de quedar sin batería en plena búsqueda!

—Debe de estar en un cesto que hay junto a la chimenea —respondió la magistrada.

—¡A este paso no vamos a acabar nunca! —bramó Pontones, mientras volvía a bajar las escaleras.

—¿Y el concierto que dio en casa de Marañón?

—Ronald estaba trabajando en una reconstrucción de la *Décima Sinfonía* desde hacía años. Había llevado a cabo un trabajo esforzado pero mediocre, porque componer no era lo suyo. Cuando tuvo la auténtica partitura de Beethoven en sus manos, y hasta decidir qué hacía con el manuscrito, no resistió la tentación de

apropiarse del primer movimiento, cuya reconstrucción ya había anunciado, y estrenarlo como si hubiera sido fruto de su imaginación. El pobre no era, como te he dicho, un gran compositor, y esta era la forma en que podía vengarse del mundo, que se había quedado indiferente en tantas ocasiones ante las muchas obras que había estrenado.

—Pero ¿cómo pudiste reunir el valor para asesinarle a sangre fría?

—Me convenció Felipe. Yo sola no habría tenido el cuajo suficiente para hacerlo. Ronald me comentó que hasta saber qué hacer con la partitura, la había guardado en una caja de seguridad cuyo código se había hecho tatuar para que nunca pudiera llegar a olvidársele. Ya sabes que algunos bancos ofrecen tal grado de confidencialidad al cliente que no es necesario dar un nombre: basta con un código numérico y una llave.

—De modo que si esta noche consigo descifrar el código, tendréis la manera de llegar hasta el manuscrito original.

—En efecto, así es.

—Pero ¿y si yo hubiera descifrado el código por mi cuenta y hubiera tratado de apoderarme de la sinfonía sin decir nada a nadie?

—Aún te hubiera faltado esto.

La juez se levantó para mostrarle la llave de una caja de seguridad.

—Ronald la llevaba siempre encima, colgando del cuello, y se la arrebatamos la noche en que le asesinamos. Sin esta llave es imposible abrir la caja.

—Lo más extraordinario de este asunto es que tú instruyes el caso en el que eres la asesina. No me explico cómo el azar pudo... —Daniel dejó la frase a medias, pues en el momento mismo en que empezaba a pronunciarla experimentó una súbita revelación—. ¡No fue el azar! ¡Hiciste coincidir su guardia con el día del concierto! Me lo dijo el forense mientras te esperábamos en el juzgado: el juez de guardia instruye los casos que le entran cuando está de servicio.

—En realidad fue al revés —dijo doña Susana—. Los jueces no podemos cambiar una guardia tan fácilmente como un médico. Es para evitar que los delincuentes puedan ponerse de acuerdo con un juez corrupto para cometer el delito el día en que más les convenga. Lo que hice fue convencer a Ronald para que diera el concierto el día anterior al que yo sabía que me tocaba guardia de incidencias. No me fue difícil: le dije que solo podía asistir al concierto ese día y que tratara de arreglarlo para que yo pudiera acudir.

—O sea, que no fuiste al concierto porque estabas de guardia.

—No, no fui porque no quería que nadie pudiese relacionarme con Ronald. Mi guardia empezó, en realidad, a las nueve de la mañana del día siguiente. Felipe ocultó el cadáver de madrugada bajo unas hojas y horas más tarde realizó una llamada anónima a la policía para que encontraran el cuerpo cuando yo ya estaba de guardia.

—¿Cómo conseguisteis secuestrar a Thomas y traerlo hasta la casa?

—No fue necesario. Al terminar el concierto llamé a Ronald desde una cabina, me disculpé por no haber podido asistir, y le pedí que viniera a verme.

—¿Le ofreciste sexo?

—No digas majaderías. Le dije que estaba en cama con fiebre, sola y sin antibióticos. Le rogué que pasara por una farmacia de guardia y me los acercara a casa.

—¿Y si te hubiera dicho que no?

—Ronald se sentía profundamente en deuda conmigo desde el accidente, sabía que no podía negarse.

Daniel, que ya estaba en una situación escalofriante antes de escuchar el pormenorizado relato de doña Susana, no pudo evitar un estremecimiento al constatar la crueldad y la sangre fría de la magistrada.

—¡Tú accionaste el mecanismo! Le cortaste la cabeza a Thomas y horas más tarde acudiste a levantar su cadáver.

Volvieron a escucharse los pasos del forense escaleras arriba, solo que en esta ocasión no se limitó a asomar la cabeza, sino que se incorporó de lleno a la macabra reunión:

—Susana, parece que tu perito tiene ganas de salvar el pellejo. La nota mi bemol es, efectivamente, una frecuencia y se puede buscar fácilmente en internet. El número es 311.13, lo cual quiere decir que aún nos faltan cuatro números.

—No, solamente dos —dijo Daniel, que había continuado dándole vueltas al asunto—. Si se fija en la partitura del tatuaje, hay dos cuatros antes de que comiencen las notas. Se trata del tipo de compás en que está escrito el concierto *Emperador*.

—Bien por el chico —dijo el forense. Me parece que el miedo a morir está sacando de él el criptólogo que lleva dentro. Ahora dime, corazón, ¿dónde están esos dos números?

—No tengo ni idea. Le juro que he examinado mentalmente la partitura una y otra vez y que no encuentro la manera de descubrir en ella ni un número más.

—Muy bien, tú lo has querido entonces —sentenció el forense, alargando la mano hacia *le dé clic*.

—¡Espera, Felipe! —exclamó la magistrada, que andaba cavilando desde hacía un rato—. No da con los números porque ¡no son números, sino letras!

Se puso de pie y buscó un cenicero con la mirada. Al no encontrarlo, tiró la colilla al suelo de madera y como no hizo el menor ademán de apagarla, el forense la pisoteó con uno de sus mocasines náuticos.

—¿Cómo que letras? —replicó nervioso el forense, que empezaba a estar harto de tanta criptografía.

—Hemos establecido ya que los números pertenecen, casi con certeza, a un

código de cuenta internacional o IBAN de un banco de Viena, ¿no?

—Sí, ¿y qué?

La juez sacó de su bolso una Moleskine en la que había atrapado un pequeño bolígrafo con el que escribió una serie de letras en la libreta:

ATKK BBBB BCCC CCCC CCCC

Después añadió:

—Tenemos ya los dieciocho números de la cuenta corriente y las dos letras del IBAN, pues los ocho dígitos que estaban expresados en clave Morse nos están diciendo también que el banco es austríaco. Ya hemos descifrado el código del banco donde Ronald tiene oculta la partitura.

»AT, que es Austria, expresado en Morse con sus coordenadas geográficas

14 20 13 20

»Luego está el dígito de control. Es una pareja de números, como en España. ¿Y dónde tenemos una pareja de números en esta partitura?

—En el compás —dijo Daniel—. Son los únicos números del código que van en pareja, los dos cuatros.

—Exacto. Ya tenemos AT 44. Después no hay más que añadir los números que están implícitos en el nombre del *Concierto n.º 5, op. 73*.

AT 44 573

»si además agregamos los números que corresponden a mi bemol

AT44 5733 1113

»y luego los ocho números del Morse

AT44 5733 1113 4720 13 20

»que servían además para decirnos en qué país está el banco.

—¿Y qué ocurre si el orden de los números no es el correcto? —preguntó nervioso el forense—. Es decir, si los números son esos, pero forman, por decirlo así, un anagrama numérico.

—Ronald era muy despistado, por eso se hizo tatuar la clave —respondió la juez

—. No creo que introdujera los números en un anagrama porque en ese caso tendría que haber ideado otra clave para recordar también el orden correcto. Es evidente que los ocho números del concierto forman un solo bloque. *Concierto n.º 5, op. 73* en mi bemol, es decir

57331113

»y los ocho números de las notas también forman otro bloque

47201320

»La única duda es que después de at 44 vayan antes los números expresados en Morse y no los que corresponden al concierto. Pero eso limita las posibilidades a dos, y no me preocupa en absoluto: si no es una combinación, solo puede ser la otra. Si la primera resulta errónea, diremos en el banco que se trata de un error. Hasta en los cajeros automáticos te puedes equivocar tres veces con la clave y no pasa absolutamente nada. Como tenemos la llave de la caja, nadie nos va a poner ningún problema, te lo aseguro.

—¿Qué pensáis hacer conmigo? —preguntó Daniel, aterrorizado por el hecho de que ya había dejado de ser útil para la pareja.

El forense se acercó a la guillotina y acarició otra vez con la mano el mecanismo que accionaba la cuchilla.

—Estoy en un aprieto, Daniel, porque soy un hombre de palabra. Por un lado te he prometido que si colaborabas con nosotros salvarías el gaznate. Pero no había caído en que también le había prometido a Susana que si seguíamos mi plan al pie de la letra no habría nada que temer, porque jamás seríamos descubiertos. Como ese compromiso es anterior al que tengo contigo y sé positivamente que si te dejas con vida no voy a poder cumplirlo, porque se lo vas a contar todo a la policía, considero que nuestro contrato es nulo, pues me impide cumplir el pacto previo que tengo con Susana. ¿Lo entiendes, verdad?

Al ver que su fin era inminente, Daniel optó por llevar a cabo lo único que podía hacer en ese momento, que era gritar y pedir socorro. Solo pudo hacerlo una vez, porque el forense sacó al instante un revólver de la sobaquera que llevaba bajo la americana y con la culata le propinó un golpe formidable en la cara que le partió el tabique nasal y lo dejó atontado.

Daniel empezó a sangrar profusamente.

Pontones sacó entonces del bolsillo un pañuelo y un rollo de cinta aislante y empezó a amordazarle. Una vez que hubo terminado le dijo a la juez:

—Ve sacando el coche del garaje. No quiero obligarte a pasar por esto una

segunda vez. Como este está grogui no voy a tener ningún problema para hacerlo yo solo.

La juez, a la que la decapitación de Thomas le había parecido la experiencia más truculenta y macabra que podía afrontar un ser humano, no se lo hizo repetir dos veces y en menos de un minuto estaba subida a su BMW serie 3, accionando la puerta automática del garaje.

El forense quitó un pasador metálico atado a una pequeña cadena que actuaba a modo de seguro y luego colocó la mano en la palanca del *décllic*.

Tras comprobar que la cabeza de Daniel estaba perfectamente situada, Pontones accionó sin pestañear el mecanismo que liberaba la pesada hoja de la guillotina.

Mientras tanto, desde la ventana camuflada en la furgoneta de escucha del Grupo de Homicidios, Mateos y Aguilar observaban cómo se abría la puerta del garaje del chalet de la magistrada y cómo emergía sigilosamente de él un BMW de color azul con una sola persona a bordo.

—¿Qué hacemos ahora, jefe? Se están dando a la fuga.

—¿Ha llegado la orden de entrada y registro?

—Todavía no.

—Que le den morcilla a Sus Señorías y a toda la Ley de Enjuiciamiento Criminal. Saca la pipa, Aguilar, que vamos para adentro.

La juez, que había aparcado el coche junto a la puerta del chalet y esperaba con el motor al ralentí a que el forense terminara su siniestro trabajo, vio venir corriendo hacia la casa, pistola en mano, a los dos policías, y comprendiendo que estaba todo perdido, arrancó a toda velocidad calle abajo, produciendo un chirrido de neumáticos que pudo escucharse a varias manzanas de distancia.

En el interior de la casa, el forense, que había oído el estridente ruido de las ruedas del BMW al patinar sobre el asfalto, comprendió que algo iba mal, pero no se preocupó de averiguarlo, porque tenía algo aún más importante de lo que ocuparse. La tormenta del día anterior había provocado tal humedad en aquel desván mal aislado que la madera de aquella guillotina casera se había hinchado y abombado y no estaba permitiendo que la hoja se deslizara por las guías hasta su objetivo final. Pontones, visiblemente nervioso porque Daniel comenzaba a recuperar el conocimiento, volvió a colocar el *déclíc* en la posición de partida y lo accionó de nuevo hasta el fondo, esta vez con una fuerza inusitada, que hizo vibrar toda la estructura de la máquina.

El *mouton* bajó esta vez unos diez centímetros y luego se detuvo en seco, como un asno terco que se negase a obedecer a su amo.

El forense no tuvo tiempo para nada más, porque en el piso de abajo, Aguilar disparó dos veces contra la cerradura de la puerta de entrada y los dos agentes irrumpieron en la casa al grito de:

—¡Todo el mundo quieto! ¡Policía!

Aunque Pontones estaba armado y tal vez hubiera podido hacer frente a los inspectores, optó por la huida, que se le presentaba relativamente fácil, al encontrarse en el desván. Una de las dos ventanas Velux que iluminaban la buhardilla ya estaba entreabierta —razón por la que había tanta humedad en el ambiente— y el forense no tuvo más que situar un par de pesadas cajas, de las muchas que había en la habitación, justo debajo de la ventana, subirse a su improvisada escalera y trepar hasta el tejado.

Daniel, que ya estaba volviendo en sí, oyó pasos nerviosos en el piso de abajo y la voz de Mateos gritando su nombre. Pero no podía responder, porque seguía amordazado, y tampoco se atrevía a reclamar la atención de los policías pateando contra el suelo, por temor a que cualquier pequeño movimiento provocara la caída fatídica de la cuchilla. Durante algunos segundos, cesaron las voces y el ir y venir por las habitaciones del chalet de los dos agentes, porque estos acababan de advertir la existencia del desván y estaban planeando la mejor manera de subir hasta allí sin ser sorprendidos en una emboscada.

En el silencio que siguió, Daniel solo pudo escuchar el chasquido aislado de las tejas a medida que Pontones iba avanzando por la cubierta del chalet, seguramente para saltar al patio de la casa vecina.

Mateos ordenó a su ayudante que buscara un espejo en el cuarto de baño y con ayuda de este, los policías pudieron cerciorarse de que en lo alto del desván no iban a toparse con ninguna sorpresa desagradable.

Accedieron por fin a la buhardilla y en cuestión de segundos retiraron la *lunette* que aprisionaba el cuello de Daniel y le liberaron de la mordaza.

—Ha huido por el tejado —fue lo primero que dijo este en cuanto le sacaron el pañuelo de la boca—. Y tiene una pistola.

La cara de Paniagua, totalmente ensangrentada y con la nariz destrozada por el golpe brutal que le había asestado Pontones alarmó a Mateos, que ordenó a su ayudante que avisara inmediatamente a una ambulancia y solicitara refuerzos.

—Trata de contenerle la hemorragia —fue lo último que dijo antes de desaparecer por la ventana de la buhardilla, en persecución del forense.

Aguilar, mientras tanto, con ayuda del mismo pañuelo que había servido para acallar sus gritos, trató de comprimir la nariz de Paniagua para evitar que siguiera sangrando. Pero su reacción de dolor fue tan explícita que el subinspector comprendió que no podía hacer nada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el policía—. Estás perdiendo mucha sangre.

—Creo que puedo aguantar —respondió Daniel, quien tras pronunciar esas palabras cayó redondo e inconsciente al suelo.

El impacto del cuerpo de Daniel contra la tarima fue de tal envergadura que la hoja de la guillotina, que solo había conseguido descender hasta el momento unos centímetros, se tambaleó pesadamente entre las guías y luego, con un ¡swoosh! que estremeció a Aguilar, se deslizó a plomo hasta el final de su recorrido.

Si Pontones no hubiera llevado suelas de goma en los zapatos, tal vez se habría visto en un apuro muy serio, ya que las tejas estaban muy resbaladizas a causa de la humedad y era muy fácil cometer un error fatal.

En cambio Mateos, cuyas suelas eran de cuero, comprendió, nada más emerger al

tejado, que la persecución del forense podía costarle la vida en cuanto diera un paso en falso. Optó pues por descalzarse, ya que pensaba que con sus pies desnudos iba a lograr algo más de adherencia, y se puso a seguir con gran cautela el rastro del forense. Este había logrado ya pasar al otro lado de la cubierta, por lo que Mateos no podía verle, pero como las tejas por las que había caminado estaban descolocadas, su rastro era imposible de perder.

Mateos coronó el tejado justo a tiempo de ver cómo el forense saltaba a la cubierta del chalet contiguo y desde allí intentaba descolgarse por el canalón hasta el patio interior de la vivienda.

Aunque implicaba un riesgo considerable, el policía decidió deslizarse hasta el alero por el procedimiento de sentarse sobre las tejas y utilizarlas a modo de tobogán, lo que estuvo a punto de costarle la caída al vacío. Cuando llegó al final de su trayecto pudo ver desde su elevada posición cómo Pontones, que había saltado ya al patio desde una altura de cinco metros, se arrastraba lastimosamente con una tibia rota en busca de una ventana o una puerta que le permitieran escapar de aquella ratonera. Pero todas estaban cerradas porque, como le había informado la juez a Paniagua, el chalet estaba desocupado.

Mateos extrajo de la funda su HK-USP Compact de nueve milímetros y apuntó al forense, que ofrecía desde su altura un blanco inmejorable.

—¡Quieto! —gritó el inspector—. Levanta las manos o te vuelo la tapa de los sesos.

Pontones obedeció a regañadientes y levantó tímidamente las manos.

—Sé que estás armado, cabrón, así que al menor movimiento disparo. Con tu mano izquierda, y muy despacio, saca tu arma del bolsillo y déjala en el suelo.

El forense hizo lo que le indicaba Mateos, que no se atrevía a saltar hasta él para esposarle por temor a acabar también con la pierna rota. El policía decidió permanecer allí sentado, apuntando al forense, hasta que llegaran refuerzos, pero al cabo de un minuto, Pontones tuvo una idea: «No se va a atrever a dispararme ahora que sabe que estoy desarmado».

Con el codo de su brazo derecho, el forense rompió uno de los ventanales que permitían el acceso al interior del chalet y trató de pasar al otro lado.

Mateos pudo hacer fuego en ese momento pero le repugnaba disparar sobre un tipo desarmado y con la pierna rota.

—Quieto —volvió a gritar, e hizo un disparo intimidatorio al aire.

El forense no había logrado desprender todos los vidrios de la ventana y resultaba muy peligroso, en sus condiciones, intentar colarse entre los cristales para emprender la huida. Comprendiendo que estaba todo perdido, se giró lo más rápido que pudo e intentó recuperar el arma que había dejado en el suelo.

Mateos decidió esta vez no correr riesgos y le disparó dos veces en el pecho.

Mientras tanto, a mucha distancia de allí y a miles de metros de altura, Jean-François Haissant, el chef de cocina que Jesús Marañón había contratado hacía un año para que formara parte de la tripulación de su jet privado, se acercaba al millonario para informarle de que el pato a la sangre que había ordenado para degustar durante el vuelo estaba listo para ser servido.

Habían despegado de Viena rumbo a Madrid hacía media hora y Marañón llevaba junto a él, en un gran maletín negro de seguridad que descansaba en el asiento contiguo, el manuscrito de la *Décima Sinfonía* de Beethoven. Por razones obvias, había tenido que entrar en el banco ataviado con gafas oscuras y un gran mostacho de color ceniza, de manera que la descripción que pudiera dar de él a la EUROPOL el empleado del banco que le había atendido no valiera para nada.

El millonario acarició con la mano en la que llevaba el anillo la valija negra en la que iba la partitura. Escrita en la tonalidad masónica de do menor —tres bemoles en la armadura—, la pieza era un auténtico trofeo artístico para la hermandad, que iba a ser la encargada de custodiarla de ahora en adelante y que la iba a utilizar como música privada para los ritos secretos de la liturgia masónica. La *Décima Sinfonía* de Beethoven, la obra cumbre del compositor alemán que no se había llegado a estrenar jamás, llevaba doscientos años escondida e iba a permanecer así por los siglos de los siglos.

Con la ayuda de sus hermanos de logia, acostumbrados a encriptar y desencriptar mensajes desde tiempo inmemorial, Marañón había logrado desenredar la clave de la partitura de Thomas desde que Paniagua le proporcionara la primera gran pista, que era la clave Morse. Sabía, pues, que el musicólogo había escondido la clave en una caja de seguridad del Banco de Crédito Vienés, pero aunque disponía del código de cuenta bancaria no podía acceder al manuscrito, ya que no disponía de la llave. Y para abrir una caja de alta seguridad en un banco de esa categoría hacen falta las dos cosas: el código y la llave. Esta última tenía que estar por fuerza en poder del verdugo de Thomas, pero al millonario le había sido imposible, a pesar de los detectives que había contratado para que trabajaran sobre el caso, averiguar quién o quiénes habían acabado con la vida del músico. El descubrimiento del paradero de la llave, y por lo tanto de la identidad de los asesinos, había ocurrido de manera completamente fortuita, durante el recital de Abramovich, debido al lamentable episodio del móvil. Doña Susana, que estaba sentada durante el concierto junto a Marañón, se había olvidado de apagar su terminal telefónico, y cuando este empezó a sonar en mitad de la interpretación de Abramovich, tuvo que abrir el bolso a toda prisa y vaciar el contenido del mismo en el regazo, pues el aparato, como suele ocurrir siempre en estos casos, estaba en el fondo del bolso, sepultado por todos los demás objetos que

había en el mismo. Y fue en ese momento cuando vio la llave de la caja de seguridad, con su característica cabeza en forma de trébol de tres hojas y la inscripción del banco al que pertenecía grabada en una de las caras. Después de ese episodio, Marañón no tuvo más que ordenar a su secretario que administrase a doña Susana un potente somnífero y retener el bolso de la juez durante esa noche, como si lo hubiera olvidado en su casa, debido al incidente del desmayo. A la mañana siguiente, a primera hora, ordenó que hicieran un duplicado de la llave en una empresa especializada en copias de llaves de seguridad y acto seguido mandó a su chófer con el bolso hasta la casa de la juez con la llave dentro, para que no la echara de menos.

Quedaban aún dos horas y media hasta el aterrizaje y Marañón se disponía a celebrar la consecución de su ambicionado trofeo degustando el plato que tantas veces había ordenado en otras épocas en su restaurante preferido de París, La Tour D'Argent: el *canard a la presse*, en España truculentamente traducido como pato a la sangre. El millonario llevaba sin probar esta delicia gastronómica desde que dejara de frecuentar La Tour, cuando a mediados de los años noventa le fue retirada una de sus tres estrellas Michelin. Marañón confiaba en poder regresar al mítico establecimiento regentado por Claude Terrail una vez que recuperara la perdida estrella, pero para su sorpresa, en 2006 volvieron a penalizar a los franceses con la retirada de una segunda estrella Michelin. El millonario, que adoraba el pato a la sangre, pero que no tenía ninguna intención de ser visto, y mucho menos fotografiado, en un restaurante de segunda categoría, había decidido entonces adquirir a un precio astronómico en una subasta en Sotheby's, una de las pocas *presse a canard* que había en Europa y contratar a uno de los mejores chefs del mundo para que preparara en su comedor privado el legendario plato de origen medieval.

Marañón había dado instrucciones, antes del despegue, de que la operación de triturado de la carcasa del pato en el torno o prensa de plata que se utiliza en esta receta se hiciera delante de él, pues siempre le había producido un gran placer ver el funcionamiento de cualquier artilugio mecánico.

El chef esperó una señal de Marañón para iniciar el prensado del pato. Cualquiera que hubiese observado la ceremonia desde fuera no habría encontrado mucha diferencia con una ejecución pública por garrote. Con la salvedad de que, en el caso del pato, el animal ya estaba muerto —estrangulado para que no escapara de su cuerpo ni una sola gota de sangre— y de que la prensa no era manejada con una palanca sino con una rueda parecida a un pequeño volante.

Cuando el chef Haissant hubo extraído por compresión toda la sangre del animal, la mezcló con coñac y oporto y colocó el recipiente sobre un pequeño calentador al objeto de iniciar la reducción de la salsa que luego iba a servir para aderezar el *magret* de pato.

En el preciso momento en que el cocinero acercó su mechero al hornillo de gas para iniciar la cocción de la salsa, Marañón miró a su derecha, hacia lo que él pensaba que era el reflejo de la llama del calentador en el cristal de la ventanilla del avión.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que uno de los dos motores del reactor ardía en llamas.

Epílogo

Tres días después de ser liberado por la policía de la casa de la juez Rodríguez Lanchas, Daniel Paniagua quiso retomar sus sesiones de jogging por el parque cercano al Departamento de Musicología, pero descubrió que le dolía demasiado la nariz al trotar y optó por dar un simple paseo, en ropa de calle. Como ese día había olvidado el reproductor de mp3 en el despacho, pudo oír una voz familiar que le llamaba por la espalda:

—¡Señor Paniagua!

Daniel se detuvo al instante para comprobar quién era y vio al hombre del puesto de perritos, que le dijo:

—¡Casi no le reconozco! ¿Qué lleva usted en la nariz?

—Una férula. El otro día casi me dejan sin tabique nasal.

—¡Es una celebridad! La prensa dice que ha sido clave para atrapar a los asesinos de la cabeza cortada.

—Si le digo la verdad, Antonio, preferiría haber sido menos clave y no haber estado a punto de perder la vida la otra noche.

—¿Le pongo un *hot-dog*? —preguntó el del puesto, que ya había pinchado un pan en la barra sin esperar la respuesta de Daniel.

—¿Un *hot-dog*? Creí que lo que usted vendía eran perritos calientes.

—Me parece más comercial llamarlos *hot-dogs*, las palabras inglesas están de moda. Y además —explicó el hombre señalando la sombrilla que protegía el carrito— perrito caliente no me cabe en el borde de la sombrilla y *hot-dog* sí. Bueno, qué ¿y ya es millonario? Porque los periódicos dicen que descubrió dónde estaba la *Décima Sinfonía*.

—El problema es que hubo otra persona que lo averiguó antes que yo, porque cuando la EUROPOL abrió la caja de seguridad del banco, esta estaba vacía.

—O sea, que se ha quedado a dos velas.

—Más o menos —dijo Daniel.

—Ya leí que a uno de los asesinos lo abatieron a balazos. Pero ¿y la juez? ¿La han pillado?

—Esta misma mañana, en Almería. Intentaba embarcarse en un ferry de Trasmediterránea para Nador, en Marruecos. Lo sé porque me acaba de telefonar para contármelo el inspector que lleva el caso. Seguramente lo darán en el telediario de esta noche. La descubrieron porque un grafólogo de la policía identificó su letra en unas cartas de hace treinta años y recordó haber visto esa misma caligrafía en la firma de varios autos y providencias que había redactado la juez unos meses antes. Firmaba L., por Lanchas, que era como la llamaba Thomas, de quien había sido novia en su juventud. Hay bastantes parejas que se llaman entre sí por el apellido.

—¿O sea que el músico decapitado había sido amante de la juez? Pues en la prensa he leído que era homosexual.

—Thomas siguió el mismo camino que otro músico muy célebre llamado Leonard Bernstein.

—No tengo ni idea de a quién se refiere.

—Sin embargo, seguro que ha visto la película *West Side Story*. La música de esa película es suya: *I like to be in Ame-ri-ca, O. K. by me in Ame-ri-ca*.

El hombre de los *hot-dogs* se sonrió al escuchar a Daniel canturrear la canción más famosa del más conocido musical de la historia.

—Bernstein —continuó relatando Daniel— estuvo casado durante muchos años con una chilena llamada Felicia Montealegre, con la que tuvo tres hijos. A medida que se fue haciendo mayor y el movimiento de liberación gay fue ganando terreno, se sintió con fuerzas para dejar a su esposa y marcharse a vivir con el director de una radio musical llamado Tom Cothran. La diferencia entre Bernstein y Thomas es que el primero volvió junto a su esposa cuando se enteró de que esta tenía cáncer y se ocupó de ella hasta su muerte. En cambio Thomas nunca pareció sentirse culpable del accidente que dejó desfigurada a su pareja, y durante los largos meses que esta permaneció en un hospital de Almería, apenas fue a visitarla.

—¡Qué hijo de perra! —dijo el hombre de los perritos—. ¡No me extraña que ella se la tuviera jurada!

—Tuvieron un accidente de automóvil espeluznante en el año 1980. El automóvil dio varias vueltas de campana y cayó al fondo de un barranco. Él se rompió la clavícula, la tibia y el peroné de la pierna izquierda, y le tuvieron que dar muchos puntos en la cabeza. Pero ella quedó destrozada, sobre todo de cintura para arriba. No solamente perdió la movilidad en media cara, sino que tuvieron que extirparle uno de los pechos. Parece ser que era una mujer bellísima y que ese canalla, por abusar del alcohol durante una comida en la playa, convirtió su vida en una pesadilla. Si no fuera porque hace unos días intentó rebanarme el pescuezo, casi le diría que esa mujer me da lástima.

—¿Y el resto de implicados? Porque he leído que se ha visto envuelta mucha gente: la hija del muerto, el novio, los príncipes de no sé dónde, el director de su Departamento, el millonario.

—La policía me ha dicho que el asesinato lo planearon y cometieron solo la juez y el forense que, como acabo de decirle, eran amantes. Del millonario no sé nada en absoluto —mintió Daniel—. La hija debe de estar ya en Córcega, porque no le han podido probar nada, igual que a la pareja de Thomas. Mi jefe es mi jefe, solo vive para sus perros. El príncipe Bonaparte debe de estar todavía en España porque esta misma mañana le han entrevistado en Radio Nacional. Va a escribir un libro titulado *Cómo descubrí la Décima Sinfonía de Beethoven*.

—Ah, pero ¿la descubrió él?

—Él no descubrió ni el cuadro, pero ya sabe cómo son los franceses: siempre que pueden, barren para casa.

El hombre del puesto le entregó el perrito a Daniel y luego se quedó mirando por encima de su hombro a una mujer que se acercaba hacia ellos.

—Tiene visita —dijo—. ¿Es su novia?

Daniel se giró y vio que Alicia había ido a buscarle al parque.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó después de besarla y de presentarle al hombre de los perritos—. ¿No habíamos quedado a las dos en casa?

—Sí, pero acabo de abrir tu armario y he visto que no tienes ni una sola chaqueta digna para que la lleves esta tarde a la boda de Humberto y Cristina. Así que nos vamos de compras.

Daniel se despidió de su admirador del parque y Alicia y él comenzaron a caminar a buen paso hasta la verja de salida.

Tras casi medio minuto sin cruzar palabra, Daniel rompió el silencio:

—Si es niño, he decidido que se llame Gastón.

—¿Gastón? Pero si es un nombre ridículo. ¿Gastón? ¿Por qué?

—Porque es un nombre muy apropiado. Hace un rato he ido a hacer una gestión al banco y he visto que Marañón ha ingresado en mi cuenta medio millón de euros.

Alicia agarró del brazo a Daniel para pararle en seco.

—¡No me lo puedo creer!

—¿De qué te extrañas? Fuimos clave en la solución del enigma. Así que si es niño, se llamará Gastón porque va a tener mucho dinero que pulirse. Si es que le deja algo su padre, porque yo acabo de realizar mi primera compra a cuenta.

—¿Me has comprado un regalo? —preguntó ilusionada Alicia.

—Un regalo no, *el regalo*. ¿Te acuerdas de aquella chaqueta de Armani que te gustaba tanto?

—¡No me digas que te has acordado! Pero qué locura, si valía un dineral.

—A cambio te pediré que alguna noche me dejes a solas con el cuadro de tu desnudo. No sabes hasta qué punto me ha gustado.

Fueron interrumpidos por el sonido del móvil de Daniel. A Alicia le llamó la atención la señal de llamada, distinta a cualquier tono o politono que ella hubiera escuchado hasta la fecha.

—¿Qué música es esa?

—¿No lo adivinas? Es Beethoven, la *Décima Sinfonía* de Beethoven.



JOSEPH GELINEK. Es el seudónimo del musicólogo español MÁXIMO PRADERA, nacido en 1958. Es nieto del novelista y miembro fundador de la Falange Española, Rafael Sánchez Mazas, hijo del columnista Javier Pradera y sobrino del escritor Rafael Sánchez Ferlosio y del cantautor Chicho Sánchez Ferlosio. Tras cursar estudios de Filología y Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid, fundó el equipo radiofónico *LoQueYoTeDiga*, con el que obtuvo el Premio Ondas Internacional de Radio en 1990. Más tarde trabajó como guionista en los programas de televisión *Viaje con nosotros* (1988) de TVE, *La noche se mueve* (1992-1993) en Telemadrid y *El peor programa de la semana* (1993-1994) en TVE. En 1995 comenzó a presentar, junto a Fernando Schwartz, el magacín diario *Lo + plus*. Con este espacio ganó el Premio Ondas al programa de TV más innovador.

Como actor de teatro ha intervenido en los espectáculos *Volvemos después de la publicidad* y *Cómicos*. Es un experto en música clásica y como tal estuvo al frente durante ocho años del programa *Ciclos*, en Sinfo Radio. Ha publicado cuatro libros, el último de los cuales es una historia informal de la música titulada *¿De qué me suena eso?*

Bajo el seudónimo de Joseph Gelinek es autor de varias novelas de misterio y conjura histórica: *La décima sinfonía*, *El violín del diablo* y *Morir a los 27*. Joseph Gelinek fue, es el nombre del pianista vienés que fue humillado por el joven Beethoven en un famoso duelo musical a finales del siglo XVIII.

Nota

[1] En la actual Eslovenia. <<